



**UNIVERSIDAD DE LOS ANDES
CONSEJO DE ESTUDIOS DE POSTGRADO
FACULTAD DE ODONTOLOGÍA
DOCTORADO EN ANTROPOLOGÍA
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
BIOANTROPOLÓGICAS Y ARQUEOLÓGICAS
ULA-MÉRIDA, VENEZUELA**

www.bdigital.ula.ve

**RELACIONES INTERÉTNICAS EN LOS LLANOS ALTOS Y EL PIEDEMONTE
DE BARINAS 1400-1628**

Mérida, Noviembre de 2024.

Reconocimiento



**UNIVERSIDAD DE LOS ANDES
CONSEJO DE ESTUDIOS DE POSTGRADO
FACULTAD DE ODONTOLOGÍA
DOCTORADO EN ANTROPOLOGÍA
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
BIOANTROPOLÓGICAS Y ARQUEOLÓGICAS
ULA-MÉRIDA, VENEZUELA**

www.bdigital.ula.ve

**RELACIONES INTERÉTNICAS EN LOS LLANOS ALTOS Y EL PIEDEMONTE
DE BARINAS 1400-1628**

(Tesis para optar al Título de Doctora en Antropología)

Autora:

**MSc. Eveling Colina Bastidas
ecolinab@gmail.com**

Tutora:

**Dra. Gladys Gordones Rojas
gordonesgladys@gmail.com**

Mérida, Noviembre de 2024.

Reconocimiento



UNIVERSIDAD DE LOS ANDES
CONSEJO DE ESTUDIOS DE POSTGRADO
FACULTAD DE ODONTOLOGÍA
DOCTORADO EN ANTROPOLOGÍA
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
BIOANTROPOLÓGICAS Y ARQUEOLÓGICAS
ULA-MÉRIDA, VENEZUELA

CONSTANCIA DE APROBACIÓN

Yo, **Dra. Gladys Gordones Rojas** titular de la Cedula de Identidad N° _____, en mi carácter de tutora de la Tesis **“RELACIONES INTERÉTNICAS EN LOS LLANOS ALTOS Y EL PIEDEMONTE DE BARINAS (1400-1628)”** presentada por la **M Sc. Eveling Colina Bastidas, C.I. N° 16.189.186** para optar al título de **Doctora en Antropología** por medio de la presente certifico que la he leído y considero que reúne las condiciones necesarias para ser defendida y evaluada ante el jurado examinador que se designe así mismo me comprometo a estar presente en la respectiva presentación pública en la fecha, hora y lugar que se establezca para tal fin.

En la Ciudad de Mérida a los _____ días del mes de _____ del año 2024.

Dra Gladys Gordones Rojas

Reconocimiento

DEDICATORIA

A la Divina Providencia.

A mis ancestros:

Ysabel Bastidas y Armando Serrano:

Bariniteños en Barinas.

La “canaguense” Doña Virginia y su hijo

Freddy Colina, Mi Padre,

un “guasdualiteño”, fuera de serie.

A mi amada Madre,

Landa Edilú Bastidas.

A Herman Enrique, Compañero de vida

y a la Familia Rojas León.

A Edith Luz,

A mi sobrina Magdalena, Ave majestuosa.

A Luis e Ysabel,

A tres (3) particulares tipologías de lo humano:

Freddy Enrique, Carlos Armando y Bárbara.

A “Toñeco” (Mi perrito Duri)

Por su amor fiel.

AGRADECIMIENTOS

*A la Junta Directiva del Doctorado en Antropología
y a todo el personal administrativo
por su permanente apoyo
con diversas gestiones*

*A la Dra Gladys Gordones Rojas
Por su confianza y apoyo,
Orientaciones y tutorías.*

*A dos maestros trascendidos:
El Dr Omar González Nájuez
y la Dra Jacqueline Clarac de Briceño,
por sus invaluable aportes en la comprensión
de la identidad venezolana.*

*A todos los Profesores y compañeros
por las opiniones
durante los diferentes seminarios.*

*A los incondicionales,
solidarios y entrañables:
Jesús Morales y Dustano Rojas.*

*A Eysabel Méndez; auxilio noctambulo
ante contratiempos del viajero.*

*A Anita Castillo, por recomendarme
ante la noble Familia Vilorio Belandria,
quienes con afecto
cobijaron a “esta llanerita”
varias lunas de gélidas noches
a orillas del río Chama
en Altos de Carrizal.
¡Dios les bendiga!*

ÍNDICE GENERAL

Carta de Aceptación	iii
Constancia de Aprobación	iv
Dedicatoria	v
Agradecimientos	vi
Indice de Tablas, Gráficos y Diagramas	ix
Resumen	xi
Introducción	1
Capítulo I. Planteamiento del Problema	
LOS GRUPOS PREHISPÁNICOS DE LOS LLANOS ALTOS Y EL PIEDEMONTES BARINÉS	5
Objetivos de Investigación:	
Objetivo General	24
Objetivos Específicos	24
Capítulo II: Marco Teórico-Referencial	
2.1. Antecedentes	26
2.1.2 La Región de Barinas en los estudios antropológicos venezolanos	
2.2. Bases Teóricas	29
2.2.1 Cosmovisión, toponimia y bordes etnolingüísticos en la organización de los procesos étnicos	30
2.2.2 Aspectos fisiogeográficos de los Llanos Altos y el Piedemonte	36
2.2.3 Acercamiento a la Relación Territorio - Cosmovisión	42
2.2.4 La condición "Liminar" del Territorio (Categoría de análisis)	43
2.2.5 Ideología y dualidad Mágico-Religiosa	53
2.2.6 Migración de grupos étnicos	55
2.2.7 Barinas y la Región "El Airico" (Hipótesis)	63
2.2.8 Bordes Etnolingüísticos	71
2.2.8.1 Lenguas de los Llanos altos y el piedemonte de Barinas	75
2.2.8.2 Ocupación arawak en los Llanos	82
2.2.8.3 Influencia del Timotes sobre lenguas Jirajaranas	85
2.2.8.4 Algunas reflexiones acerca de "Los Caribe"	95
Capítulo III: MARCO METODOLOGICO	
3.1. La antropología histórica como enfoque de las relaciones interétnicas y los procesos mentales de larga duración	101
3.2 Tratamiento de las fuentes en el análisis del contexto de los Llanos Altos y el Piedemonte (1400-1628)	107
3.3 Comparación Léxica	121
Capítulo IV: Análisis e Interpretación de evidencias	
4.1 Las Relaciones Interétnicas en los Llanos Altos y el Piedemonte de Barinas.	140
4.2 Importancia de la Región Histórica de Barinas 1400-1628	164
5. Conclusiones	179
6. Referencias consultadas	188
7. Anexos	
7.1 Apendice N° 1: [Prospección Arqueológica en el Piedemonte de Barinas (Municipios Barinas, Bolívar y Cruz Paredes)]	201
7.2 Apéndice N° 2: Cronología Cerámica Osoide según Zucchi y las Rel	

Interétnicas	211
7.3 Apéndice N° 3: Modos de Vida de Sanoja y Vargas y cálculos glotocronológicos.	226

ÍNDICE DE TABLAS, GRÁFICOS Y DIAGRAMAS

TABLAS

Tabla N° 1.- Marcaje de Persona en Lengua Arawak	87
Tabla N° 2.- Conjugación del verbo “Subir” en Warekena	79
Tabla N° 3.- Comparación de pronombres en Guajiro y Arhuaco	91
Tabla N° 4.- Transacciones léxicas de “Timotes a Giros” según Salas [Sitios geográficos]	93
Tabla N° 5.- Transacciones léxicas de “Timotes a Giros” según Salas [Tribus]	93
Tabla N° 6.- Cognado “Uno” [Sistema de Afijos en lengua Arawaks]	122
Tabla N° 7.- Pronombre de la Primera Persona	125
Tabla N° 8.- Cognado “Mujer” [Marcaje del Género Femenino arawak]	126
Tabla N° 9.- Marcaje del Género Masculino	130
Tabla N° 10.- Cognado “Hombre” [Arawak]	131
Tabla N° 11.- Cognado “Agua”. Desinencia [Morfema Flexivo]	134
Tabla N° 12.- Sustantivo de vocablo universal	135

GRÁFICOS

Gráfico N° 1.- Petroglifos Cañon del Sol (El Yaure- Municipio Zamora)	47
Gráfico N° 2.- Petroglifos del Sector “El Cumbe” (Municipio Bolívar)	47
Gráfico N° 3.- Calco de Petroglifo “El Cumbe” (Municipio Bolívar)	49
Gráfico N° 4.- Cerro “El Gobernador” (Municipio Bolívar)	49
Gráfico N° 5.- Cerro “Peña Viva” en Bum-Bum- Municipio Sucre)	50
Gráfico N° 6.- Piedra de los Partos (Municipio Sucre)	

DIAGRAMAS

N° 1 Cronología Serie Osoide	35
N° 2 Sistemas de Clasificación Guahibo-Sikuani	227
N° 3 Sistemas de Clasificación Otomaco	228



UNIVERSIDAD DE LOS ANDES
CONSEJO DE ESTUDIOS DE POSTGRADO
FACULTAD DE ODONTOLOGÍA
DOCTORADO EN ANTROPOLOGÍA
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
BIOANTROPOLÓGICAS Y ARQUEOLÓGICAS
ULA-MÉRIDA, VENEZUELA

RELACIONES INTERÉTNICAS EN LOS LLANOS ALTOS Y EL PIEDEMONTE DE BARINAS (1400-1628)

Autora: M Sc. Eveling Colina Bastidas
Tutora: Dra. Gladys Gordones Rojas

Resumen

La tesis tiene por objetivo explicar las relaciones interétnicas en los llanos altos y el piedemonte barinés entre 1400 y 1628; [siglos XV al XVII]; en tanto que relaciones sociales entre grupos humanos anteriores al proceso de conquista y los primeros años de la colonización hispana. Metodológicamente, responde al enfoque de la antropología histórica empleando como técnica la “triangulación” de datos en fuentes secundarias de cuya “descripción densa” (Geertz, 1990) se halló una etnicidad específica que se configuró en el tiempo de larga duración (Bloch y Febvre, 1929, 1999, Braudel 1969, Braudel en Santana 2004) como mentalidad reducto que evocaba antiguas prácticas rituales así como relaciones ambivalentes y conflictivas propias de la organización por adhesión en torno a un extinto centro primario de poder en los llanos del Orinoco (Redmond & Spencer, 1992; Bruhns, 1994, Gasson, Rey y Valdez, 2006, Gasson, 2008; Gasson en Vargas, 2015). La antroponimia recogió parte de la etnicidad de ese ecosistema cultural, zona de provisión o zona de vida (Holdridge, 1967); circuito de interconexión entre los Andes y el Orinoco medio que desde el pasado fue transformado por los diversos grupos étnicos amazónicos y andinos, dando origen a una nueva identidad étnica (Zucchi, 1975). La linguodiversidad, forjó relaciones producto del intercambio y las prácticas mágico-religiosas en torno al Tabaco, el cual proyectó la Región Histórica mundialmente durante la colonia (Cunill Grau, 2005, Cardozo Galué, 2013).

Descriptor: Relaciones interétnicas, llanos altos, piedemonte, Barinas, Antropología histórica, Grupos étnicos, etnolingüística

INTRODUCCIÓN

Históricamente, el estado Barinas experimentó una serie de cambios propios de la dinámica social en el tiempo producto del accionar de los asentamientos humanos que fueron modificando el paisaje de esta área geográfica ubicada al norte de América del Sur; específicamente al suroccidente de la República Bolivariana de Venezuela, ancestralmente demarcada por bordes y límites sociales en correspondencia con elementos físico-naturales que delinearon las primeras formas de ocupación así como la práctica y desarrollo de distintas actividades en el devenir.

Factores como el clima, hidrografía, pisos altitudinales y térmicos, flora, fauna y vegetación influyeron en la configuración de los modos de vida estrictamente nómada, semi-nómada y sedentario dentro la zona transicional de los llanos altos y el piedemonte permitiendo a estas culturas, realizar prácticas básicas de sustento y rituales de carácter cosmogónico desde un período de tiempo inmemorial, del que solo se han caracterizado escasos intervalos, gracias a las excavaciones realizadas por los arqueólogos, fechadas desde el primer milenio antes de Cristo hasta poco antes de la conquista.

En tal sentido, el objetivo general de la presente tesis consiste en explicar las relaciones interétnicas entre los grupos humanos de los llanos altos y el piedemonte de Barinas en el hito 1400-1628; comprendiendo que la región fue, ha sido y seguirá siendo zona de provisión, asiento y ruta de migración. En consecuencia, para dicho fin se persigue identificar qué grupos étnicos descritos por las crónicas al momento del contacto allí permanecían, para aproximarnos a la reconstrucción de las relaciones interétnicas en el tiempo histórico señalado.

Siendo la alteridad el principio antropológico fundamental que expresa un tipo de diferencia que concibe a los demás como extraños u otros; lleva implícita no sólo la pregunta acerca de quiénes son esas otredades y en consecuencia el tipo de vínculo que se podría establecer con aquellos que

tienen características similares y los diferentes; configurando situaciones que pasan por una negociación de juicios de valor que se asumen como aceptación, negación y/o convenimiento de reglas y comportamientos en sucesivas, intensas y variadas interacciones que a su vez obedecen a formas de comportamiento social que se manifiestan mediante organizaciones resolutivas, fluidas, tensas y/o conflictivas.

Dichas interrelaciones nos aproximarían históricamente a los grupos humanos que poblaron la región mucho antes del proceso de conquista y por quienes lo habitaban hasta los primeros años de la colonización hispana por lo que atendiendo a variables históricas y antropolingüísticas principalmente, propone una contribución original al cuerpo de conocimientos de la antropología venezolana en un espacio que fue zona transicional entre los llanos del Orinoco, el piedemonte andino con grupos de contextos más apartados geográficamente.

Respaldata por fuentes documentales de carácter arqueológico, histórico y cartográfico; la tesis presenta aproximaciones acerca de las posibles rutas migratorias empleadas durante el proceso de ocupación en diversos períodos históricos, sus referencias geográficas, sus topónimos y la importancia del territorio en la configuración de relaciones dialécticas entre los propios grupos de los llanos altos occidentales y el piedemonte .

El trabajo se divide en cuatro (4) capítulos:

El Capítulo I contempla el esbozo de la investigación en tanto que problema a partir de la revisión bibliohemerográfica de los grupos prehispánicos de los llanos altos y el piedemonte barines como un problema de abordaje histórico del que existen más preguntas que respuestas y en el que diversidad de variables impactaron las relaciones interétnicas, especialmente en favor de la dispersión demográfica para el período estudiado.

El capítulo II destaca las fuentes teóricas y las categorías de los procesos étnicos en la organización de los grupos. En tal sentido, se destacan los antecedentes o trabajos previos, los conceptos fundamentales y afines al

tema de las relaciones interétnicas y las categorías emergentes e hipótesis acerca de sus dinámicas de interacción en el tiempo de larga duración y la reconfiguración en el territorio de los llanos altos y el piedemonte barines para el período 1400-1628.

Apelando a fuentes se incorporan elementos epistémicos en la comprensión de la dinámica social de los grupos prehispánicos a partir de las crónicas en correspondencia con los estudios antropológicos y datos de la geohistoria regional destacando variables de tipo cosmogónico y ritual, en la que la ubicación geográfica del espacio adquiere un carácter especial y diferenciado en el territorio venezolano; respondiendo a una configuración distintiva, de carácter liminar, culturalmente hablando.

Por su parte en el capítulo III, se tratan los aspectos metodológicos para explicar las relaciones interétnicas en los llanos altos y el piedemonte en el hito 1400-1628-d.C los cuales se desarrollan bajo el enfoque de la antropología histórica a través del manejo de las fuentes secundarias en tanto que “descripciones densas” como las propias fuentes coloniales, la cartografía y el análisis lingüístico, aplicando la técnica de la triangulación de información y el análisis lexicográfico para la síntesis de los bordes lingüísticos en la construcción de la identidad, el cual se constituye como el marcador por excelencia de la etnicidad.

El Capítulo IV, está dedicado a la interpretación de los hallazgos denotando la importancia del espacio social estudiado en la configuración de la Región histórica de Barinas mucho antes de la conquista y revalorizando el papel de las distintas naciones y pueblos prehispánicos en la configuración sociohistórica de nuestra identidad.

El Capítulo V finalmente contiene las consideraciones últimas o reflexiones del proceso de construcción de la tesis como producto y aporte científico mediante conclusiones y recomendaciones así como la bibliohemerografía y otras fuentes empleadas durante la investigación; los respectivos anexos además de materiales complementarios, tipo Apéndice

entre los que se incluye, la presentación de algunas evidencias fotográficas tomadas en campo con su registro prospectivo tras el uso de tecnología satelital de la web útil (Teledetección) en la reconsideración de nuevos espacios de interés arqueológico en el estado Barinas.

www.bdigital.ula.ve

CAPITULO I

PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

LOS GRUPOS PREHISPÁNICOS DE LOS LLANOS ALTOS Y EL PIEDEMONTES BARINES

Las sociedades del área intermedia (Evans & Meggers, 1968 y Lathrap, 1971) en el criterio de algunos antropólogos e historiadores fueron espacios con escaso interés investigativo al permanecer "ajenas e inferiores" ante las dinámicas de los llamados complejos culturales de Mesoamérica y Andes centrales, que fueron unidades de jerarquía política y militar monolítica que además resguardan vestigios de arquitectura monumental.

Diversas investigaciones arqueológicas y etnológicas en la amazonía y particularmente en la Orinoquia colombiana –venezolana explicaron parte del funcionamiento de un conjunto articulado de aldeas y pueblos unidos por sistemas y sub-sistemas (micro-circuitos internos vinculados a macro-circuitos) aun durante la conquista hispana. Ejemplo de ello fue la existencia del “**SIRO**” (Sistema de Interdependencia Regional del Orinoco).

Este tipo de organización cultural tuvo como referente político la figura de cacicazgos, similar a los descritos para la Polinesia (Drennan, 2011) y como espacio social, se sostuvo del intercambio de objetos, "mercancías" y obviamente símbolos culturales dentro de una pluralidad étnica en diferentes etapas de tiempo, muchos siglos antes del contacto europeo.

En el Sistema de Interdependencia Regional del Orinoco (SIRO) los grupos se organizaron alrededor de redes articuladas a una gran distancia geográfica por lo que mantuvieron el control de los recursos naturales empleando el factor bélico. (Arvelo, Morales y Biord, 1989; Gasson, Rey y Valdez 2006; Vargas, 2015, Zucchi, 2017).

Como espacio sociohistórico, los llanos altos y el piedemonte de Barinas responden a una serie de cambios propios de la dinámica humana donde la

vida cultural modificó paulatinamente su paisaje, mediante la explotación o aprovechamiento de los recursos naturales disponibles en la consolidación de actividades de subsistencia que el propio medio les ofrecía.

La variedad de hábitats en los pisos altitudinales y térmicos que abarcan desde las sabanas inundables, sabanas con bosques/selvas de galería hasta los bosques de tipo húmedo tropical o Selva pluvial; irrigados por las aguas que descienden desde Bosques Montanos y zonas de Páramo (Holdridge, 1967); favorecieron el poblamiento temprano en los llanos altos (Sobre la cota de los 100 msnm) y progresivamente el llamado piedemonte de Barinas (Entre los 200-500 m.s.n.m).

En términos geológicos, los llanos se caracterizan por la presencia de suelos aluvionales formados de los depósitos de sedimentos arrastrados por las aguas que descienden de la cordillera de los Andes y originando drenajes que desembocan en ríos colectores como el Apure; principal receptor de los ríos barineses, y que junto a otros ríos como el Meta, Arauca, Guaviare forman parte del sistema de embudo o gran curvatura del principal río de Venezuela; más conocida como Orinoco medio.

Ecológicamente la hidrografía y el factor edafológico le convierten en un humedal de provisión, como casi todas las poblaciones diseminadas en la cuenca con una condición pluviométrica estacional bien diferenciada (Sequía y Lluvia); por lo que las sociedades prehispánicas procedieron a la creación y empleo de tecnologías hidráulicas en el manejo de las aguas y el control territorial, convirtiéndose en prominentes constructores de pirámides (Gasson et al, 2006) montículos, calzadas, camellones y terraplenes (Zucchi y Denevan 1974, Redmond & Spencer, 1992, Gassón, 2008, Vargas, 2012, 2015); que continúan despertando el interés por investigarlas.

Tanto en las zonas de montañas como en los llanos, la vida social requirió de apropiaciones territoriales que exigieron dominio de estrategias para las actividades productivas de caza, pesca y recolección, establecimiento de rutas e itinerarios así como el sostenimiento de prácticas rituales. El

conocimiento de la navegación permitió atravesar con destreza en embarcaciones hechas con recursos orgánicos y la travesía a pie ayudó a demarcar algunas rutas, tras observar cuidadosamente el entorno.

Las relaciones sociales amalgamaron un producto cultural a partir del intercambio en un medio natural específico, en el que las variables ecológicas unidas a una tipología de rasgos simbólicos y materiales dichas culturas trascendieran. Las apropiaciones de los grupos prehispánicos incluyeron las vías alternas para comunicar el piedemonte y altas montañas con las zonas de las llanuras altas y bajas, amalgamando varios modos de vida: Nómada, seminómada y sedentario. (Sanoja y Vargas, 1978, Saignes, 1961)

Resultaría casi imposible estudiar la sociedad indígena del pasado sin las evidencias materiales como la cerámica y artefactos asociados, así como de las claras modificaciones del paisaje, tal como lo han evidenciado muchas investigaciones sistemáticas que definen el área como una mina inagotable para el estudio y comprensión de la vida indígena mucho antes del contacto hispano.

La mayor parte de estas evidencias han sido halladas en zonas de transición de los llanos hacia el piedemonte (Redmond & Spencer, 1992; Gasson et al, 2006; Vargas, 2012) y en sabanas inundables del sector medio del estado (Zucchi, 1975); lo que significa que aprovecharon lugares donde abundaron los recursos hídricos, la fauna y flora silvestre y que probablemente, constituyeron zonas de refugio como las selvas de los llanos y el piedemonte en el que pueblos de paso; progresivamente convirtieron estancias temporales en lugares de asiento.

Durante el advenimiento de grupos que se estacionaron por largos períodos se ubican a las “sociedades cacicales” de Barinas, que tuvieron cierto “poder político y religioso” y generaron relaciones de dependencia” (Redmond & Spencer 1992, Gasson et al, 2006; Vargas, 2012, 2015); es decir, se vinculaban mediante lazos de reciprocidad pero también enfrentaron períodos de fuertes tensiones y conflictos. Al considerar qué factores diferentes a los socioculturales

podieron haber generado la decadencia de éstos grupos se tendría que apelar a la moderna paleoecología para conocer qué fenómenos naturales afectaron su disolución (Gassón, 2008), no obstante, estos estudios son incipientes en Venezuela.

“Sin confundir los efectos de las circunstancias ecológicas con los de una tradición cultural” (Barth ,1976) y sin resultar anacronistas; muchas experiencias de desastres ambientales del presente como inundaciones, deslaves o la alta incidencia de la gran fisura dextral conocida como Falla de Boconó y sus repercusiones en su sistema de fallas geológicas; podrían confirmar tales hechos.

Entre las crónicas de la conquista y colonización y aún entre la obra de Humboldt, escrita tres siglos después de la llegada de los conquistadores, existen referencias a ciertos relatos indígenas entre ellos la de un antiguo diluvio (Gillij, 1965; Gumilla, 1999, Humboldt, 2006); informaciones tempranas que rescataron las crónicas de indias las que, a a pesar de su visión eurocéntrica mencionan parte de los mitos de casi todos los grupos antes, durante y al momento del contacto Europa-América y que sólo son entendibles a la luz de múltiples interpretaciones.

Dado que las investigaciones arqueológicas arrojaron dataciones de muchísimos antes de la conquista; se reconoce que las descripciones coloniales acerca de diversas parcialidades que se muestran dispersas demográficamente para los son datos pertinentes; por lo que a pesar de la diversidad de grupos encontrados en los llanos, al menos los de Barinas no estaban densamente poblados durante la conquista.

En tal sentido, habría que preguntarse si por razones de intercambio muchos migraban en ciertas épocas y si entre los escasamente establecidos hubo grupos cuyos ancestros sobrevivieron a ciertos fenómenos sociales y/o naturales y legaron un imaginario a los descendientes. Lo cierto es que entre 1400-1628, la configuración histórica de los grupos étnicos de los llanos altos y el piedemonte de Barinas responde a multiplicidad de naciones o parcialidades

que ya mantenían nexos históricos con otros grupos de los llanos; los cuales fueron descritos empleando su filiación lingüística que es un método clasificatorio universal de lo étnico a través del cual se puede acceder al modo de vida y ciertas prácticas distintivas.

Entre los cronistas de Indias, historiadores y antropólogos se corroboró que “los pobladores de Barinas tenían una condición sine qua non para la guerra”; (De Castellanos, 1587, Rivero, 1883, Saignes 1961, Tosta, 1986, Izard, 1989). Este factor puede ser visto tanto como, mecanismo de resguardo del territorio como propagador de innovaciones y una vía de dominio; lo que es un rasgo indiscutible de etnicidad porque además del conflicto expreso entre facciones con intereses, la violencia suele ser vista como marca permanente de un tipo de identidad.

Resaltan las crónicas y otros estudios etnológicos entre ellos los de Saignes (1961), que bien entrada la conquista; Arawakos e independientes (Caberres, Guaypuinaves, Otomacos) aún mantenían guerras con los Caribes; especialmente “Galibis” y distintivamente señalan que estos jirajaras de los llanos mostraban fuerte resistencia, sin especificar más detalles. La fama de probados guerreros entre los conquistadores y seguramente entre los mismos indígenas, nadie la puso en duda lo que les valió un sitio en la historiografía bajo el apelativo “belicosos jirajaras” (De Castellanos, 1587, Salas, 1956, Saignes, 1961, Tosta, 1986, Izard 1989).

Entre las razones de los conflictos con los Caribe los estudios estiman que se debían a sus continuas incursiones por obtener el control del Orinoco y por ende al tráfico de esclavos y productos especializados (Rivero 1883, Saignes, 1961) más en la lucha por limitar el acceso a las tierras aluviales y a los recursos acuáticos éstos jirajaras, siendo grupos asentados en los llanos también debieron haber cumplido un rol protagónico desde tiempos pretéritos; porque la guerra ya era una práctica muy anterior y extendida en Barinas y en los llanos del Orinoco.

Atendiendo a la filiación etnolingüística propiamente, la variedad de

autoglotónimos y heteroglotónimos, producto del discurso nativo, que es el discurso de los protagonistas sobre su identidad o a nomenclaturas construidas desde el modelo externo, que es el discurso de cómo lo ven los otros” (Terren en Bari, 2002); destacan los registros naciones “propias” del noroccidente de Venezuela como los Arawacos bajo el apelativo de “Caquetíos de los llanos” (Spira en De Castellanos, 1587; Federman en Arcaya, 1916; Rivero, 1883; Saignes, 1961, Redmond & Spencer, 1992, Gasson et al, 2006, Vargas, 2012); y los “Achaguas”.

Atendiendo a términos cuantitativos “Los Achaguas” fueron un grupo étnico con mayor número de hablantes en los llanos” (González Nández, entrevista personal 2019) por lo que es posible que en el territorio barinés quizás eran igualados y hasta posiblemente superados por los Giros, Jiraras o Jirajaras (Salas, 1956, Saignes, 1961, Tosta, 1986); y de hecho tanto a Arawacos como Jirajaras fueron reunidos en una organización sociopolítica común que habitaban en las zonas adyacentes.

Históricamente afines a los Jirajaras estuvieron los llamados “Betoyes”, una nación que a su vez en materia lingüística ha sido incorporada como componente macrochibcha en los estudios de lenguas suramericanas de Loukotka (1968) Tovar (1961), Tovar & Larrucea de Tovar (2000) así como por Joseph Grenberg (1987) quien lo incluyó en la rama chibchan-paezan.

No obstante, la familia jirajarana se considera propia del occidente Venezolano (Oramas, 1916, Jhan, 1927, Adelar y Muisken, 2003). En las crónicas también aparece cercana a grupos arawakos en noroccidente, por lo que pareciera ser su centro de dispersión inicial aunque contraste con la coexistencia en extensiones territoriales prolongadas en una misma región junto a hablantes de muchas lenguas independientes como los llanos inmensos del Casanare (Cano y Olmedilla en Saignes, 1961; Rumsey 2013)

De acuerdo a los modos de vida pueblos “nómadas y seminómadas” fue una visión que prevaleció en los estudios hasta tiempo reciente como lo fue la propuesta de las áreas culturales prehispánicas (Saignes, 1961) la que agrupó

a estas parcialidades bajo la denominación de “cazadores, recolectores y pescadores de los llanos” junto a comunidades semisedentarias en las vegas de los ríos.

Considerando parte de ese análisis, seguramente esta adscripción consistió en aglutinar porciones de población cuyos modos de vida se definieron a partir de las prácticas de subsistencia en humedales incluyendo a ciertos pueblos de vocación agrícola que eran distintos étnicamente pero que se mantuvieron relacionados por el factor intercambio de una o varias especialidades explotativas en un vasto territorio.

El concepto que los congrega geográficamente serían “Pueblos de la Orinoquia” (Gasson, 2008) cuya adscripción es fundamental porque los registros resaltan adhesiones por actividades específicas como de hecho señalaron, “Yaruros y Guamos” cazadores y pescadores de tipo especializados afines a los Otomacos de cierta vocación agrícola (Rivero, 1883, Saignes, 1961, Gillij, 1965, Gumilla, 1999, Humboldt 2006); también recolectores como los “Taparitas” cercanos a “Guaiquerías y Guaraúños” en zonas de esteros (Acosta Saignes, 1961).

Comunidades con prácticas mixtas semisedentarias como lo fueron los Guahibos aparecen en los registros junto a los Betoyes, como parte de ésta clasificación (Acosta Saignes, 1961; Sanoja y Vargas, 1978, 1995) los cuales no pueden ser vistos desde un solo criterio mucho más cuando sus contribuciones pudieran tener un carácter cualitativo. Estos “Guahibo-Sikuani”, fueron hablantes de un importante número de lenguas y dialectos relacionados entre sí; entre ellos “Airico o Ayrico”, Ele, Jirara, Lolaca y Situfa entre Arauca, Casanare y el estado Apure (Rivero, 1883; Saignes, 1961; Gillij, 1965; Gumilla, 1999) y aparecen asociados en su origen étnico a fusión de pueblos arawacos, caribes y chibchas (Queixalos, 1989, Castro Agudelo, 2000).

Para el momento de la conquista y que pudieran asumirse dentro de las parcialidades con mayor número, estarían los pueblos de lengua Caribe en los llanos, tipificados en forma genérica al considerar su distribución en la zona de

acuerdo a la última cronología arqueológica secuenciada para el área de Barinas (Zucchi; 1975, 1985), donde marcaron su presencia acentuada después del año 1000 d. C.

Todas estas parcialidades descritas en las fuentes historiográficas regionales para la conquista se identifican mediante el uso de antropónimos; más hubo otras nominaciones que trascendieron en los mapas y que podrían catalogarse “propios”; lo cual es “impreciso” porque no hay comprobaciones acerca de su adhesión a las especificidades étnicas y lingüísticas citadas previamente. En tal sentido repetimos: “Junto a los Torunos, Canaguaes, Suripaes, indios Barinas “vagaban” (las comillas son nuestras) por las regiones cercanas a las actuales Barinas y Pedraza” (Tosta 1986: Pág. 7).

Estos grupos parecieran remitirnos a una aparente permanencia de tipo pendular en la región, pero dada la persistencia en la toponimia e hidronimia de la región dentro de las fuentes documentales citadas en la historiografía pero principalmente en mapas y cartografías coloniales y aún en las actuales, se comprende que fueron grupos con un carácter especial, que ejerciendo un rol específico en la unidad geográfica no deben ser tomados ligeramente entre las argumentaciones acerca de éstas relaciones.

La subsistencia y hábitat sostenibles que conformaron paulatinamente una región geográfica en forma intermitente como una prolongación de intensos y antiquísimos vínculos entre muchos pueblos en el hito 1400-1628 evoca una organización estratégica de fuerte arraigo ecológico que surgió en el pasado entre grupos distintos, que en diversos momentos migraron definitivamente por razones que aún no se precisan

Considerando ciertos elementos simbólicos como la antroponimia; que aunque pudiera estar castellanizada se nutre del sustrato de lenguas y dialectos, algunas extintas pero resguardadas en sus vocabularios, catecismos, diccionarios presentan innumerables evidencias de los signos inmemoriales del anterior proceso histórico coyuntural y estructural de sus relaciones humanas. (Bloch y Febvre, 1929, Braudel, 1967, Vilar, 1999, Santana, 2004).

El término "Barinas" al parecer abarca una etimología muy amplia relativa a un etnónimo, fitónimo e hidrónimo sin aparente filiación lingüística, persistió entre los grupos que poblaron el territorio antes, durante y después de la conquista. Este vocablo que sin duda es una voz indígena, es otro signo inequívoco de identidad y una puesta en valor de la etnicidad producto de ciertas relaciones entre ellos.

De los episodios de la conquista tras expedición comandada por el Capitán Juan Andres Varela, destaca el ritual fundacional, fechado para el 30 de junio de 1577, según acta de fundación de "Altamira de Cáceres"; según documento encontrado en el Archivo Histórico de Sevilla-España (Tosta: 1986, Ruiz Tirado, 2000, García Müller, 1990) en un sitio montano en cuyas adyacencias habitaban dispersos algunos naturales.

Tratándose de la primera ocupación hispana en la región en el siglo XVI, el historiador barinés Virgilio Tosta en el primero de los cinco tomos denominados "Historia de Barinas", (1577-1810) enfatiza no obstante, que "Barinas era el nombre que ostentaba una de las numerosas tribus indígenas que moraban en las llanuras próximas a la Sierra Nevada, en la zona que ocupan hoy poblaciones como Barinitas, Quebrada Seca y Altamira" (1986: Pág. 7).

De manera que en la cartografía posterior a 1577, Altamira de Cáceres que se conoció como "Varynas vieja"; ratifica la idea de una población dispersa aún después de la llegada de los conquistadores pues hubo otro asentamiento de igual nombre, de data más reciente que refería el mismo topónimo; como fue el caso del asentamiento de la Mesa de Moromoy en 1628, sin referir nombres de parcialidades en sus dominios.

Por su parte, "las ordenanzas" fechadas en Mérida, para el 18 de Agosto de 1620 (Tosta, 1986, García M, 1990), marcador cronológico por antonomasia en el que se puede corroborar la instauración colonial y testimonio documental de la vida social de los primeros años no aportan datos de los grupos de naturales, lo que representa una desventaja en ese particular pero es una

fueron una fuente vital para reconocer que las principales transformaciones de los sistemas emergentes y modos de vida previos; cómo éstos se articulaban y cómo se contraponían, se pueden demarcar como hito o límite entre dos períodos históricos.

Un dato importante es que para 1625 había aumentado la afluencia de personas desde las montañas hacia los llanos durante la administración de Juan Pacheco Maldonado, Primer Gobernador y Capitán General de la recién creada Provincia de Mérida y la Grita quien al ver que eran limitadas las condiciones de Altamira de Cáceres, poco a poco es abandonada y 50 años más tarde, mudada hacia las mesetas de menor altitud cercanas a los llanos. (Castillo Lara, 1981, Tosta, 1986, García Müller, 1990, Ruiz Tirado, 2000)

Algunas familias, establecidas según los registros hacia 1628, en lo que corresponde a la Mesa de "Moromoy", actual Barinitas (Tosta, 1986) registrada oficialmente como "Nueva Trujillo de Barinas", mantuvieron relaciones económicas con otras regiones venezolanas mediante la ganadería de hato y los antiguos cultivos de tabaco en la Meseta de "El Curay". (Tosta, 1986, García Muller, 1994, Ruiz Tirado, 2000)

Después de 1620, reaparecen en los registros la población indígena de éstos predios representada como mano de obra para las labores tabacaleras y la explotación de otros rubros en conucos y en las vegas de los ríos por lo que mayoritariamente los contingentes criollos influyeron en la necesidad de que sus moradores migraran al llano, ocupando el eje del Santo Domingo hacia Obispos y acelerando el traslado definitivo, oficializado para 1756, en el sitio que llamaban "San Antonio de los Cerrillos" (Cerritos), Viceparroquia del antiguo Zanjón de Obispos, actual ciudad de Barinas (Tosta, 1986, 52.)

En todas estas referencias se puede identificar que la ocupación de la región por parte de conquistadores, viajeros y misioneros católicos del reino de Castilla y Aragón se dio gracias al sometimiento a dicha jurisdicción real y sus instituciones, encomiendas y principalmente misiones; convirtiéndose paulatinamente en territorio colonial hispano de ultramar aunque las prácticas

culturales indígenas muy por encima de las imposiciones reales, se mantuvieron entre algunos de ellos. De hecho, en la práctica los tres asentamientos curiosamente se llamaron “Barinas” (Tosta, 1986).

Este tipo de prevalencia procede del seno mismo de los grupos y es una expresión de identidad o sentimiento de pertenencia sostenida que se consideró fundamental en la pervivencia colectiva. Este símbolo floreció entre algunos descendientes nativos y criollos ante la posibilidad de la modificación formal de su toponimia; lo que es un elemento clave para distinguir que se trataba de un símbolo territorial unido a un tipo de ideología ligada a su origen.

No se sabe cómo sucedió la negociación de valores ni el agrupamiento de los caracteres, rasgos compartidos o diferenciados entre los que por transacción, permuta o préstamo de múltiples bienes y conocimientos así como por conflictos intra e intergrupales cohabitaron en un espacio territorial relativamente cercano antes y durante los primeros años de la conquista, conjugando la síntesis de identidades que se reconocieron.

Como toda práctica cultural muestra rasgos de lo que pudo ser originariamente en sus estructuraciones y signos modificadores; los cambios sucesivos que la transformaron y desestructuraron, deben reflejar el modo cómo se compone una “unidad cultural” dentro de las fluctuaciones propias del accionar de los hombres en el tiempo; (Bloch y Febvre, 1996 Braudel en Santana Pérez, 2004).

Como hechos inmemoriales son objeto de estudio de la historia mental, relativa de la historia total (Bloch y Febvre, 1996, Braudel, 1990, Braudel en Santana Pérez, 2004), por lo que el historiador escudriña en la mayor diversidad de las fuentes para a través de la descripción densa y el cruce de datos, poder realizar aproximaciones acerca de procesos colectivos inconscientes o imaginario, guiado por el extenso y lento tiempo histórico de la larga duración. Con Federico Navarrete (2004) se entiende que las definiciones étnicas sirven para establecer las formas de relación entre las personas y los grupos humanos:

Nuestra vida social, cultural y económica está llena de distinciones que expresan diferentes opiniones cognitivas, sociales y emocionales que son relacionales, sirven para establecer una posición en relación con otras, dentro de un sistema más amplio. Ninguna categoría étnica existe por sí sola sino en relación con las demás de las que se diferencia o con las que se complementa" (Pag. 22).

En tal sentido, las identidades colectivas; voluntarias o adscriptivas forman identidades; de ahí, que las comunidades políticas sean una forma particularmente fuerte de la etnicidad. Procesos de desterritorialización, el nomadismo y la diáspora ayudarían a comprender dichas experiencias en vista de que muchas de sus capas quedan dispersas y emergen en el análisis del tiempo; pues si algo tienen las relaciones entre grupos o comunidades es que son eminentemente históricas. (Navarrete, 2004)

Así en las poblaciones, cuyas influencias, confluencias y regularidades denotan la marcación de las diferencias lo que subyace en realidad son las lógicas simbólicas que no encuentran aparente asidero en los registros pero ocultan relaciones de intercambio, explotación, dominación y desigualdad que estructuran la cultura y le dan un sentido muy distinto a la idea diferencial de las transformaciones.

Ciertas espacialidades, corporalidades, subjetividades, legibilidades e inteligibilidades vistas como pérdidas con significados desde idealizaciones de la tradicionalidad poco "expresan", pero al ser tratadas como productoras de algo nuevo; siempre en proceso y en constante tensión; son variantes determinantes y constitutivas de la identidad.

La cultura es un vehículo para transmitir legados materiales e inmateriales de una generación a otra, es un hecho que responde a las variaciones y cambios que la permean y por extensión, la dinamizan; tal como la sociedad que la "produce y reproduce"; (Weber, 2002) mediante ciertos mecanismos que dialécticamente mantienen o permutan ciertas prácticas.

Los hechos sociales y culturales se van ajustando a las configuraciones de antiguas a nuevas prácticas en medio de procesos históricos que están marcados por los cambios y que muestran un andamiaje que puede conservar ciertos vestigios en esas transformaciones; mostrando el funcionamiento, composición, características y articulación entre los grupos como los entes estructurantes de ese valor diferencial.

Apoyado en las descripciones densas de la etnografía propia del quehacer antropológico; el historiador se hace de un referente teórico y metodológico para estudiar el fenómeno en el espacio y tiempo mediante una dialéctica que permite incluir diversas categorías del tema de lo étnico y la identidad, con narrativas múltiples; es decir, no polarizadas, que argumenten desde evidencias sistemáticas, las clasificaciones históricas de los grupos étnicos y sus relaciones intra e intergrupales.

Este proceso implica describir, analizar, caracterizar y realizar aproximaciones de la vida de los pueblos indígenas considerando las diferencias como un hecho en y con el tiempo. Tal es la esencia del enfoque de la antropología histórica; (Bari, 2002; Renan, 2003; Mora García, 2004; Navarrete, 2004; Restrepo, 2009; Pineda, 2010; Tiapa, 2011; Caballero, 2014, Najera Espinoza, 2019) la que desde su perspectiva diacrónica muestra formas de relación tras el contacto con nuevos elementos culturales, tal como sucedió con el impacto de los hispanos y el surgimiento de la cultura criolla entre las etnias indígenas.

Entendiendo entonces que las relaciones interétnicas ocurren entre grupos heterogéneos culturalmente (Barth, 1976), se precisa que los grupos étnicos son conglomerados sociales que adoptan ciertos rasgos culturales que los diferencian y que aun teniendo una lengua o religión comunes pueden continuar percibiéndose (y siendo autopercebidos) como distintos.

En función de nuevas interpretaciones de acuerdo a las evidencias arqueológicas y principalmente las históricas, existe un argumento dinamizante cómo fue el impacto de la migración o diáspora sucedida en tiempos pretéritos

que consideramos ha sido una variable poco apreciada en la interpretación sociocultural del contexto de los llanos, más si en las investigaciones amazónicas (Vidal, 1987, Vidal y Zucchi, 1987).

Tratándose de una encrucijada estratégica entre la cordillera andina y la cuenca del Orinoco, el territorio de Barinas, tuvo que ser por intervalos, una ruta de gran movilidad y un lugar de asiento de variados grupos controlados por élites que perseguían centralizar el poder (Redmond & Spencer, 1992, Gasson et al, 2006 y Vargas, 2012) cuyas actividades cotidianas debieron verse afectadas por contingentes de migrantes.

Para Rivero (1883) y Saignes (1961) la región del Casanare y el Orinoco medio, un área de influencia del espacio social de estudio; las gentes eran de pueblos asociados a prolongaciones extensas geográficamente. En consecuencia habría que indagar en naciones como los Achaguas y Caquetíos en afinidad con Betoyes y Jirajaras buena parte de configuración cultural de todo el espacio llanero.

La Región del “Airico” de acuerdo con Acosta Saignes (1961) apoyado en los estudios del Jesuita Juan de Rivero (1883) y al que dedicó un capítulo completo estuvo asociado a dos tipos de pueblos; uno de Achaguas y otro de Betoyes y Jirajaras, identificados dentro de los grupos étnicos de los llanos de Barinas; lo que nos llevó plantear la hipótesis de que para el momento de la conquista y aún en la colonia, se mantuvo una relación estrecha entre Barinas y “El Airico” porque Barinas formó parte de dicha región.

Su fuente fundamental fue el trabajo; “The Betoí and their Neighbors” de Gregorio Hernández de Alba publicado en el Handbook of South American Indian (Saignes, 1961) quien se refirió al Airico como expresión tardía de “antiguos períodos de vecindad o superposición de culturas, migraciones conjuntas o fusión de diferentes grupos étnicos conformados en una nueva unidad cultural”.

De manera que cuando los signos menos evidentes expresan un tipo de mentalidad que no se corresponde a una realidad material y de cómo, esa

realidad material se contraponen a un tipo de mentalidad es porque hay variables opuestas vale decir, elementos de análisis que se contienen y contraponen dialécticamente por lo que se precisa entrar al juego de los procesos étnicos en función de un problema teórico y metodológico.

A manera de dar respuestas y generar nuevas preguntas acerca del estudio de las relaciones interétnicas de los grupos que poblaron Barinas entre 1400-1628; se considera abono el retomar una categoría de análisis tradicional como son las “áreas culturales” (Saignes, 1961), pues consideramos que no pueden ser vistas estrictamente como espacios geográficos aislados sino como circuitos geoculturales en constante interacción.

Desde nuestra concepción, muchas son las evidencias para entender que estos Jirajaras, Betoyes, Caquetíos y Achaguas de “El Airico” región especial descrita por Saignes en su obra Etnología Antigua de Venezuela estuvo poblada por descendientes de los grupos que provenían del Orinoco medio y migrantes desde Barinas, los que por razones de conflictos territoriales y posiblemente político-religiosos, mucho antes del contacto europeo, abandonaron sus antiguos asentamientos.

Pueblos con intensas relaciones interétnicas, dado su fuerte componente ritual como adhesión al poder de una antigua élite que tuvo asiento en forma inestable en Barinas, región estratégica que en ciertos momentos o durante estaciones, sobre todo durante el tiempo de intercambio de productos y de las celebraciones reunía grandes contingentes poblacionales de diversa etnicidad; lo que permite alimentar nuevos argumentos desde planteamientos reconocidos y otros de reciente data como:

La Teoría de la “H” de Osgood y Howard, (1943) acerca de las oleadas que transitaron el continente de Norte a Sur y viceversa; donde el territorio de Venezuela fue claramente asiento geográfico y zona de transición de grupos humanos que lograron apropiarse de tierras y prácticas que se desarrollaron por milenios, dentro de los que aún persisten ciertos pueblos. El mejor ejemplo son

los “Warao” de la llanura deltaica; quienes dicen permanecer en ese hábitat desde hace aproximadamente, unos ocho a nueve mil años (8 a 9000 años).

Dentro de las investigaciones más recientes, el brasileño Campelo Dos Santos, André Luiz (en BBC News y Portal dicyt, 2022) junto al equipo de antropólogos y genetistas de la Universidad Atlántica de la Florida (FAU) y Universidad Emory, ratificaron que entre las migraciones de Sur a Centro América, hace 1500 años, en una distancia de 5200 Km en un área que incluyó “Uruguay, el sureste de Brasil, el noreste de Brasil hasta Panamá” apareció material genético denisovano.

El hallazgo está revolucionando los estudios sistemáticos al señalar cómo estas poblaciones a pesar de que fueron modificadas debido al contacto con los colonizadores europeos compartieron algunas características comunes con otros grupos como “cultura de hacer pinturas rupestres, como las que se ven en el noreste de Brasil, rituales funerarios a veces en tumbas colectivas”. (Campelo Dos Santos, 2022)

Siendo el Orinoco, una región de la amazonia tan relativamente cercana al área de estudios de éstos genetistas, pudiera entenderse que las llanuras inundables en transición a la cordillera fueron paso de migración constante y que la diversidad de grupos que la recorrieron, es mucho más antigua, extensa y pluriétnica de lo que se ha reconocido.

En éste orden de ideas, el investigador venezolano Luis Lemoine (En Prieto, 2024) miembro de la Fundación Arqueológica del Caribe se ha propuesto indagar mediante un proyecto de estudios genéticos el rastreo remoto del ADN de los grupos indígenas anteriores al proceso de conquista, pues de acuerdo a recientes hallazgos de esta comunidad científica:

El territorio de lo que hoy es Venezuela fue un punto de encuentro para varias migraciones y el ADN de América del Sur está en nuestra materia genética...La colonización humana de América del Sur aportó un flujo de ADN de cuatro grupos (A, B, C y D). En cada una de las regiones del continente predominaba uno de esos flujos. Lo curioso es que en nuestro territorio había presencia de

los cuatro grupos. Es decir, que la mezcla genética es muy anterior a la que vino después con la colonización. Entonces, desde hace 20 mil años, ya nosotros éramos una comunidad humana intermezclada. Eso no es nuevo, es muy antiguo.

Desde el punto de vista teórico y metodológico, la tesis se transforma en antecedente de futuras investigaciones acerca del tema de las relaciones entre los grupos y el papel que jugó la posición geográfica privilegiada de estas tierras en la configuración de los grandes circuitos interétnicos de los diferentes horizontes y tradiciones culturales del continente; y de cómo el área intermedia fue un centro de recreación, proyección, innovación y diversificación de los pueblos indígenas americanos, incluyendo las llamadas “altas culturas” producto de sus incesantes migraciones. (Osgood & Howard, 1943, Vidal, 1987; Vidal y Zucchi, 1987, Langeabak y Cardenas, 2006, Campelo Dos Santos, 2022)

Establecidas las diversas categorías de análisis y habiendo enunciado, tres de los argumentos más importantes para abordarlas, en el espacio seleccionado; a saber: 1) heterogeneidad de los grupos étnicos, 2) persistencia toponímica durante la conquista y colonización y 3) Migraciones constantes; se propone la hipótesis de la diáspora ancestral llanera, incluyendo la élite hacia la Región “Gran Airico”, zona de influencia en el Orinoco Medio durante la conquista y primeros años de la colonización (Rivero, 1883, Saignes, 1961); procediendo a formular las siguientes interrogantes del estudio:

¿Cómo fueron las relaciones interétnicas entre los pueblos de los llanos altos y el piedemonte de Barinas inmediatamente antes del contacto?, ¿Cómo se expresaron esos vínculos?, ¿Pueden obtenerse nuevos datos de las filiaciones lingüísticas de estos grupos?, ¿Cuáles pudieron ser las rutas para llegar al territorio que compone el área de estudio?, ¿Qué elementos definen las relaciones interétnicas de los pobladores de los llanos altos occidentales y los de las áreas de piedemonte?

Preguntas que se configuraron teórica y metodológicamente como

objetivos de investigación congruentes con el método comparativo de la historia y con la descripción densa mediante el análisis de las relaciones interétnicas como un concepto transversal del enfoque de la antropología histórica, propuesto en el análisis de los grupos y sus relaciones en el territorio de los llanos altos y el piedemonte de Barinas en el hito 1400-1628.

Parte de los aportes relacionales y comparativos, en aras de una reconstrucción aproximada sobre las dinámicas de éstos grupos que hicieron vida en este espacio y sus áreas de influencia están las propias fuentes; como las ya mencionadas las que alimentan éstos hallazgos y evidencias en el hito trazado.

Por consiguiente en la consideración del hito inicial, a partir del año 1400 d.C, se rescata la cronología de los estudios arqueológicos del contexto; específicamente los argumentados desde pruebas de laboratorio con métodos de carbono 14 (datación absoluta) para restos materiales de toda la secuencia en la estratigrafía; presentados en la obra “Caño Caroni” por Zucchi (1975); que aun cuando sean considerados dataciones obsoletas se hacen pertinentes porque no existen otros registros comprobatorios para ésta área de los llanos.

Por su parte, el hito de cierre, fechado para el año de 1628, se argumentó desde las fuentes coloniales secundarias, empleadas por los historiadores; tomando como episodio el primer traslado de la ciudad de Barinas que vincula el asentamiento fundacional original de Altamira hacia la “Mesa de Moromoy” registrada como “Nueva Trujillo de Barinas”, (Tosta, 1986); 7 años después de la emisión de las Ordenanzas.

Así los primeros asentamientos administrativos y actividades económicas como ganadería de hato y producción tabacalera de la Mesa del Curay, las edificaciones representativas para el convento Agustino y la Iglesia de Negros de “San Pedro”, (Tosta, 1986; García Müller, 1990, Ruiz Tirado, 2000) se consideran hechos que destacan la instauración de la colonia coincidiendo con la llegada del primer contingente de esclavos a la región de manera permanente, (Muller, 1990) lo que implicaría otra etapa de la colonia que

incorpora nuevos elementos étnicos que no forman parte de nuestros propósitos investigativos.

Ampliar las apreciaciones acerca de, quiénes fueron éstos grupos indígenas; desde el punto de vista etnolingüístico, sus espacios territoriales, sus prácticas rituales, parte de su cosmovisión y sus relaciones a través de las continuas prácticas migratorias, rescataría el potencial arqueológico del territorio barinés en la configuración sociohistórica de Venezuela y sus dinámicas relacionales.

www.bdigital.ula.ve

OBJETIVOS DE LA INVESTIGACIÓN

Objetivo General:

- Explicar las relaciones interétnicas en los llanos altos y el piedemonte de Barinas (1400-1628)

Objetivos Específicos:

- Describir los grupos étnicos de los llanos altos y el piedemonte de Barinas (1400-1628).
- Reconstruir las relaciones interétnicas entre los grupos del piedemonte y los llanos altos en el período 1400-1628
- Destacar la importancia de la región histórica Barinas para el período 1400-1628

www.bdigital.ula.ve

“Olvidar la fecunda historia vieja de nuestra América es caer en el vicio de algunos arqueólogos modernos, que llevados por el entusiasmo de sus investigaciones y hallazgos, llegan a imaginar que la humanidad por ellos desenterrada era antes de su exhumación totalmente desconocida, por lo cual a veces han despreciado hasta los más precisos nombres y datos antecedentes que nos legaron los descubridores, cronistas y primeros estudiosos de los indígenas de América”.

Fernando Ortiz (1961)
Prefacio a la segunda Edición de
“Estudios de Etnología Antigua de Venezuela”
de Miguel Acosta Saignes.

www.bdigital.ula.ve

CAPITULO II

MARCO TEÓRICO REFERENCIAL

2.1 ANTECEDENTES DE LA INVESTIGACIÓN

Las relaciones sociales entre los grupos indígenas prehispánicos fue un constructo que se vino incorporando al análisis antropológico en Venezuela desde los años ochenta en numerosos trabajos donde el Orinoco fue visto como un sistema interétnico de interdependencia regional (SIRO) de carácter horizontal, cuando los investigadores deciden atender el factor “tipo de vinculo” para redirigir la mirada hacia aquellos hechos específicos como el comercio, los rituales, las alianzas matrimoniales, las alianzas políticas e incursiones bélicas y hasta el manejo de los recursos en el sostenimiento de dinámicas intraespecíficas de las relaciones entre pueblos.

En tal sentido, sustentándonos en textos que tienen como fuente fundamental las investigaciones etnohistóricas en los llanos de Colombia y Venezuela, entre ellos los reconocidos trabajos de Morey & Morey (1975); las investigaciones arqueológicas de Zucchi, (1976), Redmond & Spencer (2015), y Gassón (2006, 2008, y en Vargas, 2012 2015) y el trabajo pionero de Vidal (1987) acerca de las migraciones arawaks, se consideran como otros antecedentes teórico-conceptuales, los trabajos de:

Biord, Horacio y Arvelo, Liliam. (2002) **“Conexiones interétnicas entre el Orinoco y el Mar Caribe en el Siglo XVI: La Región Centro Norte de Venezuela”** donde la categoría “Conexión interétnica” es relativa a las relaciones interétnicas por los vínculos culturales entre los pueblos del Orinoco, donde los centros de intercambio sirvieron de escenario para una interacción más compleja que lo estrictamente comercial a través de caminos y rutas empleadas como las abras, trincheras y valles que daban conexión al mar. La mención de rutas en las montañas y cimas que ramifican la variedad de conexiones, indican una intensa actividad humana de la que existen restos arqueológicos y otras evidencias que deben ser reconsiderados.

Consideración especial se dio a la propuesta del Orinoco medio como el eje geográfico del sistema y a la discusión presentada en torno al uso y control de los pisos altitudinales desde una perspectiva micro-ambiental porque nos permitió profundizar en la enorme influencia que pueden tener las variables territoriales en la comprensión de dichas relaciones tal como sucede en el presente análisis los altos y el piedemonte barinés visto como una unidad de análisis geográfico o “Zona de Vida”.

Mansutti, Alexander (2007) y sus **“Rituales, Demografía y violencia”** se considera trabajo previo de esta investigación dado que el sistema de interdependencia regional del Orinoco se sustenta sobre tres subsistemas integrantes: Los rituales de flautas sagradas, las guerras y la demografía o como el los llama “Subsistema de la Violencia” como una práctica preexistente o prolongación de los hábitos guerreros. El autor compara a la región con el área de los llanos, donde la guerra no tuvo la misma intensidad dado que “mantenían relaciones sociales ambiguas ocasionadas por presiones de grupo cazadores-recolectores sobre agricultores para mantener el sistema de intercambio”.

Este trabajo es privilegia las modalidades rituales como fuente generadora de múltiples interrogantes lo que implica un vacío y oportunidad para entender las relaciones; como en la presente tesis dado que el factor ritual religioso fue un “organizador político por excelencia de éstas sociedades” y “el principal rol atractor de éstas redes regionales” (Vidal en Mansutti, 2002).

Por último, el factor demográfico estuvo determinado por múltiples variables, entre ellos la reproducción y la muerte; las limitaciones impuestas por la tecnología, la organización social y hasta por las restricciones ambientales, pues para Mansutti los sectores más poblados eran los asociados a los ríos llaneros del norte de Meta y los menos poblados las sabanas y cabeceras de los ríos guyaneses.

Gassón, Rafael (en Clarac, Gordones y Meneses, 2007) y su artículo **“El**

SIRO Revisitado ¿20 años no han sido nada?” representa un antecedente vital en vista de que el autor presenta profundas reflexiones acerca de porqué el Sistema de Interdependencia Regional del Orinoco (SIRO) continúa siendo una pregunta importante dentro de la arqueología venezolana a pesar de los múltiples estudios presentados; en tal sentido, plantea que tal situación se deba no sólo al problema de la poca acumulación de evidencias sino también a una errada representación del pasado venezolano.

Finalmente, la investigación de Tiapa Francisco (2011) **“Sistemas interétnicos del oriente de Venezuela y el bajo Orinoco durante la época colonial”** se considera antecedente fundamental al abordar la subcategoría “frontera” como concepto básico de las relaciones interétnicas en un área geográfica de tensión entre los sistemas interétnicos de predominio indígena donde no sólo existieron “redes comerciales y de cooperación bélica” sino “resistencias alternadas por épocas de paz y alianzas con épocas de guerra”; permitiendo realizar aproximaciones para el contexto de los llanos altos y el piedemonte.

Para éste autor, las comunidades asentadas en del bajo orinoco fueron pueblos que reprodujeron un “sistema cultural de tanta apertura y capacidad de adaptación ante las contingencias” relativa a “la fuerza de sus construcciones identitarias estrechamente unidas a sus lugares de asentamiento, aun estando en rutas de intensa movilidad” lo que le otorgaba “conservación y funcionamiento interno y externo”. Dichas reconstrucciones las elabora a partir de los procesos de transformación histórica producto del contacto con los grupos europeos y criollos” empleando como enfoque teórico-metodológico, la antropología histórica.

2.1.2. La Región de Barinas en los estudios antropológicos venezolanos.

Entre finales del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX destacaron las investigaciones acerca de las culturas que antiguamente coexistieron en esta región, entre ellos los trabajos pioneros de Lisandro Alvarado, Don Tulio Febres Cordero y Julio Cesar Salas (En Salas 1956; Saignes 1961) quienes realizaron etnografía en buena parte del territorio venezolano.

Estos primeros estudios etnográficos destacaban la existencia de una antigua sociedad constructora de montículos y calzadas. Para Lisandro Alvarado tuvieron fines funerarios (Tosta, 1986) basándose en las apreciaciones hechas por el Sabio Humboldt en su obra “Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente”, en la que refirió las descripciones de una misiva de M. Fajardo de quien obtuvo noticias de estas obras monumentales, las cuales ponderó. Tosta reseña la descripción de la siguiente manera:

Entre el Mijagual y el Caño de El hacha se encuentran verdaderos TUMULUS, llamados en el país Cerrillos de los Indios. Son colinas en forma de conos, levantadas sobre el suelo por la mano del hombre, que probablemente guardan osamentas como los de las estepas de Asia...cerca del Hato de la Calzada, entre Barinas y Canaguá, repárase una hermosa vía de 5 leguas de largo hecha antes de la conquista en los más remotos tiempos por los indígenas. Es una calzada de tierra de 15 pies de alto que atraviesa una llanura con frecuencia inundada. (En Tosta, 1986, Pág 14).

Es decir, que el propio Humboldt afirmaba que estas sociedades complejas fueron pueblos distintos a los encontrados por los conquistadores en el siglo XVI. Sin embargo, las investigaciones sistemáticas sobre los grupos humanos de Barinas y su cultura material entran en la esfera de las investigaciones académicas hasta bien avanzado el siglo XX, cuando en la década de 1960 durante la ejecución del Programa de Arqueología de Rescate de los llanos de Venezuela (Zucchi, 1975) Cruxent halla los primeros artefactos y cerámica prehispánica, la cual fue analizada por métodos absolutos (Cruxent & Rouse, 1982)

Entre 1961 y 1966; excavaron en el sitio de las Sabanas de Mata e Palma, antiguo Distrito Barinas encontrando innumerables piezas cerámicas de una rica decoración y elaborada manufactura tecnológica. Estos estudios fueron continuados por la antropóloga Alberta Zucchi, entre 1972 y 1973; quien también dató por carbono 14 los restos que dieron como resultado el establecimiento de la serie “Osoide”; es decir, la determinación de un estilo cabecero así como la secuencia para el área de Barinas, en un largo intervalo de tiempo cronológico, dividido en cuatro (4) etapas, oleadas o períodos de poblamiento:

Primera Etapa: [920 a.C a 230 a.C] Es la ocupación más antigua conocida hasta el presente y se ubica en el territorio medio del Estado en las cercanías de un caño denominado “El Oso”, en una zona transicional hacia los llanos bajos. Su origen quizás esté asociado con grupos del sur de Colombia y Ecuador y quienes al parecer fueron constructores de pequeños montículos. Ya Cruxent había confirmado que estos restos pertenecieron a grupos sedentarios, que practicaban actividades de subsistencia basadas en el cultivo del maíz y en el consumo de abundantes recursos animales, tanto terrestres como acuáticos ofrecidos por el medio.

Una segunda etapa [230 a.C. – 500 dC] en la que “se observa un aumento de la población en forma considerable, introducción de técnicas cerámicas de grupos que se desplazaban desde occidente” asociados a posibles contactos Tocuyanoides en combinaciones con fases propias de San Felipe, Barquisimeto y La Guaira (Zucchi, 1975). La autora resalta asimismo que este crecimiento poblacional llevó a los osoides a expandirse hacia lo que hoy es Portuguesa confirmando las influencias citadas en los estilos alfareros, el desarrollo de técnicas arquitectónicas y los sistemas agrícolas.

La tercera etapa [500 D.C. -1000 D. C], caracterizada por la ocupación de grupos procedentes del Orinoco y por su influencia sobre el espacio llanero, que adoptaron el cultivo de la yuca y perfeccionaron la técnica de construir calzadas y montículos que caracterizó la fase de los asentamientos más antiguos de

Caño del Oso y La Betania, tiempo en el que presiones demográficas aumentaron las expansiones desde el área de Apure y el Orinoco medio, dentro de las cuales se reconocen estilos de la llamada Tradición cerámica saladoide y los estilos “Arauquin y Matraquero”.

La última etapa [1000 al 1400 D. C] corresponde a Caño Caroní, uno de los grupos sedentarios de Selva Tropical, que se consolidó y expandió de grupos procedentes del Orinoco, con tradición cerámica adaptada a nuevos hábitats, que fueron ocupando las selvas de galería de los llanos que más se asemejaban a su medio selvático porque ofrecían mayor protección y factibilidad de comunicación fluvial así como agricultura aluvional, a través de camellones de tierra. En éste grupo se encontrarían la mayoría de los grupos étnicos del hito 1400-1628; asociados a la filiación “Caribe” (Zucchi, 1975, 1985).

Posteriores estudios se ejecutaron en los años 80`s impulsados por dos investigadores de la Universidad de Pittsburg, Elsa Redmond y Charles Spencer quienes junto a un equipo de científicos colaboradores del Instituto de Investigaciones Científicas (**IVIC**); entre ellos el Dr. Rafael Gasson; excavaron entre 1983 y 1988 en un área transicional de 400 km² que incluía una sección de los llanos bajos, los llanos altos y el piedemonte en el Municipio Pedraza (Redmond & Spencer, 1992, 2015, Vargas Ruiz, 2015). Los resultados de los análisis de laboratorio realizados entre 1988 y 1992, arrojaron nuevos datos al contexto.

Tanto en las sabanas como en las faldas montañosas y muy cercano a la Calzada del Río Canaguá, existió un asentamiento complejo en el sitio llamado “El Gaván”, donde “una cultura floreció entre los años 300 al 1000 dC, la cual subdividieron temporalmente en fases: Gaván Temprano (300-550 d.C.) y Gaván Tardío (550-1000 d.C.)” (Redmond y Spencer, 1992, 2015). Entre 1999 y 2004, Gasson continuó las excavaciones en el otro extremo del río, en un área de 60km (Vargas, 2015), encontrando otro centro que mantuvo estrechos contactos con la gente de “Gaván”, en un área conocida como “El Cedral”,

cuyas dataciones se prolongaron entre los 850 y el 1350 dC (Gassón, Rey y Valdez, 2006, Vargas, 2012, Gasson en Vargas, 2015).

Gavan registró jerarquías de asentamiento de tres niveles: Montículos de gran tamaño alrededor de una plaza central de las que partían monumentales calzadas hacia montículos de menor tamaño y luego un tercer nivel con sitios dispersos bastante pequeños (Redmond & Spencer, 1992, 2015). Por su parte Cedral, compartió estos rasgos monumentales pero además tuvo intensificación de la agricultura en campos elevados y estructuras de encerramiento como empalizadas y más calzadas (Gasson en Vargas, 2015)

El sitio complejo Cedral se erigió entre el 550 al 1000 dC; es decir, fue contemporáneo con Gavan Tardío, “surgiendo dos unidades políticas regionales con estructuras defensivas tipo empalizadas” de allí que Gasson presumiera que fueran caquetías (En Vargas, 2015) al presentar un rasgo típico del asentamiento arawak, descrito entre las crónicas de Indias.

Entre los argumentos más importantes de ambas investigaciones es que se trataron de sitios fortificados dirigidos por élites que mantuvieron el control de los recursos locales y cuyas tendencias de organización centralizada fue la causa de la guerra en los llanos de acuerdo con Redmond & Spencer (1992). No obstante; sufrieron repetidos ataques, por lo que el cacicazgo de Gaván persistió durante más de cuatro siglos hasta un enfrentamiento del cual nunca se recuperó”:

Las últimas capas de ocupación en B12 (Centro de Primer Nivel) muestran evidencia de quema generalizada coincidente con el abandono del sitio. Luego de establecer que los datos de la Fase Gaván son consistentes con un conjunto de hipótesis para la organización de la jefatura, dirigimos nuestra atención a cuatro grupos temáticos: Control local de recursos, crecimiento de la población y la guerra, el intercambio a larga distancia y el ritual ideológico. (Redmond & Spencer, 1992, 2015)

De allí que para la pareja de arqueólogos “la guerra fue motivada por

escasez de tierras aptas para la agricultura como efecto del crecimiento demográfico y la presión poblacional generando una nucleación” Mientras que para Gasson, “las tendencias tempranas a la centralización estuvieron más relacionadas con factores agrícolas que bélicos”; pues ni en Gavan ni en Cedral “existe evidencia de que la población regional haya excedido el potencial productivo” (Gassón et al, 2006; Gasson en Vargas, 2015, Vargas, 2015).

Es decir, “La causa de la guerra en los llanos del Orinoco fue la captura de la fuerza de trabajo más que la expansión territorial”; afirmación que es sustentada por Gasson apoyado en los estudios de Drennan y principalmente Whitehead; para quien “el control de personas fue la máxima expresión de dominio en el Orinoco” (Whitehead en Gasson et al, 2006, Gasson en Vargas, 2015)

No obstante, tanto en Gavan como en Cedral, hubo factores de tipo religioso que acentuaron los conflictos y culminaron con la aniquilación de ese centro primario de Gavan en forma violenta (Redmond y Spencer 1992). Estos cacicazgos, al parecer hereditarios con poder centralizado, agricultura intensificada y presencia de artículos suntuosos para las élites como Placas Aladas (Redmond & Spencer 1992; Niño en Gordones y Meneses, 2005, Gasson et al., 2006; Vargas 2015); aportaron diferentes preguntas acerca de la guerra en los llanos del Orinoco (Colombia y Venezuela) y las tendencias tempranas a la centralización en la región.

En ésta lucha por el control de la mano de obra, tanto Gavan (300-850) como Cedral, (800 al 1350 dC) nos muestran una inicial configuración de las relaciones interétnicas entre los grupos de Barinas y los Llanos (Colombia y Venezuela) (Redmond & Spencer, 1992; Gasson et al, 2006, Vargas 2015) y en la organización de estos grupos está la clave sobre la ascensión, duración y decadencia de esas sociedades del primer milenio. Coincidimos con Heckenberger en que “La guerra y el comercio en el Orinoco hayan sido determinados por principios étnicos” (En Vargas, 2015).

Para Gasson la guerra no fue endémica ni un fenómeno regular ni

permanente en la región por cuanto sugiere que “el factor que legitimó el liderazgo de éstas unidades políticas y principalmente a la élite; estuvo demarcado por el ritual ideológico y todo su ceremonial”; añadiendo que tal vez, “Una intensa sequía entre el 800-900” azotó la región de acuerdo con evidencias en la estratigrafía del Golfo de Cariaco (Gasson y Zucchi en Vargas, 2015). Este conflicto agravado marcó el fin de Gaván tardío (850 al 1000 dC) tras la aniquilación del Centro Primario, ejecutado por la gente de El Cedral. (Redmond & Spencer, 2015, Gasson et al, 2006, Gasson en Vargas)

Al analizar estos estudios en forma comparada con la cronología de la serie (Zucchi, 1975); se entiende que los Osoides representaron una cultura de al menos 2300 años en los llanos de Barinas y recibió influencias de otras culturas desde el 230 aC hasta el año 1200 dC; último marcador de tiempo que está datado por la presencia de los Caribes desde antes de la llegada de los conquistadores (1577 dC).

Lo que Rouse & Cruxent denominaron “Intrusivo “La Betania” en Osoide, fue una etapa de la cultura material y artefactos asociados de clara preeminencia alfarera dentro de la arqueología venezolana. Entre las piezas monócromas y polícromas estrictamente Osoides, se perfeccionaron luego “vasijas biconvexas y platos con pedestal” (GAN, 2001); lo que nos dice de una sociedad de cierta preeminencia ideológica y obviamente en su acabada y distintiva manufactura.

Ligado a las influencias de pueblos que migraron del Noroccidente venezolano entre el 230 aC al 500 dC; es decir, 730 años aproximadamente (Zucchi, 1975); la arqueología cronológica destaca que se trató de influencias del estilo “Tocuyanoide” (400 aC-500 dC); la cual se expresó en las clasificaciones Osoide B (230aC-150 dC) y Osoide C (150 al 650 dC) pero vio menguada su presencia durante la consolidación de la expansión Caribe, después del 1000 dC.

No obstante, en el 500 dC, ya una avanzada de nuevos grupos de selva en los llanos conocida como “Expansión Arauquin”, asociada a la llegada de los

primeros contingentes “Caribe” o “arauquinoides” (Zucchi, 1975, 1985, 2017), mantuvieron una larga permanencia pacífica con éstos osoideos y tocuyanoides en los llanos de Barinas. La arqueología reconoce que además de éstas tradiciones los “Cedeñoides” (1000 aC- 1500 dC); fueron otra migración contemporánea a los grupos Saladoides y ambos dejaron su huella en Barinas (GAN, 2001, Zucchi, 1985, 2017).

Los cedeñoides estuvieron en diversos lugares del Sur y Los Llanos venezolanos incluyendo Barinas; no obstante, por su marcador cronológico y técnicas decorativas resaltantes, los arqueólogos los asociaron con los grupos de las tierras bajas suramericanas por lo que se le conoce dentro de la Tradición cerámica como “de líneas paralelas” (Lathrap, 1970, Zucchi, 1985, Zucchi, Tarble y Vaz en Zucchi, 2017). Los Saladoides están tipificados como la Migración Arawak que estuvo en los llanos, el centro, las costas y poblaron las Antillas.

Durante las etapas, intermedia y final de la cronología de Zucchi, la presencia de al menos dos horizontes culturales, el amazónico y el andino, ya se había consolidado en el espacio de estudio (Zucchi, 1975); lo que denota la presencia de múltiples grupos étnicos durante el primer milenio; entre ellos, Caribes, Arawaks y varias lenguas independientes.

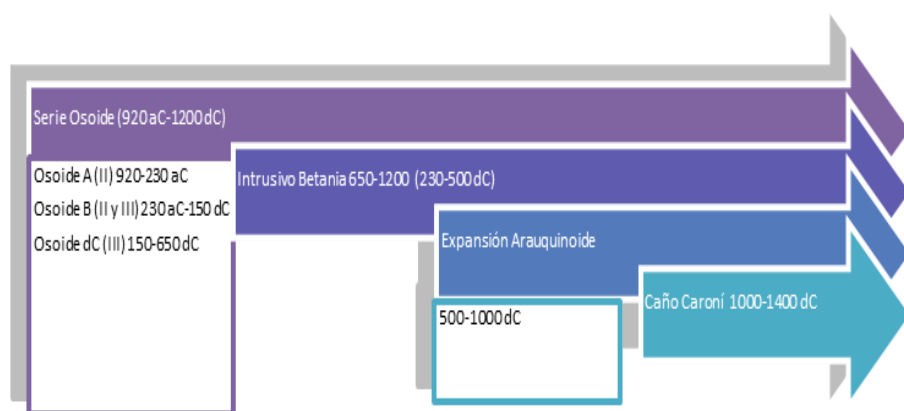


Diagrama N° 1.- Cronología de la Serie Osoide
Colina, 2024 (Fuente Fundamental, Zucchi, 1975)

BASES TEÓRICAS

2.2.1 TOPONIMIA, COSMOVISIÓN Y BORDES ETNOLINGÜÍSTICOS EN LA ORGANIZACIÓN DE LOS PROCESOS ÉTNICOS

La **etnicidad** como conjunto de características socioculturales que distinguen a los grupos se mide por “la fuerza de una frontera” (Barth, 1976); es decir, dicha fuerza se manifiesta mediante la intensidad de la **identidad o sentimiento de pertenencia** que surgen de las **relaciones de interacción** con otros grupos; por medio de las cuales se expresan y construyen las diferencias culturales. (Wolf y Grimson en Bari, 2002).

La intensidad de esa identidad puede mantenerse constante a través del tiempo a pesar de los cambios culturales internos o de los cambios estrictos de la naturaleza de esa identidad pues muchas veces está permeada por las formas de relaciones entre los grupos.

Son las fronteras mismas y la capacidad de mantenerlas en la interacción con otros lo que define la identidad, y no los rasgos culturales seleccionados para marcar, en un momento dado estas fronteras. (Barth, 1976). Las identidades en cualquier tiempo y lugar son las que definen los **bordes o fronteras** entre los grupos; de ahí que sean considerados marcadores culturales.

Estos marcadores pueden variar en el tiempo y nunca son la expresión simple de una cultura preexistente supuestamente heredada en forma intacta de los ancestros (Barth, 1976). La etnicidad surge de la convivencia y en un **espacio geográfico** restringido pero culturalmente heterogéneo, se puede manifestar en forma de **relaciones ambivalentes e inestables**, tal como sucedió con los grupos asentados en los llanos altos y el piedemonte de Barinas en tiempos pretéritos legando una gran diversidad cultural.

En éste proceso histórico, los grupos en condición pendular al parecer fueron los que más legaron elementos residuales o sustratos entre los grupos que habitaban este espacio social durante el tiempo de conquista y colonia; lo cual se corrobora en su tendencia a la dispersión.

Distinguibles como leves pistas a través del análisis y síntesis del tiempo de larga duración; es decir, a través de ciertos fenómenos mentales se puede afirmar que el contenido cultural o identidad de éstos grupos estuvo asociado con una comunidad humana del pasado por lo que grupos como los Barinas y Canaguas se sienten herederos de una tradición, mimetizando una identidad que se preservó en el tiempo de larga duración.

Al estudiar la historia de un **grupo étnico**, no se está trazando la historia de una misma "cultura" sino de aquellos elementos residuales o persistentes que se mantienen porque gracias a la organización étnica y a las normas para establecer pertenencia, ciertos grupos rebasan los límites temporales y a pesar de las modificaciones son vistos como una unidad continua.

En ésta dialéctica los mismos grupos se reconstruyen constantemente por el discurso nativo (autoglotónimos) y el discurso externo (heteroglotónimos) en el sostenimiento de una identidad y la expresión permanente de la etnicidad dentro de ciertos límites o bordes que son las normas que permiten o no la adhesión entre ellos.

En éste sentido, grupos semi permanentes y los estrictamente sedentarios heredaron parte de los topónimos, hidrónimos, fitónimos y etnónimos así como rituales y cosmovisión que legaron grupos transitorios o humanidades extintas en cuya configuración inicial se forjó una identidad que fue tan fuerte que marcó una diferencia cultural y sus rezagos perduraron en tiempo de la conquista y la colonia.

Esa caracterización particular como grupos en condición liminar en un territorio tan específico le otorga a la organización de los procesos sociales y étnicos de los llanos y piedemonte de Barinas, un carácter que fluctuó entre la ambivalencia, la discreción y la pendularidad; tal como lo expresan los mapas antiguos y ciertas expresiones espaciales en el presente; algunos como accidentes geográficos de carácter alóctono o bien como configuraciones nominativas aisladas en una cartografía; es decir, como "Territorios liminares".

Esta categoría emergente se diseñó para reconstruir históricamente, los

procesos de etnogénesis, ocupación, recreación y configuración cultural entre las sociedades más pretéritas o “arcaicas” de las que existen muy escasos datos en los registros escritos (Colina, 2021) pero muestran rasgos en la historia de larga duración cuando emergen identidades distintivas. Según Navarrete (2004) este tipo de identidades siempre está vinculada al poder siendo una de las formas más persistentes de la etnicidad.

La organización de los procesos interétnicos por parte de los grupos humanos de los Llanos Altos y el Piedemonte de Barinas en el intervalo de tiempo 1400-1628 está unida al impacto de esa identidad residual y a la “Migración”, como una de los fenómenos que precipitaron la dispersión y heterogeneidad de grupos; mostrándose en espacios contiguos como “El Airico” (Hipótesis) por lo que fundamental es, precisar la pertinencia de las **categorías** de lo étnico (**Relaciones Interétnicas, Identidad, Etnicidad, Bordes y Fronteras, Grupos étnicos y Territorio**) en el presente estudio.

En cuanto a las **Relaciones interétnicas** como interacciones recíprocas entre las culturas asentadas en el hito 1400-1628 en los llanos altos y el piedemonte muestran un carácter pendular entre los grupos cuya presencia está marcada por grupos de modo de vida nómadas (llanos) y escasos grupos sedentarios (Pie de monte). En cuanto a la expresión de las diferencias, ocurrió a partir de las heterogeneidades de las tramas simbólicas compartidas y lógicas de interrelación siempre en tensión; es decir fueron relaciones conflictivas.

Los **grupos étnicos** que describen los cronistas muestran una identidad y etnicidad que ya estaba transformada desde el pasado indígena, representados por comunidades de individuos que se distinguieron tras el contacto con lo que les era extraño. La descripción de las fuentes secundarias (crónicas y registros arqueológicos) a los que se incorporó análisis de la lingüística y la cartografía, arrojaron identidades que se expresaron en el resguardo de sus asentamientos para el caso de los Barinas y Canaguas, parcialidades que se muestran aparentemente aisladas; junto a otras

distinciones étnicas entre ciertas familias lingüísticas reconocidas, mayoritariamente Jirajaras y Caribes.

Con Weber (2002) comprendimos que “El grupo étnico no es en sí mismo una comunidad, sino tan sólo un momento que facilita el proceso de comunización” y de acuerdo con Barth (1976) al “compartir valores culturales fundamentales como unidad cultural manifiesta, sus miembros que se identifican a sí mismos y son identificados por otros; se constituyen en una categoría distinguible de otras categorías del mismo orden”; es decir, como grupos étnicos, naciones o parcialidades; valga decir, desde la noción de etnocentrismo y alteridad.

En éstas relaciones, los límites canalizan la vida social y permiten la organización compleja de sus interacciones. En la identificación con un grupo étnico intervienen criterios de valoración y de juicio por lo que en ambas partes se está fundamentalmente "jugando al mismo juego"; lo que significa que entre ellos existió una posibilidad de diversificación y expansión de su relación social capaz de cubrir diversos dominios de sus actividades cotidianas.

Dicha dicotomía convierte a los otros en extraños y en miembros a los de otro grupo étnico y supone un reconocimiento de las limitaciones para llegar a un entendimiento recíproco. Amodio (1993) llamo a estos límites **Bordes interétnicos** para referirse a las normas fluidas y permeables distintas a las que con “rigidez y tendencia impenetrable” aportó del concepto **Frontera étnica** (Barth, 1976).

Entre los pueblos indígenas debieron demarcarse dichas negociaciones con gran énfasis dado que mantenían intensas relaciones entre ellos, al conformar sistemas de intercambio regional que incluyeron todos los ámbitos de la vida cultural entre grupos de filiación lingüística y étnica diferentes, como quedó señalada líneas antes, la marcada presencia de grupos Caribes y Jirajaras en el territorio donde otras parcialidades “menores” convivían entre ellos “Los Canaguas” y los que “nominaban” el territorio, osea “Los Barinas”.

Como un ecosistema cultural articulado a circuitos más amplios como

subsistemas a nivel regional y sistemas de alcance nacional y posiblemente continental, los llanos altos y el piedemonte de Barinas fueron un espacio dinamizador de la región llanera y las zonas de influencia; de un alto valor dentro de un gran sistema interétnico de distintos niveles de relación entre los grupos, como pudo ser el SIRO o los llamados Caminos de Costa y Sierra andinos, donde:

...los productos culturales que circulaban en cada sistema producían una homogeneidad cultural que caracterizaba (y producía) el horizonte cultural de esos grupos” (Murra, 1975; Amodio, 1993).

En consecuencia para el estudio de los bordes interétnicos en nuestra propuesta de investigación, partimos de ciertas relaciones simbólicas como **Territorio- Cosmovisión, Toponimia-Migración y la Dualidad Mágico-Religiosa** por tratarse de elementos impulsores de la génesis de ciertas identidades tipificadas en las cartografías a través de la identificación toponímica, cuya expresión de etnicidad es “Liminar”. (Turner, 1980; Turner en Colina, 2021, Colina, 2021).

Como categoría de análisis emergente que estudia los rasgos de mentalidad entre los grupos en el hito 1400-1628, “los territorios liminares” ayudaron a descifrar identidades residenciales que emergieron en el tiempo de larga data. En la unidad de estudio, los bordes étnicos se expresaron durante la conquista y colonia mediante el sostenimiento a toda prueba de un símbolo identitario unido a su origen y al territorio.

Parafraseando a Navarrete (2004), si esta identidad estaba unida a una forma de poder y el manejo de unos recursos específicos así como al sostenimiento de ciertas prácticas rituales, nos remite a los aportes de los estudios arqueológicos que sugieren la presencia de los cacicazgos descritos en los estudios sistemáticos (Redmond & Spencer, 2015, Gasson en Vargas, 2015)

Desde la perspectiva histórica diacrónica se comprueba que los grupos étnicos pueden – y suelen – modificar los rasgos fundamentales de su cultura

manteniendo sus límites, bordes o fronteras; es decir, sin renunciar o perder su identidad. Aunque un grupo étnico adopte rasgos culturales de otros grupos, como la lengua, la religión, modo de vida, puede continuar percibiéndose (y siendo percibido) como distinto.

Por lo tanto, los límites o bordes entre grupos étnicos no dependen de la permanencia de una cultura pues ésta se va construyendo en el devenir histórico y la identidad no define la naturaleza de un grupo; de hecho las culturas son cambiantes y su dinamismo puede tener varios contrastes.

Esa variabilidad reproduce **Etnicidad** que es la diferenciación cultural que surge de una relación dialéctica de similaridad y diferencia en la organización social de los procesos culturales. Como hecho surge de identidades grupales tras la negociación de significados compartidos en la interacción social.

Siendo la cultura un vehículo o un medio por el cual se negocia la relación entre grupos, ésta negociación es un juego en el que se admite o niega una identidad social a la que contribuye de muy diversas maneras la puesta en escena de la etnicidad, que no es, por tanto, propiedad de un grupo, sino el resultado de una relación.

La Etnicidad de los grupos del piedemonte y los llanos también se manifestó en la relación de heterogeneidad étnica en un territorio como persistencia de un fenómeno mental de larga duración por lo que la convivencia y conservación de un espacio específico vinculado a una Ideología y dualidad de tipo Mágico-Religiosa preservó una Toponimia y muy posiblemente alguna práctica económica de subsistencia.

En tal sentido, la descripción de los aspectos físicos y geográficos de los Llanos Altos y el Piedemonte refieren un espacio modificado producto de estas interacciones, corroborando además que los límites más que físicos son culturales y que de las negociaciones por transacción, permuta o imposiciones entre ellos reveló el elemento premium de los límites o bordes interétnicos como es la linguodiversidad o multiplicidad de lenguas descritas al momento del

contacto tales como: Arawacas, Caribes Guahibo – Sikuani, Otomaco, y transacciones entre hablantes timotes y jirajaras.

2.2.2. ASPECTOS FISIOGEOGRÁFICOS DE LOS LLANOS ALTOS Y EL PIEDEMONTES DE BARINAS.

Las variables físicas y medio ambientales así como aspectos ecológicos son elementos que inciden en los procesos históricos de ocupación de los grupos y sus primeras dinámicas de interacción porque van señalando las configuraciones iniciales de sus fronteras geográficas; es decir, de su noción primigenia del espacio y sus potencialidades. En tal sentido se precisa señalar ciertos aspectos del territorio de carácter astronómico, geológico, hidrográfico, climático de la unidad de estudio.

El estado Barinas se localiza al norte de América del Sur, específicamente en el suroccidente de la República Bolivariana de Venezuela. Astronómicamente ubicado entre las **coordenadas** 8°08'00" de Latitud Norte y 69°25'00" de Longitud Occidental; que tiene por **límites geográficos** los siguientes: Al Norte con los Estados Trujillo, Portuguesa y Cojedes Al Este con los Estados Guárico y Portuguesa. Al Sur con el Estado Apure y al Oeste con los Estados Táchira y Mérida.

Con una **extensión** de 35.200 **Km²** el perfil orográfico obedece a un **relieve** variado caracterizado por los hábitats de sabana tropical (**Aw**) en el que destaca la **vegetación** de tipo herbácea interrumpida por núcleos de selva de sabana en las riberas de los ríos en las que se puede observar el hábitat tipo monzónico (**Am**) para dar paso a las zonas de piedemonte o faldas de cordillera donde predomina el bosque húmedo de Montaña (**Cfbi**) y el bosque nublado o Alpino Tropical (**ETH**); es decir, a medida que se asciende el factor altitud va modificando la temperatura en los diversos pisos térmicos

No obstante, el clima predominante es el de sabana, el cual es cálido; presentando una **temperatura** de 27 y 28 °C en promedio modificado sólo por el **régimen pluviométrico** el cual se expresa en dos períodos anuales bien diferenciados: La **Sequía** (entre Noviembre y Abril) y el período de **Lluvias** (de

Mayo a Octubre), estaciones que presentan variaciones en la intensidad y fluctuación del régimen pluviométrico producto del cambio climático global.

Así pues, factores como el relieve y el clima determinaron una región geográfica de contraste que alberga variedad de vegetación, diversidad de flora y fauna; hábitat favorable para el desarrollo de la vida humana y la vida silvestre en general soportado por su abundante **hidrografía** perteneciente a la Cuenca del Orinoco, al que vierte todas sus aguas a través del Río Apure, principal colector en este tramo medio dentro del territorio venezolano.

Entre estos ríos y corrientes que bajan de la cordillera de los Andes y atraviesan todo el estado, en sentido Oeste-Sureste, se cuentan: Boconó (Límites con Portuguesa), Masparro, Santo Domingo, Paguey, Canaguá, Acequias, Socopó, Michay, Quiu, Santa Bárbara, Suripá, (todos bajan de la Cordillera andina merideña) al igual que el Caparo (en límites con el actual estado Táchira).

De modo que la configuración ecológica de los llanos altos occidentales y el piedemonte de Barinas se convirtieron en un espacio idóneo para los asentamientos tempranos tal cómo sucedió con los primeros contingentes humanos en vista de que el proceso de intervención en las tierras cálidas o bajas con fácil acceso a las tierras piemontanas y viceversa fueron **zonas de refugio** con abundantes **recursos naturales** aprovechables que les permitieron la **subsistencia** sostenible.

2.2.3. ACERCAMIENTO A LA RELACIÓN TERRITORIO Y COSMOVISIÓN.

Entre los grupos prehispánicos de los llanos y el piedemonte de Barinas entre 1400 y 1628, grupos como los Barinas y Canaguas (Tosta, 1986) eran portadores de una identidad vinculada al territorio que se mantuvo en forma de persistencia toponímica producto quizás de un tipo de cosmovisión o a la recreación de sus lugares de orígenes o a los tiempos fundantes o “gloriosos”; por lo que muy probablemente estas expresiones étnicas obedezcan también a una deología mágico religiosa.

Las interacciones personales se convierten en las relaciones sociales a manera de tramas de significados intersubjetivos que van edificando y amalgamando un sentimiento de pertenencia o identidad. Es una forma de expresión de la realidad, tal como aparece en la conciencia volviéndose experiencia cotidiana.

Los símbolos, fuerzas que actúan en los procesos sociales, son creados por los grupos en la búsqueda de mecanismos que consoliden su trascendencia lo cual también incluye la forma en se concreta la apropiación del espacio físico que es una dualidad del tiempo cósmico, encontrando formas de resolver la ansiedad humana de hallar sentido y significado a su realidad y a su existencia. De allí, que el estado natural de la vida colectiva sea la presencia de los conflictos pues son las contradicciones y no la existencia de una integración solidaria y armoniosa las que marcan las relaciones con los otros.

El orden simbólico produce el orden social; de allí que las ceremonias rituales cumplan la función de reactualizar visiblemente en forma festiva o solemne ese orden; que no es otra cosa que la evocación del mito.

Cuando un lugar es ocupado por el hombre lo transforma simbólicamente en cosmos por repetición ritual de la cosmogonía. Sigue un modelo ejemplar: La creación del universo por los Dioses: Un acto primordial para organizar el caos, darle estructura, formas y normas” (Eliade, M. 1958, 27)

En las sociedades pretéritas ésta toma de posesión o conquista del territorio geográfico era un hecho trascendente; aun cuando hubiera sido ocupado por grupos étnicamente afines se debía repetir, el ritual primero o evocador de su cosmogonía para hacer el espacio habitable ya que para que fuera “Mundo” debía crearse de nuevo; es decir, convertir el espacio profano en uno consagrado y así consolidar su expansión a partir del centro o axis (Eliade, 1949); de ahí que todo territorio tenga un eje fundante y una extensión.

En el concepto “zonas de recreación societaria” propuesta en las investigaciones amazónicas, (Wright 1981; Wright y Hill 1986 en Vidal, 1987 y González Náñez, en Vidal y Zucchi, 1987; González Náñez, 2009) se afianza la

relación Toponimia-Cosmovisión porque no sólo expresa el complejo Mito-Rito (Eliade, 1956, Strauss, 1968) sino que al describir y explicar las expansiones y migraciones de los pueblos arawacos como practicantes de rituales sagrados y antiguas alianzas entre grupos como formas de relación social, claramente visibles más allá del parentesco entre los sibs y entre una o más fratrias. (Vidal, 1987)

Como proceso sucedía en un lugar específico y era llevado a cabo por un shaman porque revestía una importancia significativa para la reconstrucción histórica del grupo con un origen común en territorios muy distantes tras producirse ciclos de migraciones:

Los ciclos de mitos y creencias son códigos que contienen los principios y la información que posibilita tanto la re-creación o reorganización del orden social en distintos contextos espacio-temporales, y con ello, la continuidad del grupo, y hacen alusión histórica sobre movimientos poblacionales del pasado.

(Wright 1981; Wright y Hill 1986 en Vidal 1987).

Dicha transformación reconfiguraba la identidad étnica y cultural ante sus antepasados míticos (Wright en Vidal y Zucchi, 1987); no obstante, los territorios que ocupaban se siguieron visualizando como el centro del mundo, independientemente de su posición geopolítica vigente porque simbólicamente era el retorno a sus orígenes; es decir, a los comienzos en los que la descendencia correspondía a una determinada jerarquía, conformándose una nueva entidad social, diferente de la sociedad matriz de la cual se separó (Vidal 1987) evocando el rito y el mito del lugar donde salieron sus ancestros.

Acerca de los antepasados de la familia “Maipure- Arawak” los autores citados plantearon en sus estudios sistemáticos, de carácter lingüístico y arqueológico, que el Arawak, una de las familias mejor documentadas en Venezuela y el continente, tuvo por centro de dispersión inicial un área conocida como raudal de Jípana (Hípana), Alto Río Negro, específicamente en el Río Içana, Estado Amazonas de Brasil (González Náñez: 2009).

Contrario a lo planteado por Karl Von Steinen quien ubicaba el origen de

los Arawakos al Norte del continente (Florida, Estados Unidos de América), los estudios más recientes señalan que su diseminación ocurrió desde el sur del continente, en pleno noroeste amazónico, abarcando las Tierras Bajas de Brasil en el flanco oeste hasta el piedemonte de los Andes suramericanos (González Nãñez; 2006) y su etnogénesis está ligada a la ideología "El Ombligo del Mundo".

Siendo un área de difícil acceso demarcada por raudales no existen datos precisos de cuándo y cómo ocurrió en tiempo cronológico esta milenaria migración más todo indica que usaron las corrientes fluviales del Amazonas hasta poblar el septentrión, las regiones costeras y el Caribe.

Según Vidal (1987) los pueblos del noroeste amazónico denominan éstas rutas los "Caminos del Kuwai" que se mencionan tanto en la tradición oral como en los cantos y recitales sagrados de los shamanes y otros rituales de los Piapoco (Pp. 127). En aquellos lugares intermedios donde existen petroglifos quedaron registradas sus diseminaciones por lo que en uno de estos Maipure-arawak, estarían parte los ancestros del llano Colombo-venezolano, tras una migración que al llegar al Orinoco medio, volvió a expandirse a nuevas áreas geográficas (Entrevista a González Nãñez, 2015).

Estos caminos representan el conocimiento geográfico sobre extensas regiones de Suramérica adquirido a lo largo de los siglos y fueron redes de intercambio y/o rutas migratorias que cuentan sus historias míticas de creación o narran experiencias trascendentes que vivieron, experimentaron y lo que observaron entre otros grupos en los diferentes lugares por donde avanzaron.

Una de las evidencias más repetidas por los investigadores de la cultura arawak es que los petroglifos fueron elaborados por ellos (Gonzalez Nãñez, 2009). Por ejemplo, la tradición Pusharo en el Perú muestra que "estas rocas fueron grabadas por antiguos pueblos amazónicos en su camino hacia la cordillera de los andes para intercambiar productos de la selva: Hoja de coca, ayahuasca, oro, plumas por los productos de la sierra como cereales y camélidos andinos. (Martin-Ramos, 2001; Hoquenghem, 2009)

En el estado Barinas, abundan las rocas glifadas y en todo el piedemonte bordeando toda la falda cordillerana en un eje paralelo los más diversos motivos geométricos, zoomorfos, antropomorfos son los vestigios de su paso en el contexto. Ante la variedad de la toponimia indígena en las montañas de más baja altitud como las mesetas bañadas por innumerables corrientes que discurren a las sabanas habría que identificar si tendrán una afinidad Maipure lugares como Curbatí, Canaguá, Paguey, Bum-Bum, Michay, Quiu, Otopum o El Yaure.



Gráfico N° 1 Fuente: Novoa (2005) "La espectacular pared cubierta con petroglifos, es un enorme abrigo de catorce metros de ancho y que se prolonga hasta unos veinte metros de altura, haciendo que la luz solar entre muy tenue en el lugar. A todo lo ancho del abrigo la superficie está totalmente cubierta de figuras hasta los dos metros y medio de altura. Entre los numerosos grabados destaca un gran rostro humano solar rodeado de TREINTA RAYOS (Derecha) y de algo más de un metro de diámetro; igualmente destaca una gran figura serpentiforme, una forma antropomorfa femenina de más de un metro de alto, una figura idolíforme de mas de metro y medio de alto, varios círculos y espirales, así como una serie de rostros humanos que siguen una línea en la parte más alta del conjunto. Igualmente en la pared de enfrente se encuentran diversos grabados de las mismas características"



Gráficos N° 2 y 3. Fuente: Novoa (2017) Ladino, Novoa y Alessi con miembros de la Fundación "Patrimonio Barinés" en las montañas del Municipio Bolívar del estado Barinas en Venezuela: "Descubrimos una gran mole rocosa en forma de gran mesa y de unos 70 m2, totalmente cubierta de petroglifos, entre las figuras destacan varias espirales, círculos concéntricos, figuras solares, un pie humano, varias formas antropomorfas y varias figuras más de difícil interpretación. Fue un extraordinario hallazgo pues era una zona del estado Barinas donde se descubren por primera vez petroglifos precolombinos de varios miles de años de antigüedad".

El petroglifo de "El Cumbe", una mole de 70 mts se encuentra en un sector por el que se realiza una travesía de cerros de altitud menor en ascenso

a altas montañas, entre las mesetas que separan el Santo Domingo del Río Calderas desde donde se aprecia la Peña Colorada o Morada (Cerro El Gobernador); la mayor altura del estado (3800 m.s.n.m) y posee variados grabados geométricos y zoomorfos destacando los quelonios; círculos concéntricos, espirales y otros motivos.

Recontextualizando esa área del piedemonte nunca antes considerada espacio de interés arqueológico se puede interconectar otro de los caminos de Indios que unen éste franja Nororiental de la cordillera andina con el famoso “Camino de los Libertadores” (Parque Nacional “General Cruz Carrillo” más conocido como “Guaramacal”), vía al Monumento Natural “Teta de Niquitao” o “Pico Guirigay” en el Estado Trujillo.

La geografía de éste sector posee lagunas y nacientes, ojos de agua y en la propia Calderas en la zona alta del Río Azul, balnearios llamados “Corredores” por su forma rectangular en medio de un relieve escarpado y rocoso con acceso a las llamadas “Cuevas del Diablo” que pertenecen a una red de cavernas en límites entre ambos estados y otras al interior de Trujillo de las que se sabe, extrajeron a principios del siglo XX vasijas, figurinas y otros objetos cerámicos de acuerdo con la correspondencia del Pbro. J.J Sánchez a Julio Cesar Salas, fechada en Carache Estado Trujillo, el 31 de octubre de 1918; por lo que Salas (1956) refiere:

En la comarca nombrada Jirajara del E. Trujillo, en las faldas del cerro Peña Colorada, existe una cueva de diez metros de boca y once de profundidad, de ella se extrajeron hace bastante tiempo ídolos lámpara para quemar manteca de cacao, petos o águilas de piedra y otros objetos, y en vista de haberse perdido, sería conveniente practicar otras exploraciones en éste territorio, pues se debe de asignar a esta tribu que habitaba la vertiente de la cordillera de Los Andes de Trujillo hacia los Andes de Portuguesa, su verdadera filiación etnográfica y determinar si pueden reputarse cuicas... (Pp. 190)

Prosigue Salas esclareciendo hubo posibles contactos con esta

parcialidad de los andes trujillanos pues de acuerdo con sus comparaciones lingüísticas fueron Jirajas, Giraharas, Girabaras o Giros fue el nombre que se le dio a tribus indígenas de diversos puntos, “entre ellos a los de los de las faldas del Estado Zamora y a los de Barquisimeto” por lo que para él, hubo tantos grupos que no pueden clasificarse como una sola nación, tal como lo demostraban sus comparaciones en la toponimia.

Cerca de los senderos que atraviesan el caserío "Bizcochito" hasta “Chiquimbuy” nombre claramente indígena se verifica la presencia de “lugares alóctonos de carácter liminar” (Colina, 2021) como son la orografía del sistema de fallas del Boconó en dirección transversa hacia la formación “Gobernador” o Peña Morada; cuyos caracteres físico químicos resaltan por su oscura coloración. Posiblemente de ellas pudieron haber extraído ciertos materiales para realizar amuletos o ubicar sus adoratorios; siendo las cuevas adyacentes, lugares asociados a una noción de inframundo.



Grafico N° 4 y 5. Cerro El Gobernador y Peña Viva (Derecha)

Dicha montaña no es la única que presenta tales características en el territorio barinés; de similar morfología y color es Peña Viva, ubicada en el área de la cuenca alta del Río Bum Bum, un sitio arqueológico reconocido por las rocas glifadas de diversos sectores como Piedra El Indio y Santa Marta, a orillas del río. Esta última estación presenta rocas con motivos antropomorfos que muchos aficionados e investigadores asocian a las llamadas “Casas solares” (Montiel, 2005).

La persistencia en la narrativa acerca de la “errónea visión de los

Invasores españoles” acerca de los grupos prehispánicos como “sanguinarios y violentos” a cargo de muchos opinadores cerró el debate dentro de los espacios académicos acerca de un hallazgo como “La piedra de los partos”, una roca glifada de singular aspecto cuya función es desconcertante porque fue tallada cuidadosamente y posee una especie de promontorio con cuenco del que emana una delgada canaleta que desciende por un costado hasta el suelo. Si su función fue distinta a atender los partos, se trató sin duda de un proceso que implicaba manipular sustancias líquidas.



“Piedra de los Partos”. Fuente. Montiel Acosta, 2002

Una antiquísima presencia tuvieron los cultos lunares y solares. La distribución geográfica de los petroglifos elaborados por los pueblos arawaks presentan una caracterización específica: Los ubicados al este son de motivos asociados a temas vinculados a la fertilidad mientras que en los del oeste del territorio, abundan los antropomorfos solares.

Se pudiese interpretar cómo la presencia de clanes o grupos bien diferenciados; uno de marcada tradición jerárquica masculina asociado a un culto solar y el otro femenino, de culto lunar. Las mujeres regidas por los ciclos lunares y el Hombre, representación del poder del Astro-Rey organizaron el espacio terrestre a partir de las observaciones astronómicas en la que las constelaciones como Las Pleyades (Iwinai entre Guahibos), pudieron asociarse

a un símbolo de poder, divinidad, clarividencia y jerarquía.

Las figuras antropomorfas de las “casas solares” marcan la presencia de jerarquías masculinas pero las zoomorfas de ranas se asocian a símbolos de fertilidad y de los ciclos reproductivos por lo que no debería descartarse que las mujeres en algún momento tuvieron una especial investidura; especialmente entre los grupos vinculados a las capas ancestrales.

Liderando en la organización social y religiosa dinamizando parte de esas actividades como las de subsistencia, los lazos de reciprocidad o las festividades relativas con las uniones sexuales, la constitución de la familia y las relaciones parentales estuvieron a cargo de las mujeres estableciendo los órdenes de la vida social e incluso en el régimen político. Entre los pueblos piemontanos y andinos las mujeres fueron sinónimo de una buena labranza, robustez y producción e influyeron en la conformación de familia y orientando la estabilidad comunal (Salas, 1956, Izard, 1989).

Lo cierto es que el trabajo artesanal de las rocas y minerales debió tener un alto valor en las sociedades prehispánicas de los llanos altos y el piedemonte de Barinas. La existencia de los talleres de placas aladas de serpentina en la cuenca alta del Río Chama (Nueva Era, Moca Alto: Fase Mucuchíes) datadas por Wagner entre el 450 - 1120 a.P correspondientes al Período IV del 1000 al 1520 d.C de la cronología para Venezuela (Cruxent y Rouse, y Gordones y Meneses, 2005) en los que hallaron restos de quelonios llaneros sugiere que existió también temprano intercambio entre grupos andinos y de los llanos, especialmente con grupos de la formación apropiadora.

Dichas placas aladas fueron halladas en las excavaciones de los sitios Gavan y Curbatí (Redmond y Spencer, 1992; Niño en Gordones y Meneses, 2005). Este dato es fundamental porque tanto las rocas glifadas como las placas de serpentina requirieron de técnicas altamente especializadas en talla, percusión, abrasión y pulimento. Siendo tan particular la transformación de estos materiales no fueron encargos regulares sino productos exóticos; por lo que tanto de los llanos altos occidentales como del área de los Andes

merideños hacia el Lago de Maracaibo o hacia Trujillo y Lara, debieron ser las élites quienes pudieron demandarlas.

Es decir, existió una mano de obra de alta manufactura que cubría el procesamiento de éstos productos suntuosos. Dichos pectorales o placas aladas pudieron simbolizar clanes totémicos; entre ellos merece mencionarse “El Murciélago”, un mamífero volador de hábitos nocturnos, momento en el que la luna ejerce el dominio de la bóveda celeste. Entre los caquetíos fue un símbolo-elemento decorativo a manera de apéndice de sus vasijas encontradas después del contacto europeo (GAN, 2001) y entre los Caribes uno de los motivos de sus tatuajes corporales. (Saignes, 1961)

Este tipo de artefactos fue de gran uso entre las sociedades prehispánicas del continente. Dentro de las áreas de influencia, los grupos que habitaron la Sierra Nevada de Santa Marta, en Colombia, durante los periodos cronológicos Nahuange (100–1000 dC) y Tairona (1000–1600 dC), también destacaron placas aladas alargadas, en jade tipo nefrita, serpentinita y calcedonia:

Las características mineralógicas de los artefactos fueron comparadas con la asociación mineralógica identificada en rocas de la Formación Punta Betín, la Formación Rodadero y el Batolito de Santa Marta de la Sierra Nevada. La similitud mineralógica encontrada entre las placas y las rocas estudiadas permite proponer una fuente geológica de origen local posiblemente talladas con una intención simbólica asociada a un tipo de materia prima específica...Placas aladas de formas similares se han reportado en amplias regiones del norte de Colombia y Venezuela, Panamá, Costa Rica y el Caribe. (Acevedo Gómez, Weber Scharff, García-Casco y Sáenz-Samper, 2019)

En consecuencia, el piedemonte de Barinas, que fue otra de las zonas de recreación societaria de los Arawakos y por tanto, una ruta de migración de múltiples grupos étnicos provenientes del orinoco medio hacia la zona alto andina en límites con Portuguesa (Este) y con la Depresión del Táchira en los límites con el actual Estado Mérida (Oeste) y de grupos que transitaban en

sentido contrario (Norte-Sur), la convirtieron en un consolidado espacio de intercambio, en el que se magnificaron las relaciones entre ellos.

2.2.3. LA CONDICIÓN “LIMINAR” DEL TERRITORIO COMO CATEGORÍA DE ANÁLISIS.

La convivencia en un espacio geográfico restringido pero culturalmente heterogéneo se puede manifestar en forma de relaciones ambivalentes e inestables entre grupos como los descritos por cronistas en los llanos altos y el piedemonte de Barinas para el hito 1400-1628 pero de igual manera entre quienes establecidos, sostuvieron ciertas formas de identidad vinculada al poder, como los cacicazgos descritos por Redmond y Spencer (1992) Gasson et al, 2006, Gasson en Vargas y Vargas, 2015) y a los que atestiguaron el surgimiento, duración y decadencia de esas sociedades jerarquizadas. (300-1350)

La propia diversidad cultural se expresa mediante relaciones históricamente conflictivas como en los espacios fronterizos donde los grupos en condición pendular, sean viajeros o migrantes parecen ser los que transmiten o heredan elementos residuales o sustratos en el espacio de interacción sobre todo los que precisan de organizadas estrategias del dominio territorial.

Un paso pedestre por las calzadas inundadas y los recorridos en canoas en innumerables corrientes fluviales en límites con el Apure hacia la orinoquia; convirtieron a Barinas, extensa y progresivamente en un territorio liminar, (Colina 2021). De la misma forma, las altas cumbres, fueron una barrera natural, que actuó como un borde o limen a los grupos que debían atravesarla para llegar a los llanos del Orinoco.

Son territorios liminares las expresiones espaciales sobresalientes, a manera de un accidentes geográfico de carácter alóctono que logran perpetuarse gracias a un imaginario que los evoca convirtiéndose en íconos, que poseen significado y tienen significante cada vez que se pronuncian bien ya como topónimos, hidrónimos, o fitónimos en un entorno cartográfico a pesar de

mantenerse discretos en el análisis histórico.

El concepto liminaridad fue introducido por Turner (en Colina 2021) para referir situaciones de umbral, margen o limen de carácter ambivalente; y se empleó para generar una categoría de análisis “diseñada” especialmente para reconstruir históricamente los procesos de etnogénesis, ocupación, recreación y configuración cultural de las sociedades pretéritas o “arcaicas” de las que existen muy escasos datos geohistóricos (Colina, 2021).

Cosmogónicamente este espacio tuvo una relevancia crucial porque era una especie de umbral geográfico hacia nuevas rutas migratorias lo que significó elaborar todo un ritual de margen, separación y agregación (Van Geenep, 1909, Turner, 1980 en Colina 2021) en ciertos “espacios consagrados, estableciéndose nuevos ejes fundantes o axis mundi (Eliade, 1958).

Las nominaciones históricas de parcialidades como “Barinas y Canaguas” (Tosta, 1986), registrados como grupos con tendencia a la dispersión y leves pistas en los registros arqueológicos e históricos, tan solo distinguibles en la cartografía pero sobreviven entre los grupos que se apropian de un espacio como etnónimo, hidrónimo o topónimo lo que los convierte en grupos limen.

En éstos territorios liminares, la adscripción/exclusión se configura culturalmente a partir del origen vivificado en los umbrales espaciales de acuerdo con lo dictado por los mismos grupos étnicos a través de sus expresiones lingüísticas, la ideología afín a una identidad que paso de ser espacial tangible a convertirse solo en expresión lingüística.

Al ser lugares tenidos como extensión y no por centro se entiende que sus grupos humanos fueron descartados y parecen perder relevancia cultural. No obstante, mediante los signos de carácter inmemorial como los códigos de la construcción mítica (mitemas) así como los sustratos léxicos que pertenecen al orden del lenguaje (Strauss, 1974), terminan vindicando una dinámica diferente desde las estructuras gramaticales de lenguas vivas o extintas cambiando radicalmente su papel en la historia.

Estas evidencias demuestran que hubo espacios habitados por humanidades, muchas de las cuales pudieron ser transitorias porque en la historia y cartografía pueden pasar inadvertidas y hasta volverse inexistentes (Auge en Colina B; 2021) pero contrariamente, estuvieron ocupadas por grupos que apartados por razones bélicas o que se vuelven errantes por factores de presión demográfica, cataclismos inminentes o desastres naturales se precipita su decadencia cultural cuando va colapsando en forma paulatina, su orden social (Colina, 2021)

En tal sentido, un “territorio liminar”, teórica y metodológicamente se emplea para abordar la definición de lo espacial en la construcción cultural de la etnicidad a partir de un concepto que expresa la ambivalencia y complementariedad del etnocentrismo y la alteridad en el estudio de la cultura (Van Geenep y Turner en Colina, 2021), y aunque dichos lugares no tengan importancia en un momento histórico ayudan a la identificación y comprensión de los procesos mentales de larga duración cuya caracterización es muy compleja.

2.2.5. TOPONIMIA E IDEOLOGÍA MÁGICO – RELIGIOSA.

Hablar de toponimia, hidronimia, etnonimia o fitonimia en la antropología nos remite inexorablemente al etnocentrismo y la alteridad pues las denominaciones dadas a los lugares de ocupación, sus astros, fuentes de agua, plantas y/o animales endémicos u otros elementos forman parte de las nociones simbólicas y espaciales que emergen a partir de una primera relación con el entorno geográfico, después entre ellos y por último con los demás, quienes se asemejan o diferencian.

Las características físicas del territorio permitieron a éstos grupos dimensionar toda una cosmogonía en torno al agua, las montañas, los bosques, la lluvia, el suelo y su fertilidad, lo que por extensión conduce a una organización de las tareas cotidianas y las jerarquías dentro del grupo, el género, la edad, su función y rol social. Entre los Piaroa (Wojtūja) hasta

principios del siglo XXI se celebraba “El Warime”, dirigido por shamanes y empleando máscaras que simulaban animales de la selva. Mansutti Rodríguez (1991) señalaba de este ritual lo siguiente:

El imaginario geográfico piaroa es un compendio de topónimos cargados de significación. Las montañas suelen ser almacenes de espíritus de recursos y escenarios de hechos míticos e históricos; las cascadas, trampas dejadas por los creadores para la captura de seres del río; las lagunas y recodos de los ríos, habitáculos de seres culturales no humanos; las piedras brillantes son almacenes de espíritus de peces; algunas lagunas, el *wanabi* o lugar donde emerge la red de ríos subterráneos que alimentan al río con recursos; una región dada, el área otorgada por *Wajari* a algún grupo familiar piaroa.

En concordancia con Mansutti la toponimia revela una identidad mágica que remite a los tiempos primigenios o ab origine (Eliade, 1958) o míticos (Strauss, 1974, 1982) y que define como “compendio de historia, economía, política y diferencialidad cultural”. En sus mitos residen la “sustancia inmanente” porque está asociada a su nombre y al momento en el que les fue asignado por los demiurgos creadores “una de las fuentes de poder” expresadas en canto chamánico o “Meyé”.

Las ceremonias rituales entre los indígenas marcaban su calendario, sus ciclos de gestación, el tiempo de siembra y cosechas, las lluvias y las sequías. Parte de las relaciones conflictivas eran dirimidas mediante las alianzas entre miembros; ejemplo de esto se precisa en lo que Gumilla (1999) señaló sobre del Matrimonio Maipure:

Luego que sale el sol, viene del bosque inmediato una danza bien concertada, con flautas y timbales, y dan muchas vueltas, y revueltas al contorno de la casa, y de las casas de las novias, de donde, a su tiempo, sale una anciana con un plato de comida, y se la da a uno de los danzantes: entonces, todos a carrera abierta, vuelven al dicho bosque, y arrojando el plato, y comida, dice uno de ellos en voz alta: toma perro demonio, esa comida y no vengas a turbar nuestra fiesta...”

Para el hombre era menester venir de la selva, vivir de la cacería y regresar con el sustento a la casa de la Mujer que lo hace retornar al hogar y curiosamente una figura de autoridad encarnada por la anciana de la comunidad quien con sabiduría tiene la autoridad para alejar y reprender a los espíritus que traen el desequilibrio; lo que pudiera interpretarse como una prevalencia del poder chamánico ejercido por mujeres, que como un shamán eran mediadoras entre los hombres y la naturaleza.

Entre los Jirajara la mujer también debió cumplir un rol central. El Baile de la Tura es el mejor referente:

La Reina era la anfitriona y responsable de preparar la bebida ritual que era la chicha de maíz; mientras que los celebrantes construyen el palacio: Un arco de palmas revestido con frutos y piezas de cacería”. Los hombres llevaban mazorcas de maíz y las mujeres las tinajas de chicha como ofrenda. Los músicos ejecutaban ante el altar mientras bailan formando una media luna entrelazados haciendo movimientos giratorios de un lado a otro. (Domínguez en Fundación Bigott y El Nacional, 2005)

Las Turas o baile de la Tura según los especialistas que estudiaron ésta fiesta tradicional como danza colectiva (Domínguez, 2005; Herrera, 2011) manifiestan elementos de su parafernalia que expresan un orden jerárquico femenino relativo a los meses de siembra, recolección alrededor de la producción de un alimento sagrado como el maíz y en forma secundaria aparecen los hombres llevando ofrendas a manera de utilería; lo que representa un desplazamiento de prácticas de subsistencia; agricultura sobre cacería; ésta última a cargo de los hombres: Abuelos, Padres, Tíos, Esposos.

En la serie Osoide (Zucchi, 1975; GAN, 2001), las figurinas antropomorfas femeninas o también llamadas Venus son variadas; algunas semejantes a niñas, otras en edad púber, mujeres en avanzado estado de gestación con rostro y boca en actitud oferente lo que podría dar pistas de la relevancia política y religiosa de las mujeres en los llanos antes y durante los cacicazgos del primer milenio.

El factor ritualístico de tipo mágico-religioso de algunos grupos prehispánicos de los Andes entre ellos los Cuicas pudiera ser otra evidencia de una zona mágico-religiosa contigua al área de estudio por ser uno de los más satanizados ante sus prácticas por el español durante la conquista y que contradictoriamente se mantuvo con persistencia extendida y enérgica; (Picón Salas, 1944, Salas, 1956, Saignes, 1961) lo cual es una manifestación clara del tiempo mental.

Eran rituales tan frecuentes que a los clérigos no les quedó más remedio que aprovecharlos durante el adoctrinamiento de los naturales para establecer ceremoniales análogos durante la evangelización. En Salas (1961) por ejemplo encontramos que en las Ordenanzas escritas en Mérida por el visitador Diego de Baños a mediados del Siglo XVII, la catequización de aborígenes exigía a los doctrineros y corregidores:

...hacer que olvidaran sus idolatrías, ritos y abusos antiguos, que no tuvieran mojanas, ni santuarios y que se nombrasen con nombres de cristianos y que habiéndose visto entre los indios muchos abusos y costumbres supersticiosas; en juegos, cantos y borracheras, para desarraigar sus idolatrías; se ordenó que los naturales no hagan dichos cantos ni bailes.

Significa que entre las diversas prácticas mágico-religiosas, consideradas hechicería entre los conquistadores, satanizadas y perseguidas, tal y como narra el Padre Francisco Sanz de Gavidia (según Tolosa en Picón Salas, 1944 y en Pérez Carmona, 1979) considerados actos que se debían castigar, corroborando la conquista violenta, con el propósito de “obrar en contra de la brujería y superstición”, se siguió practicando entre los indígenas:

El indio Moján Santiago de Usushak andaba provisto de una totuma y tapara con las resinas para la soba de los enfermos y el quitero de huesos, el joro y las plumas para hacer bailar el chorote en los inviernos”...El Chorote (ídolo de barro adornado con plumas de guacamayas, pintado con vistosos colores e impregnado de resinas) bailaba,

saltaba, corría y las palabras que abrían el cielo en invierno y que curaban a los enfermos, salían fluidas de los labios del brujo”(Pág. 27).

Entre los Pueblos del Páramo y los indígenas del piedemonte se evidencian ciertas transacciones. “Chen” o “Ches”, que era el Dios principal, equivalente a una deidad Solar (Salas, 1956) era parte de los demiurgos entre Timotes y Cuicas, pero también entre los Jirajaras con quienes mantuvieron estrechos contactos en ciertos puntos de la cordillera. (Salas, 1956).

Otra divinidad del panteón andino venezolano fue “Arca” (Clarac, 2005) versión de “Manoa” o Serpiente-Anaconda de aguas pantanosas tal como los indígenas arawaks y otros grupos del del Amazonas especie de versión propia de Quetzalcoatl de Mesoamérica o las Cochas del Altiplano boliviano.

Vista como reafirmación de sus mitos de origen durante la evangelización de los naturales a cargo de los Misioneros católicos, los ceremoniales dedicados a santos y devociones marianas fueron la prolongación de un imaginario indígena de la fertilidad a través de diferentes cultos y celebraciones:

Nuestra Señora de Copacabana en el altiplano boliviano, la propia Nuestra Señora de Guadalupe en México, La Virgen de Coromoto entre los Indios Cospes de Portuguesa, La Virgen del Pilar o la Virgen del Real en Barinas y podrían incluirse “El Nazareno de Achaguas” y la devoción al Santo Sepulcro en Barinitas (Colina, 2015). El Consejo Episcopal latinoamericano (CELAM) en su Documento de Santo Domingo (1992), al respecto, aseveró:

El Barroco en cuanto a corriente artística y cultural estuvo ligada a la evangelización con el teatro, con las grandes fiestas y procesiones, con los recursos misioneros de adoctrinar con representaciones teatrales de la Pasión de Cristo, de la Vida de los Santos, a la gestación de escuelas de pintura, como en Quito y Perú...Todas las artes se conjugaron en el anuncio de Cristo”. Pp. 24.

Comprendiendo estas tradiciones propias de las culturas del Páramo, se

entiende que las relaciones entre grupos de la sierra, el piedemonte y los llanos fueron dinámicas y permanentes en vista que los misioneros no partieron de cero; por el contrario, trabajaron sobre toda una cosmovisión. En cuanto a este singular aspecto escribió Mariano Picón Salas (1944):

La tristeza india es uno de los rasgos psicológicos del aborígen que más tempranamente impresionaron al español...esquiva y tradicional, esta raza más que ninguna otra posee el don de lágrimas y el culto de los recuerdos. Simbólico y a la vez profético, es todo el sistema mental del aborígen...el indio erige su mundo de afinidades misteriosas” (Pp. 34 y 35).

La reacción de las culturas nativas fue variada y se expresó de muchas formas; emergiendo de éstas traslaciones ritualísticas persistentes más elocuentes en la mentalidad campesina siendo expresiones mentales de tipo religiosa el culto a San Isidro, San Antonio, San Eleuterio y todos los santos patronos de festividades unidas al tiempo de “entrada de aguas” que expresan el simbolismo dual (Lluvia-Siembra).

Aún hoy persiste la festividad religiosa “Bajada de las Vírgenes” que reúne a los habitantes de Caseríos como La Popa, La Soledad, Castillito, La Raya, La Bellaca, El Celoso, Altamira y Calderas, limítrofes entre los actuales Barinas y Mérida; una fiesta católica conservada que se celebra durante los primeros días del año y parece permuta de un antiguo ritual de los pueblos prehispánicos reconocida entre los investigadores como la “Bajada del Ches” (Salas, 1956, Clarac, 2005).

Los cronistas y misioneros destacan que aún en la colonia los indígenas frecuentaban las cuevas o guacas donde tenían ocultos sus adoratorios y por medio de sus “mojanos”, seguían venerando en las imágenes católicas a sus antiguos dioses; ídolos de piedra, barro cocido, madera o simplemente hechos de algodón; por cuanto en el último cuarto del siglo XX muchas familias campesinas de los páramos y del piedemonte, mantenían estas tradiciones como expresión material e inmaterial religiosa de sus divinidades ocultas tras

los patronos o santos de la iglesia católica, como hace cinco siglos:

Se embadurnaban de achiote, bailaban, cantaban y hacían pantomimas diversas, consumiendo chicha o aguardiente de caña, riñas de gallos y otras diversiones con máscaras y disfraces, al compás de flautas, tambores y maracas, ejecutando danzas de movimientos variados, cantos y mímicas en que se imitaba el modo de caminar de los animales, sus gritos, las faenas agrícolas, unos simulando sembrar, otros recolectar”. (Picón Salas, 1944)

En el imaginario de los campesinos del piedemonte hasta finales del siglo XX y a pesar de la fuerte persecución de los inquisidores durante la conquista, muchos ritos y costumbres aborígenes se mantuvieron. Una traslación de dichas prácticas mágico-religiosas de las culturas prehispánicas, se identificó entre los grupos que habitaron “La Mesa de Moromoy” en el baile del Santo Sepulcro, una tradición que realizan todos los viernes santos los miembros de la Cofradía homónima de Barinitas (Colina, 2015)

Entre las fuentes documentales eclesiásticas y testimoniales de los miembros de la Sociedad del Santo Sepulcro, se encontró que el baile era propio y se desconocía su origen; por cuanto es considerado un patrimonio que se ha transmitido de generación en generación”.

En la coreografía del sepulcro, los danzantes hacen tres pares en formación; aunque antiguamente se hizo con seis; es decir, 12 personas en total; uno detrás del otro, haciendo contrapeso y equilibrando una imagen de Cristo en un sepulcro de madera y cristal de 500 kg. (Colina, 2015)

Interpretado como representación de las faenas de carga que debieron desarrollar los aborígenes en sus espacios de adoctrinamiento ayudados quizás por las bestias en intrincados caminos de montañas, simboliza las habilidades que conservaron el indígena del páramo y el de las vegas de los ríos para el sostenimiento de la agricultura de conuco. Al respecto señaló Codazzi (1846):

¿Qué podían, pues hacer los primeros habitantes de Barinas en aquellos tiempos? Nada más que cultivar las vegas del Santo Domingo para nutrirse, aprovechando los brazos de los indios conseguidos en la sierra o en el camino que a ella conduce: Porque no les era fácil conquistar el indio de la sabana, sin aventurarse a peligrosas expediciones en tierra desconocida. (Pág. 164).

Los pasos del baile son una especie de “escobilleo” hacia adelante y hacia atrás; similar a figuras propias del joropo llanero y rituales como el “Maremare”, definido por Acosta Saignes (1961) como “Culto al jaguar y la Luna”; danza funeraria propia de la culturas Caribe y Guaraúnos en el oriente venezolano” por lo que la autora indica que su instauración pudo coincidir con la ocupación de los grupos étnicos Caribe que se establecieron entre el 1000-1400 dC de acuerdo con las dataciones hechas por Zucchi (1975).

No obstante, Saignes destaca otros datos “En tiempos prehispánicos, pues, se encontraba “El Maremare entre Otomacos, Guaipunavis, Maipures y Tamanacos” resaltando además que de acuerdo con Rosenblat “Maema” era Tigre en lengua Otomaca, su animal totémico y que además Gillij mencionó “Maema” como baile de los Otomacos consagrado a la Luna con una significación mágica evidente” (Acosta Saignes, 1961)

La creencia en la vida de ultratumba no fue extraña entre los pueblos de los llanos altos y el piedemonte, pues bien es conocido que entre las tribus de los andes merideños se practicaron entierros en vasijas de barro llamados “Mintoyes” y entre los Caribes de los llanos, cercanos al río apure tenían la costumbre era enterrar a sus muertos en forma similar de acuerdo con las excavaciones hechas en Caño Caroni (Zucchi, 1975); lo que permite inferir que ésta práctica existió tanto entre los grupos más antiguos como entre los establecidos en la región para el momento del contacto.

Otro tipo de rituales eran los antropofágicos, Entre las etnias que los celebraban, los historiadores señalan a los Caribe (Salas, 2006), los otomacos durante el juego de la pelota (Saignes, 1961) y los llamados Tamudes o

Tamoios o Tupinambas (Tupiniquim: Los más antiguos) los que a pesar de compartir un mismo origen étnico su motivo era el deseo de venganza que resultaba en guerras sangrientas en las que los prisioneros eran capturados para ser sacrificados.

Según Métraux (En Saignes, 1961), en su libro “*A Religião dos Tupinambás*” era común entre el culto a ciertos héroes culturales, divinidades que habían creado su cultura, la invocación a los espíritus de los “Pajés” usando el “Manto” de sus antepasados por lo que incluían el uso de maracas o artefactos místicos cuya presencia era obligatoria en cualquier ceremonia.

De estas naciones, Otomacos y Caribes aparecen asentados en los llanos y en Barinas puntualmente más no se obtuvieron evidencias de éste tipo de ritos entre los estudios más se mencionan como parte de la ideología de estas parcialidades.

2.2.6. MIGRACIÓN DE GRUPOS ÉTNICOS

Dado que toda la franja piemontana ha sido y es espacio de cultivos propios de las zonas cálidas como el cacao y el tabaco así como variedad de árboles frutales, el poblamiento de la cordillera de los andes también pudo haber sucedido por éstos flancos desde los llanos altos y el piedemonte hacia Mérida, Trujillo y Portuguesa, usando las corrientes fluviales Orinoco-Apure desde los llanos bajos.

Durante la conquista y colonia las crónicas destacan que durante la época de lluvia muchos grupos emplearon las calzadas, en las que intercambiaron productos a través del trueque como peces, flautas, curare, quiripa, tortugas por sal por productos propios de los páramos como cultivos, animales, rocas y plantas medicinales y otros elaborados por la mano del hombre.

Los montículos de las tierras medias muchos de los cuales eran residenciales se han asociado a centros donde realizaron intercambios pudiendo convertirse en centros ceremoniales donde llevaban sus ofrendas con el propósito de pedir buenas cosechas estacionales, observar constelaciones

para orientarse durante las noches en sus recorridos fluviales, comprender los solsticios y equinoccios tal como quienes les habían precedido y ya habían grabado en las rocas.

Estas tierras intermedias son espacios que cada día se siguen poblando de manera no organizada lo que genera preocupación frente al tema del resguardo y protección de estos hábitats; asentamientos campesinos que practican agricultura itinerante. Es frecuente conseguir personas que realizan prácticas de curanderismo, siembra del agua, tratamiento de las semillas y domesticación de nuevos cultivos en sus hábitats sustentados en los recursos del medio natural, especialmente los relativos a la materia prima para la construcción de sus viviendas tradicionales: Guafa, Palma llanera y especies maderables resistentes para los pilotes.

El antropólogo Oliver, José (En Vidal 1987 y en Vidal y Zucchi, 1987) quien ofreció una aproximación acerca de las rutas que posiblemente emplearon los grupos arawacos del Amazonas a través del orinoco medio, destacó dos posibles macro-rutas; una que atravesó los llanos centrales y otra que se desplazó por los actuales llanos altos occidentales, ribereña y en canoas, bifurcándose hacia la Sierra Nevada Merideña y hacia la cordillera oriental colombiana (Sierra Nevada del Cocuy y Serranía de Motilones llegando hasta la Goajira).

Entre los pueblos asentados en Barinas varias pudieron ser las rutas migratorias dada la variedad de pisos térmicos y los innumerables caminos paralelos al cauce de los ríos que dan acceso mediante cortes transversales a la cordillera (Norte a Sur); pudiendo establecerse cuatro ejes principales:

Eje 1 Meseta del Caparo: Es una ruta paralela a las corrientes que descenden de los andes; específicamente de los llamados “Pueblos del Sur” la cual incluye varios afluentes, siendo el principal el Río Caparo y por extensión senderos que conducen a los altos picos montañosos de la cordillera merideña por lo que es paso comprobado del tramo que los arqueólogos vinculan a pueblos prehispánicos de lengua Arawak o Macroruta de los llanos occidentales

(Oliver en Vidal y Zucchi, 1987; Gordones y Meneses, 2005)

Por extensión pudieron haber empleado los límites de éste río hasta las antiguas Selvas de Ticoporo hoy, montañas de Santa Bárbara de Barinas y tener por vías alternas las zonas inmediatas del Río Canaguá, Montañas de Bum, Bum y el Río Acequias el cual se dice nace del deshielo del glaciar del Pico Humboldt. En el contexto abundan rutas y caminos y que hoy siguen comunicando a los pueblos barineses de los llanos con los sitios de mayor altitud del macizo central de la Cordillera de Mérida, tales como “Los Nevados” a través del camino real de “El Quinó” atravesando toda la cuenca media y alta del Río Socopó.

Inversamente, los campesinos pueden descender desde el Páramo de Gavidia a las corrientes del Sinigüis-Acequias o al caudaloso río Canaguá por el ponderado Camino de “San Juan” a través de las travesías a San Rafael de Catalina y travesías hasta Curbatí.

Eje 2 Paguey-Santo Domingo: Ubicado entre los pueblos situados a orillas del río Santo Domingo como Altamira, Barinitas y Barinas y que aparecen registrados históricamente en las llamadas mudanzas de la ciudad Viajera (Tosta, 1986, 1989) cuando fueron ocupando tres sitios en las ribersas del Santo Domingo en tres momentos distintos; uno en la conquista para 1577, y los otros al inicio y al final del período colonial, en 1628 y 1756 respectivamente.

Testimonios acerca de relaciones en las zonas adyacentes a esta microruta son anteriores al contacto; especialmente para las sabanas bajas o desembocaduras que drenan al Río Apure los que están referenciados cronológicamente en los estudios arqueológicos como Sabanas de Mata e Palma y Caño Caroni (Cruxent & Rouse y Zucchi en Zucchi, 1976); sin embargo, en el piedemonte y valles intramontanos hacia las tierras intermedias hubo al menos tres senderos de gran importancia asociados a vínculos entre pueblos prehispánicos.

Este Eje es fundamental porque está ligado al principal Río de la Región: El Santo Domingo, que de acuerdo con Juan de Castellanos fue el nombre de

los conquistadores dieron al Río "Barinas" o Río de los "Barinas", y nos da referencias de la amplitud de la antroponimia como hidrónimo, etnónimo, fitónimo en las referencias acerca del topónimo en el libro "Origen de los nombres de los Estados y Municipios de Venezuela" como:

Fitónimo chibcha con el que se llamaba a cierto arbusto desparramado que crece en el alto llano y florece en la estación seca; conocido también como espino amarillo, espinito, flor amarilla o flor de Barinas (Cassia Aculeata). (Salazar Quijada, 1991)

Por su parte, Don Lisandro Alvarado en su obra "Glosario de voces indígenas" (2008) lo presentó asociado a un fenómeno meteorológico, asociando al "barinés" con:

Vocablo usado por los navegantes del Orinoco y el Apure para denotar la presencia de un viento tempestuoso del Oeste que cuando sopla en la estación de verano (sic) es indicio de formación de la lluvia y cuando lo hace en invierno (sic) es el anuncio de la misma en pocas horas.

De acuerdo con Tosta (1986) "Barinas" era un etnónimo o nombre de una de las tribus que se asentaron en las llanuras próximas a la Sierra Nevada, por lo que pudieron mantener estrechos contactos con las extensas áreas de lo que hoy corresponde al piedemonte en límites con Mérida, Trujillo y Portuguesa.

Una de estas zonas fue el llamado tramo Cacao-Paguey la cual incluye senderos del piedemonte andino en las faldas y montañas de los Municipios Barinas y Pedraza que incluye las nacientes del Río Paguey en el Municipio Bolívar, un área demarcada por caseríos como Pagueicito, Mucusaviche y las Cataratas de El Cacao quedando en zonas intermedias, antiguos pasos boscosos que conducen a Barinas atravesando Barinitas, Quebrada Parangula, Quebrada Seca (Quiva seca).

El área de las nacientes del río Paguey, entre los Municipios Bolívar y Pedraza en límites con la meseta de Moromoy es un área de montañas que tiene una pendiente en descenso que oscila entre los 500 y 700 m.s.n.m cuyo

entorno húmedo, boscoso es muy fértil, aún en los meses de sequía dada su constante lluvia y debido al factor altitud; por cuanto en el período de lluvia se pueden observar formaciones de tormentas eléctricas que al escurrir dan panorámicas portentosas de la cordillera.

Gracias a las innumerables vistas de montañas que rodean la meseta de Moromoy y aunque pocas son las evidencias arqueológicas de un poblamiento temprano; se reconoce que en estos entornos, coexistieron grupos humanos mucho antes de 1628.

El área es sitio predilecto de ornitólogos y aficionados a ella ya que todo el año es un corredor natural de aves migratorias, pudiendo observarse infinidad de especies en diversos miradores entre el Río Santo Domingo y el Río Paguey; es decir, de un extremo a otro.

La ruta más occidental es la vía que conduce a las “Cataratas de El Cacao”, un mirador natural desde el que se pueden observar los cortes de la cordillera de los andes y el inicio de los llanos entre mesetas de menor altitud entre ellas “El Curay”, “La Barinesa” y claras formaciones geológicas como La “Formación California”, la “Formación Parángula” y la “Formación Guanapa”-Río “La Yuca”.

La “Meseta de Moromoy” tuvo que ser una ruta de migración obligatoria porque incluyó pueblos de la geografía de los llanos altos en conexión con la Cordillera de Mérida y Trujillo a través del antiguo “Camino de los Callejones”, entre caseríos y asentamientos que hoy pertenecen a los actuales Municipios Pedraza, Bolívar y Cruz Paredes.

El geógrafo y profesor Luis Aranguibel en una entrevista concedida en 2012 corroboró que el actual territorio del Municipio Bolívar “tuvo que ser un paso de culturas prehispánicas ante la abundancia de ríos, recursos de fauna silvestre y zonas boscosas que dan acceso a los pueblos del páramo andino”.

(Aranguibel en Colina, 2015)

El cerro el Cacao es un cerro icónico en el imaginario colectivo. La gente de Barinitas lo llama “La Montaña Macho” por su forma cónica y es observable

e inconfundible desde cualquier punto de la meseta también consideran “hembras” a las montañas “amamelonadas” que son de menor altitud, tipo cerrillos; es decir, a las monticulares. Comparaciones similares se hallan en culturas de alta amazonía peruana donde el famoso “Roebiri” o cerro “El Cono” está vinculado a los mitos de origen de los indígenas de la región. (Morales Chocano y Baquerizo, A., 2019).

Muy poco se ha escrito sobre éstos aborígenes del piedemonte barinés, los que ocuparon las faldas montañosas de los andes. La historiografía plantea que estuvieron asociados a caquetíos y jirajaras en tanto que las otras referencias son las planteadas por Tosta (1986), que incluye a Los “Barinas” (Varynas); pero no se sabe a ciencia cierta quiénes fueron étnicamente hablando.

Esta ruta fue vital porque conducía al antiguo “Camino de los Callejones”, ponderado por lo escarpado y peligroso de su paso, especialmente por los fuertes vientos que descienden al cañón del Santo Domingo, y que fue erigido por grupos que domesticaron un entorno hostil en zonas de tránsito pedestre entre barrancas y precipicios. El geógrafo Vivas (1991) detalla las descripciones que aquí se presumen:

Llamáronse Los Callejones dado que muchas partes del camino eran especies de hondas trincheras haciendo de lecho de los arroyos formados durante las lluvias y por lo estrechísimos que se presentaban, hasta el punto que a veces impedían el paso de una caballería con carga muy reducida. Existían trechos donde se encontraban tantos saltos que los viajeros que trajinaron en adelante esos caminos, usaban grandes caracoles con boquillas a manera de guaruras con los que iban gritando continuamente a fin de hacer retirar a quienes caminaban hacia ellos, porque si de pronto se topaban se perdería una de las dos caballerías. (Pp 95).

A través de ésta travesía se llegaba a las nacientes del Santo Domingo, en una quebrada que se desprende de la Laguna de Mucubaji y que desvía su curso al otro extremo de la sierra en una zona de páramos que conducen a

“San Rafael de Mucuchíes”, el poblado ubicado a mayor altura en Venezuela (Más 3.600 m.s.n.m) y que fuera asentamiento de culturas prehispánicas.

A través del Río Domingo se accede a las tierras de La Colonia de La Barinesa y el Curay donde se ubican los caseríos “El Cumbe”, Las Doradas y se llega al Río Calderas y La Yuca. Se encuentran las Aguas Termales, Armadillo, Olmedillo y la “Sabana de los negros” en dirección al Río Masparro cerca del Pueblo de Barrancas hacia las sabanas más en la ruta de las montañas, se encuentran las famosas cuevas del Diablo y el Cerro “El Gobernador”, reconocido tramo por el que se sigue llegando al Paramo de Niquitao y a Boconó del Estado Trujillo.

Eje 4. Río Boconó Es probable que en el Municipio Alberto Arvelo hacia el llamado Embalse de Tucupido construido a mediados del siglo XX, existiese otra antigua microruta migratoria; pues hoy se emplean embarcaciones para llegar a las aldeas “La Honda” y “el Tigre” vía hacia Boconó y Niquitao, en los límites entre Trujillo, Barinas y Portuguesa.

En las épocas prehispánicas pudo ser expedito el paso hacia las montañas de Lara y en sentido este hacia los llanos centrales de Cojedes por las sabanas y el piedemonte de Portuguesa; por lo que fue paso de grupos para alcanzar otros territorios contiguos; entre ellos, los valles del río Turbio, el piedemonte de Biscucuy, Chabasquén y Guarico.

De acuerdo con Zucchi (1975) los pueblos de los llanos; anteriores al contacto ya estaban culturalmente vinculados a la tradición Nor-occidental por lo que estarían incluidos tempranos contactos con grupos del semiárido, el árido costero incluido el Lago de Maracaibo (Coquivacoa) en su sección oeste y el Lago de Valencia al este través de la llamada expansión osoide.(250-500 dC)

Los núcleos poblacionales de los llanos bajos establecidos en las sabanas inundables conservan vestigios del paso de culturas pretéritas y diversos grupos prehispánicos mucho antes de la conquista en predios como Sabaneta, Barrancas, Libertad, Santa Rosa, Mijagual, Dolores y Nutrias, siguen apareciendo restos cerámicos y artefactos asociados a diversas culturas

respondiendo a una organización que se dinamizó a través de rutas que llegaban a la margen izquierda del Río Boconó en el Estado Portuguesa.

Al erigirse antiguas misiones religiosas; como la famosa Villa de San Jaime (Tosta, 1986) se confirma que la importancia estratégica de este eje dada la actividad comercial del Puerto de Nutrias fue un espacio de temprana actividad el cual mantuvo su dinámica hacia finales del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX como ruta expedita para llegar al río Apure (Tosta, 1986).

En las llanuras inundables las relaciones debieron ser intensas y frecuentes así como inmemoriales pues el propio Fray Jacinto de Carvajal entre 1647 y 1648, siendo capellán de la expedición que comandó Miguel de Ochagavía resaltó en su obra “Jornadas náuticas” (En Ortega, 1996) cómo éstas poblaciones tenían un amplio conocimiento de la flora y fauna así como asombrosa su apropiación de estos espacios fluviales y ribereños.

Navegando el río Santo Domingo desde el piedemonte andino hasta la confluencia del Apure con el Orinoco los conquistadores y misioneros con la ayuda de los indios reconocieron ésta antigua vía fluvial (Ortega, 1996) que “le permitió a las comarcas llaneras la posibilidad de integrarse y definirse en relación a su economía y poblamiento”. (Pacheco Troconis, 2000 Pp. 19)

Durante toda la colonia y hasta bien entrado el siglo XX, por el Apure y sus afluentes en diversos puertos llaneros como Torunos y Nutrias, Barinas dio movilidad a los pueblos del occidente hasta Ciudad Bolívar quienes proseguían con los productos a los puertos de ultramar; sustituyendo a los primarios bongos y curiaras progresivamente por buques de vapor en el último cuarto del siglo XIX.

En la colonia fueron cargamentos de hojas de tabaco de “Varynas” y antes de la expansión imperial de fines de los mil ochocientos y primeras décadas del Siglo XX, transitaban cueros secos de res, plumas de garzas, grandes pacas de algodón, quintales de café y hasta ganado en pie, incluyendo caballar y mular. (Pacheco Troconis, 2000)

Por su parte los grupos de los llanos, que recorrían largas distancias para

encontrarse durante las celebraciones tuvieron la pericia de conocer el entorno andino y también los llanos del Apure y Barinas, pues ya dominaban la navegación por estas corrientes. De manera que las relaciones interétnicas ya estaban bien consolidadas al momento de la conquista; lo que aumenta la probabilidad que hasta los pueblos amazónicos y de otras latitudes mantuvieran estrechos contactos por intercambio ritual en torno a una extendida y arcaica “cultura de los humedales” (Lagos, Pantanos, lagunas, esteros y obviamente ríos y costas marítimas).

En consecuencia, los innumerables ríos y caños de las sabanas de Barinas sirvieron para el traslado de personas, especialmente en la época de su mayor caudal, de junio a noviembre, cuando las crecidas transformaban en un mismo ecosistema los llanos del Orinoco, haciendo del entorno un solo hábitat.

2.2.7. BARINAS Y LA REGIÓN DEL AIRICO (Hipótesis)

En las descripciones acerca de la región “El Airico” o “El Gran Airico”, (Rivero, 1883 y Saignes, 1961) se fundamentó la idea de una región ocupada por distintas parcialidades étnicas pero fundamentalmente habitada por pueblos Achaguas en unión a Jirajaras y Betoyes. Saignes la definió como expresión tardía de “antiguos períodos de vecindad o superposición de culturas, migraciones conjuntas o fusión de distintos grupos étnicos conformados en una nueva unidad cultural”.

Como hipótesis central, la tesis tomó como referencia éste espacio geográfico y cultural en el que giraron factores determinantes de la configuración de los antiguos pueblos del Orinoco medio gracias a sus vínculos interétnicos en los que los pueblos de Barinas; al menos los referenciados al momento del contacto con los hispanos jugaron un papel crucial.

Dicha asociación en una misma extensión obedeció a procesos de dispersión y migraciones en varias épocas desde diversos puntos pero el énfasis mayor sucedió durante los períodos bélicos que fueron desencadenando la disolución progresiva de las “sociedades complejas” de

Barinas, cuyas dataciones arqueológicas las concentran de manera continua en torno al hito 850-1350 dC (Redmond & Spencer, 1992 y Gasson en Vargas, 2015).

La mayoría de los grupos étnicos descritos para el área de los Llanos por los cronistas son las mismas parcialidades que se registraron cohabitando en el Airico. Naciones como los Achaguas (Rivero, 1883; Saignes, 1961; Gumilla, 1999); que dieron nombre a la región: “Airico”, y los Jirajaras y Betoyes (Rivero, 1883, Hernandez de Alba en Saignes 1961) repartidos entre Airico y Airico de Macaguane; (Rivero, 1883, Saignes, 1961) por lo que étnicamente se diferenciaron tres (3) naciones.

La primera ubicada al Sur, en las selvas del Guaviare, poblada por pueblos Achaguas principalmente y en el Airico de Macaguane; ubicado al Norte “se ocultaban” (sic) Jirajaras y Betoyes; es decir, pueblos asociados lingüística y culturalmente a varias etnicidades; dando existencia a los que los historiadores y cronistas registraron como “Gran Nación Betoye”.

Entre las parcialidades que al momento del contacto trasegaban por éstos territorios estaban: Chiricoyas, Goahibos, Chinatos, Airicos, Giraras, Betoyes y Achaguas alrededor del Orinoco pudiendo llegar hasta Barinas...(Rivero 1883); asegurando que en el intercambio de bienes y productos por éstas redes fluviales y sus caminos, se juntaban pueblos de las más diversas afinidades lingüísticas y que de acuerdo a la heteronimia, pudiera tratarse de otras parcialidades o las mismas sólo que de acuerdo a sus prácticas fueron reconocidos quizás bajo el modelo externo de la identidad; es decir, por los heteroglotónimos:

...Yaruros, Maibas, Arapabaras, Guarinaos, Achaguas, Totumacos y Salibas (Rivero 1883 y Saignes, 1961); muchos de ellos dedicados a actividades de subsistencia como los llamados Pescadores de Onocutare (Un río que desembocaba en el Orinoco) quienes intercambiaron sus peces por hojas de tabaco y cañas para las flechas...(Rivero, 1883, Gumilla, 1999)

Con respecto a la intensidad y sostenimiento de una relación estable de intercambio de bienes se destaca la presencia de un grupo llamado “Maibas”, que habitabó las riberas del Cañapurro (corriente que recibía el Onocutare para desembocar en el Orinoco, Rivero, 1883, Gumilla, 1999) quienes estacionalmente eran nómadas en el verano (Sic) y en invierno (Sic) sus mujeres labraban “quiripa” o “lentejuelas de conchas de caracoles y que fueron usadas como moneda para adquirir maíz, plátanos, yuca y otros géneros de frutas” (Rivero, 1883, Saignes, 1961, Gumilla, 1999)

Entre los pueblos que hacían las monedas destacaron Chiripas, Guarinaos y Arapabaras; todas descritas como “trabajadoras que hacen sus labranzas” y cuya lengua era entendida por los Achaguas y también por Giraras y Betoyes con quienes “hace años tenían amistad” (Rivero, 1883 y Saignes, 1961) y en cuya conformidad “pasaban de un pueblo a otro sus cambalaches” (Rivero, 1883), refiriéndose a relaciones de adscripción entre casi todos estos pueblos debido a su origen y al territorio común y muy probablemente al empleo de una lengua vehicular para estas transacciones.

Parte de los grupos que lograron mantener el control sobre su territorio fueron los Otomacos, conocidos por su belicosidad a pesar de las continuas incursiones de los caribes éstos al parecer les temían porque frecuentemente les vencían en batalla. (Rivero, 1883; Saignes, 1961, Gumilla, 1999). Muy probablemente la razón principal es que entre sus ancestros existieron relaciones de adscripción o parentales que no podían romper o por razones ideológicas y de cosmovisión.

De éstos intercambios se mantuvieron hasta bien entrada la conquista y durante la colonia, redes comerciales, como fue el caso del mercado de pescado del Orinoco medio, las playas de tortugas del río Guaviare y el intercambio de curare del alto Orinoco, también las alianzas matrimoniales (Biord y Arvelo, 2004). Grupos con múltiples lenguas como variadas sus relaciones. Según Morey & Morey (1975) “muchos mantuvieron relaciones económicas de carácter simbiótico; es decir, sosteniendo de manera

consensuada diversas actividades de subsistencia”.

Entre los ríos Meta, Cinaruco y Capanaparo poblaban los Yaruros de hábitos sedentarios, grandes artesanos y fabricantes de flechas que canjearon con las naciones inmediatas por las monedas de conchas de caracoles de agua dulce y quienes mantuvieron la pesca aledaña a los Otomacos (agricultores y pescadores).

Estos grupos nómadas y semisedentarios fueron quienes generaron relaciones estrechas de reciprocidad y parentesco pues al ocupar la desembocadura del Apure y los márgenes del Arauca y el Orinoco compartieron su territorio, especialización de tareas y fuertes nexos matrimoniales.

Entre los pueblos con mayor especialidad en técnicas de pesca en dichas corrientes peligrosas estaban los “Guamos” en extensión con los llamados “Taparitas” ubicados a lo largo del río Apure quienes mantuvieron a su vez contactos con los pobladores del área meridional del estado Guárico y consideraban sus parientes lingüísticos, los Guamonteyes, también especialistas en pesca. (Ortega, 2017)

Las fuentes coloniales destacan que entre los Achagua y Guahibo, en cambio, la relación era más de “tolerancia”, ya que no solo los primeros “obtenían el comercio de los productos de la sabana, sino que les permitían el eventual saqueo de sus conucos” (Rivero, 1883; Saignes, 1961). No obstante, mantuvieron vínculos por alianzas matrimoniales pues los guahibo los consideran Familia Política (Jipana)

Estos Guahibo, considerados independientes de lengua y con una distribución espacial muy extendida, (Saignes 1961) abarcaron los llanos meridionales de Venezuela y nororientales de Colombia. Llevaban una vida nómada basada en la recolección, la caza y la pesca con gran incidencia en el resto de las parcialidades mencionadas; tanto así que parecieran mediadores entre las sociedades sedentarias y los grupos de la formación apropiadora.

Sanoja y Vargas (1978) los clasifican dentro del mismo modo de vida que los Betoyes como grupos seminómadas lo que nos hizo pensar que dentro de

los Jirajaras como familia existieron subgrupos repartidos en infinidad de parcialidades que se veían a si mismas distintas pero muy probablemente descendían de las primeras fusiones entre lenguas independientes del Orinoco, el Arawak y un componente distinto al que se agregaron paulatinamente pueblos Caribe. Éste último componente sin duda estaba relacionado con el Betoy; cuya presencia debió ser reducida y muy particular dentro de los grupos étnicos llaneros.

Dado que los Guahibos, dicen descender de los Caribes del Macizo, los Arawaks amazónicos y los Chibcha (Queixalos, 1988/Castro Agudelo, 2000); es muy posible que Giros o Giraras y Betoyes asentados en las montañas de Pedraza fueron los mismos grupos en relación directa con El Airico al formar parte del “Airico de Macaguane” se denotaba una clara distinción entre ellos; éste estaba ubicado en “la confluencia del Sarare y Oriban (Uribante) que formaba el Apure (les-uru) y más al sur el Río Meta, y otras corrientes de agua en territorio colombiano, conformando los territorios norte de esa gran región”.

Rivero (1883) y Saignes (1961) ofrecen las pruebas de que durante la colonia todos estos pueblos fueron reducidos a un mismo centro dado que eran las parcialidades que se encontraban en territorios contiguos:

Por el año de 1701, salió o fugitivo o peregrino de su pueblo de Tame, un indio jirajara de nación, llamado Antonio Calaimi, hasta la ciudad de Pedraza. Aquí oyó a unos indios forasteros que hablaban una lengua que le pareció que era la jirajara...explicándoles que habían venido desgarrados desde sus tierras de Betoyes, cuya lengua era muy parienta de la suya jirajara...Este encuentro casual hace que Calaimi entre a los Betoyes a donde lo acompañaron posteriormente los misioneros, ya que podían entenderse con los habitantes del Airico de Macaguane.

El Padre Gumilla (1999) por su parte realizó una clasificación aún más extensa acerca de los grupos que se establecieron en el Orinoco; por lo que no sólo confirma la coexistencia de los grupos étnicos citados líneas antes sino que incorpora más parcialidades al referir: “Achaguas, Anabalis, Atabacas,

Betoyes, Guaybas, Guayquiris, Jiraras, Mapoyes y Tunebos” como parte de los grupos que coexistieron en el Airico”. Significa que era tal la pluralidad de pueblos coexistiendo que hasta los “Mapoyo”, también llamados “Wanai”, un grupo Caribe en el Orinoco Medio y los Tunebos, heteroglotónimo empleado para llamar a los U’Was de la Sierra del Cocuy en Colombia, también hicieron vida activa en el Airico.

2.2.8. BORDES ETNOLINGÜÍSTICOS.

En cuanto al alcance y significado de la palabra “Lingüística”; en su acepción más amplia y general, se puede decir que es la Ciencia del Lenguaje y abarca todos los estudios que tengan por objeto el lenguaje o algunos de sus aspectos; “gramática, filología, lingüística comparada; lingüística histórica o diacrónica, lingüística descriptiva o sincrónica, teoría del lenguaje, filosofía del lenguaje, todos los elementos que se incluyen en la evolución de las lenguas.

Según Saussure “La lengua es una totalidad y un principio de clasificación”. Ocupa el primer lugar entre los hechos del lenguaje porque es la que “introduce un orden natural en una realidad que no se presta a ninguna otra clasificación”. Distingue, Lenguaje, Lengua y Habla:

La lengua es la que hace la unidad del lenguaje... Es un objeto bien definido en el conjunto heteróclito de los hechos del lenguaje...La lengua es la parte social del lenguaje exterior al individuo; que por sí solo no puede crearla ni modificarla, no existe más que en virtud de una especie de contrato establecido entre los miembros de la comunidad....(En Arellano, 1977, Pp 12- 13)

Es decir, la lengua equivale a Idioma por lo que es el centro en el que giran los estudios de la lingüística dado su orden social; es decir, se da por convenio y engloba todos los elementos de la facultad humana del lenguaje, incluida la forma de emplearla; que es el habla, el cual tienen un dominio particular.

La lengua es distinta del habla, es un objeto que se puede estudiar separadamente. Ya no hablamos las lenguas muertas, pero podemos muy bien asimilar su organismo lingüístico...(Pp 13)

El habla está dentro de la lengua y ambas pertenecen al orden del lenguaje. El habla equivale “La Parole”; cual es, la utilización concreta de la lengua, que permite estudiarla porque existe un sistema establecido de reglas a las que se someten las personas para que se puedan comunicar entre si, pues para aprender un idioma es preciso observar y transmitir las maneras de hablar.

El lenguaje es heterogéneo y la lengua de naturaleza homogénea: Es un sistema de signos en el que sólo es esencial la unión del sentido y de la imagen acústica, y donde las partes del signo son igualmente psíquicas. La lengua no menos que el habla, es un objeto de naturaleza concreta, y eso es gran ventaja para su estudio. (Saussure en Arellano, 1977 Pp 13)

La dicotomía esencial de la lengua es el signo lingüístico que se compone de dos partes: Un orden psíquico (Significado) que es abstracto y un orden psicofísico que incluye fonación (Significante); estrechamente ligados recíprocamente. Más en la definición que Saussure hace del signo aclara “No es la unión de una cosa y un nombre, sino la unión de un concepto y de una imagen acústica” (Arellano, 1977, Pp 21)

Por lo tanto, la lengua expresa la realidad de la cultura por lo que las expresiones verbales se explican atendiendo a un contexto en el que se desarrollan los grupos. Esto es conocido como “Contexto de Situación” propuesto por B. Malinowski entre los estudios antropológicos, en lo que se conoce como “Funcionalismo lingüístico” cuando resaltó:

Las palabras no deben ser pasadas por alto como impertinentes para la expresión lingüística... En efecto, deben quebrar los límites de la mera lingüística y ser transportadas al análisis de las condiciones generales bajo las cuales se habla una lengua (En Ogden y Richards, 1964, Pp. 320)

A partir de una idea más amplia de un contexto, el estudio de cualquier lengua hablada por un pueblo bajo condiciones diferentes de las nuestras, como puede ser una lengua extinta o una lengua hablada en una cultura muy diferente, debe realizarse conjuntamente con el estudio de su cultura y de su ambiente porque se halla esencialmente enraizado en la vida “tribal” y las costumbres de un pueblo.

El lenguaje, aun en sus formas primitivas debe ser considerado y estudiado, proyectándolo sobre el fondo de las actividades humanas, como un modo de conducta en materias practicas; es decir, en la aplicabilidad para el dominio del entorno.

El lenguaje se transforma en un trozo condensado de reflexión, un registro de un hecho o pensamiento. En sus usos primitivos, el lenguaje funciona como vínculo en la actividad humana concertada, como parte de la conducta humana. Es un modo de acción y no un instrumento de reflexión. (Ogden y Richard, 1964. Pp. 327).

Las lenguas nativas se adquieren por sociabilidad y en el hecho de la comunión personal - fática- se crea el intercambio de palabras (Malinowsky en Ogden y Richard, 1964) que es un tipo de lenguaje en el cual los “lazos de unión nacen por los sentimientos específicos que constituyen el carácter gregario de convivencia”, al emitir y recibir expresiones que forman la charla ordinaria en situaciones cotidianas.

Esta “comunión fática”, obedece a un acto espontáneo humano, que “ubica tanto al salvaje como al civilizado en la placentera atmosfera del intercambio cortes y social” (Ogdens y Richard, 1961). Su carácter es esencialmente pragmático y refleja un modo de conducta, un elemento indispensable de la acción humana concertada. “Considerarlo solo un medio para la corporización o expresión del pensamiento es adoptar un punto de vista unilateral de una de sus funciones más derivadas y especializadas”. (Malinowski en Ogden y Richard, 1964).

Por consiguiente una vía para rastrear el origen de la identidad y por ende lo étnico, es prestar atención al contexto de situación de las palabras de una lengua pues resulta indispensable para la comprensión de su significado. Una palabra sin contexto lingüístico es una “mera ficción” y no representa nada por si misma tan igual como en la realidad de una lengua viva, activa la expresión no tiene significado excepto en su propio contexto de situación.

En las lenguas extintas para definir el significado, explicar los caracteres gramaticales y léxicos esenciales de una palabra deberá considerarse “entidad real”, ser vista como “una caja de alma” (Malinowski en Ogden y Richard, 1964) que recoge la esencia de una persona, objeto o cosa. Cada palabra entonces evocará diversas situaciones dependiendo de su función: Usos mágicos del lenguaje, nominaciones prácticas, designaciones funcionales; nombres de lugares, entre otras realidades. (Malinowsky en Ogdens y Richard, 1961) es decir, lo que simbolizan (Eliade 1958 y Strauss, 1974, 1982)

El “íntimo vínculo existente entre la interpretación lingüística y el análisis de la cultura a la que pertenece” muestra que “ni una palabra ni su significado tienen una existencia independiente y autosuficiente” (Malinowski en Ogden y Richard, 1964) y cada lengua esboza “la estructura gramatical y el significado de las palabras con un matiz emocional especial” que solo es comprensible sobre el fondo de la psicología del grupo, su vida cotidiana, comercio y empresas ceremoniales.

Como las lenguas se componen de elementos fonológicos y fonéticos que son llamados fonos y fonemas; adquieren sentido dentro de una realidad convenida para generar las formas elementales y sus derivaciones. En tal sentido, la apreciación de Strauss acerca de la unión indivisible entre morfemas y semantemas para crear “mitemas”, complejizan cualquier expresión lingüística; manifiestan la estructura de la lengua en un nivel abstracto; es decir, son nominaciones categoriales o clasificaciones surgidas de cadenas de elementos: Fonemas, lexemas, morfemas o en sus palabras “haces de relaciones”, combinaciones que representan ocurrencias específicas de un

principio subyacente generalizado de la realidad; es decir, una relación estructural” (Strauss, 1974)

Esta Teoría que enalteció los estudios semióticos es la esencia del Estructuralismo que en términos teleológicos expresan la dicotomía del Mito-Rito en tanto que “sistema temporal que tiene sentido y en que se hallan aquellos elementos combinados que pertenecen al orden del lenguaje del que forma parte y manifiesta prioridades específicas”. (Strauss, 1974, 1982)

Ya el complejo Mito-Totem-Tabu de Freud (en Strauss, 1974) señalaba que "Una realidad viviente no es una ficción", porque sucedió en los tiempos primigenios e influyó sobre el mundo y el destino humano al expresar, exaltar y codificar las creencias, su moralidad, la eficiencia del ritual y estableció además las reglas para relacionar al hombre.

Posteriormente los planteamientos de Mircea Eliade acerca de los mitos; a quien le interesaron como “modelos de conducta humana”, vio en las expresiones valor y significado de tipo existencial pues revelaban que “el mundo, el hombre y la vida tienen un origen y una historia sobrenatural”:

Esta historia es significativa, precisa y ejemplar” especialmente en “las sociedades arcaicas y es reflejo del estado primordial que justifica comportamientos y actividades de los hombres...Cuenta una historia sagrada, historia verdadera que se comunica a los neófitos durante su iniciación y se celebra, se reactualiza mediante el rito. (Eliade, 1958)

Con Levy Strauss y su teoría estructuralista es como finalmente se comprende que los mitos y los ritos son “modos de observación y reflexión en forma residual” que estuvieron (y siguen estando) sin duda, exactamente adaptados a descubrimientos de un cierto tipo:

Los que autorizaba la naturaleza, a partir de la organización y de la explotación reflexiva del mundo sensible, en cuanto sensible. Esta ciencia de lo concreto, tenía que estar por esencia limitada a otros resultados que los prometidos a las ciencias exactas,

naturales, pero no fue menos científica, y sus resultados no fueron menos reales. Obtenidos diez mil años antes que nosotros, siguen siendo el sustrato de nuestra civilización (Strauss, 1982 Pp34-35)

De acuerdo con el universalista esta forma de pensamiento y acción subsiste entre nosotros y es una forma de actividad que, “en el plano teórico nos permite muy bien concebir lo que pudo ser en el plano de la especulación”; de ahí que se vincule con la Magia pero a su criterio es una ciencia, que prefirió designar “Primera” y cuyo método se asemeja a un juego que tiene número ilimitado de partidas regido por reglas:

El juego y el rito operan entre si relaciones del mismo tipo...pero el rito que también se "juega", se asemeja más bien a una partida privilegiada, escogida y conservada de entre todas las posibles porque solo ella se obtiene en un determinado tipo de equilibrio entre los dos campos (1974)

En consecuencia, el “contexto de situación” planteado por Malinowsky (En Ogdens y Richard, 1964) como el “Complejo Mito-Rito” en la lógica interpretativa de la historia “ab origine” en Mircea Eliade (1958) serán el abreboca de la formulación, tanto teórica como metodológicamente de la corriente estructural, la cual buscó los cimientos subyacentes en el análisis de las lenguas “muertas” y las lenguas vivas a través del principio de relatividad; es decir, tratando a las palabras como símbolos o signos denotando una psicología o mentalidad que explica el mecanismo de la ciencia del lenguaje, inherente a lo humano:

Cada tribu primitiva o bárbara, así como cada tipo de civilización, posee un mundo de significados y todo el aparato lingüístico de este pueblo - su repertorio de palabras y su tipo de gramática- solo puede explicarse en vinculación con sus requerimientos mentales. (Malinowski en Ogden y Richard, 1964)

Vale aclarar que el “Contexto de Situación” propuesto por Malinowski era

una posición de tratamiento científico del lenguaje ante una marcada necesidad de “un esquema para una teoría semántica, útil para el trabajo en lingüística “primitiva”, que tempranamente arrojó alguna luz sobre el lenguaje humano en general”. (Ogdens y Richard, 1964)

Su propuesta estrictamente funcionalista trascendió antropológicamente al “Problema del significado”, resuelto por el funcional-estructuralismo de Radcliffe Brown (Harris, 1964) y el estructuralismo levi-straussiano que a partir de los avances en lingüística general, semántica y semiótica; tratados en la teoría del signo lingüístico de Ferdinand de Saussure en el análisis de datos provenientes de la recopilación que realizó el francés de los escritos etnográficos de otros investigadores, concluyó que:

El pensamiento mítico, ese bricoleur, elabora estructuras disponiendo acontecimientos, sus medios y sus resultados, gracias a las estructuras que fabrica sin tregua y que son sus hipótesis y teorías (Strauss, 1974, Pág 40).

El propio Frank Boas reconocía que el mito y el rito están en constante reactualización al afirmar: “Los universos mitológicos están destinados a ser desmantelados apenas formados para que nuevos universos nazcan de sus fragmentos (Boas en Strauss; 1974 Pag 41); es decir, estos retazos son las marcas o huellas de la etnicidad que se expresan históricamente en el tiempo de la larga duración. Por lo que en tal sentido, Strauss, agregó:

...para la reflexión mítica, la totalidad de los medios debe ser también implícitamente inventariada o concebida, para que pueda definirse no resultando que será siempre una componenda entre la estructura del conjunto instrumental y la del proyecto (1974, Pág 42)

Consideración valiosísima para recontextualizar porqué es tan complejo el análisis de la síntesis de identidades para el etnógrafo pues en la práctica cotidiana dichos elementos son de muy difícil reconocimiento y en diferenciación de los procesos culturales aún más excepto si se agrupan en un sistema, donde apreciar, la totalidad y sus partes; osea categorizando o

estableciendo sistemas de clasificaciones en el que se puedan reconocer los componentes del que emergen dichas relaciones.

LENGUAS DE LOS LLANOS ALTOS Y EL PIEDEMONTE DE BARINAS (1400-1628).

Ante la heterogeneidad de pueblos asentados en diferentes momentos, la toponimia del pie de monte y llanos altos de Barinas; excluyendo obviamente los nombres castellanos; no presenta marcajes ni morfologías homogéneas; por el contrario los largos períodos de linguodiversidad, producto de la variedad cultural y del cruce entre diferentes tradiciones y horizontes culturales están presentes en la etimología de las marcas geográficas.

Al menos seis (6) familias de lenguas se hablaban en este territorio para 1400-1628; entre ellas las amazónicas que destacaban por su número de hablantes, como en el caso de las lenguas Arawaks; lenguas del macizo de las Guayanas o Caribe y un considerable número de hablantes de lenguas independientes: Jirajara identificadas propiamente como Jirajara -Betoy; Guahibo-Sikuani y también Otomaco.

Las lenguas independientes ya coexistían antes de las capas arawaks y caribe (Bjord, 2002) por lo que de las primeras relaciones entre ellos; los conflictos debieron estar marcados en parte por el agotamiento de ciertos recursos, fenómenos ambientales de sequías e inundaciones alternas y las presiones territoriales agravadas ante la llegada de nuevos contingentes humanos.

De igual manera las transacciones de elementos entre grupos independientes y los arawaks sucedieron muchos antes de la avanzada Caribe. Y el espacio que las aglutinó para el momento de la conquista y colonia hispana fue el orinoco medio, donde la pluralidad de grupos y las lenguas que pervivieron probablemente permanecieron desde el protohistórico hasta épocas recientes y muchas de ellas hasta el presente.

Caracterizados como pueblos distintos en grandes extensiones geográficas, “El Airico” representó uno de éstos emplazamientos que después

del 1000 dC aglutinó pueblos migrantes desde los llanos de Barinas y otros contextos; de allí que en éste espacio convergieran naciones apartadas, por dispersas razones (Rivero, 1883 y Saignes, 1961), incluidos los hablantes de casi todas las lenguas reconocidas en la historia prehispánica de Venezuela:

Las misiones de araguaco hablantes (procedentes hace unos 5.000 años del Amazonas) y de grupos caribe-hablantes (procedentes del Macizo Guayanés que se expandieron hacia el norte hace unos 4.500 ó 4.000 años) habrían invadido territorios que entonces ocupaban sociedades hablantes de lenguas que hoy se consideran como no clasificadas lingüísticamente y que constituyen islas lingüísticas". (Biord, 2002).

Entre la permanencia y la exclusión surgió una etnicidad específica que a nuestro juicio se congregó en la Nación Betoy (Rivero, 1883, Saignes, 1961) que aglutinó grupos en los llanos alrededor de una alianza entre multiplicidad de grupos que suministrando un determinado sentimiento de pertenencia a una Unidad geográfica (Región) o un conglomerado cultural, (Área) produjo y reprodujo una identidad de muy difícil definición que sólo se ha logrado reconocer por sus múltiples filiaciones étnicas.

En forma separada, de acuerdo a su adhesión a una familia lingüística o de acuerdo a su modo de vida prevaleciente (Cazadores, Pescadores y Recolectores) dentro de esta conjunción de etnicidades; ciertas parcialidades conservaron sus límites y otros se fusionaron en algo totalmente nuevo. Pudiera pensarse que la clasificación Jirajara es la que aglutina a esa nueva identidad surgida en los Llanos de Barinas; por lo que hay que diferenciarla de la Jirajara del Norte porque ha significado un problema antropológico de abordaje complejo.

Como evidencias de estas dispersiones, las observaciones acerca de lenguas arawacas septentrionales son las que aportan más pistas dado que tuvieron mayor proporción de hablantes, reconocidos históricamente por lo que en sus zonas de interacción, ha de presentarse antropónimo suya y en menor proporción de otras familias de lenguas, algunas reconocidas y otras no

reconocidas para el territorio venezolano.

En la Región de Barinas, las expresiones cartográficas recogen parte de las migraciones arawaks y caribe; pero si se atiende a la relación grupos étnicos versus cronologías cerámicas, las ocupaciones más tempranas debieron obedecer a grupos étnicamente diferentes. Por ejemplo, los Osoides (920 aC al 1250 dC) (Zucchi, 1975) quienes evidenciaron características cerámicas que los distinguen del resto de estilos para el territorio venezolano. (GAN, 2001).

Es posible que por la forma en que se constituyeron sus asentamientos originales impactaron en la organización del proceso interétnico posterior; probablemente por alguna preeminencia de carácter religioso, hasta que nuevos grupos intensificaron su presencia en el territorio de los llanos. De acuerdo a cómo se establecieron éstas cronologías arqueológicas para Venezuela (Cruxent y Rouse, 1982); los Osoides de la etapa inicial (930 aC - 230 aC) representaron una población de una o varias lenguas independientes o cuasiaisladas.

Por lo tanto, parte de la constitución étnica de los grupos fueron hablantes de grupos no reconocidos a los que pudieran estar asociados históricamente algunas lenguas independientes y de allí su prevalencia en la etnicidad e identidad residual afin a los grupos del Orinoco medio; dentro de ellos hay que resaltar a Otomacos y Guahibos.

OCUPACIÓN ARAWAK EN LOS LLANOS.

Las migraciones arawacas se asocian a migraciones antiquísimas. Silvia Vidal y Alberta Zucchi (1987), describieron que las primeras ocupaciones en correspondencia con cronología cerámica se ubican entre el 4200 y 3800 a. p., (2250-1850 a. C), cuando gente hablante del proto-Maipure partió desde el Amazonas medio hasta el sector bajo-medio del río Negro, logrando avanzar hacia el Orinoco y dando origen al Maipure del norte.

Esta población que se subdividió en diversos grupos en la región amazónica correspondiente al Río Negro tuvo cuatro separaciones tempranas

que hablaban varias protolenguas: Proto-Palikur, Proto-Manao, Proto-Curripaco y Proto-Baré (Vidal, 1987).

Es probable que una porción de los Proto-Curripaco que se asentaron en el alto Guainía, se extendiesen más al noroeste pero en el grupo Proto Baré cómo señalan esas investigaciones, estarían los ancestros de los pueblos llaneros:

Los Proto-Baré, tuvieron una migración que se dividió entre grupos que se quedaron entre el río Negro y el Casiquiare y otros hacia el orinoco medio, los posibles ancestros del caquetío de los llanos emparentados con la lengua “igñeri” hablada en las antillas. (Vidal y Zucchi, 1987)

"Los cálculos glotocronológicos indican que la separación Curripaco-Piapoco parece haber ocurrido entre los 250 y 50 a.C., mientras que la separación entre este último y el Achagua se sitúa entre los 1100 y 1350 d. C. (Vidal, 1987; Oliver en Vidal y Zucchi, 1987; Zucchi, 2017). Significa que en ese lapso de tiempo de aproximadamente 1350 años, [250 aC y 1100 dC], hablantes de un idioma arawak (Piapoco o Achaguas) influyeron en espacios de hablantes de otras lenguas; es decir, de otros grupos étnicos; volviéndose de uso general en los territorios ocupados por ellos, como en los llanos de Barinas.

La migración que no sólo ocurrió hacia diferentes espacios de la geografía venezolana sino hacia la propia Amazonía y hacia las Antillas indica que estas lenguas debieron ser habladas antes y durante la llamada “Invasión Caribe”; y producto de éstas relaciones las lenguas pueden mostrar hibridaciones lo que complejiza aún más el panorama lingüístico de la región.

Fray Ramón Pagné (1494) quien llegó con Colón, reconoció por primera vez el arawak antillano describiéndolo en su “Relación acerca de la antigüedad de los Indios” (Ortiz, 1940); primera etnografía de América, destacando muchas de las prácticas de estos pueblos asentados en las Islas, reconocidos como Tainos; mientras que Bachiller y Morales encontró similitudes entre el “iñeri” (igñeri) y el kurripaco; comprobando que el Taíno no fue una protolengua, sino

más bien una resultante de habla reciente (En Ortiz, 1940)

Entre las confluencias del arawak insular con el continental, los lingüistas hallaron similitudes con el Taurepang. Según González Náñez, ésta fue una lengua suprimida en las compraciones, porque sus dialectos o variantes, Taurepang y Arecuna, aparecen en idiomas de dos familias distintas, el Arawako-Wayuunaiki (Alta y baja Goajira) y en el Caribe-Pemón. (Entrevista Personal, 2015, 2019)

En ese sentido, se deben buscar las primeras referencias a la familia. En el trabajo “A origem do homem americano e tribus do Brasil” Bierrenbach Lima (1950) destacaba que el alemán Karl Von De Steinen, denotado psiquiatra y lingüista, denominó Nu-Aruaks a las lenguas que, Gillij y Lucien Adam llamaron “Maipureanas”. Dicha denominación la hizo por observación de la fonética elemental de sus pronombres, en especial, el indicador de la primera persona singular: /Nu/.

Steinen propôs a denominação de Nu Aruak e que compreende o grupo classificado por Lucien Adam “Maipure: Achanguas (Orinoco), Baniuas o Banihas (Içana, Afluente del Río Negro, Barés (Negro y Casiquiare)

Debe recordarse que las lenguas presentan una función dependiendo de su tipología, dictan reglas para casos gramaticales que indican el rol del sustantivo en una oración, encontrando marcajes de persona como activa e inactiva, nominativo-acusativa, Ergativa o de ergatividad escindida así como formas absolutivas. Es decir, señalando un tipo de dirección a la lengua en la configuración del papel del Sujeto en las oraciones.

Por ejemplo, entre las lenguas arawakas los sufijos y prefijos van aportando los caracteres para nuevos fonemas y lexemas; muchas veces a partir de morfemas que son raíces de palabras o palabras matrices de las que se derivan nuevos vocablos; por lo que cada orden fonético o léxico en la palabra obedece a un contexto, cosa o situación específica y por tanto un tipo

de nominación.

Esta característica se estableció como un marcador permanente desde las protolenguas y permitió la formación de cognados o vocablos distinguibles en sus estructuras gramaticales (De Neira, 1762; Gillij, 1965, González Náñez, 2009).:

	Prefijos		Sufijos	
Pronombres	Singular	Plural	Singular	Plural
1ª Persona	N u - T a	W a	N a, T e	W a
2ª Persona	(p) i -	(h) i-	P i	H i
3ª Pers Masc	R i, i	N a	Thu, u	N a
3ª Pers Fem	Thu, u	N a	Thu,u	Na
Impers.	P a			
Indeterm	I – a		N i	

Tabla N° 1. Marcaje de Persona en Arawak. Fuente: Ernst, 1893

Estas particularidades permiten hacer comparaciones entre lenguas pues las similitudes y diferencias permiten establecer su evolución histórica y variaciones; establecer su parentesco y hasta reconocer sus relaciones con otras familias. Entre las Arawacas y Caribes estas comparaciones iniciaron desde el establecimiento del Phylum o Stock, hecho en 1782 por Fillipo Salvatore Gilij (1721-1789) quien estudió las dos grandes familias a partir del estudio del Tamanaco (Familia Caribe) y las Maipureanas (Arawaks), tres años antes de que se propusiera la rama indoeuropea en el viejo mundo.

Al registrar su gramática, Gillij (1965) las denominó y dividió de acuerdo a los espacios geográficos donde fueron habladas, hallando que entre Maipures hubo divisiones en “Maipures del Norte” y “Maipures del Sur”. El criterio elemental de esta primera división fue la presencia lexica de la partícula “Puru”, el cual debió ser una constante en las lenguas arcaicas, empleado para designar a su Dios creador.

Entre las consideraciones geográficas de sus orígenes y expansiones, los investigadores van argumentando estas y otras caracterizaciones. Lathrap

(1970) consideraba que "Alrededor del 3000 aC, los hablantes del protoarawak ya se habían concentrado en las llanuras inundables del Amazonas central cerca de la ciudad de Manaos y fueron identificados como pueblos de agricultura de bosque tropical desarrollada.

A partir de estos estudios los investigadores pudieron recrear en parte la etnohistoria del Arawak, estableciendo los criterios que reconocen su antigüedad y la cronología a través de los dialectos. González Náñez (2005) consideraba que del grupo Maipure del Norte, el "Kurripaku-.Wakenai" se constituyó como la protolengua, hablada aún en el noroeste Amazónico.

El "Ojo-Carro", un dialecto kurripaco, fue por consiguiente el más antiguo, reconocido entre los hablantes del Iñeri (Bachiller y Morales en Ortiz, 1940 González Náñez, 2004, 2009, entrevista personal, 2015, 2019) cuyo sonido era "ligeramente aspirado" de acuerdo con las reglas de sonorización y desonorización en la morfología (González Nanez, 2019).

La morfología, es la rama de la lingüística que estudia los patrones de formación de palabras en una lengua y entre varias lenguas con el objeto de precisar las reglas que la diferencian entre sus hablantes. Para el antropolingüista venezolano, el Achaguas fue la lengua más hablada a lo largo del Vichada en Colombia y el actual Amazonas (Entrevista personal 2015, 2019); es decir, que fue ésta lengua o su protolengua la que se expandió hacia el norte de su zona originaria, siendo una de las lenguas sobrevivientes de la familia y la que se propagó en los llanos.

Fundamentado en el trabajo de Joseph Greenberg (1987), señalaba que entre las 29 que sobreviven de la rama Norte, tipológicamente en su mayoría responden al orden o caso Sujeto-Verbo-Objeto (SVO) por cuanto la forma (S) VO muestra el orden básico de las palabras. En algunos casos se halla solo una inconsistencia, representada por "la violación de la correlación GL-2." (González Náñez, 2015, 2019).

Parte de esa inconsistencia se manifiesta cuando los morfemas y fonemas de una lengua no comparten núcleo común de rasgos de significado

de acuerdo a la función que cumplen en la oración lo que tendrá una incidencia en la conformación de las nuevas palabras y expresiones de esa lengua y por tanto en la evolución histórica de la familia.

Dicha correlación genera contradicciones entre los filólogos y lingüistas pues dentro de la tradición estructuralista americana de Bloomfield y la gramática generativa transformacional de Chomsky, la correlación de las palabras está vinculada a “la colocación lógica de acuerdo a su gramaticalización”. Los generativistas por ejemplo, señalan que “no se debrían buscar universales morfológicos sino que lo central es la sintaxis”, ya que la morfología se expresa en la fonología; es decir, mediante los sonidos.

González Náñez, (2005) en su libro “Warekena” mostró cómo funcionaba gramaticalmente la conjugación de los verbos de esta lengua arawaka a través del verbo “Jilakasi”, que en castellano significa “Subir”, demostrando así el orden tipológico básico en la correlación Sujeto–Verbo [SV], que prosigue a la nomenclatura de los pronombres; por tanto su forma conjugada sería Jnuilaka (Yo Subo); Pjilaka (Tu subes); Jnilaka (El sube); dado que los pronombres son: Yo: /Nu/; Tu: /Pi/; El: /Ni/; Ella /Pa/; Nosotros: /Wa/.

Durante la colonia, en los llanos de Apure, la lengua Achaguas (Ajagua, Xagua: “Gente del río”); formaba una población numerosa y dispersa que se extendía hasta los llanos orientales colombianos, básicamente localizados en el actual Departamento del Vichada y en el suroccidente del mismo, entre los Departamentos de Casanare y Meta colombianos (De Neira, 1762, Melendez, 2000).

La manera cómo se puede relacionar la familia es comparándola con otras lenguas arawacas; por cuanto el ensayo “Afinidad etnográfica de los Indios Guajiros” de Adolfo Ernst no sólo mostró la evolución de los pronombres en un pequeño vocabulario sino que además encontró similitudes con otras lenguas del área como el Bintucua o Ica (Arhuaca) demostrando parte de la evolución e influencia de los marcajes de los pronombres.

Arhuaco		Guajiro	
Singular	Plural	Singular	Plural
1 Dai'd	Wai, Hua	1 Taya	Guaya, Hua
2 Būi, B	Hūi, Hū	2 Pía	Jía, J`
3 Lū, L` Tuhu, T`	Nai, Na Naha	3 Nía N' / S`	Naya, N`

Tabla N° 2. Comparacion Pronombres “Guajiro y ArhuacoFuente: Ernst, A. (1893)

El pronombre usado para la Primera Persona /Nu/ de las lenguas protoarawacas cambió por /Ta/ en lenguas como el Wayuunaiki hablado en la Goajira (La lengua arawaca más distante geográficamente de su centro de dispersión inicial. Según González Náñez (2019), éste se empleó también en el Palikur que se habló en Guayana (y es parecido al Wayuunaiki) así como en el Taíno que se habló en la Isla La Española (Antillas) donde se aprecia en forma general como prefijo.

Señalaba el mismo Ernsts (1893) que el prefijo “Ja” es característico de muchas palabras interrogativas en ambas lenguas. De acuerdo con los registros de vocabularios recopilados en las obras consultadas como las de Queixalos, (1989) y Castro Agudelo (2000) acerca del Guahibo y en los trabajos de Oramas (1916) y Jhan (1927) acerca de lenguas jirajaranas esta particula está muy presente de hecho parece estativa; un carácter que no surge de manera fortuita.

Esta primera observación nos hizo establecer relaciones entre hablantes de lenguas arawacas con los hablantes de otras familias lingüísticas; comprendiendo que si los grupos étnicos que se congregaron en hábitats de humedales; especialmente lenguas independientes; pudieron localizarse en cinco grandes áreas: Los llanos de Barinas, el Lago de Maracaibo, el Lago de Valencia, las márgenes del Orinoco, en sus tramos medio y bajo; coincidiendo con cinco estilos tempranos dentro de la cronología cerámica, respectivamente: Osoides, Tocuyanooides, Saladooides, Barrancoides y Cedeñooides. (GAN, 2001).

Influencias del Timotes sobre lenguas Jirajaranas

La lengua Timotes es la principal lengua derivada de la matriz “Mucu” que según los especialistas no se encuentra en la onomatología cuica (Salas, 1956) y aunque no se habló en los llanos de Barinas, existieron vínculos interétnicos con los grupos Jirajaras. Al respecto Gordones y Meneses (2005) señalaron:

Las investigaciones arqueológicas, etnohistóricas y lingüísticas nos permiten afirmar que existió una organización social jerarquizada multiétnica que se expandió por todos los pisos altitudinales de la Región. Cada centro poblado de esta organización social conservaba características particulares que le daban perfil propio, pero éstos a su vez se correspondían con una organización social y económica que les permitía complementarse entre sí.

Estos arqueólogos destacan que como no estaba poblada para el período del contacto por un solo grupo étnico “fue ocupada por distintas oleadas poblacionales provenientes de la región norcentral del país, desde la cuenca suroccidental del lago de Maracaibo y grupos provenientes de los llanos altos occidentales” (Gordones y Meneses, 2005).

En cuanto a las filiaciones lingüísticas destacan que estos grupos provenían de tres matrices diferentes: Timotes, Chibchas y Arawacos. Con respecto al Timote, provino de la porción alto andina de Trujillo entre el 1500-450 AP; es decir, después del 650 dC aproximadamente y agregan que desde el Siglo V de la era común ingresan pueblos de filiación Chibcha que provenían de la cuenca baja del Chama y Mocotíes.

La filiación arawaka la asocian con los llanos altos occidentales en límites con Táchira y con la Zona de Mucuchíes hacia las porciones de Lara y Falcón; por lo que asumimos que usaron como enlace la región del estado Trujillo y zonas aledañas. Es decir, producto de la evolución de distintas matrices lingüísticas se formaron multiplicidad de variantes dialectales sobre un idioma sustrato que agrupó las diferentes parcialidades congregados en la

Lengua Timote pero al parecer pudo haber sido llamada “Chama” (Salas-1956) o “Mucu-Chama” de acuerdo con Clarac (en Gordones y Meneses, 2005). Entre nuestras presunciones, éste idioma pudo haberse formado también como variante fusionada de lenguas arcaicas, muchas de las cuales están emparentadas con alguna lengua independiente que migró desde el Orinoco medio bajo la influencia de una lengua arawak.

En cuanto al parentesco lingüístico entre Mucus y Giros para Salas (1956) no era notable pues abundaba en los dialectos Giros la típica radical aruaca (sic) “Gua” tan rara en la lengua Mucu; pero si habían ciertas transacciones entre una y otra lengua, especialmente de los Timotes hacia los Giros, en cuya geografía denotaban sitios, quebradas, páramos, montañas en los cuales abundaban la presencia del radical y otras variaciones.

Se precisa con Julio Cesar Salas (1956) que dentro del grupo “Cuica” existieron los Pueblos “Bomboy”, entre los que se menciona “Moromoy” (Actual Meseta donde se asienta Barinitas) como uno de los sitios habitados por ellos. Así también en parte de la toponimia e hidronimia, se conservan sustratos de estos vínculos. En la recopilación que hizo Salas (1956), acerca de palabras propias de Los Giros de los llanos con las que existe un estrecho parentesco con lenguas arawacas.

Abundaba entre los Giros la típica radical “Gua” casi inexistente en el timote (Salas, 1956, Clarac en Gordones y Meneses, 2005) pero la desinencia “Mucu” al entrar en combinación con el sonido arawaco “Gua” confirma que el timotes se nutre del Arawak; pero advierte que había otro sustrato diferente.

<i>Sitios (Valles, Mesetas, Cañadas)</i>	<i>Pueblos y Caseríos</i>	<i>Páramos</i>
Mucurumagua	Mucurumagua	Mucusurú
Pagüey	Izagüe (Izcagüey/Izcaguey)	Mucuchapí
Esagüey	Escagüey, Paguey, Mocotey	
Mocotey	Camucay	
Mucutuy	Mucuchachí, Mucutumpa, Mucurutu	

Tabla N° 3. Transacciones de Timotes a Giros [Sitios geográficos] Colina, 2016. (Fuente Fundamental: Salas, Julio Cesar, 1956)

Sobre estos aportes etnolingüísticos “La Gran nación Mucu” debió ser también de estirpe Arawaca; pues de acuerdo con Samuel Lafone Quevedo (en Salas, 1956) “La M es siempre una V o W castellanizada, posiblemente ambas letras ya como consonantes y vocales propias y femeninas por excelencia; destacando dentro de la toponimia de *Paramos, Montañas y Cerros como sucede en: Mucuchapí, Biriguaca, Canagua, Ariguaca, Tamaca.*

De igual forma, las combinaciones “Cha”, “Chi”, “Che” frecuentes en el dialecto “Mucu” y en el “quichua”, lengua arawaca propia de América (Lafone Quevedo en Salas, 1956) así como las desinencias “Ura”, “Ure”, “Uri”, “Uro”, “Are” que a nuestro juicio son fonemas tupí; en forma natural entran en la formación de los nombres de ríos de la región tanto como sucede con las desinencias Ay y üey, fonemas taínos, afines de la toponimia arawak antillana:

Finalmente, Salas refiere innumerables ejemplos acerca de las visibles transacciones de los Timotes hacia los Giros; en cuya geografía denotaban sitios, quebradas, páramos, montañas en los que abundaban la presencia de radicales y otras variaciones dentro de la toponimia propia del piedemonte y llanos de Barinas:

Tribus:
Aricagua, Muquinos o Quinoes, Pagüeyes, Canaguaes, Chacantaes, Isnumbies o Camucayes, Guaraques, Capabaras y Suripaes.
Páramos: Mitisús, Siniguís, Mijará, Mucusurú,

Ríos y quebradas: Pagüey, Escagüey, Curbatí, Capurí, Quiu, Alquinó, Michay, Socopó, Suripá, BumBum, Mocotí, Caparo, Cajaro, Ticoporo, Canaguá, Bocomboco, Navay.

Dios: Ches

Moneda: Quiripa.

Sitios (Valles, Mesetas, Cañadas): Aricagua, Mucurumagua, Guacanama, Guaca, Tirguaca, Canagua, Guaraque, Caricagua, Izcagüe, Escagüey, Izcagüey, Pagüey, Esagüey, Mocotey o Mucutuy, Ticoporo, Caparo, Cajaro, Apure, Capurí, Quinora, Quino, Muquino, Chacunta o Chacanta, Machacharé, Mijagua, Suripá, Tamaca, Tame, Taiba, Otosum, Vijagua, Michay, Curay, Camucay.

**Tabla Nº 4 Transacciones de Timotes a Giros [Tribus] Colina, 2016.
(Fuente Fundamental: Salas, Julio Cesar, 1956)**

Algunas reflexiones acerca de los “Caribe”:

En el “Estudio sobre el Origen del Mito de la Antropofagia” obra más conocida como “Los Indios Caribes”, Salas (2006) reseñó que los propios arawacos fueron quienes difundieron esa idea “errónea” de canibalismo para expulsar a los conquistadores o conseguir que se enfrentaran a las “tribus guerreras” que los dominaban con sus arcos y flechas envenenadas, robándole sus mujeres y cautivándoles como esclavos”; pues querían que les ayudaran a vencer a sus enemigos naturales. En tal sentido hallamos la siguiente cita que consideramos precisa con la idea expresada líneas antes:

Estas tribus de suave natural como los lucayos, se quejaron a Colón de los Indios de Colba o Cuba al Sureste y los de Cuba de los de Haití, a quienes apellidan Caniba, y los del mismo Haití en la Vega Real y Tribu de Guacanagari, llamaban Caribe a los de Cibao, dichos también Ciguayos flecheros.

Seguidamente, añade: “Se infiere que la Voz “Caribe” se daba a todas las tribus “guerreras y belicosas”, que dominaban por el terror a las de suave natural” (Salas, 2006); lo cual sugiere que los grupos llamados “Caribes” emergieron de las propias disenciones entre varios grupos étnicos lo que nos lleva a inferir que aquellos afines en cuanto a ciertas creencias y rituales antropofágicos como los Otomacos (Saignes, 1961) los Tupinambas (Metrax en Saignes, 1961) y hasta los propios Yanomamo pudieran considerarse dentro de esta clasificación.

Por su parte la propuesta de la Familia Macro Ge, Macro-Ye o Grupo Ge-Tupí-Carib compuesta por lenguas Tupí y Caribe y las llamadas lenguas Ye o Ge (Greenberg, 1987) reclasificaría éstos grupos “guerreros” dentro de una tipificación específica que pudo haber ocurrido por ciertas transacciones lingüísticas que parecieran coincidir con dichas descripciones; lo que nos invita a repensar si realmente eran un componente étnico distinto.

Atendiendo a ésta propuesta, el origen de los Caribes, respondería en parte a la clasificación de Steinen (En Bierrenbach Lima, 1950) acerca de la

clasificación de Tupí Puros y Tupí mezclados; es decir, como adheridos a varias familias entre ellas las macroarawaks con la que comparten ciertos espacios territoriales en su etnogénesis. Ciertos datos etnohistóricos pudieran sustentar ésta aseveración.

En el prefacio a la segunda edición del libro “Estudios de Etnología Antigua de Venezuela” cuando el sabio Fernando Ortiz refiere la omisión de varios grupos prehispánicos con denominaciones étnicas afines en la Historia Antigua de Cuba y las Antillas, publicadas en el “Handbook of South American Indians”, nos abre un camino de posibles argumentos al afirmar:

La etnografía prehispánica y protohistórica de Venezuela no salió bien parada, harto trastornada apareció también la de Cuba, en la cual se elimina la entidad étnica de los Guanacabibes o Guanajatabeyes, que fueron los únicos indios pobladores de toda la mitad Occidental de la Isla. No obstante haber sido ya preanunciados por Cristóbal Colón en su primera Carta al tesorero Sánchez dándole cuenta de su descubrimiento de las Indias, y perfectamente diferenciados, años después por quien fue en el tiempo el primer antropólogo de América, Fray Bartolomé de las Casas el cual los señaló inequívocamente por medio de su gentilicio propio y bien significativo, su presencia geográfica y simplísima cultura precerámica y de recolectores (Ortiz en Saignes, 1961)

El propio Ortiz destacó que sería gracias a los datos de la moderna arqueología cómo se comprobaría la realidad geográfica y toponímica de éste complejo paleolítico y preagrícola de tales indios pues para él habían sido “del todo ignorados y su nombre sustituido por “Siboneyes”, “confundiendo “adrede” aquellos con éstos otros indocubanos que eran de más alto rango evolutivo”, por lo que se podría considerar extensión caprichosa la nominación de éstos indios que jamás citó la historia.

Si parte de los primeros grupos que poblaron las Antillas fueron éstos grupos de cultura cerámica de recolectores estaríamos ante la presencia de las primeras migraciones fuera del continente por grupos distintos a los que se

reconocieron como “Cultura del Cangrejo”, hablantes del “Iñeri” emparentado con el arawak Caquetío (González Náñez, 2015) que tuvo por representantes grupos que desarrollaron una técnica cerámica modelada e incisa propia de la tradición Saladoide (Cruxent y Rouse, 1982).

Parte de los argumentos es que entre las piezas de esta tradición hubo algunas que tuvieron un rasgo adicional como fue “la presencia del inciso fino entrecruzado en zonas, rayado en seco” así como la ornamentación “incisa rellena de pasta blanca o rosada” cuya técnica procede de los Andes suramericanos (Lathrap, 1971) y entre las argumentaciones esgrimidas, las tempranas migraciones amazónicas hasta las Antillas sucedieron a través de ese corredor expedito como es el Orinoco y sus afluentes:

El saladoide antillano y Río Guapo demuestran zonas de entrecruzado fino muy parecido al de Tutiscaino temprano, tanto en técnica como en efecto decorativo (Lathrap: 1970). Debido a las redes acuáticas que comunican el Amazonas con la hoya del Orinoco, no creo que las similitudes culturales entre las culturas de la Selva tropical del Alto Amazonas y la tradición Saladoide sean fortuitas: esto es cuestión de dos corrientes migratorias en vez de una (Chanlatte Baik, 1991).

Dicho rasgo “constituyó por más de 40 años, un problema de identificación cultural” hasta que en 1977 Ricardo Alegría excavó en el Noreste de Puerto Rico en el Complejo “La Hueca” en la Isla de Vieques (5 dC-1430 dC), asociando su origen continental a Río Guapo (Inciso fino entrecruzado con ausencia de pintura); lo que respondió en parte, su presencia considerado un rasgo intrusivo (Rouse y Cruxent, 1982):

El inciso fino entrecruzado en el huecoide, es un rasgo característico invariable que se mantiene presente durante los 1430 años que vivieron en la Isla de Vieques. En cambio la arqueología ha demostrado que el Saladoide antillano es un marcador de tiempo temprano. La cronología comparada Huecoide-Saladoide obtenida hasta la fecha en las Antillas sugiere que aún no se han localizado los primeros asentamientos insulares de esas dos culturas. Cuando esto ocurra el cuadro antillano será más coherente y más antiguo

y que Huecoide es una migración separada y totalmente independiente de los Saladoide, no sólo por su calidad cerámica sino su rica lapidaria donde está muy bien representado el Cóndor Andino y componentes de su dieta faunística (Chanlatte Baik, 1991)

Este autor sugiere que tal disyuntiva ocurrió porque Rouse y Cruxent, incluyeron a “Río Guapo” en la tradición Saladoide pero que se trataba de un grupo totalmente diferente; es decir, a otra corriente migratoria. Los registros arqueológicos de los años ochenta en Venezuela confirmaron la existencia de los “Cedeñoide” en varios espacios geográficos; entre ellos Bolívar (Estilo Cabecero en Punta Cedeño), Apure, Guárico, Barinas y Portuguesa cuyas piezas cerámicas como las vasijas globulares son escasas y en muchos casos estuvieron influenciados por distintos estilos entre ellos los Osoides (Zucchi, 1985, Zucchi, Trable y Vaz en Zucchi, 2017).

De hecho, en un trabajo acerca de las ocupaciones ceramistas de la llanada barloventaña (Costa Centro oriental de Venezuela) la autora cita a diferentes historiadores que trataron el área asociándola a varios grupos étnicos.

Incluyó a los Indios “Caracas” así como los llamados Indios “Palenques” y alegaba además que el sabio Aristides Rojas distinguió “una especie de provincia en el territorio cuyos límites se extendían hasta la Laguna de Uchire, donde se incluían también a:

Tomuzas y Quiriquires (Rojas, 1944) Araucos, Teques, Caracas y Mariches (Codazzi, 1841); Cumanagotos, Píritus, Chacopatas, Caracares, Palenques o Guaribes, Tocuyos, Cuacas y Cores hasta las faldas de los Llanos en Amana y Guarapiche (Gómez Cañedo, 1967) Tribus Caribanas vecinos de los Cumanagotos y Guaquieries, cultural y lingüísticamente afines (Civrieux, 1980). (Nieves de Galicia S/F y Saignes, 1961)

Todos, numerosos y de hábitos guerreros, asociados mayoritariamente a grupos étnicos “Caribe” entre los cuales se citan parcialidades de la antiguas culturas de la formación apropiadora como los “Guaiqueríes” (Saignes, 1956) y

otros que ocuparon las tierras interiores entre cerros y sitios llanos; zonas ecológicas que sugieren similitud con el ecosistema cultural o zona de transición geográfica similares a la estudiada en esta tesis.

En tal sentido, el contraste llanos altos y piedemonte analizado ecológicamente desde el antagonismo de la clasificación arqueológica tradicional por grupos de “Bosques y grupos de Varzea”, (Evans & Megger, 1968; Lathrap, 1971) nos anima a ratificar la existencia de asentamientos de gran complejidad mucho antes del contacto con los europeos.

El investigador catalán Cabrero i Miret (2014) destacó en su tesis la complementariedad de ambos modelos conocidos como “biogeográfico” de Meggers y “Demográfico” de Lathrap a través del panorama lingüístico del pasado de Brasil, encontrando asociaciones con las migraciones tempranas:

el macro-arawak y el macro-tupí fueron lenguas periféricas; es decir, circundaban los espacios de hablantes de otras lenguas que habitaban el Amazonas central...Recientes investigaciones los ubican en los ríos entre los 200 y 1000 (por encima de los 500 m.s.n.m) es decir, en las faldas montañosas o piedemonte del Centro-Norte del Perú ubican a las arawaks y entre el Madeira y el Tapajos, a los Tupíanos; en el intervalo de 6000 y el 3000 AP; es decir, el 1000 aC. (Swadesh 1950; Urban, 1992; de Rodríguez, 1985; Greenberg, 1987 en Cabrero i Miret, 2014).

Al parecer de las dispersiones de variados grupos que se vieron obligados a concentrarse o abandonar, tanto los refugios de bosques como las llanuras inundables se gestaron diversas trayectorias de cambio. De estas interacciones permanentes y los intercambios en sus respectivas zonas ecológicas; complementarias y vitales para su supervivencia pudiera estar parte de la respuesta antropohistórica acerca del dinamismo y formas de organización de lo que se consideran otros grupos en vista de que “la cultura no está divorciada de la adaptación del hombre al medio.” (Morales Chocano, 2000)

“Una persona es aquel cuyas palabras o acciones son consideradas, o bien como suyas o bien como representantes de palabras o acciones de otro hombre o de cualquier otra cosa a la que son verdadera o ficcionalmente atribuidas... La naturaleza es imitada por el arte del hombre”.

www.bdigital.ula.ve

TOMAS HOBBES, “LEVIATAN”
De las cosas personificadas
“Del Hombre”, Capítulo 16.

CAPITULO III

MARCO METODOLOGICO

3.1. LA ANTROPOLOGÍA HISTÓRICA COMO ENFOQUE DE LOS PROCESOS MENTALES DE LARGA DURACIÓN.

En aras de configurar una epísteme; valga decir, “un cuerpo de conocimientos que se conformen lógicamente para interpretar la realidad” (DRAE, 2023); diremos que ésta Investigación obedece a un proceso de carácter cualitativo, en todas sus etapas:

Desde el planteamiento del problema de investigación, hasta el desarrollo de la perspectiva teórica, la definición de la estrategia metodológica y la recolección, análisis e interpretación de los datos profundos y significativos que dan cuenta de la subjetividad de las realidades que busca interpretar y comprender. (Hernandez, Fernandez y Baptista, 2003)

Aunado a este paradigma, la tesis tiene por enfoque la Antropología Histórica; la cual es una rama interdisciplinaria de la historia que combina métodos de la antropología, como son la descripción densa que es tarea del etnógrafo (Geertz, 1990); junto a la recopilación, descripción, interpretación, análisis y síntesis en la reconstrucción de aproximaciones; tareas propias del historiador; (Bloch y Febvre, 1996) a partir de pluralidad de fuentes o testimonios aplicando la técnica de “triangulación” para la contrastación de las evidencias.

Tanto la antropología como la historia, han tratado de estructurar y combinar con métodos más complejos en las diferentes concepciones de la historia de la cultura en una diversidad de estructuras que ayuden a comprender la complejidad de cómo los seres humanos se relacionan en la conformación de su pasado.

Ante las carencias teórico-metodológicas que ambas disciplinas pudieran llegar a tener cuando se acercan a sus fenómenos de estudio, separadamente

la antropología histórica rebasa las fronteras metodológicas de antropólogos e historiadores para realizar sus aproximaciones.

Como variante del método histórico; impuesta más por las circunstancias particulares de la obtención de las fuentes de información que por requerimientos internos de un tratamiento epistémico; los antropólogos de la historia apelarán a las interpretaciones de las fuentes documentales, los registros de restos materiales o a la lingüística histórica para acercarse a una realidad históricamente concebida; inclusive, los mapas, cartogramas y planos como manifestaciones gráficas de tiempo de larga data, se vuelven aliados en sus argumentos.

“El investigador aprende, por ejemplo, a interrogar los silencios, los olvidos o las deformaciones de las genealogías, aprende a apreciar el papel real y el funcionamiento ideológico de un suceso magnificado por la tradición”. (Nájera, 2018) mientras que “el etnólogo se consagra al análisis de elementos que presupone que el historiador ignora”. (Strauss en Pineda, 2018)

La transición de posturas relativistas a claras influencias y relaciones entre focos de investigadores o comunidades científicas afines a la corriente antropohistórica y de ella hacia éstas; bien entrado el siglo XX confirma que viene dado por las cercanías epistemológicas entre Historia, Geografía, Sociología y Antropología.

Como evolución de los métodos y enfoques complementarios entre ambas ciencias; la antropología de la historia es una referencia epistémica menos aceptada entre las comunidades de antropólogos que entre los propios historiadores; No obstante, paulatinamente nuevos espacios se abren en su consideración:

La práctica etnohistórica posee fuertes lazos con la antropología histórica al extender su alcance al estudio de las culturas desaparecidas por extinción o aculturación derivada de la conquista o colonización, utilizando fuentes escritas. (Nájera Espinoza, 2018)

Ya desde la moderna etnografía propuesta por Malinowski, la antropología de

“gabinete” recopilara los datos en campo con el trabajo “in situ” como método esencial para interpretar la cultura pero la concepción aplicativa de la disciplina y la necesaria apertura de las fuentes llevó a varios “etnógrafos” que de éstos registros, las interpretaciones que los grupos hicieron de sus prácticas o su legado material; los antropólogos interpretaran sus creencias, sus denominaciones de objetos y aspectos de su mundo natural y artificial.

Los registros de la cultura inmaterial, insertan al antropólogo y al historiador en la relación directa con lo simbólico, lo inmaterial, el signo y los rituales, la ideología o forma de pensar de estas sociedades, analizando los procesos resguardados en los sistemas de representación como pueden ser los códigos lingüísticos. Por tanto, desde los registros en campo empezó a delinearse el método con trazo fino entre antropología e historia: Una realidad era interpretada; por lo que el etnógrafo ponía en práctica su doble papel: Extrañamiento y Acercamiento o doble carácter fenoménico; los sentidos “émico” (emic) y “ético” (etic) (Geertz, 1990, Barrio Mestre, citado por Murillo y Martínez, 2010).

Esta práctica se hace más notable a partir de la segunda mitad del siglo XX; cuando se se estudian históricamente fenómenos del comportamiento, los discursos y el imaginario, propiamente abordados por la antropología, la etnología y hasta por la sociología; es decir, cuando la historia abandonó los relatos de “grandes héroes nacionales y las grandes obras regionales por la historia de la cultura y el mundo de las ideas”.

Inicialmente como propuesta temática propia de una generación llamada “La Tercera Escuela de Annales” o “Historia de las mentalidades” con Fernand Braudel como principal impulsor, la revista Annales de Historia económica y social le abrió el compás de temas meramente etnográficos de la antropología, la psicología social, la lingüística volcando todo el interés en la teoría y sobre todo en el método de la historia de la cultura; sufriendo el discurso una “etnologización” (Santana Pérez, 2004) y nutriéndose desde la historia menuda sobre la base de fenómenos mentales de larga duración (Braudel, 1969, Braudel en Santana, 2004)

En esta apertura epistémica después de 1960 y por influencia directa de las corrientes simbolistas existe una revisión teórico-práctica del método antropológico; ampliándolo desde una visión interdisciplinar. Autores como Evans-Pritchard, (estructural-funcionalismo) y el propio Levi Strauss fueron analizando cómo ocurriría ese acercamiento. La Antropología Estructural en la incorporación de los procesos colectivos inconscientes abrió ese espacio; encontrando un doble espacio reflexivo al estudio de la alteridad:

Al parecer “la razón fundamental por la que no se habían logrado integrar ambos campos se debía que los antropólogos no habían aprendido a tratar de manera sociológica los materiales históricos” (Evans-Pritchard por Strauss en Pineda) Mientras que “el interés del etnólogo, en oposición al del historiador, reposaba primordialmente sobre aquello que no estaba documentado” (Strauss en Pineda, 2010)

Por requerimientos complementarios entre ambas ciencias; la antropología de la historia se convirtió en referencia epistémica; todavía menos aceptada entre las comunidades de antropólogos que entre los propios historiadores; No obstante, paulatinamente más espacios se aberturan en su consideración pues el objeto de la antropología es inevitablemente histórico:

La etnología no puede ignorar grandes procesos históricos en los que se trata de explicar aquello que ha parecido a la humanidad como la consecuencia de sus propias representaciones actos o imaginario; que es también tarea del Historiador. (Durand en Pineda, 2010).

Como el estudio de la cultura está cargado de sentido por las interacciones humanas y los procesos simbólicos organizados en complejos sistemas que dan orden a la vida social; tal estructuración de la vida y de lo social es anterior a las herramientas y procesos que sirven para interpretarla, por cuanto lo que puede erigirse en ocasiones, como una barrera que se interpone ante los acercamientos se ha venido transformando en una oportunidad.

Sosteniendo que habría que considerar todos los fenómenos culturales

como dignos de ser estudiados en su especificidad y particularidad, cada disciplina de alguna manera ha ido decantando en un punto común la visión parcializada de su objeto de estudio:

...la antropología pretende –o al menos pretendió- trabajar con un grupo social aislado, lejano en relación espacial con el modo de vida occidental, mientras que la historia construyó su otro a través del alejamiento temporal, mediante el cual intentó establecer una distancia suficiente para tener una heterogeneidad cultural (Strauss en Pineda, 2010).

La emergencia del enfoque nos recuerda el surgimiento de la moderna etnografía propuesta por Malinowski, quien confió en la recopilación de datos en campo la vía para interpretar la cultura como el método de la disciplina e hizo que los etnógrafos abandonaran la antropología de “gabinete” por el trabajo “in situ” más con el tiempo el valor interpretativo de los textos y el carácter sintético del símbolo en la cultura, retornó al “ethnos” y “graphos” como descripción pero vista desde el propio relato de los grupos y del etnógrafo.

Con ésta apertura epistémica después de 1960 y por influencia directa de los historiadores de Annales los antropólogos estructuralistas y los simbolistas particularmente se han ganado ciertas desestimaciones entre algunas comunidades de investigadores que ven en la visión interdisciplinar, un diluido objeto de estudio de lo antropológico; profundizándose las parcelas dentro de la misma disciplina.

En ese sentido, la resistencia mantiene a arqueólogos y etnólogos por un lado, a los “estudiosos” de la cultura interpretando a otros en forma aislada y los bioantropólogos y genetistas en sus laboratorios; lo que es un problema en sí mismo; porque no pueden verse como falacias las teorías que históricamente han erigido la ciencia lo que debe evaluarse son las insuficiencias de los investigadores en cuanto a su formación teórica-metodológica por ser un factor en el avance o retroceso de nuevos aportes.

De hecho la práctica etnohistórica posee fuertes lazos con la antropología histórica al extender su alcance al estudio de las culturas desaparecidas por extinción o

**aculturación derivada de la conquista o colonización,
utilizando fuentes escritas. (Nájera Espinoza, 2018)**

En ese particular, la antropología histórica vino para quedarse. Creyendo con Max Weber (2002) que “el hombre es un animal inserto en tramas de significación que él mismo ha tejido” y con Geertz, (1990) quien asume que la distinción entre cultura real y la cultura ideal, entre lo que la gente “dice” y lo que la gente “hace”, pasa por la égida interpretativa (Geertz, 1990); se comprende que más allá del análisis experimental en busca de leyes, la antropología es una ciencia interpretativa en busca de significaciones.

Las tramas de significados incorporan la visión de resultados de carácter científico fiables y rigurosos “con o sin” trabajo de campo pues los relatos acerca de la vida social y cultural a modo de descripción densa e interpretación de fenómenos culturales emergen del contexto dentro del cual tuvieron significado dichos acontecimientos sociales, modos de conducta, instituciones y procesos sociales los que ya han sido interpretados por los actores sociales y/o por el antropólogo; por lo que se vuelven esencialmente, semióticos.

Geertz (1990) lo corroboró cuando expresó “Lo que busco es la explicación, interpretando expresiones sociales que son enigmáticas en su superficie” refiriéndose a la interpretación de las expresiones sociales más profundas (“Deep Play”) del utilitarista Jeremy Betham y de las expresiones no verbales estudiadas por la filosofía del lenguaje de Gilbert Ryle (reflejo o voluntario) y el mismo gesto cargado de significado (como acto comunicativo) en un contexto social dado.

En “La interpretación de las Culturas” de Geertz (1990) el concepto de cultura es en gran medida una construcción que se logra con la práctica de la etnografía como trabajo in situ pero unido tratamiento de las fuentes o registros sistematizados de las experiencias compartidas fundamentalmente con el propósito de obtener conocimiento o interpretación, es decir, teoría antropológica:

La cultura no es una realidad "superorgánica" (lo que equivale a reificarla) conductas institucionalizadas (lo que implica reducirla) estructuras psicológicas (lo que supone psicologizarla) sistemas simbólicos "en sus propios términos", (lo que conlleva esquematizarla): "La cultura de un pueblo es un conjunto de textos" pues las sociedades contienen en sí mismas sus propias interpretaciones. Lo único que se necesita es aprender la manera de tener acceso a ellas. (Geertz, 1990)

Del micro al macroanálisis; éste simbolista postuló que la etnografía es un producto del trabajo de los antropólogos; a saber, interpretaciones de interpretaciones basadas muchas veces en tradiciones enunciadas y recogidas en otras tradiciones o en las propias corrientes del pensamiento antropológico pues: "Una teoría general de la interpretación cultural sería una quimera". La antropología debe ser capaz de continuar dando explicaciones defendibles a medida que aparecen a la vista nuevos fenómenos sociales.

Cada cierto tiempo se renuevan los estudios; pues ciertas ideas e hipótesis que pasan a ser teorías refinadas en el proceso sobre viejos dilemas dejarían de ser útiles ante nuevos problemas si cesan de ser empleadas y quedan más o menos abandonadas. Por lo tanto, la teoría particularista, la antropología social británica, el culturalismo norteamericano y el propio estructuralismo levystraussiano sin la totalidad integral propia de sí mismas y de otras interpretaciones teóricas bien como Historia o Sociología, no tendrían asidero.

3.2. TRATAMIENTO DE LAS FUENTES EN EL ANÁLISIS DEL CONTEXTO DE ESTUDIO (LLANOS ALTOS Y PIEDEMONTE DE BARINAS, 1400-1628)

Por medio de la triangulación, una técnica que consiste en implantar diferentes estrategias de recolección de datos con el fin de contrastar un determinado conjunto de observaciones con otros que han abordado el mismo fenómeno, (Denzin, 1975) se procedió al análisis de los procesos étnicos entre

los grupos asentados en el Piedemonte y los llanos altos de Barinas entre 1400-1628.

Mediante consulta, selección, revisión de diversas fuentes históricas, se contrastaron aportes de los teóricos en contraste con las fuentes iconográficas (cartas, mapas y planos), infiriendo en forma diacrónica cómo pudo ocurrir esa distribución espacial de los grupos étnicos descritos en el contexto antes y durante la conquista y colonia; de acuerdo con los registros de los trabajos sistemáticos, las crónicas de Indias y otras referencias historiográficas regionales, nacionales e internacionales.

De la lectura y clasificación de autores, temas y obras se procedió a la interpretación y análisis a partir del agrupamiento de categorías afines en la reconstrucción de los grupos étnicos y sus relaciones y que forman parte del objeto de estudio de la historia y la antropología, atendiendo a las siguientes dimensiones y categorías:

Dimensión Temporo-espacial: Categorías: Región geográfica y elementos ecológicos, Región histórica y las áreas culturales. Dimensión: Organización de los procesos étnicos: Grupos étnicos y las lenguas indígenas. Estudios sistemáticos del área y zonas de influencia en función de una hipótesis en respuesta a unos objetivos de investigación.

Uno de los principales problemas iniciales de la presente tesis fue el relativo a la delimitación espacial. Los “Llanos Altos y Piedemonte” se constituyeron en un “Ecosistema Cultural” que se fue estructurando de las relaciones sociales de carácter histórico; por lo que en el hito 1400-1628, esta variable espacial que se constreñía a un área estrictamente geográfica; fue el catalizador que permitió el tratamiento de los grupos étnicos en un espacio específico.

Del análisis de la cartografía y el abordaje de las relaciones interétnicas a lo largo del tiempo; es decir, a partir de las “relaciones expresamente históricas” (Navarrete, 2004); se entendió en forma amplificada que eran relaciones geohistóricas; es decir, tras el accionar de los hombres en el espacio-tiempo

por lo que se realizaron comparaciones entre conceptos fundamentales afines a la historia, a la geografía y a la antropología como la Categoría Región y sus variantes: Región Histórica, Geohistórica y Geomental y se retomó de la escuela difusionista, el planteamiento de las “Áreas Culturales”.

Como ya desde Heródoto de Halicarnaso (484-425 aC), las descripciones geográficas se hacían a partir de los lugares en que se registraban los episodios trascendentes, el largo camino de las ciencias del espíritu y las ciencias de la tierra convergen en la academia en el siglo XIX con el Concepto “Región”; en tanto que Unidad compuesta por factores físicos y humanos o “infraestructura ofrecida por la naturaleza” a la que “el hombre se adapta” mediante un conjunto de técnicas, hábitos, costumbres en un tiempo dado. (Vidal en Santana, 2004)

La contribución de Paul Vidal de la Blache con un concepto propio de la geografía comprende la indivisibilidad del binomio Espacio-Tiempo para la comprensión de la geografía humana. Esta categoría es tomada por Lucien Febvre; geógrafo e historiador, quien también formado por Ratzel asumirá una relación con los “Géneros de vida” y explicar el equilibrio entre el hombre y el medio construido históricamente por las sociedades; equivalente al territorio-dominio de la civilización.

La categoría es consolidada entre los franceses, específicamente en la Revista "Annales de Historia y Económica y Social" (1929) fundada por el mismo Febvre y por supuesto Marc Bloch, bajo la metodología de la formulación de la Historia-Problema, explicando cómo ocurre el accionar del hombre en contextos de amplitud geográfica, naciendo así la “Región Histórica”.

En tal sentido, estas reconstrucciones permitieron un acercamiento al modo de vida de los grupos étnicos en sus relaciones del pasado en un espacio específico dentro de una “Región histórica o geohistórica” para fines de la teorización y contrastación de evidencias; de acuerdo a cómo la definen algunos teóricos entre ellos: Cardozo Galve, Luis González y Cunill Grau.

De acuerdo con el mexicano, Luis González la región se asocia a la

construcción del espacio-social como microespacio de la “Matria” o suelo nativo sobre el qué explicar el contexto total, estudiando en profundidad un tiempo largo en un espacio corto. Esta precisión Espacio –Tiempo; de una delgada franja de transición geográfica como los Llanos Altos y el Piedemonte privilegió las aproximaciones durante los procesos de ocupación de los diferentes grupos étnicos quienes desarrollaron sus sociedades en distintos momentos históricos.

Acerca de las significaciones y alcances de la “Región Histórica”, Cardozo Galué destacó la importancia de “la configuración de las regiones históricas en la larga duración; desde el remoto pasado aborígen y teniendo existencia autónoma durante el período hispánico, haciendo especial énfasis en la perspectiva regional como método para la reconstrucción de procesos de alcance nacional. (Cardozo Galué, 2013)

Por último, la definición de Pedro Cunill Grau acerca de la Región histórica destaca que “la geografía física no delimita ni determina regiones históricas” pero “los variados ambientes de la geografía física han tenido una singular importancia en la explicación del proceso de ocupación y conformación de los espacios regionales históricos venezolanos”.

Destacando la relevancia de “las microrregiones en el manejo vivencial del espacio que coincide con un ámbito geográfico productivo característico y predominante, cuyas fronteras son identificables, su desarrollo histórico está marcado por la vocación productiva y por rasgos dominantes en el comportamiento geosocial”. Este autor propone como primer ejemplo de Microrregión, “El área tabacalera de Barinas”.

En tal sentido, esta apreciación nos direccionó en la reconsideración de los llanos Altos y el piedemonte barinés como un “ecosistema cultural” donde las características históricas de las relaciones entre los grupos han estado marcadas en gran medida por sus aspectos ecológicos”. Afirmando en forma contundente con él:

Cada región histórica se fundamenta en una plural base geográfica física que expresa su identidad regional por

una determinada sociedad humana...La Región es cambiante y dinámica como expresión de períodos históricos, de sistemas económicos y sociales proyectados en espacios geográficos. (Cunill Grau,)

Para éste historiador, los cambios van dejando “rasgos residuales” los cuales visibles en las geografías “contemporáneas” obedecen a un pasado “histórico y prehistórico” por cuanto fue enfático al señalar que parte de la tarea de la nueva investigación está en “reconocer y ponderar la magnitud de estos rasgos espaciales porque pueden dar luces muy útiles sobre cambios ambientales, microclimas, cursos, caudales, zonas de vegetación, distribución de la fauna silvestre, rupturas en la vocación productiva y dinámicas en la organización del espacio”.

Afín a la dimensión temporo espacial y como enlace a la Dimensión Categorías étnicas se halló una franca discusión epistemológica acerca del modo de interpretación de los procesos sociales en la construcción del saber histórico en la obra “La Dama, El Cura y El Maestro” como contribución a la historia de las mentalidades en Venezuela.

Se trata de la categoría “Región Geomental” propuesta por el Profesor Pascual Mora García quien nos refiere una región antropohistórica analizada desde el enfoque de la historia según el concepto Braudeliano o más explícitamente, en palabras de Reinaldo Rojas (En Mora García, 2004) “del hombre en su relación con el ambiente, una especie de geografía histórica o, como Braudel prefiere llamarla, una geohistoria”.

En ese particular Mora García nos presenta los alcances del estudio de la mentalidad andina atendiendo a uno de sus espacios emblema: “La Tachiraneidad como espacio geomental, donde incorpora los andamios mentales del indígena, del hispano, del moro y de las razas que componen el mestizaje andino desplegadas en el tiempo de larga duración” (Pp 66).

Agrega que esa connotación no alude a un gentilicio sino a una mentalidad la cual es una estructura ideológica de muy larga data, una afirmación que sostiene basado en otros estudios entre ellos los trabajos

pioneros de Lares, Salas y Febres Cordero y ve en Saignes, Wagner y Clarac como impulsores de los estudios sistemáticos que integraron la andinidad a partir de un imaginario común.

Dicha explicación nos retornó al constructo antropológico alemán “Kulturkeise” que la escuela culturalista de Estados Unidos transformó en “áreas culturales” (Kroeber en Steward, 1992) como análisis de los arqueólogos en espacios que tuvieron ciertos tratamientos geoculturales dentro de áreas geográficas, muchas de las cuales se configuraron como regiones históricas durante la instauración colonial.

Al retomar con criterio geohistórico la concepción de “Áreas culturales” se otorga un sitio a ésta categoría de análisis en la reconstrucción histórica y antropológica de los grupos étnicos hallando que fueron tratadas diversas zonas geoculturales dentro de determinadas geografías, de acuerdo con múltiples clasificaciones; y entre las que pueden distinguirse otros conceptos como “préstamos culturales”, “complejos” y hasta “Intrusivos”.

Lo interesante es que separadamente no revelan singularidades sino integradas mediante “Relaciones interétnicas”, los grupos y sus identidades es decir, combinando elementos que reúnen “etnicidades” describen ciertas actividades humanas que no se habían considerado.

Para muchos antropólogos en el continente americano, hoy la categoría “área cultural” está cuestionada dado su tratamiento determinista mucho más cuando nos legó conceptos como el “Área intermedia” propuesta por Gordon Willey (En Langeaback y Cardenas, 2006); pero es indudable que marcó un momento teórico-metodológico que impulsó elaborados estudios de la región durante casi toda la segunda mitad del siglo XX.

Desde 1939, el Comité Internacional para el Estudio de las distribuciones culturales en América, creado por el XXVII Congreso Internacional de Americanistas; celebrado en México, trató ampliamente la urgente necesidad de establecer y discutir áreas y súper áreas culturales propuestas en tres grandes grupos de distribución geográfica atendiendo a tres factores:

Elementos exclusivos del área, 2) elementos comunes del área y de otras superáreas culturales 3) elementos ausentes en el área; con el objeto de explicar cómo regiones donde cierto número de sociedades compartían un conjunto común de "rasgos", formaron un "complejo"; definición primaria para comprender la transmisión de influencias de unos grupos humanos sobre los otros así como las semejanzas entre ellos y entre grupos vecinos por el contacto entre sus miembros y que repercutió en la reconstrucción de la historia prehispánica en el continente.

A Wissler (En Rebok, 2002) para quien "el ambiente no produce cultura, pero la estabiliza, [...] porque en muchos aspectos se adapta al ambiente" (En Rebok, 2002) se le debe la noción de rasgos culturales y patrones culturales en áreas de distribución. El propio Kroeber por ejemplo dividió el esquema en cinco áreas culturales que pudieran llamarse geoculturales, para Sudamérica, estableciendo a los grupos venezolanos en el área Antillana y en la selva tropical. Alfred Mettraux (Saignes, 1961) nos incluyó en la "Civilización Guayano-amazónica" y el más explícito de estas consideraciones fue George Murdock (En Saignes, 1961); quien al estimar 24 "Áreas culturales para Sudamérica", el territorio venezolano comprendía cuatro de estas divisiones: Área de Guayana, del Orinoco, Sabana y Caribe.

El antropólogo alemán Paul Kirchhoff, (1943) quien formado en la escuela historicista/difusionista de Graebner y el Padre Schmidt legó la categoría "Mesoamérica" para entender la historia cultural de ese territorio; lo que permitió a otros investigadores ir incorporando espacios contiguos como la "región circumcaribe" (Saignes, 1961); espacio geocultural de la llamada "Area intermedia" a la que se incorporó metodológicamente en un todo a Venezuela junto a las grandes y pequeñas Antillas.

Debe resaltarse que desde algunos trabajos pioneros de autores del Positivismo como los trabajos de Ernts, Alvarado, Jhan, Arcaya, Oramas, Antolinez y otros, la riqueza de éstos datos ya arrojaban intensos procesos multiétnicos prehispánicos en el territorio y gracias a las críticas históricas de

Don Julio Cesar Salas, un etnógrafo por antonomasia y por demás infravalorado dentro de nuestra historiografía se fue gestando la sistematización de las investigaciones de todos los anteriores y de sus propias experticias.

Su obra no desechada del todo en los círculos académicos gracias a su sólida formación histórica y antropológica encontró en los trabajos de Miguel Acosta Saignes una suerte de discípulo, quien no sólo lo reescribe junto a otros pioneros sino que amplía muchos de estos datos desde su perspectiva como etnohistoriador.

Su obra "Estudios de Etnología Antigua de Venezuela" fue de lectura obligatoria, publicada por primera vez en 1956 propuso la división de las culturas indígenas en 9 áreas culturales prehispánicas: Caribe, Ciparicotos, Arawacos, Jirajaras, Guajira y Lago de Maracaibo; Caribes Occidentales, Andes venezolanos, Área de cazadores, pescadores y recolectores de los Llanos, área de los Otomacos y por último el área de la Guayana; convirtiéndose en referente ineludible en la historia de la historiografía venezolana como uno de los principales aportes al estudio y comprensión de nuestro pasado.

Según la Dra Jacqueline Clarac (1994) "Acosta Saignes tuvo el mérito de haber lanzado el primer ensayo para procurar sistematizar los conocimientos acerca de la población del pasado "prehispánico", adoptando en seguida este término en lugar de otro, mucho más corriente en su época: "precolombino". Afirmaba también que junto a "El origen del Hombre Americano" de Paúl Rivet, obra de la corriente difusionista, formaba parte de los pensum de la educación media en Venezuela.

La riqueza de este texto radica en cuanto a las aproximaciones sobre la diversidad de elementos como los rituales, cosmovisiones, episodios de transculturización y prácticas diversas entre los indígenas del antiguo territorio, divididos en nueve (9) áreas; junto a otras regiones poco exploradas por arqueólogos y antropólogos como "El Airico" que continúa incomprendida y no adherida, por razones de escasez de datos.

Dichas áreas culturales aunque de cierta forma tratadas territorialmente como entornos geográficos nos remiten inexorablemente a la categoría base de la que siempre partirá el concepto matriz de las relaciones como son las “fronteras interétnicas” propuestas por Barth (1976), dado que como categoría antropológica delinean la dinámica histórica cultural de los grupos, los cambios manifiestos, sus lugares cartográficamente distinguibles en los que emergen los bordes, acuerdos o límites, culturalmente hablando.

El borde social en el tiempo de la larga duración nace de la igualdad de fuerzas actuantes para mostrar “la exigüidad a través de las diferencias étnicas” (Barth, 1971). Territorialmente en las fronteras y periferias, la gente mantiene más rasgos comunes culturalmente que en los centros monolíticos donde los comparten en forma aislada, siendo el eje sobre el que giran sus extremos. De ahí que para el tema de las relaciones interétnicas, una frontera o borde interétnico, (Barth, 1976 Amodio, 2003) sea categoría transversal del proceso.

En tal sentido, la comprensión de los eventos de la cultura en forma diacrónica; es decir, a lo largo del tiempo en un espacio con caracteres geográficos específicos mostró la necesidad de diseñar una categoría emergente ante la presencia de grupos que se enarbolaron dentro de una etnicidad manifestando dicha identidad en su toponimia; más los registros históricos para su comprensión fueron escasos o muy discretos, remitiéndonos a un imaginario en la concepción del espacio surgiendo así “Lo liminar en el territorio” (Colina, 2021).

Cuando la toponimia indígena muestra signos evidentes en la naturaleza se rastrean sobre datos ecológicos muy específicos (Ej.; Lugares abundantes de) por cuanto su tratamiento metodológico se debe abordar y concebir geohistóricamente; más aquellos lugares que quedan como referencia vaga y tienen como único soporte la cartografía se apela a varios factores como puede ser en ocasiones el factor geográfico, el ecológico, el ritual o marcas de la lingüística (Morfemas, partículas estativas, sufijos o prefijos).

Una de las fuentes cartográficas resaltantes en esta investigación fue la

colección de mapas antiguos de David Rumsey (2009) que incluye el mapa digitalizado del Reino de Nueva Granada; así como algunas cartas, mapas, planos con información vigente para la época entre ellos los mapas de las Misiones jesuíticas en los que aparece registrada la antroponimia de la región y sus áreas de influencia por lo que de manera aplicada se citan con el propósito de inventariar y comparar la toponimia e hidronimia del pasado con los asentamientos en la cartografía del presente.

De manera complementaria se procedió a inspeccionar mediante arqueología de prospección, áreas potenciales para futuras investigaciones mediante registro fotográfico y teledetección en google earth como posible guía orientadora de nuevos estudios sistemáticos los cuales se anexan en las páginas finales (Ver Apéndice N° 1).

Acerca de las fuentes tratadas para describir y explicar las relaciones entre los grupos étnicos se procedió a una recopilación de datos del pasado de conquista y colonia entre las crónicas de Indias y registros históricos cargados de episodios vinculados a la vida de los pueblos indígenas, transformados en fuentes para la comprensión de las costumbres y lenguas de éstos pueblos, consiguiendo entre las más antiguas “Las Elegías de Castellanos, las descripciones del Comerciante florentino Galeotto Cey y la Historia de Venezuela de Oviedo y Baños”, de las que se tomaron fragmentos para su interpretación.

Indispensables fueron los registros coloniales sobre los llamados pueblos de doctrina y de Misión hasta ya bien entrada la conquista y los primeros años de la colonización que reposan en archivos en línea (correspondencias, ordenanzas, decretos, entre otras); dado que algunos repositorios albergan ésta modalidad, entre ellas el Archivo Histórico General de Indias en Sevilla-España de los que se procedió a seleccionar fragmentos de algunas ordenanzas que ya habían sido corroboradas en las fuentes secundarias entre ellos los trabajos de Tosta, García Müller y Mercedes Ruiz Tirado.

Las obras clásicas de los misioneros que a partir del siglo VXII formarán

parte de la etnografía americana basados a su vez, en documentos de primera mano y que recogen la expresión de quienes lograron convivir con los descendientes de pueblos indígenas como el jesuita Juan de Rivero, el Padre lingüista del Orinoco, Filippo Salvatore Gillij así como las narraciones de Joseph Gumilla resultaron cuadros cotidianos únicos para reconocer los límites étnicos y los vasos comunicantes de la vida social de los pueblos indígenas en los llanos del Orinoco.

De la misma forma la obra de Humboldt en dos versiones “Viaje a las Regiones Equinocciales del Nuevo Continente” y un compendio de su Diario de Viajes sobre sus experiencias en Venezuela bajo el título “Maravillas y Misterios” editada por El Nacional cuya lectura y cita fue obligatoria en las interpretaciones de la presente tesis.

Los registros arqueológicos del área por Cruxent y Rouse, así como los de Zucchi en Barinas y el Orinoco Medio (1975, 1985, 2017), las dos ediciones de “A prehispanic Chiefton in Barinas” de Redmond & Spencer y algunos ensayos de Gasson como “Orinoquia” (2008) así como la interpretación de sus aportes en las publicaciones de Vargas Ruiz (2012 y 2015) permitieron describir, analizar y caracterizar algunas aproximaciones sociohistóricas de estas sociedades con los estimados en los registros históricos coloniales.

Como parte del propósito teórico y metodológico de la presente tesis es explicar las relaciones en un hito que dista en tiempo de las dataciones hechas por los arqueólogos las cuales pudieran resultar “inalterables” por la tradición antropológica, estas fuentes y las relaciones se dibujan en los trazos que lenta y progresivamente en el tiempo pudieron haber configurado una mentalidad residencial.

Acerca de los análisis lingüísticos se buscaron reglas de similitud y diferencia entre los idiomas orientados por los trabajos comparativos de los especialistas entre las lenguas emparentadas históricamente y las que parecen derivar de una lengua más antigua quizás por diversificación dialectal dando lugar a diferentes lenguas, normalmente ininteligibles entre sí.

Estructuradas como fuentes antropolingüísticas dado que su tratamiento y registro lo hacen diversos especialistas en la materia, se consultaron y tomaron datos del clásico “Ensayo de Historia Americana” de Gillij y “El Orinoco ilustrado y defendido” de Gumilla sobre gramática de las lenguas Maipure – Arawak y el Caribe-Tamanaco así como ciertos vocablos de lenguas independientes del Orinoco medio como el Otomaco.

De las consideraciones de Karl Von de Steinen, recopilados por la Biblioteca digital Kurt Nimuendaju en el artículo “A origen do homen americano e tribus do Brasil” de Bierrenbach Lima publicado en 1950, se toman sus clasificaciones de familias, especialmente lo que planteó acerca de las divisiones de la lengua Tupí y Nu-Aruaks en su relación con otras familias de lenguas suramericanas.

De conversaciones informales, entrevistas estructuradas y registros de las clases teórico prácticas del antropolingüista venezolano, ya fallecido Omar González Nãñez se establecieron las referencias a los dialectos maipures del Norte y su influencia en las lenguas habladas en las Antillas y en los llanos así como ciertos patrones gramaticales cotejados con los trabajos acerca de la lengua Achaguas de Miguel Ángel Melendez, publicados en Colombia por el Instituto Caro y Cuervo y el Banco de la República

La obra “Warekena” de González Nãñez, nos orientó acerca de la conjugación de los pronombres y verbos en forma comparada con otras lenguas arawaks y ciertas lenguas amazónicas. De sus invaluable ensayos, entre ellos “Los mil y un Caribe” y sobre los petroglifos del Rio Negro-Guainía, algunos en co-autoría con Robin Wright en los años 90`s, se encauzaron las apreciaciones acerca de la visión cosmogónica de estos grupos amazónicos; su etnogénesis, sus dispersiones geográficas y ciertos procesos de reconstrucción etnohistórica.

El trabajo de Silvia Vidal (1986), de las migraciones Piapoco fue fundamental en el establecimiento de las cronologías cerámicas en correspondencia con glotocronología para comprender los desplazamientos de ésta cultura. De igual forma se consideraron su trabajo en coautoría con Zucchi

y de la italovenezolana las incesantes publicaciones acerca de la influencia de los pueblos de selva tropical en los llanos como los Caribes en zonas pobladas por los arawacos y grupos independientes que se dicen originarios del Orinoco medio.

Para estudiar la influencia de las lenguas chibchas se citaron las publicaciones de Constenla Umaña, quien reconstruyó el árbol de ésta familia lingüística y como parte de la extensión de lenguas independientes o aisladas de la Orinoquia habladas en ambos países, se consultaron las investigaciones de Queixalos y Castro Agudelo sobre lenguas guahibanas; muchas de ellas soportadas sobre los trabajos de eminentes lingüistas como Jon Lamdaburú, quien ha elaborado el Catalogo de lenguas indígenas habladas en Colombia.

De los datos recopilados por Alfredo Jhan y Luis Oramas acerca de las lenguas jirajaranas, se trianguló esta información con las estimaciones teóricas que han tenido algunos lingüistas acerca de su tipología, entre ellos los aportes de dos eminentes estudiosos de las lenguas andinas, como el reconocido trabajo de Wilhem Adelaar y Peter Muysken (2006).

Entre otros aportes de “Los Aborígenes de la Cordillera de los Andes” de Julio Cesar Salas se ahondó en la antroponimia de los Jirajaras de los llanos de Zamora y sus relaciones con los Timotes. Para corroborar ciertas informaciones gramaticales hechas por Salas se consultó el trabajo sistemático de Anita Arrieta de 1992, quien lo definió como una lengua areal.

De acuerdo al contexto lexicográfico y semántico de cada lengua independiente se registraron variados sistemas de representación: Cardinales, sistemas parentales, sistemas de clasificación totémicos, sistemas de representación corporal, Sistemas de organización social; Sistemas productivos en cuadros sinópticos comparativos de vocablos agrupados por categorías en diagramas siguiendo las descripciones de la metodología estructuralista propuesta por Levy Strauss (1968, 1974).

Dado que la antroponimia indígena del contexto de estudio no se expresa expeditamente en las tradicionales familias arawaks y Caribe pero si en otras

lenguas no consideradas para el territorio venezolano, se realizó tratamiento suplementario de su etimología, filiación y ubicación en la cartografía antigua por lo que se aglutinaron lexemas para el análisis de ciertos bordes etnolingüísticos en otras familias de lenguas.

Atendiendo a la revisión de criterios lexicográficos y de lingüística comparada de varios autores entre ellos el *Esse Eja* de Rivero Pinto (1985); Capanahua de Loos & Loos (2003), y el *Timotes* de Arrieta (1992), se intentaron establecer marcajes distintivos entre familias de lenguas mediante el análisis de su fonética en ciertas palabras afines con el propósito de recopilar evidencias de las trayectorias de cambio producto de las migraciones, encontrando marcaje arawaks en hablantes de otros contextos; en lenguas no consideradas para el territorio venezolano.

En la reconstrucción de sus “cadenas de significantes” o relación entre vocablos (Morfemas, fonemas, semantemas y mitemas) se pudo corroborar que antropónimos (Etnónimos, hidrónimos y fitónimos) que se consideran autóctonos del contexto venezolano, emergen en lenguas de otras familias del continente, entre ellas las Pano-Tacanas.

Consultando los diccionarios de las lenguas Capanahua, Cashinawa e Isconahua editados por el Instituto Lingüístico de Verano del Perú se encontraron vocablos arawkas que insertos en sistemas clasificatorios generan relaciones sorprendentes. Y la lengua “Esse Eja” de la rama “Tacana” de Bolivia principalmente las recopilaciones de mitos de María Chavarría (2017) y el diccionario *Esse Eja* de Wigberto Rivero Pinto de los años ochenta se hallan vocablos afines a lenguas como el Bari y el Timotes.

Para afianzar esta información se investigó sobre tradiciones arqueológicas de cerámica y lingüística del Amazonas peruano; entre ellas la tradición Cumancaya de los Shipibo – Conibo (Policromía) en artículos del arqueólogo Daniel Morales Chocano de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (UNMSM) en contraste permanente con las consideraciones acerca de la mitología y lingüística de los Andes centrales en el Perú de Alfredo Torero y

algunas apreciaciones sobre la lengua Puquina del connotado lingüista peruano Rodolfo Cerrón Palomino.

Así la revisión y registro de algunos vocablos permitieron recrear el carácter simbólico de la cultura para transmitir y comunicar la experiencia mediante significantes específicos dentro de los sistemas de pensamiento (Categorías), porque de éstas estructuras que consensuan los seres humanos para satisfacer sus necesidades comunicativas es como las lenguas van modificándose en el tiempo.

Como cualquier otro organismo vivo y similar al árbol filogenético humano, cada lengua va generando trayectorias en su constitución la cual es cambiante en su distribución geográfica al verse influenciada por hablantes de otras lenguas. En cada familia, una unidad de miembros que derivan de un ancestro común o protolengua van marcando su evolución dejando ciertos marcajes por lo que es muy probable que estos migrantes antiguos dejaran rastros en esas lenguas.

3.3. COMPARACIÓN LEXICA

De la obra de Gillij (1965) se tomaron vocablos para su comparación y análisis lexicográfico entre cinco lenguas arawacas a fin de establecer similitudes y variaciones entre ellas, comparándolas con elementos de otras familias de lenguas consideradas para Venezuela como el Guahibo palabras de familias de lenguas no consideradas entre ellas las lenguas Pano-Tacana, principalmente “Capanahua” lengua de una familia de la Región del Río Ucayali, Departamento de Loreto en la Amazonía peruana.

Mediante cinco (5) casos específicos algunos tipificados como características gramaticales propias del Arawak se establecen relaciones fonéticas y léxicas entre antroponimia indígena propia del territorio Barines y venezolano tal como destacan ciertas crónicas son nombres de parcialidades del Orinoco medio y los llanos así como de zonas de expansión de los hablantes del Arawak en el Occidente, la costa y las Antillas.

En tal sentido se presentan los cuadros comparativos de cognados

básicos como el numeral Uno (1), Mujer, Hombre y Agua en Protoachaguas, Achaguas, Kurripaco, Piapoco y Baniva para explicar ciertas reglas gramaticales entre ellas el Sistema de Afijos, Pronombre de Primera Persona, Marcaje del Género Femenino y Masculino y también ciertas partículas estativas (Morfema flexivo).

Primer caso: El sistema de Afijos (Sufijos y Prefijos).

Los afijos son estructuras que modifican gramaticalmente la palabra porque otorgan nuevo significado a partir de una raíz o morfema; por lo que pueden ubicarse antes o después de ésta. Los afijos pueden ser Prefijos, infijos, interfijos, circunfijos o sufijos. Según González Náñez, las arawakas con lenguas aglutinantes y polisintéticas y altamente sufijantes. (Entrevista personal 2015, 2019)

Del vocabulario Achaguas, la palabra para designar el primer número, es decir, el “Uno” (1) era “Baque” (Gillij, 1965, Melendez). En lenguas ancestro como Kurripaco y la Protolengua del Achaguas (Ash), este morfema se denotaba con “Pa”. En el Piapoco ya se estimaba el giro radical que sufrió el término: “Paya y Pada a Abeiri” y que por evolución o tal vez por influencia de hablantes de otras familias de lengua se configuró “Baque” en el Achaguas tras haberse adherido como macrocomponente de una nueva identidad.

Cognado	Proto Ash	Achagua	Kurripaco	Piapoco	Baniva
Uno	Paya-Pati	Baque	Pada	Abeiri	Patsia

Tabla N° 6. Fuente fundamental: Gillij, 1965)

Tomando en consideración vocabularios de lenguas no consideradas para Venezuela como la lenguas de la Familia Pano, (Región del Ucayali-Peruano) “Baquebo” designa al primer hijo (Loos & Loos, 2003). Es un término que al deconstruirse fonéticamente en “Baque-bo” guarda correspondencia con la nominación del primer número natural en Achaguas; por lo que también podría emplearse para designar el primer ordinal. Así como “Uno” es “Baque en lengua Achaguas (Gillij, 1965) “Baquebo” remitiría al primero en orden; vale decir, el primogénito.

La presencia de “Bo”, partícula o afijo propio de lenguas como el Warao como en “Kanobo” que designaba “Casa” (Ponce, 2004), también está presente en el Guahibo; ancestrales vecinos de los arawacos para denotar “Casa y Cilindro” y su variante “Bu” refiere “Placenta y Hamaca” (Queixalos, 1989; Castro Agudelo, 2000); todas, palabras pertenecientes a sistema de clasificación parental y en el guahibo además a formas geométricas.

Ese mismo prefijo “Bo” en lengua Capanahua de la citada familia Pano, es un lexema que denota la “Cabeza” (Mabo-Mapo) y refiere cualidad, “lo que está arriba” por lo que es raíz generadora de nuevas palabras como “Bochi” que significa “Hermano mayor” un fonema expreso en la familia chibcha, dentro del Muisclubun cuya voz “Bochica” / “Guexica” se empleó para designar a un Héroe mítico y deidad de su panteón y también en el U`wa-Tunebo como vocablo para Ancestro “Uochica” (Romaine, H, 1997)

Curiosamente Bochi y Uochica es lexicamente similar a la palabra compuesta para designar el clan del tigre entre la familia Jirajara “Bosin dug”. (Oramas, 1916, Jhan, 1927). El monosílabo “Bo” que persiste tanto en lenguas habladas en el altiplano cundiboyacense como en lenguas orinoquenses y amazónicas de buena parte del territorio colombo-venezolano, se convirtió en marca constante o desinencia de topónimos e hidrónimos de ambos países:

Boconó, Bobare, Borotá, Maracaibo, Catatumbo, Boyacá, Bogotá; Canoabo, Malambo entre otros (Colina, 2021); entendiéndose que así como puede emplearse el sonido “Bo”, agrupe variantes fonéticas; sus reconstrucciones a lo largo de su giro lingüístico en el tiempo se denoten como “Bo, Wo, Uo/ Wu, Bu, Hu/ Wa, Ba” y hasta se podría incluir la variante “Pa”.

Este fonema “Pa” que es propio del Protoarawaks y está presente en algunas lenguas Caribe se transformó como lexema afín en el Taíno y en el Wayunaiki (González Nãñez, 2015, 2019); permitiendonos inferir que en la evolución de las lenguas arawacas, “Pa” fue un fonema retomado entre algunas de las lenguas de habla más reciente pero provenía de sustratos arcaicos.

De hecho, Al incorporar la sílaba “Pa” a la palabra “Canagua”

antropónimo de los llanos de Barinas y un pueblo del Sur de Mérida, se reconoce que se trata de una voz antigua; por lo que “Capanahua” una lengua Pano sea relativa de Canagua: Pueblo, río y sitio, siendo uno de los más reconocidos lugares arqueológicos de Barinas por albergar una vía construida por los aborígenes para transitar durante el período de lluvia en las tierras inundadas antes de su desembocadura en el Río Apure y que tienen evidencia material de sociedades complejas.

Otras voces afines para otros hidrónimos venezolanos con esta morfología serían “Caparo” y “Capanaparo” relativos de “Kaparú”, voz arawaca para Mono” (González Nãñez en Gordones y Meneses, 2005) como también lo es para sitio y lugar en lengua Sikuni (Guahibo): “Kaparú/Kapalu” (Queixalos, 1989)

De hecho en el capanahua los fonemas “Ca” y “Pa” arawacos se debieron convertir en morfema o raíz [Capa/Kapa] para identificar un animal totémico: La ardilla y la Nutria (Perro de agua) simultáneamente; mientras que “Shipi” que designa “Mono de cola larga” y es el tótem de los Shipibo, (Casa de los Monos de Cola larga” un grupo étnico Pano.

Dicha aseveración podría tener mayor argumentación dada la presencia del fonema “Sh” (fricativo consonántico que se produce al pasar el aire a través de un canal estrecho; es decir, genera fricción) en “Shipi-Shipibo”. De acuerdo con Las silbilantes normalmente se escriben mediante los grafemas “Sh”, “Ti”, “Ci”, “Ch” mientras que su variante “Zh” se escribe con “Si”, “Su”, “Zu” o “Ge”.

Este sonido postalveolar sordo [ʃ] es típico del habla humana, por lo que es una forma lingüística arcaica; muy común en muchas lenguas del mundo, pero está marcadamente en la fonología de lenguas amazónicas y lenguas mesoamericanas.

Si la raíz Pano “Kapa” o Capa” proviene del protoarawak muy probablemente un clan asociado en el territorio de dispersión como pudo ser la amazonia peruana o trapezio se expresó entre estos pueblos. Un ejemplo pudieran ser Shipibo-Conibo (Región de Loreto, Ucayali) y sus descendientes de migrantes

que hablaban dichas protolenguas arawacas; Kurripaco, piapoco o Protoachaguas por lo que obedezcan al tiempo de la etnogenesis descrita en los estudios amazónicos (Vidal, 1986)

Segundo Caso: Pronombre de la Primera Persona.

Los pronombres son palabras que cumplen la función sustantiva o nominal por lo que pueden reemplazarlos en la oración. De acuerdo a su número se clasifican en singular o plural.

Pronombre	Sing	Plural
1ª Persona	N u - T a	W a

Tabla N° 7. Pronombre de la Primera persona Arawak

El pronombre de la primera persona singular del arawak fue /Nu/ (Steinen en Bierranbach Lima, 1950) y de ser cierto que fue una forma regional que incidió en varias lenguas de la región (Queixalos, 1988), fue marca plural como “Nuquen” que significa “Nosotros” en las lenguas Pano. De la protolengua sufrió una adhesión entre lenguas como el Capanahua conservando en su totalidad aspectos gramaticales del arawak pues seguramente fue la lengua que más significantes debió aportar antes de mezclarse con otras y aportar a la nueva familia.

Este pronombre en la familia Pano, hace valer la historia compartida de un territorio de origen vindicando cuatro clanes patrilineales exógamos a los que estuvieron unidos en su origen y de ahí que “Nuquen Caibo” signifique “Nuestros paisanos” aún cuando pertenecen a clanes totémicos distintos: Los Capabaquebo (“Hijos de la Ardilla/Nutria”), Bina-Baquebo (“Hijos de la Avispa”), Nahin-Baquebo (“Hijos del perezoso”) e Hino-Baquebo (“Hijos del Tigre”) (Loos y Loos, 2003 en Colina, 2021).

En tal sentido las migraciones del Río Negro coincidirían con la etnogénesis arawaks de cuatro clanes patrilineales y exógamos, hablantes de varias de sus protolenguas Proto-Palikur, Proto-Manao, Proto-Kurripaco y Proto-Baré (Vidal, 1987).

Tercer caso: (Marcaje del género Femenino)

Son partículas o formas determinadas en las estructuras gramaticales que refieren al sexo femenino. Suelen tener concordancia con pronombres y sustantivos.

La partícula /Ina/ para marcar lo femenino se mantuvo constante en toda la evolución de la familia arawak; es decir, se volvió estativa; mostrando solo una variante en la lengua Baniva donde se ve claramente diferenciada en su evolución histórica. No obstante en todas las lenguas arcaicas se mantuvo, incluido el Achagua.

Al buscar entre las protolenguas y las lenguas recientes la denominación de Mujer se constata que no solo se trataba de un marcaje distintivo de lo femenino sino que estaba en relación directa con la voz para mujer

Cognado	Proto Ash	Achagua	Kurripaco	Piapoco	Baniva
Mujer	Inarú	lina	Inaro	Inanai	Néeyawa

Tabla N° 8. Fuente: Gillij, (1965)

Esta denotación se mantuvo como sufijo terminal complemento de un radical en la voz “Barinas” [“Waryna, Varynas, Uarinas, Guarinas”] lo que lo hace un glosónimo compuesto denotando lo femenino. No obstante, el vocablo es usado como topónimo, etnónimo y fitónimo indistintamente entre los estudiosos así como asociado a un fenómeno meteorológico o “ventiscales” conocidos en la región como “El Barinés” (Alvarado, 2008). Es posible que por ser glosónimo o nombre de etnia sea afin a voces como “Guaraunos”, “Guarinaos” y hasta “Guarayos”:

“Las voces geográficas Ari, Bari, Guari, Sari, tari y Yari son variantes de la antigua voz quechua “Huari” y expresa la idea de colonia agrícola en su forma antepuesta o postpuesta (Sufijo o Prefijo) de los nombres territoriales de Venezuela; especialmente donde hay pueblos caquetíos” (Salas, 1956)

Históricamente asociada a las culturas del altiplano en transición a la Amazonía Boliviana “Cultura Wari, Huari” se entiende que pudiera tratarse de transacciones propias de los pueblos Maipures del Sur y del Norte dada la configuración histórica de diversas etnias del continente; más pudiera deberse también a tempranos contactos entre los “Ronquin – Saladoide” con los portadores de la tradición cerámica Barrancas (1000 aC- 600 dC) una de las más antiguas del continente y que influyó en el horizonte medio de Chavin (Davies, 1999).

Si estos pueblos del Orinoco, tuvieron relaciones tempranas se alimentaría más la incorporación de grupos de lenguas independientes como los Warao (Warao-Warrau-Warriu-Barriu) a quienes se asocian con la llamada tradición Kotosh (Davies, 1999) con quienes pudieran haber sostenido fuertes lazos en el pasado.

Ampliando la perspectiva Salazar Quijada (1994) quien afirma que “Bari-nas” obedece a un fitopónimo chibcha, la inclusión de la lengua Warao dentro de la rama Paezan (Greenberg and Ruhlen, 1987) tendría asidero; más ésta hipótesis no ha sido aceptada.

Atendiendo a otras familias de tiempo cronológico antiguo, la otra posibilidad es que se trate de una vocablo Tupí: “Guarini” que significa “Guerrero o el que hace la guerra” en Tupí Guaraní (Rosi, 2010). Esta familia con 6000 años de diversificación lingüística, también es amazónica y estuvo ubicada en espacios afines geográficamente a las Arawak.

De sus contactos pudo aglutinar a ésta y varias familias pues algunos de los fonemas y lexemas expresan la marca geográfica o espacial de sus lugares míticos. El raudal de Jipana (Voz Arawak) asociado a su etnogénesis (González Nãñez, 2015) equivale a “Uapuy” (Vaupés) en Nhengatu (lengua Tupí cuya base es el Tupinamba o Tupí antiguo), un idioma que está “arawakizado” (González Nãñez, 2004 y en entrevista personal, 2019).

Atendiendo a otras familias no consideradas para Venezuela, de nuevo aparecen cadenas de significantes en lenguas Pano. La palabra “Waricaini”/ “Baricanai” era un lugar que nominaba el Este, donde “nace el Sol” (Loos y

Loos, 2003). De estas aseveraciones llama poderosamente la atención que la toponimia tenga la misma palabra raíz que Barinas, Varynas (Bary, Vary) relativos de Wary-Huari.

Huari, Wary o Bari es metónimo de Wira una raíz morfema de voces del altiplano. Según Torero (1990) en su trabajo acerca de los Dioses de los andes centrales afirma que “Wira-cocha” o Dios de los Báculos de la cultura Wari, fue tomado de la tradición mitica y ritual de las etnias Pano y fue deidad principal de los Incas junto a “Inti”, el Dios Sol en su variante como lengua imperial. En el Capanahua, la palabra para Sol y Año es “Bari” cuyo sonido terminal /ri/ es igual a la sílaba final de las deidades protectoras arawaks: “(H) Eri-Ke-rri”.

Entre las lenguas Pano-Tacana, muchas voces se descomponen de dicho étimo “Bari” y conceptualizan todo un sistema de representación cartesiana ante la influencia del Astro-Rey como parte de una actividad permanente de observación del tiempo meteorológico y cósmico:

“Baritian” es Verano y “Barini” significa “Solearse” (Traducible como tostarse, dorarse, del verbo “Solear” el cual se escribe Barin-ja-quin y se pronuncia “Barina-quin” (la “J” en medio de la palabra no se pronuncia en esta lengua y el sufijo temático en su terminación como el asociativo -quihin- y el transitivizador –ja complementan este radical).

Entre otros significantes y sus conceptos relativos, están: “Bahina”: Durante el día; “Bahriti”: Brillar, reflejar luz; “Baricaini”, palabra para expresar que “sale el sol” y “Baricanaiquiri” que hace alusión al Este, lugar donde nace el sol; opuesto a “Bahquishi” que alude a ser y estar oscuro o en tinieblas.

Estas representaciones solares nos recuerdan que los petroglifos de Barinas como los de Bum-Bum y también en Cañón del Sol (Petroglifos de El Yau-re) están sobrecargados de figuras antropomorfas adjudicadas a los pueblos arawaks. Los Capanahua (Familia Pano), fueron históricamente vistos por sus actuales vecinos en sus asentamientos de la amazonía peruana como distintos aunque ellos no se consideraban “Nahua”; que es palabra para “Extranjeros, Foráneos”; lo que confirma que eran étnica y culturalmente diferentes.

Si parte de esa migración se consolidó como cultura en el Amazonas Central en la región del Ucayali a partir de las dispersiones de los llanos del Orinoco y el Noroeste amazónico no es casual que entre los lexemas de varias lenguas de la familia Pano (Capanahua, El Cashinawa y el Isconahua) tres de los “treintiséis idiomas de la Región de Loreto, Perú, las lenguas Shipibo-Conibo y al Marubo del Brasil” (Montag, 1981, Loos y Loos, 2003) sea una familia que contengan vocablos de lenguas indígenas habladas en Venezuela. (Ver Apéndice).

Indiscutiblemente que la voz Barinas como vocablo arawak resenmatizado entre la familia Pano remite a una connotación de orden cosmogónico; más no es descabellado asociarlo a una creencia o ritual mágico religioso en la que las mujeres arawaks tuvieron un gran protagonismo para honrar al principal Dios de su panteón; seguramente un Dios Solar dada las configuraciones ecológicas del territorio: Sabanas inundables cercanos a faldas de montañas, incidencia de la luz en sus cultivos, coloración del cielo diurno y boveda nocturna única en ciertas épocas del año.

Es muy probable que se originó durante el período de los cacicazgos del primer milenio (300-1000) donde los conflictos se agravaron por la ausencia de mano de obra para las labores agrícolas (Gasson en Vargas, 2015) por lo que la captura de mujeres y niños no sólo se hizo para cubrir la fuerza de trabajo sino también para honrar sacrificios donde se intercambiaban productos y se consumía el tabaco y otras plantas alucinógenas.

Cuarto Caso: Género No marcado (Masculino)

El masculino genérico es empleado en Sustantivos para referirse a personas, animales o seres inanimados de uno u otro sexo. También se le conoce como género No marcado. En el Arawak los géneros están demarcados más esta condición parece haberla transformado en el transito de la protolengua al Achaguas.

Cognado	Proto Ash	Achagua	Kurripaco	Piapoco	Baniva
Sol	Kawosi	Kaiwia	Heri	Éeri	Amósi
Luna	Ka (si) di	Kéeri	Keri	Kéeri	Asida

Tabla N° 9. Fuente: Gillij (1965)

La partícula eri, keri, heri, de las protolenguas muestra uso del masculino genérico mientras que en el protoachaguas y el Achaguas y en el Baniva, de habla más reciente más no en lenguas anteriores o protolenguas como Kurripaco ni en el Piapoco. La transición del proto a achaguas de “Kawosi” a “Kaiwia” demuestra que su deidad solar (Ser inanimado), se forjó de una entidad diferente a las de sus ancestros arawakos. No sucede lo mismo con la palabra Luna, se mantuvo constante en el tiempo.

“Kaiwia parece una forma metónima del nombre de su héroe mítico “Kuwai”, el que trazó los caminos de su cultura (Vidal, 1987; Ñañez, 2015, 2019) entre Kurripacos y Piapocos se empleó “Keeri, Heri, Eeri” para llamar indistintamente a sus Dioses Solar y Lunar, significa que los hablantes de las protolenguas vieron a ambas deidades en igualdad de condición en su panteón.

El Dios Guaiquerri puso un enorme caimán en una laguna para proteger a los Achaguas de los Chibchas quienes les exigían mujeres y niños a cambio de no matarlos, o productos de intercambio. El caimán devoró a muchos chibchas pero también a la hija del Dios Casanare y por castigo lo convirtió en cerro y a la hija la sacó de las entrañas y la enterró en otro cerro y en su cumbre creó una laguna. Quienes intenten robar los ojos y el cabello enloquecerán de codicia y sus generaciones castigadas por siempre.

En éste relato mítico se observa que el Dios de los Achaguas no contiene la partícula “erri” de las protolenguas, pero si el Dios de otra cultura; Guaiquerries. Además confirma la presencia de tres grupos étnicos distintos: Los Arawaks representados por los Achaguas, los Chibchas y los Guaiquerries, y expresamente toma por causa de su calamidad, un ritual de los chibcha que exigía sacrificios de mujeres y niños y productos de intercambio para salvarse

de la muerte.

Al parecer el grupo preeminente era un pueblo asociado a otra nación que sometía a la población Achaguas y que a su vez estaban siendo protegidos por un Dios de un grupo étnico independiente, lo que nos remite a filiaciones y discusiones entre los grupos.

Curiosamente la partícula “ri/rri” esta presente en la nominación para Hombre en Piapoco y Protoachaguas como variantes transformadas históricamente de la protolengua kurripaco. El cambio total lo presenta el Baniva y la hibridez proviene del Achaguas anterior en tiempo histórico a la lengua Baniva.

Cognado	Proto Ash	Achagua	Kurripaco	Piapoco	Baniva
Hombre	Atsiri	Wasiaàli	Aacia	Athiari	Enami

Tabla N° 11. Fuente fundamental, Gillij (1965)

Atendiendo a que sus deidades llevan ésta partícula entre las protolenguas se comprende que la designación para Hombre se asocie con sus demiurgos creadores pues su descendencia la marca el linaje del Padre (Patrilineal) de ahí que sus mujeres debían ser de otros grupos (Exógamia). Esto ejercerá una influencia en las terminaciones o sufijos presentes en la etnonimia arawak después de la configuración de la lengua Achaguas.

“Berrenai, Bibe, beyes” son voces empleadas en la nominación de muchas parcialidades arawaks y otros grupos tanto en Venezuela como en las Antillas, la fuente principal de ésta afirmación reside en las crónicas. Lo mismo sucede con la variante “Nai” que parece sufijo transformado históricamente de otras variantes como Naje, Nare, Nabes, Nave (Cuayanaje, Casanare, Otonabes, Puinaves y Guaipunabes); así como también en la voz “Nacu/Naco” (Tamanaco).

De acuerdo con Vidal (1987) la nominación arcaica del Achaguas fue Atsawa-Nai, por lo que Achaguas parece la castellanización de fonemas que se pronunciaban en forma fricativa “Sh, X. Nagua/Nahua/Nawa es una derivada reciente de una forma arcaica que posiblemente también guarde relación con

“Nai o Wanai”. “Atsa” significa “Tierra” entre los guahibos y Wanai era una etnia Caribe, conocida también como Mapoyo:

En Cuba y otras islas del Caribe la raíz “Xagua”/“Nawa” hizo metonimia, “Guana” clara voz arawaka; así identidades como “Guana-cabibes” y “Guana-jata-beyes” poseen sufijos terminales [Bibe-Beyes] que muestran la presencia de otras familias; es decir, la hibridez parece componente agregado de otra lengua.

“Guacanagari” como etnónimo es un compuesto de varias voces: “Guana” (Wana), “Cana” (Kana) “Gari” (Wari, Uari, Bari); por lo que es palabra híbrida. La partícula “Cana o Kana” que alude al “rayo y al movimiento” en lenguas Pano y es morfema terminal constante entre las lenguas Chibcha, evidente en la partícula “ana”. (Constenla, 1991, 2002; Constenla en Gordones y Meneses, 2005).

En lenguas caribe específicamente en el “Kariña” la voz tiene una variante “añna” (mano) y añnaru (mano de) como sustantivos genérico y posesivo y también como forma atributiva y predicativa del verbo “Ser y estar”: Vañño y terminación de verbos en infinitivo “Ataavano”: Pasear, viajar. (Romero, 2004).

El terminal “gari” es una variante de Wari y Bari. Mientras que Nahua (Extranjero) en las pano es metónimo de radical típico de lengua arawak: “Gua” (Salas, 1954) Guana y Nagua son voces del marcaje arawak en la antroponimia de Venezuela y el Caribe insular.

Entre otros etnónimos destacan los “cabres o caberres” parcialidad arawaks, mientras que los “Puinave, Guaipuinare o también Guaipuinavis” fueron otra etnia que enfrentó ferozmente a los Caribes. son clasificados como lengua aislada unida a la familia “Makú”, bajo la denominación Maku-Puinave.

El ONIC sugiere que el origen de éste grupo estaba en el Casiquiare, cerca de la Piedra del Cocuy desplazándose hacia el Vaupés, Caquetá y Yapura y que se autoreconocen como hablantes de lenguas “Nori” en cuyos mitos resaltan que son los descendientes de “Guarirom” (Warirom, Uarirom)

repartidos entre 24 clanes que se identifican con elementos de su entorno:

Danta, Lapa, Tigre, Mico, Maicero, Perro de agua, Hormiga, Bachaco, Nutria, Yuca, Culebra, Barro, Loro, Raudal, Guacamayo, Tortuga, Morrocoy, Terecay, Fuego, Estrella, Garza, Armadillo, Perro, Mono Churuco, Piapoco-Tucán, Palma de Seje y Chupaflor-Colibrí (ONIC, <https://www.onic.org.co/pueblos/1137-puinabe>)

Entre las características de estos cazadores-recolectores destaca el matrimonio preferencial entre primos cruzados y sororato, uroxilocalidad temporal para pagar el servicio al suegro y patrilinealidad cuando la pareja se consolida en un espacio aparte y se sedentariza. Se casan con Kurripaco (Arawaks) Cubeo y Piratapuyo (Tucanos) pudiendo practicar también la exogamia dentro del clan, respetando el estatus generacional y el orden de nacimiento.

Acerca de otros clanes mencionados entre las fuentes llamó poderosamente nuestra atención la designación que los Guahibos, vecinos ancestrales de los Arawaks daban a uno de sus clanes, “Beni” o Clan Momowi (Queixalos, 1988). “Beni” designa Marido en lenguas Pano, Cashinawa y Capanahua mientras que “Benesi” es Pantano o aguas vadosas de poca profundidad; esto llevó a preguntarnos acerca de posibles alianzas matrimoniales o uniones libres de mujeres de ésta región con éstos migrantes en la zona del trapezio.

En atención a la clasificación de los clanes Pano, Loos & Loos (2003) destacan que su nominación obedece a su animal totémico “El armadillo gigante” o Pano; mientras que la “Ardilla/Nutria” es el totem de los capanahua autoglotónimo que surgió de la reconstrucción del morfema Kapa-nawa: [“Gente-Ardilla”-o “Gente Nutria”]; marca de sus cambios en el tiempo por lo que al evocar sus líneas patrilineales y exógamas revelan una etnicidad ambigua pero prevaleciente y contraria a los heteroglotónimos que les dan sus vecinos en el Ucayali; “Los Capachos” (Loos & Loos, 2003)

Esta voz refiere un antropónimo de un centro poblado del Táchira, Capital del Municipio Libertad y fue usada como nombre de tribu según Salas (1956). Según Loos y Loos (2003) les resulta peyorativo por lo que muchos de sus grupos mantienen un patrón antiguo en la construcción de su etnicidad [“Nuquen Caibo”] que significa “nuestros paisanos”; pues no querían ser vistos como Nahua palabra para foráneo o extranjero aunque curiosamente las lenguas si loconservaron: Cashinagua, Isconahua, Capanahua.

El marcaje para referir lo masculino está asociado claramente con voces arawaks, lo que denota una característica que se presentó desde la diseminación de las protolenguas de acuerdo con las migraciones tempranas desde el Noroeste amazónico (Vidal, 1986) lo que confirma que los cuatro clanes patrilineales que originaron a estos Pano están relacionados con pueblos patrilineales exógamos de las separaciones tempranas de protoarawaks.

Quinto Caso: Desinencias estativas [morfemas Flexivos]

Un concepto universal como “Agua” cambia en la lengua Achaguas, pero no en las diferentes lenguas; incluyendo la matriz o protoachaguas en la que se mantuvo el marcador /Ni/, propio de voz indeterminada y curiosamente prefijo para denotar lo más antiguo en lengua pano (Loos & Loos, 2003). Llama poderosamente la atención, que el Baniva parece haber retomado una voz arcaica, en el vocablo “Weni”.

Cognado	Proto Ash	Achagua	Kurripaco	Piapoco	Baniva
Agua	(H) uni	Siítai	Ooni	Úni	Wéni

Tabla N° 11. Desinencias estativas. [Morfemas flexivos]

Muchos cognados afines a sufijos de autoglotónimos y heteroglotónimos de pueblos de lengua arawak y a cognados de otras familias de lenguas del continente contienen esa fonética. De acuerdo con Gillij (1965) los Maipure emplaban la expresión “Beni Murrare” para referirse a la gran “Inundación” y de acuerdo con Humboldt (2006) los pueblos orinoquenses tienen sorprendentemente una conciencia constante acerca del diluvio universal.

En el cuadro comparativo de cognados que a continuación se observa,

se repite entre lenguas amazónicas consideradas y no consideradas para Venezuela:

[Arawak] Baniwa	Capanahua/Cashinahua Kapanawa/Kashinawa [Pano]	Esse Ejja (Guarayo, Chama) [Pano Tacana]	Omagua (Tupi)
Weni- Agua	Wenesi- Benesi Aguas de poca profundidad	Beni Río, Viento, Región	Uni Agua

Tabla N° 12. Caso: Sustantivo de vocablo universal [Colina, 2024]

Dentro de las Pano se encuentra, la rama Tacana y solo se habla en Bolivia. Los trabajos de Chavarria (2016) y Rivero Pinto, (1985) reconocen al “Esse Ejja”, como lengua Pano de la rama Tacana y es la lengua más distante que se habla de su centro de dispersión; tal como ocurre con el Wayuunaiki en territorio venezolano.

En los famosos “Llanos de Mojos” drenados por el Río “Beni” los arqueólogos hallaron restos de sociedades prehispánicas constructoras de tecnología hidráulica, especialmente camellones en las riberas idénticos a los observados en tomas aéreas en la región de Barinas y Apure (Denevan y Zucchi, 1974).

El Beni forma parte del Patrimonio Natural Mundial por estar dentro de los territorios de la Reserva de la Biosfera “Madre de Dios”; que en lengua indígena arawaca meridional se designa “Manoa”, de ella se desprendió el topónimo de la actual ciudad de Manaos (Manáus) donde el Río Negro une sus aguas a las del Amazonas.

El término “Manoa” también ha estado asociado al Mito de la Gran Serpiente valga decir al Río Amazonas que en sus distintos tramos es llamado de diferentes formas entre ellas *Apurímac, Ene, Tambo, Ucayali, Solimoes, Paraná-Uassú, Paraná-Tinga*; vocablos pertenecientes a distintas familias de lenguas.

Manoa también fue el nombre de la mítica Ciudad de oro en la Leyenda

de “El Dorado”; cuyas expediciones fueron encomendadas desde el Virreinato del Perú hacia el cauce del Amazonas conocido como Marañon en la Provincia que llamaban “Omagua” o “Amagua” y que en Venezuela, desde los primeros años movió el deseo y afán conquistador; siendo una de las búsquedas más incesantes, la de los banqueros alemanes “Welzares o Welser”, a partir de 1527.

El artículo de Baraibar, Alvaro titulado “La Jornada de Amagua (Omagua) y Dorado: entre Francisco Vázquez y Pedrarias de Almesto” recoge éstas noticias de riqueza y destrucción que une a tan lejanos territorios:

El virrey dio poderes al navarro Pedro de Ursúa, amigo suyo, para que fuese a descubrir dichas provincias, nombrándole gobernador de las mismas. La fuente de estas noticias fueron unos indios brasiles que habían llegado al Perú y que “contaron grandes cosas del río y de las provincias a él comarcanas, y especialmente de la provincia de Amagua, ansí de la muchedumbre de naturales y riqueza que en ella había, por lo cual pusieron deseo a muchas personas de las ir a ver y descubrir” (Vasquez y Almesto en Baraibar, 2012)

Dichas jornadas “nunca” hallaron la fantástica ciudad pero si derivaron en rebeliones y muerte comenzando por la del propio Pedro de Ursúa y el resto de “marañones” incluyendo al temido “tirano” Lope de Aguirre, “caballero natural de Oñate”, acompañante de Ursúa; quien terminó haciéndose con el control de la expedición para su infortunio:

Tras más de nueve meses de recorrer el Amazonas desde su embarque en el Perú, Lope de Aguirre llegó a la isla Margarita, pasando desde allí a la gobernación de Venezuela, donde finalmente sería muerto él también en Barquisimeto, no sin hacer antes todo lo necesario para que, como nos dice Vázquez, al menos la fama de sus crueldades quedara “en la memoria de los hombres para siempre que hubiese mundo” (Vázquez, *Relación de todo lo que sucedió...*, fol. 111r en Baraibar, 2012)

En tal sentido, se precisó realizar la comparación de vocablos de la

lengua Tupí en correspondencia con la gramática arawak tomando como base el Diccionario Omagua de O'Hagan Zachary y otros (2011) tipificada como una Lengua Tupí; en todo caso pudiera tomarse como un Tupi mezclado (Von de Steinen en B. Lima, 1950).

El Omagua destaca nombres para hombre y para mujer tan igual como en la lengua arawak lo que es un rasgo típico; es decir, el marcador gramatical de número y Género: Ta=Hombre; Taná= Mujer. (Ta es prefijo del arawak antillano; es decir, Taíno). Para indicar el plural el masculino añade Kana y el femenino Na. Ejemplo es "Uka" palabra para casa así Ukakana es "Casa" para Hombres y "Ukana" para la mujer. La voz "Ipira" es Pescado; los plurales serán Ipirakana (Hombre) e Ipirana (Mujer). "Awa" es persona. Awakana se usa para hombres y Awana "Mujeres".

Entre las reglas de sonorización y desonorización están La r suena como ere y no como erre (Un marcaje de lengua Betoy, según Gillij, 1965 y Gumilla, 1999). W hace el sonido de la Hu y Wu; La i es nasalizada igual la a y la u. Destaca entre las reglas de pronunciación que después de la m, la p suena como b (Ayampay=Ayambay).

Después de la N la T hace el sonido de la D. Después de la N, la K hace el sonido de la G (Ayambay/ Mashandawa-Mashantawa/Maisankara-Maisangara); esta fonética se atribuye al dialecto "Aymara" pero al parecer es atribuible al "Quechua" (Cerrón Palomino, 2000) considerada pariente de la lengua arawak. (Lafone Quevedo en Salas, 1956)

Para designar Hermano de hombre/Hermana de mujer/Primo hermano de hombre y prima hermana de mujer se emplea ina e iná (con tilde) denotando el marcaje de ellos y ellas, en la partícula estativa del arawak.

Un topónimo altoorinoquense "Itini-ivini" que Humboldt (2006) halló como caños alternos del Brazo Casiquire antes de llegar al Río Negro- Guainía está asociado en el Omagua a palabra para "Playa" (Itini) "Ivini" color blanco por lo que Itinivini en Omagua es Playa o Arena Blanca (O'Hagan & Zachary et al, 2011). En la cartografía venezolana es el nombre indígena para el Caño San

Miguel, área ancestral de los Arawakos Warekena (González Nández, 2015, 2019).

De acuerdo con Cabrero i Miret, F. (2014) quien estudió a los Omaguas y los designa como “cataclismo amazónico”; resaltó que dichas sociedades complejas del Amazonas se han relacionado a la Fase Napo, (1100-1500 dC) cuyos hallazgos fueron estudiados desde 1961 por Evans y Meggers y otros.

La tradición del río Napo, que nace en el Volcan Cotopaxi y recorre Ecuador y Perú es uno de los principales afluentes del río Amazonas y alude a una sofisticada tradición cerámica que los estudios arqueológicos y lingüísticos reconocen unida entre otras a dos migraciones la Tupí-Guaraní como precursora de la tradición polícroma (Rostaín en Cabrero i Miret, 2014) en combinación con la tradición Borde inciso asociada a la familia Arawak y al estilo Barrancas del Bajo Orinoco (Heckenberger en Cabrero i Miret, 2014).

Tiene evidencias de 4 técnicas estilísticas: Achurado azonal (500 aC-500 dC), Borde inciso (100-800 dC), Polícromo (600-1300 dC) e Inciso punteado (1000-1500 dC) sin incluir el Alto Madeira (700 aC) como una de las cerámicas más refinadas y complejas del Amazonas pero en relación a estilos alfareros venezolanos, el borde inciso fue un rasgo típico de las tradiciones Barrancoide y Saladoide y el polícromo es una expresión técnica de los grupos Osoides desde su primera etapa (930 aC-230 aC) (Zucchi, 1975).

Finalmente, consideramos pertinente señalar que “Umagua” es termino para Omagua y de él se deriva “Umawari” palabra para “Garza” (O’Hagan & Zachary et al, 2011) lo que nos recuerda las clases del Dr Omar González, quien insistía que el origen del igneri antillano podría vincularse al llamado “Clan de la Garza” (González Nández, 2015, 2019) uno de los 24 clanes de los Puinave dentro de la descendencia de “Guarirom” (ONIC.org.)

Otro idioma arawak pero hablado en el macizo de las Guayanas, el Lokono usado como glosónimo es curiosamente afín a términos empleados para denominar a Garzas y Güiles en lengua totonaca de Mesoamérica “Loko” y “Lokoyo”. Entre algunas etnias Caribe como Yekwana y Pemón, su tótem es

representado por los hombros en forma de V de su heroe “Wanadi”, un ave; esta voz se asemeja al topónimo “Guanaguanari” río de los jirajaras según De Castellano (1587). Tal vez se refiera a una zona de dispersión o encuentro pudiendo tratarse de los llanos altos y el piedemonte andino en lo que hoy corresponde a Guanare, claramente una palabra híbrida. (Wa-nare, Guanari, Wanadi).

www.bdigital.ula.ve

“Como concepto de Gordon Willey, el área Intermedia fue una ubicación geográfica con un alto grado de diversidad cultural... esta complejidad es aún más enredada por una diversidad que refleja un enorme grado de la variación natural del medioambiente... está plagado de problemas pero el reciente desarrollo de la arqueología de ésta región ha comenzado a arrojar datos y nuevas interpretaciones interesadas en entender los procesos de cambio social prehispánico”.

Langebaek y Cárdenas:
Gordon Willey, conceptos, contribuciones y perspectivas.
Revista de Arqueología del Área Intermedia N° 6, 2004
Instituto Colombiano de Antropología e Historia

www.bdigital.ula.ve

CAPITULO IV

ANÁLISIS E INTERPRETACIÓN DE EVIDENCIAS

Con el objeto de teorizar, luego de la interpretación de las fuentes etnohistóricas y arqueológicas; valga decir, descripciones de cronistas, misioneros, historiadores, análisis de antropólogos, arqueólogos y comparaciones de lingüistas, y proceder a la triangulación y contrastación de evidencias se enuncian una serie de aproximaciones en torno a dos elementos fundamentales: 1.- Las Relaciones Interétnicas en los Llanos Altos y el Piedemonte entre 1400-1628 y 2.- La importancia histórica de la Región en el período seleccionado.

4.1 Relaciones Interétnicas en los Llanos Altos y el Piedemonte entre 1400-1628

Las relaciones interétnicas como concepto antropológico que expresa vínculos socioculturales es también por tanto, un constructo objeto de estudio de la historia problema por lo que teórica y metodológicamente, las evidencias muestran manifestaciones en el tiempo de larga duración (Bloch y Febvre, 1996; Braudel en Santana Pérez, 2004) tras su tratamiento convergente.

En el espacio de los llanos Altos y el piedemonte de Barinas en el hito 1400-1628, salen a luz manifestaciones de identidad de variados grupos étnicos a través de las reminiscencias de mentalidad sustrato de prácticas sedimentadas o anteriores en el tiempo tal como lo describen los conquistadores y misioneros en sus descripciones etnográficas y de cuya comprobación se destacan los elementos contradictorios de la identidad en la dinámica de los grupos posteriores a 1577 y en los registros aproximados a 1628.

Estas etnicidades expresaban modos de vida sobre prácticas disimiles y una constante necesidad de rescate y evocación de una antigua adscripción o cultura que se estableció en el pasado; que no se correspondía a la realidad material ni ideológica encontrada por los conquistadores sino era una forma

contingente de la dinámica social.

Recordando lo postulado por Barth (1976) destacamos el rol vital de las relaciones interétnicas como categoría transversal en la construcción de la etnicidad, cual es:

La diferenciación cultural dialéctica de similaridad y diferencia que expresa la identidad social y que tiene que ver con la negociación de significados compartidos por lo que se desarrolla fundamentalmente a través de la interacción social y la organización de las diferencias culturales.

Los arqueólogos que en sus investigaciones comprueban la coexistencia de grupos humanos que dibujaron las modificaciones del paisaje mediante el uso de la tierra y el agua; los registros de presiones demográficas y la existencia de tecnologías y técnicas en el manejo de los recursos naturales comprueban la existencia de sociedades complejas muchos siglos anteriores en ésta zona geográfica de transición.

De los procesos antagonicos y complementarios de las relaciones de ese pasado, las tensiones y cohesiones dejaron prácticas dinamizantes-mutables que se configuraron en el tiempo como identidades de pertenencia y/o exclusión producidas y reproducidas a manera de sentimientos en la vida cotidiana y se convirtieron “inexorablemente en una dialéctica de semejanzas y diferencias”. (Navarrete, 2004).

Entre las contradicciones propias, se hallaron Las prácticas sociales expresaban formas culturales simbióticas (Morey Morey, 1975): 1.- Grupos nómadas plegados a las nuevas prácticas hispanas por adhesión a grupos sedentarios 2.- Pequeñas comunidades sedentarias de un mismo grupo étnico junto a parcialidades de filiaciones lingüísticas disímiles con prácticas nomadas y seminómadas en constante movilidad 3.- Comunidades sedentarias que se beneficiaban de prácticas nómadas y seminómadas transitando en forma pendular, hacia los llanos del Orinoco en estrecho intercambio e influencia cultural con grupos de la Sierra 4.- Multiplicidad de grupos étnicos y

linguodiversidad en tan corto espacio geográfico.

Estos patrones de vinculaciones estaban supeditados a la conservación de un territorio y una toponimia de parcialidades minoritarias caracterizadas por prácticas “errantes” entre las llanuras y el piedemonte barinés (Tosta, 1986, 1989). En consecuencia, en el hito que va de 1400 a 1628 se evidenciaba un proceso histórico de retroceso y dispersión demográfica estructural particular que se comprende tras “las formas de organización social propiamente criollas” (Tiapa, 2007)

Las mismas se van haciendo visibles durante la conquista y los primeros años de la colonización, delimitadas propiamente por la emisión y ejecución de las ordenanzas de los llanos, a partir de 1621, cuando se intenta fundar un espacio que tenía un nombre distinto al empleado cotidianamente entre los grupos: “Nueva Trujillo de Barinas” por Juan Pacheco Maldonado hacia 1628.

Por consiguiente, la sociedad del período anterior al hito 1400-1628 tuvo que haber desarrollado prácticas más eficientes para el aprovechamiento de las distintas zonas ecológicas y diversas prácticas rituales que congregaban numerosas parcialidades; mostrándose simbólica e ideológicamente más compleja que la que encontraron los conquistadores en el siglo XVI quienes los describen como grupos de “Cazadores, Recolectores y Pescadores” (Rivero, 1883, Humboldt, 1956 y Saignes, 1961, Gumilla, 1999) y algunas rancherías de Indios; es decir, reductos de comunidades agroalfareras sedentarias (Sanoja y Vargas, 1978).

A pesar de esta disgregación y decadencia cultural, los grupos étnicos se aferraban a una antigua adscripción en la que varios modos de vida, provenientes igualmente de matrices culturales diferenciados, establecieron un sentido de pertenencia alrededor de un antiguo centro primario de poder que dejó marcas en su etnicidad:

Cuando se traza la historia de un grupo étnico en el curso del tiempo, no se está trazando, simultáneamente y en el mismo sentido, la historia de una "cultura"; los elementos de la cultura actual de ese grupo étnico no han surgido del

conjunto particular de elementos constitutivos de la cultura del grupo en el pasado, ya que el grupo tiene una existencia continua organizada dentro de ciertos límites (normas para establecer pertenencia) que, a pesar de las modificaciones, la señalan como una unidad continua. (Barth, 1976)

Para la diferenciación de estas agrupaciones tempranas se emplearon los datos arqueológicos de Zucchi (1975) acerca de sucesos-demarcaciones que transformaron la unidad geográfica seleccionada desde principios del primer milenio a.C y que fueron gestando fusiones étnicas tras sucesivas oleadas poblacionales amazónicas y andinas que generaron un nuevo componente cultural (Zucchi, 1975).

Para el primer milenio antes de Cristo (920 aC y al 230 dC) ya estaba más que consolidado el proceso de formación de las macrofamilias de lenguas indígenas por lo que éstas primeras dispersiones y agrupaciones en el territorio irán amalgamando nuevas parcialidades que responden al sentido de los movimientos migratorios conocidos para Venezuela y el continente (Teoría de la H, Osgood y Howart, 1943); así como de los nuevos grupos surgidos de distintas hibridaciones.

Entre el 250 al 500 dC, se resaltan hechos que los registros van adjudicando a migraciones desde el occidente y que influyen en un aumento poblacional con clara modificación del paisaje llanero así como las expansiones hacia nuevos territorios; es decir, componentes étnicos de la primera fase influenciados por nuevas capas migratorias; valga decir un marcador de tensiones y conflictos abreboza de la fase siguiente.

Entre el 500 al 850 dC y extendidamente hasta el 1000 ocurrieron las mayores presiones demográficas así como el agudizamiento y desenlace de los conflictos expresados en saqueos e incendios (650 dC), abandono de sitios (850-1000 dC) entre grupos de organización compleja. (Gavan) (Redmond & Spencer, 2014) marcando el inicio de la decadencia de los Cacicazgos en los llanos tal vez agudizados por los efectos de fenómenos naturales pudiendo tratarse de sequías (Gasson en Vargas, 2015) inundaciones y deslaves

consecuencia de un terremoto destructor.

Para el año 1000 dc y hacia el 1350 dC (Gasson y Vargas 2015) se demarca la decadencia del segundo sitio complejo de “El Cedral” coincidiendo con la influencia que tuvieron los grupos de selva en los llanos quienes desde el 500 venían migrando hacia los llanos reconocidos como expansión arauquinoide (Zucchi, 1975) asociada a la familia lingüística “Caribe” (Zucchi, 1985) por lo que pueblos de hábitat selvático ya denominaban las comarcas para 1400 d.C. (Zucchi, 1975), agravando la convivencia entre los rezagos de grupos de lenguas independientes, las etnicidades que surgieron de los cruces entre arawacos y los primeros contingentes de Caribe quienes ingresaron en forma paulatina y pacífica.

En el establecimiento de las más variadas formas de organización social entre 1400 y hasta la llegada de los conquistadores en 1577, las parcialidades proyectaron el reducto de las antiquísimas relaciones interétnicas de éstos intervalos donde los grupos prehispánicos convivieron bajo las nuevas formas impuestas por la conquista y la colonia hispana, contándose entre ellos, Pueblos Caribes, Caquetíos y Achaguas, Jirajaras, Guahibos, Otomacos y otras parcialidades étnicas producto de las fusiones entre ellos.

En la Región de Barinas el cruce de dos horizontes culturales orinoco-amazónico y el horizonte cultural andino reconfiguró un producto diferente, que no fue “ni totalmente andino, ni totalmente amazónico” (Zucchi, 1975) por lo que es probable que esa nueva identidad resultó de la heterogeneidad de los grupos y su variedad lingüística. Muy probablemente esa etnicidad esté representada por los Guahibos quienes se dicen descendientes de grupos Arawacos, Caribes y Chibchas (Quiexalos 1988, Castro Agudelo, 2000)

De las antiguas prácticas agrícolas aluvionales se conservaron el uso intensivo del suelo y el desarrollo de actividades de subsistencia dedicadas a especialidades explotativas en el piedemonte y en las sabanas inundables respectivamente. Probablemente por eso los estudios refieran que se reputaban como núcleos Caribes los pequeños núcleos de cultivos en las riberas de los

ríos de hábitats de selva de sabanas en Barinas (Morey & Morey, 1975)

Mientras que en los llanos de Apure hacia el Orinoco medio los grupos desarrollaron múltiples actividades artesanales, de pesca, agricultura, recolección, intercambio a larga distancia coincidiendo con las descripciones de los cronistas. (Federman en Arcaya, 1916; Rivero, 1883; Saignes, 1961).

Por su parte, las parcialidades del piedemonte, representadas por escasos grupos de agricultores de rubros específicos entre ellas el tabaco y el cacao tuvieron a grupos nómadas como intermediarios con los grupos del Orinoco medio y con los que los grupos de los Andes (Salas, 1956, Saignes 1961) con quienes sostuvieron intercambios, lazos de reciprocidad y muy posiblemente nexos filiatorios.

De acuerdo con los conquistadores los caquetíos de los llanos junto a los Jirajaras fueron quienes estuvieron mejor organizados, en rancherías vinculadas a una marcada cultura de asentamientos fortificados (Morey & Morey, 1975, Redmond & Spencer, 2014, Gasson y Vargas, 2015) lo cual demuestra que históricamente estuvieron densamente poblados con grandes capacidades bélicas expansivas y una fuerte adhesión a Caciques y Capitanes.

La situación de la dispersión piemontana coincide con los registros de las crónicas y los relatos de exploradores europeos del siglo XVI los que advierten pocas aldeas indígenas y las que estuvieron organizadas como cacicazgos estaban rodeadas de grandes zonas deshabitadas con ciertas rancherías de indios.

Las expediciones Welser como la de Nicolás de Federmann, quien viajó por los llanos entre 1530-1531 y la de Jorge Spira en 1535 (En Aracay, 1916) quien llegó al sur del Río Apure y a lo largo del río Casanare (Castellanos, 2015; Oviedo y Baños en Saignes, 1961) confirman tal afirmación. Las etnias caquetías y jirajaras que mantuvieron el control mediante Caciques “menores” o capitanías sostenían un liderazgo frente a multiplicidad de etnias que en el pasado habían convivido en un territorio común en los llanos desde muchos siglos antes de la Conquista.

Políticamente estaban supeditadas a una autoridad o Cacicazgo Mayor para el hito de estudio, presumimos que fue la Confederación de Manaure; y quizás esto explica por qué los Caquetíos de los llanos aparecen adscritos a esta filiación arawak pero fueron percibidos distintos a sus vecinos del norte:

Los Caquetíos parecen tener mayor desarrollo cultural hacia la costa y perder importancia hacia el sur, pues según los cronistas estos cultivaban poco, en tanto que los costeños legaban a usar riego; los Achaguas por el contrario aparecen en pleno desarrollo hacia el Sur, en el territorio denominado Airico y pierden muchos de sus caracteres hacia el norte... Deben considerarse tres subáreas entre los Arawacos occidentales: Caquetíos, Caquetíos escasamente cultivadores y Achaguas. (Saignes, 1961)

El vocablo “Caquetío” que fue usado para referirse a “una serie de aldeas autónomas pero políticamente unidas con jefes étnicamente relacionados” se uso para designar grupos que se distribuyeron a través de los ríos en “el área que se extiende desde el sub- valle andino de Barquisimeto hasta bien entrado los llanos de la cuenca del Orinoco (Morey, 1975; Oliver en Redmond & Spencer 2014).

Esta organización territorial entre grupos arawaks y jirajaras, es una adhesión antiquísima y fue aprovechada por los conquistadores y misioneros para tratar de ingresar en los territorios de los llanos para obtener el control del Río Orinoco que estaba en manos de los Caribes (Federman en Aracaya, 1916, Rivero, 1883, Saignes, 1961, Cey, 1995)

Siendo la guerra frecuente y extensa en éste período tal como reportó Federmann, se comprende entonces la importancia de las aldeas fortificadas con tácticas defensivas que “incluyeron el establecimiento de casas incendiadas, saqueo y captura de esclavos” (Cey, 1995, Morey, en Redmond & Spencer, 2014) pues fue una vieja práctica sedimentada del pasado.

Las crónicas que destacan que los pobladores Giros o Giraharas, Jirajaras o Jirabaras como grupos de marcada cultura de la guerra (De Castellanos, 2015; Gumilla, 1999; Salas, 1956, Saignes, 1961, Tosta, 1989, Izard, 1989) nos

permite comprender que éstos jirajaras se sentían distintos étnicamente por la antigua adhesión a los Arawaks pero eran grupos que pertenecían a esa antigua adscripción híbrida de los llanos y que han sido reconocidos como propaladores de un vínculo asociado al poder y la violencia.

Los Caribes venían dominando la posición estratégica del territorio desde antes del año 1000 dC (Zucchi, 1975); por lo que las relaciones interétnicas con otros grupos los arawaks fueron inicialmente en forma pacífica (Zucchi, 1985) convirtiéndose violenta durante la fase de Gavan Tardío (850-1000 dC) impidiendo establecer jerarquías políticas estables en la región, lo que explica la disgregación estructural de los grupos en los llanos.

El avance de los conquistadores hacia los llanos debió ocurrir luego de establecerse pactos con los pueblos Caquetíos y Achaguas de Noroccidente dada sus antiguas vinculaciones con Jirajaras y Caquetíos de los llanos quienes van despejando el territorio para permitir el avance de las huestes de Varela, sucediendo el establecimiento de los colonos en forma progresiva desde el piedemonte entre 1577 y 1628.

Los grupo estrictamente Caribe en Barinas posiblemente estuvieron adheridos a los grupos cultivadores de Tabaco en el área de piedemonte lo que nos señala ciertas divisiones étnicas; por lo que grupos jirajaras y caribes de los llanos, étnicamente afines pero diferenciados entre si estuvieron en resistencia frente a los conquistadores y no fue sino hasta el establecimiento de las Misiones jesuíticas y el sostenimiento de un sistema bimodal de asentamiento en las Reducciones indígenas de Tame, como se logró la pacificación de los llanos desde dos flancos, el altiplano cundiboyacense y los Andes merideños, es decir, en forma planificada.

Cuando los “belicosos jirajaras” entregan el control del eje Apure-Orinoco es cuando ocurre la salida del tabaco por el Atlántico que había demorado muchísimos años en consolidarse quedando en resistencia los grupos Caribes del Oriente o Galibis vinculados quienes eran étnicamente distintos a los caribes de los llanos.

En tal sentido, algunos grupos étnicos del tramo medio de la Orinoquia junto a las antiguas naciones de la Región del Apure-Sarare y Meta hasta las selvas del Guaviare asociados a grandes extensiones como “El Airico” tuvieron prácticas defensivas dadas sus antiguas relaciones, encontrando en los Achaguas de la Selva Grande vínculos de poder producto de una forma de organización en cacicazgos desde el primer milenio en Barinas.

La población del Airico representada mayoritariamente por pueblos Achaguas junto a los Jirajara-Betoy quienes eran jirajaras distintos de la parcialidad Jirajara del Norte (Falcón-Lara-Yaracuy), nos permite inferir que hubo distinciones intraétnicas entre ellos; Jirajaras ayamanes y Gayones hablaban lenguas distintas a las Jirajaras-Betoy (Jhan, 1927 y Arcaya, 1916); diferenciándose de un mismo tronco y que por tanto parecían parcialidades varias adheridas a grupos de hablantes de otras lenguas; entre ellas lenguas del altiplano o en transición a la selva amazónica, tal vez por eso el betoy a veces se clasifique dentro del componente macrochibcha (Greenberg and Rulhen, 1987) o dentro de las macrotucanas (Etnologue, 2024)

De hecho, la franja norte de la orinoquia fue ocupada por lenguas de las que derivaron dialectos combinados de familias, la jirajara es una de ellas; claramente expresada en la aglomeración de sus dialectos: Ayamán y Gayón (Jhan, 1927) y con el Timote sucede algo similar; el estudio de Arrieta (1992) especifica muy bien esas particularidades. En el Orinoco medio la situación fue distinta numerosas parcialidades por lo que aprendiendo otros idiomas mantenían intensas relaciones de intercambio o como lenguas adoptadas tras alianzas matrimoniales más sus bordes étnicos se marcaron por la prevalencia de su lengua materna.

En los llanos, la coexistencia de numerosas familias agrupó numeros dialectos de distintas familias por lo que fue común el establecimiento de lenguas generales o vehiculares ante la variedad de grupos. Los ancestros de los Guahibos que se sentían identificados con tres grupos étnicos diferentes pudieran ser los mismos de las migraciones descritas para la región llanera en

los estudios sistemáticos durante el primer milenio solo que adheridos a los Achaguas (Arawaks) en los llanos; en vista de que tipifican a “Jipana” como Familia política. Queixalos, 1988, Castro Agudelo, 2000)

En la Región del Airico, ubicada al oeste del Orinoco Medio y que fue la extensión geográfica del antiguo centro de poder que se intentó centralizar en Barinas numerosos grupos étnicos se adhirieron a los Betoyes de Macaguane teniendo por dialectos: “Situfa, Arauca, Quilifay, Anabali, Lolaca y Atabaca” (Gumilla, 1999 Rivero, 1883 y Saignes, 1961); los que por proximidad geográfica o ante la variedad de grupos adscritos por alianzas también se consideraban orinoquenses.

.Del Rey Fajardo señalaba que para 1620, en el período que va de la conquista a la Colonia el Padre Pedro Mercado “recogió las primeras impresiones de los misioneros sobre lenguas del piedemonte y del Llano”, anunciando:

17 pueblos de lenguas diferentes habladas por unos 3300 individuos...En éste difuso panorama geolingüístico, encuentra fenómenos de bilingüismo y la existencia de lenguas generales que incitaron a los misioneros a “hacerse” dueños de lenguas para efectos de su predicación (Del Rey Fajardo en Marin Silva, 2020)

El mismo Padre Mercado en una obra titulada “Historia de la Provincia del Nuevo Reino y Quito de la Compañía de Jesús, escrita en 1673 reconoce la existencia de una lengua general Llanera diferente de la Mosca (Muisca):

El primer cuidado de todos fue hacerse dueños de la lengua porque aunque sabían bien la lengua mosca, que es como general en extendidísima parte de aquel territorio, en cada nación la hablan de distinta manera; y aun en esto, más que en otra cosa, se distinguen las Naciones, porque los que hablan una misma lengua, comercian entre si y se miran como distintos de los otros; y como aquel campo todo es libre, los limites más los tienen en la boca que en el terreno... (Del Rey Fajardo en Marin Silva, 2020)

Esta lengua general surgió durante el tiempo de los cacicazgos de

Barinas, tiempo en el una lengua por convenio antecedió al Arawak Caquetío y fue contemporánea con el protoachaguas la cual fue usada inicialmente para las relaciones comerciales y los ceremoniales. Dicha lengua franca se mantuvo hasta la conquista y colonia por lo que el Padre Mercado para 1628 corrobora los detalles acerca de lo rápido que los misioneros la aprendieron y de cómo los indígenas la empleaban. Cassani (1741) confirma estas apreciaciones de otro jesuita, el Padre italiano Domingo Molina, al describir experiencias vividas en Pauto (Casanare):

Aprendió la lengua cacatía, la más importante en los comienzos, y que en ella rezaba en la iglesia, bautizó ancianos giraras porque comprendían su lengua y agrega también que (En Pauto) había tunebos.

Dicha lengua fue una transición de Achaguas en Caquetío; y por evolución histórica fue una variante del igneri nombre dado en las Antillas al arawak continental por lo que el nombre que los misioneros le asignaron a esa lengua al momento de la conquista fue “Enagua” de acuerdo con Gillij (1965). A nuestro criterio el igneri en los llanos se conoció como “Canagua”, antigua vehicular o franca que siglos antes se había extendido por las tierras piemontanas de Táchira, Mérida y Barinas, antes de dispersarse entre los hablantes de “El Airico”.

Este Airico como espacio que recibió las múltiples presiones demográficas desde la Orinoquia y el Amazonas recibió influencias de otros grupos que habitaban en la región por lo que esta lengua franca se fue dispersando y expandiendo en dialectos con las migraciones; algunas hacia las Antillas y otras o trapecio porque allí residía parte de sus ancestros; las primeras migraciones de protoarawacas, entre ellas el kurripaco por lo que su influencia léxica previa al Achaguas ya había dejado un sustrato de origen vinculado a la historia oral maipure (Vidal, 1987 y González Náñez, 2009, 2015, 2019)

No será sino con las hibridaciones de los hablantes en los llanos del Orinoco como surgen las nuevas matrices entre ellos Arawaks y Caribes

superiores en número a hablantes de lenguas independientes entre ellas otomaco y alguna lengua influenciada por el chibcha que presumimos pudiera ser el Betoy. Siendo reconocidos y percibidos como grupos propaladores y guerreros emergió una nueva entidad étnica producto de sus incesantes migraciones por lo que empezaron a verlos extranjeros aglutinados bajo la identidad “Nahua”, venida del Norte y que es una clara distinción étnica entre las lenguas Pano.

Asociados por el nombre del Animal totémico de la familia (Pano: Armadillo gigante) y el sufijo plural “Bo”; se entiende que la lengua matriz se reconozca como “Panobo” de acuerdo con Donald Lathrap (En Morales Chocano, 2003) quien fue uno de los primeros teóricos más reconocidos sobre estas lenguas de la región del Amazonas peruano a las que los lingüistas en tiempo posterior agregaron el llamado “Esse Ejja”, propio de las llanuras inundables de Bolivia. (Beni, Llanos de Moxos o Mojos)

Tras las respectivas comparaciones léxicas, análisis e interpretaciones presentadas en el capítulo III de esta tesis acerca de cognados identificados como antropónimos indígenas venezolanos e identificados dentro de ésta familia, se consideran evidencias de esta temprana migración y sus aportes etnolingüísticos en estos contextos, los siguientes argumentos:

Pinedo del Aguila, V. (1950) presentó una clasificación de lenguas y dialectos de la Amazonía peruana, agrupadas por su ubicación geográfica en diversos tramos del Amazonas y sus afluentes, entre ellos: Cuenca del Gran Maraño, del Río Huallaga y otras. Al describir los grupos de la Gran Cuenca del Río Ucayali menciona: Campa o Nushinga, Piro, Amawaca, Remo y Sinchi, Cashinawa, Pano y Capanagua. De estos tres últimos expresa:

...Nombre dado por los indios Pano a las lenguas habladas por las pequeñas naciones semi-aculturadas y conocidas con los nombres de Cashinawas (Cashibos), Cottonawas, Barinawas que residen en la parte superior de los ríos Aguaytía y Zúngaro-Yaco. No se conoce el linaje de estas naciones. El grupo de la lengua cashiva ha sufrido profunda influencia del idioma Pano, de una raza de

carácter eminentemente conquistador según la historia.

Estas naciones semiaculturadas a las que se refiere el autor son heteroglotónimos dados a hablantes de parcialidades identificables en el contexto venezolano: Cashibo o también llamado “Cacataibo” (Loos & Loos, 2003) es el arcaico Guajibo; Otonawas se refiere a los Otonabes o Puinabes, quienes aparecen también entre los registros y crónicas como Guaipuinabes o parcialidades afines y los Barinawas eran los migrantes que tenían por lengua la vehicular Canagua; de ahí que en la denominación ucayalina el glosónimo dada la presencia fonética de radicales como Cana/Capa/ nominaron la lengua tal como se conoce “Capanahua” y su etnicidad vista como un linaje desconocido.

Acerca de la lengua Pano en concreto el mismo autor destacó “La históricamente famosa nación Pano que ocupa actualmente diversas zonas ribereñas de la parte central del Río Ucayali y que estuvo constituida por las naciones Shipibo, Shetebo y Cunibo (Conibo) poseedoras del idioma Pano. (Pag. 31). De estas lenguas resalta acerca de la lengua Capanahua:

Es hablada por los indios aborígenes del Río Tapiche, ya civilizados, que fueron bautizados con el nombre de Capanawa por el pueblo conquistador, los Pano. Es lengua independiente. (Pag. 31)

Seguramente parte de los ancestros Pano vivieron en el territorio de Venezuela mezclados con las primeras poblaciones amazónicas como los Arawaks y Tupi por lo que en el intenso espacio de relaciones de intercambio y las migraciones producto de los cambios climáticos después de la llamada óptima post glacial (Sanoja y Vargas, 1978) debieron ser constantes sus migraciones hacia hábitat de selva y sus transformaciones evidentes.

En especial sus actividades de subsistencia como pudo ser la cacería de armadillos gigantes en zonas pantanosas o de humedales. Su origen pudiera estar vinculado a la capa anterior a los pueblos arawaks; por lo que se ubicarían

contemporáneos a los Waraos y hablantes del prototupí o quizás de una mezcla entre estos grupos.

Para el momento de la conquista la adquisición de ciertos “bienes de consumo” expresaban actividades estrictamente económicas pero también de tipo parental y ritual muchos de éstos migrantes fueron vistos como nómadas de antiguas prácticas de apropiación necesarias para su subsistencia usando como ruta las corrientes amazónicas para llegar al Orinoco.

Los grupos sedentarios que en el piedemonte expresaron una “entidad” residual mágico religiosa bajo la entidad “Barinas”, permanecieron cohesionados por el cultivo, producción, intercambio y uso ceremonial del tabaco y fueron los que congregaron el mayor número de pueblos que trasegaban por lo que aquellos grupos que vivían estrictamente de la caza, pesca y la recolección giraron alrededor de pequeñas parcialidades con mínimas actividades agrícolas pues tenían la libertad de intercambiarlo también, dinamizando su comercio.

Estos cultivadores de Tabaco como los de “El Curay” (Hombre que cultiva en lengua Pemón) pertenecían a grupos adheridos a estas prácticas producto de antiguas adscripciones posiblemente después de la disolución de los cacicazgos; por lo que se trataba de hablantes de lenguas Caribe, los que hechos con el control del territorio requirieron de los productos de los grupos más estables entre los ríos de sabanas y el piedemonte.

Como tradición ritual, el uso del tabaco seguramente se propagó desde el Sur del continente lo que nos lleva a hipotetizar que esta transacción ocurrió de los maipures del Sur a los del norte que estaban habitando territorios de pueblos tupí en el alto Amazonas. La Voz Tabaco según Max Uhle (en Ortiz, 1940) procede de “Taboca”, palabra para “Cierta especie de carrizo o cañuela” similar a las flautas de pan. Taboca transformó a “Cohoba” entre los tainos para designar una planta y a los polvos extraídos de sus hojas. (Alvarado, 2008).

Elegimos la definición de Max Uhle, ratificada según Ernst (1893) como “Taboca” que en lengua guaraní es tubo hecho de un hueso de tapir usado para

absorber ciertos polvos. Las crónicas resaltan cómo los grupos nómadas podían garantizar la búsqueda de productos propios de cada zona ecológica por cuanto la existencia de éstas redes reconfiguró el papel de estas pequeñas parcialidades en el sostenimiento de las prácticas de reciprocidad, parentesco y alianzas entre las propias etnias que poblaron el territorio venezolano frente a otros grupos en el continente pues no eran sino la extensión de prácticas rituales y de subsistencia que se habían sostenido en el pasado con “reinos” más distantes.

Parte de la evidencia de estas relaciones a larga distancia son los pueblos que se fueron disgregando en el tramo medio del Orinoco, la mayoría identificados como pescadores localizados en las márgenes del Meta conocidos como “Yaruro”, pescadores y cazadores de tipo especializado, con ciertos hábitos sedentarios por su adhesión a los Otomacos pero también grandes artesanos y fabricantes de flechas que canjeaban con las tribus inmediatas por trueque con monedas de conchas de caracoles de agua dulce en el mercado de pescado del orinoco medio, en las playas de tortugas del río Guaviare o por el Curare del alto Orinoco.

En la sección del llamado “Bajo Apure” estuvieron los “Maibas” que junto a Guahibos y Achaguas y otros grupos afines estuvieron asentados en las riberas del Cañapurro (un río que recibe el Onocutare para desembocar en el Orinoco) y que trasegaban en verano y en invierno labraban quiripa; lo que permite inferir que se llamaron así porque era el heterónimo para quienes labraron estas lentejuelas de caracoles usadas como moneda para adquirir maíz, plátanos, yuca y otros géneros de frutas” (Rivero, 1883).

Los “Chiricoyas”, artesanos especializados y nómadas de largas travesías fueron descritos como vecinos, tanto de Achaguas como de Guahibos con quienes sostuvieron alianzas de tipo político y relaciones de intercambio hacia el Orinoco. Dichos Chiricoyas y Chiripas fueron grupos descendientes de migrantes del puno que bordearon las llanuras del altiplano boliviano y usando las corrientes amazónicas sostuvieron relaciones de muy larga distancia.

Reconocidos en la historiografía del sur del continente por su cerámica altamente labrada, la cual alcanzó su máximo apogeo durante el Imperio Wari (600 dC) (Davies, 1999) fueron grupos que vinculados a los maipures del Sur sostuvieron contactos con los del noroeste amazónico y el Orinoco. De acuerdo a Rivero (1883) y Saignes (1961) “su lengua la entendían los Achaguas y hace años que estos indios tenían amistad con Giraras y Airicos en cuya conformidad pasaban de un pueblo a otro sus cambalaches”.

Como antiguo territorio de poder y ahora hablantes disgregados de muchas lenguas antes reunidas en una vehicular; se puede explicar por qué tanto “El Airico” como “Barinas” albergaron grupos en forma pendular hasta bien entrada la conquista y es que cuando los cronistas destacan que estas naciones “trasegaban”, lo que realmente se debe reconsiderar es que se trataba de pueblos que dada su condición nómada y seminómada, transitaban entre sus centros de dispersión inicial y sus nuevas zonas de influencia.

En ciertos momentos o durante estaciones, sobre todo para los intercambios de productos y celebraciones rituales se mantuvieron las relaciones entre muchas parcialidades porque “El Airico” como amalgama de pueblos se erigió en el devenir como un área de frontera tras los procesos de independencia del siglo XIX.

La penetración al Airico por parte de los conquistadores se hizo en forma violenta (Rivero y Saignes, en Saignes, 1961) en vista de que gente de diferentes naciones indígenas en resistencia y como exiliados se congregaron en él; de ahí el nombre de “Selva Grande”, por lo impenetrable de su territorio; pudiendo tratarse de la última reminiscencia de las antiguas culturas amazónicas “al otro lado” de los andes, cuyos límites naturales fueron impuestos por la propia naturaleza y su geografía: La Cordillera y la Selva.

En consecuencia, las fronteras del Airico “una región limitada por los Ríos Guayabero y Guaviare (Sur), Uva o Vua (Noreste), los ríos Manacacías y Vichada (Norte) y las vertientes de la Cordillera Oriental de los andes colombianos” (Rivero 1883), resguardaron vías alternas de expansión de Sur al

Norte del Continente hasta el caribe a través del territorio de Venezuela.

Quienes transitaban “El Airico” conocían las comunicaciones fluviales y caminos de indios recurrentes desde los llanos y el piedemonte colombo-venezolano, porque allí se concentraron toda clase de naciones dispersas de ahí la linguodiversidad del Orinoco medio; un polo de atracción como antes sucedió en los Llanos de Barinas durante el primer milenio.

Significa que tanto los grupos de los llanos de Barinas como los del Airico o Selva Grande” en el Guaviare” y del “Airico de Macaguane” al norte intentaron mantener la existencia del territorio en el que se levantó la “Gran Nación Jirajara Betoy”, la que para el tiempo del contacto hispano era una reminiscencia totalmente reducida y oculta en una pequeña franja en los actuales territorios del Airico Norte y lo que quedaba de su población adherida a los Caquetíos de Noroccidente o “Confederación de Manaure”.

Los dos Airicos que aparecen registrados en los mapas del antiguo Reino de Granada (Rumsay, 2012 en línea) fueron clasificados dentro de un espacio territorial incommensurable: “Los llanos inmensos del Casanare”, lo que concuerda con las cartografías del Mapa geográfico de America meridional (Cano y Olmedilla en Saignes, 1956), resaltados luego por el Padre Gumilla (1999) como una región donde cohabitaban varias familias de lenguas y sus afines: Achaguas, Anabalis, Atabacas, Betoyes, Guaybas, Guayquiris, Jiraras, Mapoyes y Tunebos”; valga decir, Arawacos, Jirajaras, Guaiqueríes, Caribes, Chibchas.

Estas dos ultimas parcialidades amplían aún más la extensión territorial del “Airico” en sentido Este-Oeste; pues del orinoco medio los “Mapoyo” reconocidos en el tiempo como “Wanai” han sido clasificados junto a los Panare (Panari) dentro de las lenguas Caribe (Zucchi, 1985) cuyos mitos de origen refieren a los hombres que emergieron de rocas y grutas del Orinoco e incluye también a indígenas de las estribaciones de la cordillera oriental colombiana o “Sierra del Cocuy”, en los actuales asentamientos de los U`Was, llamados también “Tunebos”

Si Achaguas, Girahara y Betoy que tuvieron “costumbres idénticas y analogías en el lenguaje” (Saignes, 1961) ocuparon espacios territoriales comunes y albergaron un centro de poder pivotando entre los llanos altos de la Meseta del Caparo al oeste de Barinas este grupo estuvo representado por los “Canaguas” dada la presencia del antropónimo tanto en los llanos como en los pueblos del Sur de Mérida. De los procesos interétnicos con otros grupos emergió un centro importante entre el 300 y el 1000 dC (Redmond & Spencer, 2015) reunidos como Cacicazgo Mayor (Gavan) en riberas del Río Canaguá e incluyó grupos humanos en los llanos y en el piedemonte con esa antroponimia como los “Chacantaes” (Salas, 1956).

Ubicados entre llanos altos y el piedemonte sus dominios albergaron territorios que hoy ocupan los Municipios Zamora, Sucre y Pedraza y algunos pueblos del Sur de Mérida y Táchira teniendo por eje el Río Caparo al oeste y el Canaguá al Este; lo que nos permite afirmar que los habitantes del “Airico de Macaguane” eran descendientes directos de éstos, tras los procesos de dispersión geográfica en el tiempo histórico de los cacicazgos.

Los conflictos intra e interétnicos aceleraron su decadencia cultural muchos siglos antes de la conquista hispana acelerado por otro grupo vecino “Los Barinas” quienes se consideraban los primeros en el territorio y eran practicantes de rituales al Sol con plantas alucinógenas. Sus fronteras se habían extendido hacia las corrientes fluviales del Río Boconó en los límites entre Portuguesa desde finales del primer milenio aC hacia el 250 dC (Zucchi, 1975).

El cacicazgo de Canaguas (Gavan) pudo tratarse de jerarquías que venían consolidándose a principios del primer milenio entre los grupos del occidente alrededor de la depresión del lago de Maracaibo, reconocida como una intensa zona de interacción humana (Gordones y Meneses, 2005) En tal sentido, dentro de la tradición Tocuyanoide, (400 aC al 500 dC) y estilos Santa Ana, (200aC-300 dC), Betijoque (170-430 dC) Lagunillas y las Cuevas (Santo Domingo- Trujillo) cuya desaparición sucedió en los primeros siglos del primer

milenio pudieran tomarse antecedentes.

Entre las presunciones que nos animan a realizar esta afirmación es que el Jirajara Betoy como familia de lengua que aglutinó gran parte de hablantes unidos a lenguas arawaks no surgió en los llanos sino en un área cercana a la depresión del lago que consideramos pudo ser Betijoque (Beshijo), como lengua usada por una élite, por lo que su uso tuvo que ser restringido inicialmente.

De manera que el “Airico de Macaguane” aún para la conquista tuvo un carácter estratégico por estar ubicado en la confluencia del Sarare y Oribantes (Uribante) para el control sobre las cabeceras del Apure (Oribantes-uru) dando supremacía a los llanos de Barinas y Apure como un territorio expedito para navegar en sentido oeste-este hacia el Sur del continente y tras la llegada de los conquistadores, buscando la salida al Atlántico.

El ascenso hacia la cordillera de Mérida y la propagación por el Orinoco Medio sucedía en forma inversa; es decir, al remontar aguas arriba el altiplano cundiboyacense a través de las Selvas del Río Guaviare; lo que explica las movilizaciones de gente de la Sierra del Cocuy hacia la Sierra de Mérida; es decir buscando vías expeditas hacia el Caribe y hacia el Amazonas.

De la franja Norte “Macaguane” o “Airico de Macaguane” como reminiscencia de los cacicazgos del primer milenio en Barinas, en términos geográficos y políticos, no perdió importancia entre ciertas parcialidades pues allí se ubicó hasta bien entrada la colonia sobrevivientes de ese antiguo grupo élite. Tal confirmación se halla en la obra del Padre Rivero (en Saignes, 1954):

El famoso río Sarare... pierde el nombre de Chitagá y empieza a llamarse Apure, Cuiloto y Sarare, según los sitios por donde pasa. Por la otra banda que mira el norte baja el Uriban...Incorporándose los dos, forman un triángulo, dentro del cual se oculta la nación Betoye.

Su afán de permanecer incógnitos hasta bien entrada la conquista, ratifica su condición distintiva y principal de acuerdo con las crónicas pero al tratarse de tres grupos étnicos bien diferenciados: “Jirajaras y Airicos” (Rivero,

1883, Saignes, 1956) y Betoyes (Gumilla, 1999); los dominios territoriales de la gran nación Jirajara y Achaguas ostentó una clara distinción étnica que se consolidó de acuerdo a factores de jerarquía entre los descendientes de la antigua élite que se congregaban en una nueva capitanía.

Uniando dos regiones una, en la “Selva Grande” y otra cercana a las Nacientes del Apure (“Macaguane”), como reminiscencia de los antiguos cacicazgos de Barinas; los Betoyes de Macaguane, como minoría étnica totalmente diferenciada permaneció en ese eje norte mientras que los Achaguas controlaban las entradas y salidas de la Selva Grande o “Gran Airico”.

Como un territorio en resistencia frente a otros centros de poder amazónicos, primero Barinas y antes del Conquista y bien entrada la Colonia, El Airico y antes los llanos de Barinas y el Orinoco se comportaron como espacios “colectores” de gente de antiguos asentamientos en la región, explicando los movimientos migratorios de pueblos arawacos desde el noroeste amazónico hacia el trapezio y las antillas lo que corrobora las investigaciones recientes de antiguas ciudadelas; que cambian la concepción histórica de culturas inferiores en el área intermedia.

La navegación de las sabanas inundables, incluyendo los afluentes del Apure y por supuesto el propio Río Orinoco como principal referente de los estudios sistemáticos acerca del Sistema Interétnico Regional (SIRO) estaba consolidado para el tiempo de la conquista y colonia, tal como lo reseñan los Arqueólogos y que ya en obras como las “Jornadas náuticas del Apure” para el siglo XVI, evidenciaba el dominio fluvial del contexto.

Lo que una vez fue considerada “Gran Nación” se convirtió en el reducto histórico de ese primer emplazamiento que abarcó los llanos binacionales bajo la denominación “Airico”. Etimológicamente, las crónicas y registros documentales evocan que se trata de la “Montaña o Selva grande” en lengua Achaguas (Rivero y Saignes, 1961) más no es un cognado propio de estos pueblos de acuerdo a las comparaciones lingüísticas trabajadas en ésta tesis.

En otras culturas se hallan afinidades explícitas al término. Entre

lenguas de origen semítico de la rama afroasiática encontramos que el término se empleó para designar un dialecto, el “Bohairico” pariente del egipcio copto y contemporáneo al protoaraméo bíblico. “Airico” es también expresión usada para referir lo mixto o mezclado en las profundidades del terruño en el Euskera o Euskadi Herria (Vasco), única lengua aislada de Europa y por cierto una lengua cargada de erres como el Betoy, curiosamente.

Se abre la posibilidad a nuevas interpretaciones como la existencia de proto reinos interrumpidos por razones que aún se debaten pero que fueron espacios que auspiciaron “Formativos” en el continente mucho tiempo antes de la emergencia de las llamadas “Altas culturas” y que cuando llegaron los conquistadores en el siglo XV habían menguado su importancia estratégica, incluido este último reducto llamado “Airico”.

Cada vez más evidencias salen a la luz en el presente acerca de estos protoreinos en las selvas entramadas cercanas a las cabeceras del Río Amazonas, no en vano éste tramo fue llamado “Marañón” (Maranhao) por los Portugueses, durante el Imperio Inca.

La sola presencia de la Confederación Muisca, cuyo poder era reconocido entre los grupos vecinos es otra evidencia de la configuración compleja de estas antiguas naciones amazónicas y por supuesto orinoquenses como El Airico; especialmente porque los cronistas relatan que “Moxos o Mojos” eran capturados en los llanos como esclavos de los “Zipas” (Jipa) del altiplano colombiano para honrar sus sacrificios. (Saignes, 1961)

En tal sentido, hay que considerar que estos grupos ubicados al Este; es decir entre la selva y la sierra como entre las crónicas del Virreinato del Perú destacan que durante el imperio Inca y en plena conquista del Amazonas por las huestes de Pizarro hubo encono contra los Señores del Cuzco, cuyos alzamientos obligaban al Inca y sus ejércitos realizar incursiones al “Antisuyo” para neutralizar a los llamados “Chancas” quienes ocupaban uno de los cuatro ejes. (Davies, 1999)

Hasta la denominación histórica de estos espacios vistos desde otros

centros de poder indígena antes de la llegada de los conquistadores debe ser reconsiderada; por lo que abrimos a la posibilidad que ante la decadencia histórica de estos protoreinos y la ascensión de claros centros de poder para ese tiempo histórico como las llamadas “Altas Culturas”, pudimos ser tratados como pueblos en guerra de uno de sus antiguos dominios; en consecuencia “Antillas” no procedería de “Santillas” sino de “Antisuyu” (Antisullo).

Acerca del papel de estas agrupaciones en la consolidación de éstos protoreinos y sus relaciones destacan los aborígenes de la Cordillera de los Andes en contacto con los aborígenes de ésta área del piedemonte y los llanos altos y que aparecen en las cronologías comprobadas para los tiempos de los cacicazgos descritos por Redmond & Spencer (2014).

Para el 850 dC estaríamos frente grupos intermediarios entre cacicazgos; es decir, mano de obra especializada de los artesanos de talleres líticos de Mocoa (Wagner en Gordones y Meneses, 2005; Wagner en Gasson, 2008), diseñadores y creadores de productos suntuosos que no sólo atendían a las élites llaneras sino también pudieron garantizarlos a otros emplazamientos dentro y fuera de la cordillera pudiendo llegar hasta la Sierra de Santa Marta y el altiplano cundiboyacense en Colombia.

Si parte de las migraciones de ese tiempo fueron ocupando la cordillera, desde los llanos altos y el piedemonte de Barinas y Guanare, los ancestros hablantes de lengua Timote, clasificados en dos grupos como Timotes y Cuicas seguramente ascendieron de grupos étnicos orinoquenses, que vencidos tras los conflictos entre facciones o de grupos contra la elite; seguramente Arawak y Jirajara, tuvieron que huir. En este grupo se incluiría a los Otomacos y una parcialidad de los Guahibos; así lo expresan las evidencias etnolingüísticas: Grupos que ascendieron la cordillera Andina de Mérida como los Stimots (Arrieta, 1992) y los Cuibas (Parcialidad Guahiba).

Las placas aladas no son más que la representación de otra ideología religiosa asociada a clanes totémicos fusionados; es decir, metonimia del Arrendajo o Páucar (Ketsuli) de los Guahibos convertido en un animal de

hábitos nocturnos, el “Murciélago”; considerado típicamente “Arawak”, figura apéndice de las vasijas caquetías en el estilo Dabajuro (Falcón) y entre los motivos de la iconografía Wayuu, un pueblo de tradición lunar; que en el fondo representa el mito-dual del Día a la noche; de la claridad a la oscuridad.

“Los hombros de Wanadi”, El primer Hombre Caribe (Escoriaza, 1959, Caputo Jaffe, 2017) en lengua Maquiritare (Hoy YeKuana-Dekwana) se resemantizó entre los grupos llaneros posiblemente los Guahibo o Guajibos al disolverse viejas alianzas y surgir la guerra y la esclavitud, el rapto de mujeres y niños.

La radical Pano que designa “Clan del Murciélago” como parentela extendida o primos lejanos es Kashi, clan de los hablantes de la variante Pano “Kashinahua”

Los conflictos inter e intraétnicos aumentaron para este período dada la influencia de las prácticas religiosas y la concentración de la población alrededor de centros emergentes en varios puntos del continente. La autora Karen Olsen Bruhns (1994) sostiene en su obra *Ancient South America* que entre el 500 y el 900 ocurren los mayores movimientos religiosos y militares de los Andes centrales lo que significó no sólo aumento de población y presiones de grupos y luchas territoriales sino también la construcción de obras monumentales a lo largo de las faldas de la cordillera de los Andes, asociando a este período, diversos sitios arqueológicos:

Betania, Caño del Oso, Quindío, Armenia, Yotoco, Pupiales, Chartí, La Florida, Pichincha, Volcano, Quito, Salango, Cuenca, Chordelec, Sigsig, Pacatnamu, Cajamarca, Galindo, Viracochapampa, Pachacamac, Ayacucho, Huari, Pikillacta, Mound Velard, Mound Hermanck, Siquani, Mossamédes, Quispisisa, Niño Korin, Maymi, Ariquipa, Moqueguay Valley, Cerro Baúl, Tiahuanaco, Cochabamba, Calahoyo, San Pedro de Atacama, Aguada.

Entre el 500 al 900 dC, ya la ruta fluvial desde los llanos al Orinoco para remontar el amazonas era reconocida entre los indígenas del continente y sus pobladores considerados intermediarios de ciertos bienes; reducto de estas

prácticas las hallaron los Welser y también los conquistadores hispanos:

Los mucus y cuicas vendían el excedente a las tribus de los llanos de Zamora, con los cuales también sostenían activo comercio, pues las expediciones de Tolosa y Spira encontraron sal entre los indígenas de los llanos; quienes informaron a los españoles haberla obtenido por intercambio” (Salas, 1956, Pág. 131).

La sal extraída de la Laguna de Urao contiene un componente mineral que se denomina sesquicarbonato de Sodio, única en su composición geológica en Suramérica y por siglos se empleó en el procesamiento del Chimó o Tabaco en pasta. Aunque las cantidades encontradas por los Welser pudo ser de algunas decenas de kilos dispuestas en trozos de roca o montoncillos, de lo contrario no lo hubiesen registrado; consideramos que esta sal se almacenaba para diversos usos siendo el principal, el procesamiento del subproducto del tabaco entre las etnias llaneras.

Las sales de Urao seguramente habían disminuido su demanda para el periodo de conquista pero antiguamente desde la región amazónica debió ser muy solicitada al igual que los fragmentos de arenisca roja, un tipo de roca asociada a afloramientos sedimentarios de interés petrolero y que en Venezuela hay varios yacimientos: Valle de los Humocaros, Formación Isnotu, Formación La California-Río Paguey y en el Cerro Gobernador.

Los constructores de la primera ciudad planificada de América (Posnansky en Davies, 1999); valga decir Tiahuanaco (Tiwanacu-Pumapunku); cuyas ruinas de templos y plazas ceremoniales en la zona del Puno boliviano, adyacente al Lago Titicaca diseñaron planchas y piezas tipo bloque con rocas artificiales creadas hace 1400 años (625 dC aproximadamente).

El equipo del Institut Geopolymere (Geopolymer Institute), Saint-Quentin, Francia, y la Universidad Católica San Pablo, en Arequipa, Perú comprobaron que “la roca arenisca roja no proviene de la zona, porque contiene elementos como, el carbonato de sodio, que no se encuentran geológicamente en esa región” (Davidovits et al, 2018).

El análisis por microscopía electrónica arrojó que los antiguos Wari fabricaron un “geopolímero ferro-sialato” para crear cemento geológico natural obtenido por geosíntesis a partir de arcilla (la misma arcilla roja que usaron para la cerámica), que mezclados con sales de carbonato de sodio forman roca arenisca roja. Agrega además el estudio que:

Para la roca arenisca gris, inventaron un aglomerante órgano-mineral a base de ácidos orgánicos naturales extraídos de plantas locales y otros reactivos naturales...luego vertido en moldes y endurecido durante algunos meses para hacer las planchas pues conocían perfectamente su entorno y sabían como explotar los recursos que les ofrecía la naturaleza. (Davidovits et al, 2018)

A nuestro juicio éste aglomerante pudo ser chimó en pasta o una mezcla de brea o petróleo de fuentes naturales que en nuestro territorio ya conocían ciertos grupos indígenas antes de su dispersión más no era tratado con la visión aplicativa que tuvo en el siglo XX.

4.2.- IMPORTANCIA DE LA REGIÓN HISTÓRICA DE BARINAS (1400-1628).

Los grupos étnicos se pueden caracterizar atendiendo a la antroponimia indígena y sus espacios naturales; de allí que se consideren parcialidades étnicas a “Barinas”, “Canaguas”, “Suripaes” o “Torunos” (Tosta, 1986). Por su persistencia e identidad en la cartografía reciente; se entiende que en su mentalidad se consideraban herederos de la tradición de los primeros grupos humanos en el territorio. En los trabajos del Dr. Virgilio Tosta entre ellos “Historia de Barinas”, Tomo I (1577-1810):

Barinas era el nombre que ostentaba una de las numerosas tribus indígenas que moraban en las llanuras próximas a la Sierra Nevada, en la zona que ocupan hoy poblaciones como Barinitas, Quebrada Seca y Altamira...Junto a los Torunos, Canaguaes, Suripaes, indios Barinas vagaban por las regiones cercanas a las actuales Barinas y Pedraza”. (1986: Pág. 7).

Este nombre indígena, empleada para distinguir a la entidad llanera y su

ciudad capital en los fonemas “Barinas” y “Varynas”; de ser etnónimo éste grupo estaba ubicado al extremo noreste del estado, destacándose como cultivadores de tabaco en la Meseta de “El Curay” más no se asocia lingüísticamente al fonema “Barinas”. Identificable en el Taurepang o lengua Pemón de la Familia Caribe para referir al “Hombre que cultiva” seguramente al que “siembra tabaco” guarda correspondencia con lo establecido en las cronologías sobre una clara presencia étnica “Caribe” después del 1000 dC. (Zucchi, 1975)

Como identidades, los grupos pudieron resemantizar un símbolo de alguna entidad o práctica mágico religiosa que subsistía a través de algún elemento ceremonial que parecía haberse forjado tras relaciones de adscripción en un momento anterior a la conquista pero en realidad sobrevivió ante fuertes tensiones entre contingentes poblacionales, logrando establecer ciertas alianzas entre varios grupos étnicos alrededor de una cosmovisión.

Esta hipótesis acerca esta etnicidad dentro de los grupos tipificados “minoritarios” pero vinculados al territorio ancestral y la persistencia en sus autodenominaciones con voces arcaicas se conecta a un concepto sociopolítico trabajado por arqueólogos (Redmond & Spencer, 2014 y Gasson et al, 2006): La presencia de la élite y una marcada ideología religiosa, lo que permitió asociarse a un símbolo de origen por varios siglos a través de cacicazgos que mantuvieron su supremacía porque monopolizaron la circulación de los bienes, la producción y algunos excedentes alrededor de capitanías o caciques menores.

Dichas etnicidades surgieron de las relaciones entre pueblos nómadas y seminómadas con grupos minoritarios que intentaron durante siglos, una total sedentarización. Vinculados al poder religioso y al dominio del territorio transmitieron por generaciones y hasta siglos antes de la conquista hispana, un legado que vió menguada su presencia por la emergencia de nuevos centros de poder a los que estuvieron supeditados.

De acuerdo con Barth (1976) “ciertas relaciones sociales estables que se ubican por encima de los límites y se basan en estatus étnicos dicotómicos

muestran grupos discretos de individuos y unidades étnicas dentro cada grupo o cultura”, tal como ocurrió con las dispersiones señaladas por Tosta (1989) acerca de “Canaguas y Barinas”

Aunque con culturas del pasado es difícil entender el presente, se reconoce en los aspectos descritos una evidente diferenciación como unidades étnicas a los Barinas y a los Canaguas desde el punto de vista Interétnico. En tal sentido, los datos arqueológicos parecen indicar que la Capitanía mayor estuvo a cargo de los grupos “Canaguas” mientras que “Los Barinas”, sostenían su liderazgo sobre una ideología mágico-religiosa, fuente inagotable de conflictos entre facciones de poder pero persistente en la conservación de la identidad.

Sus asentamientos territoriales en las riberas de las innumerables corrientes fluviales cercanas a zonas de petroglifos y con evidencias de tecnología hidráulica, remiten las características de sus sistemas socioculturales claramente diferenciados del resto de parcialidades que en su configuración, diversificación, expansión y decadencia así como en sus trayectorias de cambio, quedó expresamente manifiesta.

Dado que estos argumentos obedecen a un tiempo tentativo, debe tratarse explicativamente de milenarias capas migratorias cuya existencia fue rebasada por los grupos que de ella misma emergieron resultando nuevas identidades, parcialidades y grupos pero a partir de un símbolo común que fue tomando mayor fuerza en el tiempo. Apoyamos nuestros argumentos en la clásica tesis de Barth, acerca de los grupos étnicos y sus fronteras, al expresar:

Los grupos étnicos no están basados simple o necesariamente en la ocupación de territorios exclusivos; son diferentes los medios por los cuales logran conservarse, pues no es sólo mediante un reclutamiento definitivo, sino en virtud de una expresión y una ratificación continuas. Al existir interacción entre grupos se manifiesta la identidad. (Barth, 1976)

Específicamente la filiación lingüística de “Los Barinas” tiene una

aproximación más coherente fuera de la clasificación genérica de “jirajara” pues no aparece como lexema o morfema característico de ésta lengua; De atender a la apreciación de Salas (1956) sobre la voz “Guari” que tipifica como quechua pero común en la toponimia venezolana para designar colonia agrícola entre los caquetíos, es un argumento más lógico.

Indagando en una etimología de la familia Tupí a través de la Voz “Guarini” proveniente del Sur de América se halló un lexema afin, “Guarini” para nominar “Guerrero”, “El que pelea o hace la guerra” (Rossi, 2010) De obedecer a una heteronimia de grupos vecinos nos lleva a interpretar que al oeste de su territorio, los llamados “Canaguas” pudieron haberla empleada para designarlos. No obstante, en “Barini” que significa “Soleados” en lengua pano (Loos y Loos, 2003), encontramos un autoglotónimo reconocido entre algunas etnias orinoquenses quienes se consideraban a si mismos “Hijos del Sol” (Gillij, 1965; Gumilla, 1999).

Así entre los “Canaguas” y “Barinas” las antiguas relaciones conflictivas que culminaron en la disolución de los cacicazgos fueron inicialmente vinculaciones fluidas que se vuelven conflictivas tras intensos periodos de tensiones intra e interétnicas por el dominio de las zonas ecológicas productivas ante las presiones poblacionales en un espacio de transito reconocido como un lugar ceremonial; de ahí que una marcada ideología religiosa haya desatado la guerra en los llanos del Orinoco.

Los grupos étnicos del territorio llanero después del 500 dC quienes eran descendientes de pueblos andinos y amazónicos (Zucchi, 1975) establecidos entre las zonas piemontanas de Barinas y Portuguesa las faldas montañosas de Táchira y hacia los llanos altos de Apure se vieron afectados por los nuevos grupos que al incorporarse en forma gradual y pacífica entre ellos (Zucchi, 1985), avivaron las fricciones y diferencias frente a esta manera de dirigirlos u organizarlos en el tiempo.

Tras largos periodos de control de productos de intercambio, rituales sacrificiales para legimitar su cosmovisión y la esclavitud frente a rezagos de

grupos como los hablantes de lenguas independientes y aisladas, vistos como étnicamente diferentes, el rapto de mujeres y niños para las labores agrícolas; una parte de la población ve la necesidad de rebelarse contra éstas prácticas y expulsan a la élite de sus dominios incendiando el centro Mayor (gaván) con la conflagración del Centro Secundario (Cedral).

La mentalidad residencial o reducto entre capas de población acerca de éste hecho prevaleció entre ciertos miembros de los grupos a pesar de las guerras, persecuciones y hasta de los posibles desastres por lo que entre éstos “Canaguas y Barinas” se rescató un imaginario producto de la pervivencia de dos grupos étnicos diferenciados en el tiempo dentro de un espacio geográfico restringido que era una zona de migración.

Parte de la explicación es que Tanto Pedraza como Barinas sufrieron traslados durante la conquista y los pueblos de misión se asentaron en ese eje durante la colonia por lo que habría que reconsiderar un área especial entre Pedraza “La Vieja” sitio cercano a la actual Santa Bárbara para Los Canaguas; y un área de transición hacia la Mesa de Moromoy para Los Barinas; los cuales fueron sus lugares de asentamiento para el hito 1400-1628. Datos como los del Diccionario geográfico-histórico de las Indias occidentales o América escrito entre 1786-1789 por Antonio de Alcedo, nos lo confirma:

Barinas, era una ciudad del Gobierno de Maracaibo a la orilla del río Santo Domingo...Iglesia Parroquial buena, pero la Ciudad reducida como su vecindario, que se compone de 300 vecinos, que han intentado mudar la población á bastante distancia de esta y lo tienen empezado. En su jurisdicción, y la de la Villa de Pedraza, hay 8 Pueblos de Misiones ó reducción de Indios, que están al cuidado de los Religiosos Capuchinos”.

En el Mapa de America Meridional (Cano y Olmedilla en Rumsay en línea; Saignes, 1961) tales aseveraciones consiguen asidero: El sitio de “Varynas nuoba” que se usó para distinguirla de su antiguo asentamiento, ubicado en la Mesa de Moromoy, llamada “Varynas Vieja” (Refiriéndose a Barinitas) y la Pedraza que mencionan estaba cercana a la Mesa de Caparo.

Su importancia en la historia primigenia de la región permite aproximarnos a sus posibles filiaciones étnicas; por lo que “Los Barinas” fueron pueblos de lengua independiente (Otomaco) los que junto a migraciones conjuntas de grupos Tupi y Arawak, sentaron los procesos de sedentarización a principios del primer milenio antes de Cristo de acuerdo a estudios sistemáticos (Cruxent & Rouse y Zucchi, en Zucchi, 1975).

“Los Canaguas”, fueron pueblos arawaks con influencias de lenguas chibchenses que impactaron en la región de Trujillo cercana a la depresión del Lago de Maracaibo, reconocida bajo la distinción étnica Jirajara -Betoy. en un tiempo que los arqueólogos datan desde el 230- hasta el 1200 dC (Zucchi, 1975).

A pesar de la imposición de los soldados y misioneros castellanos para denominar estas comarcas con nombres cristianos, como si sucedió con el río; la persistencia toponímica de origen indígena se mantuvo entre algunos lugares establecidos por los conquistadores y misioneros, lo que nos lleva a compartir que:

La cultura como suma de elementos simbólicos y materiales que pueden perpetuarse en el tiempo a pesar de sus transformaciones; permeable e impregnada de dinamismo dialéctico; cambiante y conservadora, ajusta su configuración inicial a algo totalmente nuevo, dejando vestigios en el proceso. (Navarrete, 2004)

Documentos como el acta fundacional de la antigua ciudad de Barinas fechada para 1577 así como los registros del primer traslado en 1628, permitieron entender que parte de las regresiones temporo- espaciales y líneas de tiempo condensan un tipo de mentalidad que se contrapuso a una realidad material descrita en las crónicas es decir, mostrando signos modificadores mediante cambios sucesivos que la van transformando.

Bien sea como autoglotónimo o heteroglotónimo los datos lingüísticos muestran clara diferenciación de dos grupos, cuyas lenguas o familias de

lenguas a las que pertenecían fueron factor clave de persistencia ante la indiferencia con que se apuntan en los registros históricos como sucede con las voces “Uarynas”, “Goarinas”, “Warynas”, “Varynas”, “Barinas” que se cree obedecen al tiempo del contacto europeo pero en realidad sucedieron muchos siglos antes:

Las fronteras identitarias; es decir, territorios concomitantes como expresión de un modo de vida o correlato cultural nunca son la expresión simple de una cultura preexistente supuestamente heredada en forma intacta de los ancestros. La capacidad de mantener las fronteras se forja en los límites y bordes sociales en interacción con otros grupos y ofrece un tipo de identidad y a múltiples formas de identidad a pesar del tránsito de personas entre ellos pues las distinciones no carecen de movilidad o contacto, ocurren por exclusión, aceptación o incorporación. (Barth, 1976)

Al existir un grupo homónimo en forma semipermanente en el piedemonte y los llanos y una corriente que les proveía el precioso líquido y donde abundaba para cierta época del año, la floración de un arbusto o planta que tenía un carácter especial o sagrado para ellos (Salazar Quijada, 1994) denota que esta planta fue el tabaco, símbolo de identidad mágico-religiosa cuya presencia jugó un rol atractor.

Cuando las unidades étnicas conservan sus límites también especifican la naturaleza y continuidad de estas unidades y por tanto será la persistencia de las diferencias culturales y su continuidad las que configuran parte del contenido cultural que en un momento dado es asociado con una comunidad humana y no sus límites... (Barth, 1976)

La presencia del tabaco, habría que ubicarlo en la transición de los grupos sedentarios descritos en la etapa intermedia (Zucchi; 1975) es decir, en lugares asociados a la élite en cuya integración como producto de intercambio y para uso ritual marcó sus procesos interétnicos posteriores. De acuerdo con las indagaciones entre lenguas consideradas y no consideradas para Venezuela, la tesis de capas humanas que migraron antes de los fuertes conflictos es la que tiene mayor consistencia.

A pesar de que “los misioneros apelaron a recursos propios de los rituales aborígenes durante el adoctrinamiento bajo la religión católica” (Colina, 2015) éstos lugares sostuvieron intensas dinámicas mágico-religiosas en tiempos de celebraciones rituales y en la reconfiguración de todo un imaginario que se conservó en la toponimia. Diversos sitios del piedemonte en transición a los llanos altos entre ellos “Curbati”, “Batatuy”, “Miri”, asentamientos de petroglifos y sitios de alto interés arqueológico del estado Barinas son topónimos indígenas que se hallan en lenguas arcaicas.

“Batatuy”, tuvo que ser una antigua ruta migratoria de estas parcialidades hacia la Sierra y de los montañeses hacia los llanos; de hecho el “Armadillo” o Tatuy en Tupí antiguo unido al prefijo “Bo” visto como lugar o sitio (Kanobo en warao o “Bo” en Guahibo) deriva en “Wotatuy-Butatuy”, “Casa del Armadillo” relativo al tótem que identifica a la familia Pano (Lathrap en Morales Chocano, 2000)

Como comida habitual de su dieta o como animal Tabú, debió ser un producto demandado en un espacio contiguo; pues muy probablemente los ancestros de éstos migrantes que se asentaron en el trapecio amazónico debieron alimentarse de los especímenes que evolucionaron de la megafauna del paleoindio, capturado en zonas pantanosas de acuerdo con las investigaciones paleontológicas más recientes en todo el continente.

Dentro de la lengua Omagua, bajo la denominación “Curupa” (Le Condamine en Gillij, 1965) se halla signifiante para “Tabaco” por lo que la nomenclatura original pudo ser “Curupari-Curubari” para designar al sitio que hoy es “Curbati”, refiriéndose a antiguos sembradíos y cosechas pero sobre todo intercambio de Tabaco.

Los petroglifos de Madre Monte de Curbati asociados a “los cacicazgos” (Novoa y Montiel Acosta, 2005) pudiesen simbolizar acuerdos y alianzas tempranas entre grupos, requiriendo rituales con plantas alucinógenas. Si el Tabaco es planta originaria del Sur de América su entrega para el desarrollo de la cosmovisión en nuevos entornos geográficos distintos a los de la Amazonía,

es decir, tierras tropicales, exigió de un rito de pasaje (Van Geenep, 1908; Turner, 1980) para refundar su centro (Eliade, 1958); mucho más dentro de una mentalidad mágico – religiosa tan enarbolada como la de los antiguos Barinas.

“Miri” en lengua Omagua refiere a pequeño canasto (O`Hagan & Zackarys, 2011) donde se comerciaba el tabaco en rollo o “Gi” nombre Otomaco para ello (Gillij, 1965); es decir, que en la zona hubo familias y clanes dedicados al intercambio de esta especialidad en forma minoritaria; es decir, en pequeñas cantidades o al detal.

El papel que cumplieron las mujeres en su producción debió ser fundamental por lo que es posible traducir que en la cosmovisión o ideología religiosa, las luchas por el equilibrio comunitario y las aspiraciones por obtener jerarquía político-religiosa desencadenaron resistencias entre ellos en vista de que por extensión los niños junto a las mujeres fueron la mano de obra para los diferentes oficios y tareas artesanales; lo que requería de su preparación para la sociedad, especialmente las niñas quienes debían ser preparadas en múltiples oficios para los hombres, especialmente la élite.

Las relaciones interétnicas, como relaciones de carácter histórico requieren una estructura de interacción preexistente pues existen normas para regularlas como situaciones de contacto, articulación de antiguos dominios y un conjunto de sanciones que prohíban la interacción o las propias normas de interacción, aislando posibles segmentos de confrontaciones o modificaciones tajantes entre los grupos.

Se sabe por las ordenanzas que a partir de 1625, los lugares deshabitados fueron repoblados y esto se registró tras el “aumento de la afluencia de personas desde las montañas hacia los llanos, los cuales si estaban densamente poblados especialmente las riberas del Apure lo que obligaba a buscar sitios expeditos al Orinoco; de ahí que

Pacheco Maldonado nacido en Trujillo, auspició la fundación del nuevo asentamiento el cual fue registrado en algunos documentos oficiales como “Nueva Trujillo de Barinas”; donde hubo incipiente ganadería de hato y cultivo de

tabaco en “El Curay”, dando fama mundial a la región, siendo llamada por sus moradores con el nombre “Barinas”.

Estas mesetas de menor altitud en las faldas de los andes, son un piso térmico ideal para el cultivo del tabaco, el cacao y diversos géneros comestibles por lo que el acceso a estas tierras les permitía controlar y aprovechar rutas expeditas para sus intercambios con otros grupos sedentarios como los Cuicas y otros grupos de la Cordillera. De hecho paralela a ella fue el asiento de los cultivadores de Tabaco en el sitio “El Curay” (Actual colonia de La Barinesa).

En dialecto Pemón “*Kuray mörö e:pümunto punin*” alude al “Hombre que sabe sembrar” lo que nos reafirma que Moromoy es un vocablo “Caribe”; es decir, fue reciente en el tiempo mental usado por los pueblos que transitaban hacia la zona piemontana para hacer trueque de tabaco por pescado, frutos silvestres y animales de cacería.

No obstante, “Barinitas” como toponimia afín al vocablo “Barinas”, parece estar unida a la ideología mágico-religiosa de los grupos primigenios pues a la meseta también se le llamó igual. A nuestro juicio el vocablo más pertinente para entender la etimología es “Baritian”, significante para “Verano” en lengua Capanahua (Loos y Loos, 2003) asociada a la siembra de su planta ritual donde la condición térmica frente a otros lugares de intercambio se vio favorecida como “zona de clima cálido” de configuración multiestrata ideal para sembrar otros rubros que no soportaban las heladas pero se veían favorecidas por las lluvias constantes.

“Barinitas” al parecer es un topónimo de uso reciente pues se ha planteado entre cronistas e historiadores que se trata de un diminutivo de “Barinas” o Pequeña Barinas y en la historiografía regional se distingue del sitio primigenio como “Mesa de Moromoy” a la que llegaron los conquistadores en 1628. (Tosta, 1986). Este vocablo pudiera asociarse al vocablo “Okoy Moy” que es Lluvia en lengua Timote y también en el Isconahua (Pano).

Cuando emergió esta identidad residencial durante la colonia no obedeció a una imposición del contacto europeo como tampoco ocurrió en 1577 con la fundación de Altamira de Cáceres; ya era un topónimo o etnónimo empleado. Fueron los propios vecinos quienes deciden llamar Barinas a estos espacios lo que se confirma en el traslado definitivo en 1756 a “San Antonio de los Cerritos”, Viceparroquia del antiguo Zanjón de Obispos (Tosta, 1986, Ob cit);actual Ciudad de Barinas.

Durante los primeros años de la colonia a partir de una plataforma previa de actividades de subsistencia en la región entre ellas la pesca y los productos agrícolas de las tierras bajas en transición a la sierra, impulsaron a los conquistadores a poblar ésta región más el tabaco fue el factor que dinamizó las transformaciones.

Esta cita que hace referencia al emplazamiento de Barinitas hacia la actual Barinas, confirma que las relaciones con la Provincia de Maracaibo no sólo fue el producto de las diligencias de los conquistadores para el dominio de los llanos; (Castillo Lara, 1981, Tosta, 1986, García Müller, 1990) sino que se trataba de una antigua ruta de intercambio entre los pueblos indígenas que transportaban el tabaco hacia las costas del antiguo Lago desde tiempos inmemoriales; de acuerdo con los registros para 1627 (R.C, Secc. Terc., I, Fol..59 en G.Z: LPBAGN, p. 82:

El tabaco, principal rubro de exportación de Barinas confrontó en éstos primeros siglos problemas para su salida al exterior como se desprende de una representación de la ciudad de Barinas a la Audiencia de Santa Fe pidiendo que el tabaco producido en su territorio se exportase por los puertos acostumbrados de Tocomoro y Moporo y no por el para entonces nuevo de San Antonio de Gibraltar, todos ubicados en el Lago de Maracaibo. (en García Müller, 1996)

Debe destacarse que el proceso evangelizador misional representado por las labores y oficios religiosos a la par con la imposición encomendera en torno a las reducciones de indios, vio en éste rubro cultivado en tierras piemontanas

un factor de temprano dinamismo productivo en la región. De allí que las diversas órdenes que evangelizaron parte de los estados Mérida, Táchira, Barinas y Zulia tuvieran gran influencia en los primeros años de la conquista.

Esta dinámica misional que partió de las formas organizativas indígenas propició la migración desde las montañas al llano y la fundación de diversos asentamientos como Altamira, auspiciada desde la Gobernación de la Provincia del Espíritu Santo de la Grita entre 1575 y 1576 por Francisco de Cáceres quien tuvo siempre la idea de establecer un pueblo, en los predios de la cordillera hacia el llano para apaciguar las belicosas tribus de jirajaras que poblaban las llanuras al margen de la cordillera. (Castillo Lara, 1981)

Los Capuchinos o Frailes franciscanos, que fueron la primera orden que hizo presencia en el territorio barinés al acompañar a Varela en el acto fundacional del 30 de junio de 1577 transitaron el antiguo camino de los Callejones, descrito por El geógrafo Leonel Vivas (1991) mediante el ritual fundacional en su libro "Por los callejones del Viento", tras un penoso viaje por el peligroso sendero:

El Reverendo Bartolomé Fernández ofició los actos religiosos pasado el mediodía...Montó improvisado altar y despolvó el viejo y usado cáliz que un hermano franciscano le confió en préstamo en la Ciudad de los Caballeros...Recordó los momentos escabrosos y tristes que enfrentó la expedición, al igual que la tenacidad y el valor de oficiales y soldados, para concluir que la feliz culminación de la misión no había sido otra cosa sino el producto de la sabiduría del Capitán Varela y, fundamentalmente, de su fe cristiana, así como la de todos los participantes...Confió el porvenir de la ciudad recién fundada, la salud de todos y la prosecución de la conquista, a la santísima, bienaventurada y milagrosa patrona que en adelante lo sería de estas tierras: Nuestra Señora del Pilar. Pp. 123-124

El Gobernador de Cáceres como afecto a las prédicas de la orden del Santo de Asís, (Por tradición familiar, pues no es casual su apelativo) ya había auspiciado en la Grita, Capital de la Provincia, un convento a cargo de un grupo de estos frailes que el mismo trajo de España designando entre ellos, la

comitiva que acompañaría a Varela en su travesía desde Mérida hasta el lugar que seleccionaron.

El tabaco atrajo a la orden de los agustinos. Tosta (1986) señala que para el año de 1631, el padre Miguel de la Peña Rector Provincial de Los Ermitaños de San Agustín de la Provincia de Gracia en el Nuevo Reino de Granada, firmó en Cartagena, la licencia para que Fray Antonio Celi, Prior del Convento de la Popa y Visitador del Distrito de Mérida, se trasladase a Barinas...

...para tratar con sus devotas personas todo lo relativo al proyecto del convento y de la misma forma los vecinos pidieron a la corona el permiso para establecerlo, agregando contar para la ejecución “con 10.000 libras de tabaco, 2000 pesos en reales y una casa adecuada para el establecimiento religioso y asegurando al Rey que el convento podía sostenerse por ser aquella tierra “abundante de mantenimiento”, y por estar sus habitantes resueltos a donar los ornamentos y demás cosas necesarias para la realización del culto divino”. (1986, Pp. 114).

Estas formas de interrelación propias del período de conquista arrojan noticias de las relaciones entre los grupos prehispánicos del piedemonte los que a pesar de no estar densamente poblados para 1577, aluden una dinámica migratoria más activa durante los primeros años de la colonización, desde esa zona hacia los llanos; teniendo los cultivadores de Tabaco una gran influencia en la consolidación de éste ecosistema cultural.

Por lo tanto, esta planta y su procesamiento artesanal, visto como agente dinamizador de las relaciones estrictamente de intercambio entre los grupos indígenas siglos antes de la conquista, permitió diferenciar la región de Barinas de otros espacios del territorio nacional, catalogándola como una especie de “Provincia” prehispánica que se consolidó con la formación colonial, tal como la caracterizó García Müller (1990) en su obra:

...Tuvo especificidad en un espacio social concreto; presentó una interacción entre factores geográficos, económicos, políticos y sociológicos; mantuvo una correlación entre lo espacial con los diversos procesos históricos, presentó diversos ritmos; no fue homogénea sino sumamente

heerogénea; fue un producto que tuvo estrechas relaciones con las regiones de occidente, Guayana y Caracas a través del tiempo. (P. 137).

www.bdigital.ula.ve

CONCLUSIONES

Barinas fue ancestralmente territorio de paso, de asiento y ruta de migración de innumerables grupos prehispánicos en diferentes momentos históricos. Dentro de un estricto marcador temporal entre 1400-1628 manifestaron “los límites y bordes” que “transversalizaron un tipo específico de identidad y por tanto una expresión particular de etnicidad”.

Al establecer que una frontera cultural se compone de bordes y de límites antropológicamente susceptibles de analizar (Barth, 1976) la categoría emergente “Territorios liminares” (Colina, 2021) delineó el establecimiento de grupos discretos en la cartografía que le daban reconocimiento espacial y simbólico dentro de la organización de los procesos étnicos

Las “relaciones interétnicas” más que una concreción cultural expresan relaciones entre grupos (Navarrete, 2004), donde los sistemas de producción agroecológica y la aparición de nuevas formas de conflicto y violencia así como sus prácticas culturales y cotidianas mostraron la variabilidad de la cultura en el tiempo. Manifestada en la linguodiversidad como marca de la coexistencia de múltiples grupos con vínculos y mecanismos de articulación e interacción demarcados por sus procesos históricos en la larga duración.

En términos ecológicos estos grupos que asentaron en el piedemonte andino (entre los 500 y 800 msnm aproximadamente) consolidaron un ecosistema cultural en una delgada franja en la aprovecharon el bosque húmedo tropical y la selva pluvial para abastecerse de las nacientes de agua, de la flora y la fauna e ir desarrollando cultivos en tierras ricas en humus óptimas que hicieron posible el sustento agrícola.

Mientras que en las sabanas tropicales o llanos altos (ubicados por encima de la cota de 100 msnm), los cuales poseen pequeñas elevaciones de bancos con vegetación de tipo herbácea; se desarrollaron diversas actividades que soportaban la vida nómada, seminomada y sedentaria.

Gracias a los caudalosos ríos y los bosques de galería, donde la cacería y la pesca en un gran humedal de provisión hicieron de la Orinoquia

(Gasson, 2008) un lugar ideal para el desarrollo de la navegación y la construcción de espacios culturales caracterizados por su tecnología hidráulica.

Durante el contacto europeo las fechas de los grandes cambios estructurales en la región 1577 y 1621 como producto de la llegada de los conquistadores hispanos y el desarrollo de las instituciones coloniales; encontrando que la vida de los pueblos indígenas en ese momento manifestaba una realidad material que no se compaginaba con su mentalidad.

Ideológicamente grupos como “Los Barinas” y “Canaguas” habían desarrollado variabilidades en torno a la persistencia toponímica porque se consideraban “herederos” de una tradición cultural que claramente no se expresaba en la realidad material.

La heterogeneidad de los grupos en un contexto geográfico estrecho configuraron relaciones de intercambio con grupos de las zonas de influencia así como sus adhesiones intraétnicas estaban demarcadas por relaciones simbióticas. (Morey & Morey, 1975)

Atendiendo a los objetivos planteados en la tesis, se procede a la **descripción de los grupos étnicos para el período 1400-1628** en los llanos Altos y el Piedemonte de Barinas donde compartían matrices culturales similares, es decir, perteneciendo principalmente al horizonte civilizatorio orinoco-amazónico y andino resultando una nueva etnicidad (Zucchi, 1975).

De la amalgama cultural entre pueblos de lenguas independientes y aisladas como los otomacos, guahibos y jirajaras que sobrevivieron a una capa arawak (1000 aC) y después a la invasión Caribe, (500 dC-1400 dC) resultaron procesos de etnicidad particular según el tiempo de permanencia en éste espacio y a sus incesantes migraciones.

De los nombres de los sitios o lugares de grupos prevalecieron topónimos de los múltiples grupos independientes los cuales ya se habían establecido desde principios del primer milenio antes de Cristo (930 aC), los que fueron recreados culturalmente por los Arawaks (Vidal, 1986, González Nández, 2004 y Zuchhi, 2017) y luego por los Caribes.

Durante el tiempo de los cacicazgos de Gaván y Cedral (350-1350 dC) se mantuvieron ciertas líneas de relación política, económica pero fundamentalmente la variable religiosa se evidenció entre grupos con procesos de relación en forma conflictiva, ambivalente e inestable.

En el proceso de diseminación de grupos lingüísticos arawacos que se desplazaron hacia el norte de Venezuela y las Antillas se mezclaron con otros grupos de lenguas aisladas e independientes y progresivamente fueron demarcando rutas migratorias entre los llanos del Orinoco y las zonas piemontanas.

En este horizonte varias familias independientes convivieron con los arawaks y posibles grupos Tupi, dando origen a los primeros grupos sedentarios en los llanos de Barinas adquiriendo conocimiento geográfico sobre extensas regiones de Suramérica adquirido a lo largo de los siglos sustentados en antiguas redes de intercambio, y/o rutas migratorias". (Vidal, S. 1987)

De manera que las relaciones interétnicas entre 1400-1628 se explican a partir de la condición fluctuante, pendular y liminar de las sociedades establecidas en el territorio de Barinas, como parte de las categorías emergentes y las nuevas explicaciones acerca del surgimiento, duración y decadencia de los cacicazgos cíclicos (Redmond & Spencer, 1992, Gasson en Vargas, 2015)

Estas sociedades complejas de los llanos en contraste con la permanencia de diversidad de grupos étnicos con prácticas socioculturales muy distintas en el pasado demarcaron ciertos límites que se mostraron en el seno de los propios grupos étnicos del período 1400-1628.

Los conflictos por presiones territoriales y factores ideológicos entre dos centros de poder tan cercanos mostraron su contenido en dos (2) parcialidades minoritarias y aparentemente aisladas en el hito específico de la investigación, por lo que "Barinas y Canaguas" cumplieron un rol activo en la consolidación cultural de los procesos mentales de larga duración (Bloch y

Febvre, 1929, Braudel en Santana 2004)

Acerca de posible cataclismos que agudizaron la decadencia de éstos cacicazgos (Gasson en Vargas, 2015) como grandes inundaciones, deslaves o sismos como fenómenos naturales no están referenciados ni por la paleoecología ni por estudios geológicos para Venezuela como si lo están registrados en otros contextos; esto representa una oportunidad para profundizar en nuevos estudios interdisciplinarios en el futuro.

Se requiere ampliar los horizontes investigativos sin perder de vista el factor migración pues entre los pueblos de los Andes centrales del Perú quienes al parecer expresaron en sus obras monumentales, su cerámica y tecnología la introducción de nuevos contingentes humanos tras eventos naturales que se ubicaron para el 200 dC y otros en el 600 d.C (Davies, 1999)

Como remembranza de un antiguo centro de poder legado de los cacicazgo se halló en la zonas de influencia un espacio histórico con características especiales en su configuración étnica “El Airico” (Rivero, 1883 y Saignes, 1961), lo que como espacio extensivo de un período histórico posterior a los cacicazgos de los llanos y el piedemonte barinés no debía ser visto como espacio contiguo históricamente a la Orinoquia, sino inmersos en ella.

En tal sentido, el clásico problema de la linguodiversidad en el Orinoco medio volvió emerger y se interpretó en forma inversa, al plantear la hipótesis de que “los grupos de Barinas formaron parte de esa región, lo cual fue comprobado. Barth (1976) afirmaba que “la identidad se expresa continuamente en la ratificación dentro de la afiliación o exclusión en su interacción con otros grupos, ocupando o no territorios exclusivos o no teniendo límites geográficos prefijados, en fin empleando diversos medios que de alguna manera le permiten conservarse”.

Como consecuencia de éstas tensiones históricamente existentes debió reconsiderarse que estas humanidades, algunas transitorias en unión a antiguos y nuevos grupos tenían la clave para reconfigurar la composición étnica de los pueblos barineses y que quienes encontraron los conquistadores

para 1577; eran algunos de sus reductos por lo que estudiando sus transformaciones sociales emergerían los cambios históricos a través de procesos de larga duración; distinguibles en las cronologías para el área (Cruxent & Rouse en Zucchi y Zucchi 1975)

De la misma forma, las crónicas y registros historiográficos en el presente permitieron comprender que los grupos de cultivadores de tabaco reconocidos mundialmente como “Varynas” en las Mesas del Curay eran los que se autoconsideraban portadores de la cultura inicial sedentaria del I milenio porque analizada como unidad étnica, “conservó sus límites, especificando su naturaleza y continuidad, expresada en la persistencia de una diferencia cultural con el resto de parcialidades”

Esta continuidad que configuraba parte del contenido cultural que en ese momento histórico se asoció con una comunidad humana y no con sus límites geográficos. Por consiguiente se corroboró en Barth (1976) que “los grupos étnicos no están basados simple o necesariamente en la ocupación de territorios exclusivos” y “son diferentes los medios por los cuales logran conservarse”.

Al existir interacción entre grupos se manifiesta la identidad y no en un reclutamiento definitivo, pues en virtud de una expresión y una ratificación continuas” es como se reconocen ya que las pérdidas de rasgos vistas desde idealizaciones de la tradicionalidad niegan los elementos estructurantes y productores siempre en proceso y en constante tensión de la etnicidad.

“No existe ninguna identidad esencial capaz de definir la naturaleza de un grupo étnico, sino que ésta se va construyendo en el devenir histórico” (Barth, 1974; Navarrete, 2004) a partir de las relaciones entre la toponimia con las diversas lenguas habladas en el territorio venezolano y las consideradas para otros contextos fue como se encontró afinidades identitarias con las lenguas en la región de Loreto, Ucayali hacia la Amazonía peruana; por lo que en el reclutamiento definitivo; es decir circunscribiendo a los grupos dentro de las categorías lingüísticas preestablecidas para el territorio geohistórico estricto,

no se localizaría la evidencia de la expresión de esa etnicidad

En virtud de los aportes de (Barth, 1976: 41) acerca de “expresión y ratificación continuas”, fue como se comprendió que había que buscar “las diferencias culturales sin reducir la identidad” razón por la que se trabajó el contexto siempre en relación ampliada con los grupos étnicos de las áreas de influencia: Andes y Llanos del Orinoco originalmente; trascendiendo fronteras geográficas y entendiendo los procesos expansivos mediante constantes migraciones; las cuales muestran en parte cómo ocurrió la trayectoria del cambio cultural

Ante el “derrumbe de los procesos conservadores de límites” (Barth, 1976: 41); se formuló la hipótesis en torno a la relación de éste contexto geográfico principalmente con los grupos del Orinoco medio que arrojó el factor migratorio como ente integrador de la permanencia y exclusión de la etnicidad en los llanos altos y el piedemonte de Barinas; suministrando así mismo, un determinado sentimiento de pertenencia a una tradición; que al ser constantemente producida y reproducida en las interacciones de los grupos proyectaban una identidad; que según Zucchi (1975) no era amazónica ni andina, sino una nueva etnicidad.

A través de la antroponimia del contexto se concluyó que el lenguaje se halla “esencialmente enraizado en la realidad de la cultura, la vida tribal y las costumbres de un pueblo y que no puede ser explicado sin constante referencia a esos contextos más amplios de la expresión verbal”: Aquella lengua “Capanagua” expresaba determinadas “realidades mentales” que configuraba “realidades materiales” del contexto de nuestros pueblos en significantes y sus cadenas de significados.

Esto implicaba “significantes para significados” de la geografía venezolana y geografía barinesa específicamente, procediendo metodológicamente a través del análisis lexicográfico en permanente discusión teórica con la propuesta del estructuralismo levystraussiano(1968); el enfoque antropohistórico y la cartografía en contrastación (triangulación) de las fuentes.

por lo que indagando en lenguas Achaguas clasificadas históricamente por los lingüistas; se reconoció que anterior al “Caquetío”, hubo un idioma intermedio “El Canagua”, hablado en un territorio común del occidente de Venezuela; trasladando el problema a las Antillas donde los lingüistas e historiadores refieren la lengua “Igñeri” como parte de la familia Arawak (González Náñez, entrevista personal, 2015, 2019)

Si las las lenguas jirajaranas como familia que agrupaba varios dialectos que obedecieron al cruce de varias familias; no era descartable que hacia los llanos se hubiera formado una lengua franca antes de la expansión caribe del 1000 dC. De acuerdo con Vidal y Zucchi (en Zucchi, 2017) durante el período comprendido entre los 800 y 1700 d.C cuando las migraciones se intensificaron debido a un incremento poblacional.

La migración de los Atsáwa-nai (ancestros de los Achagua) hacia el Macanacías y el Meta; es decir, hacia la región “El Airico” tal vez fueron desplazados por la propia avanzada de estos propaladores y guerreros Caribes después del 1000 por lo que El “Canagua” se restringió a los llanos altos occidentales, el Orinoco medio y las tierras cordilleranas pues eran las zonas con mejor potencial agrícola. En el propio territorio venezolano, dejó variantes que se aglutinaron alrededor de un dialecto que se consideraba lengua arawak pero distinta del caquetío y el Achaguas y para la colonia fue era identificada como “Enagua” (Gilij, 1965).

En cuanto a la conjugación de factores que permiten **Destacar la importancia de la Región de Barinas entre el 1400 y el 1628** se consideran las diversas formas de organización social que implicaron nuevas dinámicas y pusieron sobre la mesa las tradiciones u horizontes que cuando se encuentran reproducen sociedades complejas que son espacios de tensión permanente marcados por relaciones ambivalentes, inestables, de conflictos e inestabilidades en su devenir.

Los cambios estructurales respondieron a variables de tipo ecológico, como el uso de la tierra y el agua ante las presiones poblacionales por lo que se

inserta el factor demográfico también expresado en migración, teniendo doble incidencia como introducción de tecnologías y técnicas pero también como elemento de dispersión y disgregación.

En tales condiciones los grupos indígenas transformaron el contexto en un espacio ambivalente suponiendo una mayor cantidad de tiempo a las labores agrícolas y sosteniendo espacio cultural para su ancestral modo de vida nómada y semi-nómada coexistiendo distintos modos de vida, simultáneamente entre 1400 y 1628.

En toda la región llanera los bienes de consumo producto de la caza, pesca y la recolección así como de las actividades agrícolas se hicieron mediante labores frecuentes en las selvas y ríos de sabanas y en el piedemonte por lo que se sostuvo un intenso comercio que incluyó el Orinoco durante la conquista y la colonia y otros espacios más lejanos.

Los grupos étnicos de los llanos altos y Piedemonte se relacionaron con los grupos orinoquenses pero también con poblaciones de los andes merideños, intercambiando productos propios de cada zona ecológica; por lo que las parcialidades nómadas adscritas a los reductos sedentarios jugaron un papel vital en el sostenimiento de la dinámica económica en el período analizado; fueron éstos nómadas los grupos dinamizantes de la economía indígena.

Durante la conquista y primeros años de la colonización junto a los Caribe, sobrevivieron los Caquetíos de los Llanos o Achaguas junto a Jirajaras, Guahibos y Otomacos quienes formaron alianzas para dar forma a “Familias tributarias de la sociedad jerarquizada” respondiendo en adhesión a la Confederación de Manaure en Noroccidente y en permanente conflicto con los Caribe.

Entre las prácticas sedentarias El cultivo de tabaco fue el producto atractor de éstas redes desde el piedemonte por lo que transversó las actividades de caza, pesca y recolección en forma mayoritaria por grupos de la selva tropical o amazónicas, ahora concentrados como grupos de sabana” lo

que nos permite inferir que hubo una especie de negociación del territorio por ejes antes de la llegada de los conquistadores.

La guerra aunque presente entre los pueblos prehispánicos se intensificó con la conquista pues los grupos Arawakos e independientes (Caberres, Guaypuinaves, Otomacos) mantuvieron serios conflictos con los Caribes (especialmente Galibis) debido a sus continuas incursiones por obtener el control del río, lo que nos habla de una diferenciación entre los mismos Caribes producto de las nuevas dimensiones en el tiempo.

Así el comercio de esclavos y productos especializados como el tabaco expresó una lucha que se magnificó a la llegada de los hispanos por lo que los grupos asentados históricamente en la región de Barinas cumplieron un importante papel en el acceso y modificación de las tierras aluviales y el control de sus recursos ante la nueva realidad histórica colonial.

www.bdigital.ula.ve

REFERENCIAS CONSULTADAS

- Abenza, David. "Comienzos de la Antropología americana" [Orientación histórica Boas, Kroeber y Lowie] Disponible en: <https://asodea.files.wordpress.com/2009/09/abenza-david-comienzos-de-la-antropologia-americana.pdf>
- Acevedo, Natalia, Weber Scharff, M; Antonio García-Casco Antonio & Sáenz-Samper Juanita (2018) Placas aladas de las Sociedades Nahuange y Tairona (100-1600 DC), Sierra Nevada de Santa Marta, Colombia. Latin American Antiquity [Vol. 29, No. 4 \(December\)](#), pp. 774-792. Reino Unido: Cambridge University Press
- Acosta Saignes, Miguel (1961) Estudios de Etnología Antigua de Venezuela. UCV. Ediciones de la Biblioteca. Caracas.
- Adelaar, Willem & Muysken, Pieter (2004). The Languages of the Andes. Cambridge: Reino Unido. Cambridge University Press.
- Alvarado, Lisandro (2008) Glosario de Voces Indígenas. Caracas: Monte Ávila Editores. Colección Marawaka. Serie Antropología.
- Amodio, Emanuele (1993) Formas de la alteridad. Construcción y Difusión del Indio Americano en el primer siglo de la conquista. Quito: Abya-Yala.
- _____ (2007) La República Indígena. Pueblos Indígenas y perspectivas políticas en Venezuela. Revista venezolana de Economía y Ciencias Sociales. Vol. 13, Núm. 3, Septiembre-Diciembre. Pp 175-188. Caracas: Faces UCV.
- Aranguibel, Luis (2012). Geógrafo. Entrevista personal. [Características fisiogeográficas del Municipio Bolívar del Estado Barinas]. Residencia del Entrevistado. Barinitas. (02/04) 3:00 pm.
- Arcaya, Pedro Manuel (Traducción y Anotación) (1916) Narración del primer Viaje de Federman a Venezuela. Caracas-Venezuela: Lit. y Tip del Comercio.
- Arellano, Fernando (1977) Historia de la Lingüística: La lingüística del Siglo XX. Tomo I y Tomo II. Caracas: UCAB. Instituto Humanístico de Investigación.
- Arrieta E. Anita (1992) Tipología fonológica y morfosintáctica del Timote. San José: Universidad de Costa Rica
- Arvelo-Jiménez, N., Morales, F y Biord, H. (1989) Repensando la historia del Orinoco. Revista de Antropología N° 5 -112. 155-174
- Bari, Maria Cristina (2002) La cuestión étnica: Aproximación a los conceptos de Grupo étnico, Identidad étnica, etnicidad y relaciones interétnicas. Cuadernos de Antropología Social. N° 16, Pp 149-163. Argentina: Universidad de Buenos Aires
- Baraibar, Alvaro (2012) "La Jornada de Amagua (Omagua) y Dorado: entre Francisco Vázquez y Pedrarias de Almesto", Artículo publicado en *Taller de Letras*, pp. 35-49. Disponible en

<https://porvistadeojos.wordpress.com/2012/12/05/la-jornada-de-omagua-y-el-dorado-francisco-vazquez-y-pedrarrias-de-almosto/>

- Barth, Fredrick (1976) Los grupos étnicos y sus fronteras. México: Fondo de Cultura Económica.
- Biord Castillo, Horacio (2009) Sistemas interétnicos regionales: El Orinoco y la costa noreste de la actual Venezuela en los siglos XVI, XVII y XVIII. <http://www.saber.ula.ve/bitstream/123456789/27523/1/sistemas-interetnicos.pdf>
- Bierrenbach, Lima (1950) A origen do homen americano e tribus do Brasil. Revista do Arquivo Municipal CXXV. Nº 216. Setembro. Año XVII. Rua, Cantaneira. Prefeitura do Municipio da Sao Paulo. Dpto de Cultura. Divisao do Arquivo Histórico da Secretaria de Educacao y Cultura.
- Bloch, Marc (1996) Apología para la Historia o el oficio del Historiador. Edición de Etienne Bloch. México: Fondo de Cultura Económica.
- Boas, Franz (1992). "La mentalidad del hombre primitivo". Buenos Aires, Almagesto, pp. 5-36. Traducción Marta R. García. <https://es.scribd.com/document/110537872/Boas-La-Mentalidad-Del-Hombre-Primitivo>
- Braudel, Fernand (1990) La Historia y las Ciencias Sociales. Madrid: Alianza Editorial
- Caballero Arias, Hortensia (2014) Entre la Etnohistoria y la Antropología Histórica: Reflexiones a partir de procesos indígenas pasados y presentes: Revista Fermentum, 2020-5. Arte y Humanidades. <http://repositorioslatinoamericanos.uch.cl/handle/2250/224199> ULA-Venezuela: Centro de Investigaciones en Ciencias Humanas (HUMANIC)
- Cabrero i Miret. (2014) Omaguas: Cataclismo Amazonico. Tesis del Departament da Prehistoria. Universitat Autonoma de Barcelona. España: Bellatera.
- Campelo Dos Santos, André Luiz (2022) Rastros neandertales y denisovanos y una migración hace 1500 años de Uruguay a Panamá. Agencia Iberoamericana para la difusión de la Ciencia y la Tecnología. Brasil. En línea: dicyt.com/viewnews.php?newsId=46102
- Caputo Jaffe, Alessandra (2018) Horizontes iconográficos de Venezuela: Diferencias regionales e históricas. Boletín del Museo chileno de Arte precolombino. Universidad de Chile. Versión on-line: http://scieloconicyt.cl/Scielo.php?Script=Sci_arttext&Pid=50718-6894
- Cassiani, Joseph (1741) Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús del Nuevo Reino de Granada en la América. Madrid. Imprenta y Librería de Manuel Fernández.
- Castro Agudelo, Luz Marina (2000) Guahibo-Sikuani. Geografía Humana de Colombia III. Bogotá: Instituto colombiano de cultura hispánica
- Cardozo Galué, Germán (2013) Significaciones y Alcances del concepto Región Histórica. Revista de la Universidad Industrial de Santander C&P Nº 4, enero-diciembre ISSN 2027-5528. Pp. 45-61. Bucaramanga

Colombia.

- Constenla, Adolfo (1991). Las lenguas del Área Intermedia: Introducción a su estudio areal. San José: Universidad de Costa Rica.
- _____ (2002) "Acerca de la relación genealógica entre las lenguas lencas y las lenguas misupalpas". Revista de Filología y Lingüística de la Universidad de Costa Rica (Nº 28). p. 189-206
- Castillo Lara, Lucas (1981) La Grita: Historia del Espíritu Santo de la Grita. Tomo I. Ediciones del Congreso de la República. Caracas: Segunda edición.
- Cerrón Palomino, Rodolfo (2000) Lingüística Aymara. Cuzco-Perú: Biblioteca de la Tradición Oral Andina, Nº 21. Centro Bartolomé de las Casas
- CEY, Galeotto. 1995. Viaje y descripción de las Indias (1539- 1553). Colección V Centenario del Encuentro de dos Mundos. Caracas: Fundación Banco Venezolano de Crédito.
- CELAM (1992) IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. (Documento de consulta: Nueva Evangelización Promoción Humana, Cultura Cristiana.) Santo Domingo, República Dominicana. Caracas: Consejo Episcopal Latinoamericano. Colección: Con Puebla y Santo Domingo.
- Clarac de Briceño, Jacqueline (2005) "La Enfermedad como lenguaje en Venezuela". Universidad de los Andes. Ediciones del Museo "Gonzalo Rincón Gutierrez. Mérida-Venezuela.
- Clarac de B., Jacqueline, Gordones, G. y Meneses, L (2007) Lecturas Antropológicas de Venezuela. Mérida. ULA-Museo Arqueológico ULA-CONAC.
- Clarac de B. Jacqueline (2010) Miguel Acosta Saignes "Desde la visión de una antropóloga actual". Boletín Antropológico. Año 28, Nº 78, Enero-Abril, 2010. ISSN: 1325-2610. Universidad de Los Andes. Museo Arqueológico / Centro de Investigaciones: Mérida-Venezuela.
- Codazzi, Agustín (1960) Obras escogidas. Volumen II. Biblioteca venezolana de Cultura. Caracas: Ediciones del Ministerio de Educación.
- Colina Bastidas, Eveling. (2014) Aproximación etnohistórica a la devoción del Santo Sepulcro de la Iglesia San Pedro. Barinitas 1895-2011. Revista ITER-Humánitas. UCAB. No 21.
- _____ (2022) Territorios liminares. En "Bordes" Revista de Estudios Culturales. Nº 24 julio Diciembre. Pp. 38-54. ULA-Táchira/Museo del Táchira/Fundación Bordes. ISSN:2244-8667
- Consejo Nacional de la Cultura (2001) "El Arte Prehispánico de Venezuela" Catálogo de la Exposición Nº 211, Galería de Arte Nacional (GAN) [Agosto 2000-Febrero, 2001]. Publicación Nº 204. ISBN 980-6420-24-1. Caracas Editorial ARTE/Fundación Galería de Arte Nacional. (Asesora: Erika Wagner)
- Cortés R; Luis E. (2007) "Los ocho pecados capitales del historiador".

Artículo de la revista de Ciencias Sociales de la Región centro-occidental. Enero-diciembre. N°12. Barquisimeto/Lara: pp.65-102.

- Cruxent J. M., y Rouse, I. (1982) An Arqueolycal Chronology of Venezuela. Vol I y II. Caracas: Ernesto Armitano, Editor.
- Cunill Grau, Pedro.(2006) La Región Histórica en Venezuela. En Boletín de la Academia Nacional de la Historia. Caracas. Disponible en <https://biblat.unam.mx/hevila/BoletindelaAcademiaNacionaldeHistoriaCaracas/2006/vol89/no355/7.pdf>
- Chavarría Maria (2017) “Eseha echíikiana esoiho”. Con la Voz de nuestros viejos. Tradición oral “Ese Eja”. Bolivia. Ministerio de la Cultura
- Davidovits, Joseph; Huamán, Luis & Davidovits, Ralph (2018) “Geopolímeros antiguos en Monumentos Suramericanos (Tiwanacu, 600 dC). Antigua tecnología, Octubre. Universidad Saint Quentin-Francia en <http://doi.org/10.1016/j.matlet.2018.10.033>.
- Davies, Nigel (1999) Los antiguos reinos del Perú. Barcelona: Crítica
- De Castellanos, Juan ([1587] 2015) Elegías de Varones ilustres de Indias. Textos Fundacionales I. Biblioteca Básica de Cultura colombiana. Bogotá. (Compiladora: Betty Osorio). 1ª edición.
- De Neira, Alonso (1762) Arte y Vocabulario de la lengua Achagua. Bogotá: Biblioteca Nacional de Colombia. Fondo Cuervo
- Drennan, Robert. (2011) El area intermedia, el cacicazgo y la investigación de la dinámica del cambio social. EEUU: University of Pittsburgh. Disponible en <https://Sites.pitt.edu/~drennan/drennan2011.pdf>
- Engels, Federico (2006) El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado. Fundación Federico Engels. Madrid
- Episcopado Latinoamericano (1995) III Conferencia General en “Puebla”. Documento de consulta: La evangelización en el presente y el futuro de América Latina. Décima Edición: Caracas: Con Puebla. N° 2.
- Ernst, A. (1893) Afinidad etnográfica de los Indios Guagiros [III]. Vocabulario comparativo. Año II (19 de Enero de 1893). N° 25. Compilación Enero-Diciembre. Revista “El Cojo Ilustrado”: Editores propietarios: J.M. Herrera-Irigoyen y C.A. Empresa. Caracas- Venezuela.
- Evans L., & Meggers, B. (1968) Archeological Investigations on the Río Napo, Eastern Ecuador. Washigton, Smithsonian Institution Press.
- García Müller, Luis (1990) La Formación colonial Barinesa. Barinas: Ediciones de la Universidad Ezequiel Zamora [UNELLEZ].
- Fundación BIGOTT/El Nacional (2005) Atlas de Tradiciones venezolanas. Caracas, 2ª Edición. ISBN 9806428625
- Gamboa, Jorge A. (2004) La Encomienda y las Sociedades indígenas del Nuevo Reino de Granada. El Caso de la Provincia de Pamplona (1549-1650). Revista de Indias, Vol LXIV, Num 232. Instituto Colombiano de Antropología e Historia. Págs. 749-770, ISSN: 0034-8341
- Gasson, R. (2008) Orinoquia. La Arqueología de la Cuenca del Orinoco. En “Entre la Tierra y el Agua”. Arqueología de humedales de Sudamérica.

- [Loponte y Acosta Compiladores]. Buenos Aires. Instituto de Antropología y Pensamiento Latinoamericano. 77-124
- Gasson, R; Rey J. y Valdez, F (2006) Cacicazgos cíclicos e intensificación agrícola en Llanos occidentales de Venezuela. Agricultura Ancestral, Camellones y Albarradas. Colección N° 3. Quito-Ecuador. Actas y Memorias del IFEA. Ediciones Abya-Yala
 - Geertz, Clifford (1990) La Interpretación de las Culturas. Barcelona: Gedisa.
 - Gillij, Felipe Salvador (1965) Ensayo de Historia Americana. 72. Traducción de Antonio Tovar. Tomo II. Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela. Caracas: Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia
 - Gómez, Augusto y Cavelier de F, Inés (1998) Las sociedades indígenas de los llanos: Sistemas económicos y características socio – culturales: Fundación ERIGAIE.
 - González Mora, Felipe (2003) Pueblos de Doctrina Jesuita en los Llanos en los siglos XVII y XVIII. Disponible en: <https://www.banrepcultural.org/biblioteca-virtual/credencial-historia/Nº354>. Catálogo en línea. Colección bibliográfica y documental.
 - González Nández, Omar (2004) Relaciones lingüísticas entre los idiomas andinos originarios y los de las tierras bajas (lenguas arawacas y otras familias) CIET-Maestría en Etnografía (ULA-Mérida, Venezuela). Coloquio “Relaciones prehispánicas en la Región Andina” (04/05/2004). Nacional.
 - _____ (2005) Los Warekena. Indígenas Arawakos del Guainía-Río Negro. Mitología y vida cotidiana. ULA: GRIAL-CEP-CIET. Mérida: Ediciones Dabánata
 - _____ (2009) Arte rupestre del Alto Orinoco – Río Negro Evidencias sobre su significado. Omar Gonzalez Nanez. UCV.
 - _____ (2009) Identidad y diversidad lingüística en el Caribe. Los mil y un Caribe...16 textos para su (des) entendimiento. Universidad del Magdalena. Santa Marta, Colombia. Págs. 65-84.
 - _____ (2015) Entrevista Personal. [Ruta fluvial Arawaca]. Río Negro Estado Amazonas [30/07 8:00 PM]. Expedición Arawaca al Río Negro. Amazonas/ Venezuela a Sao Gabriel de Cachoeira/ Brasil.
 - _____ (2019) Entrevista Personal. Algunas consideraciones sobre la lengua Arawak (Protolenguas, Pronombres, Marcaje de persona). Universidad de los Andes- ULA/Mérida. [31/11 10:00 am]
 - Gordones, Gladys (1995) “La cerámica de Estanquez: Un análisis tipológico para el conocimiento de los procesos étnicos prehispánicos de la Cordillera de Mérida”. Boletín antropológico. ULA-Mérida. Sept-Dic, N° 35. Centro de Investigaciones Etnológicas. Museo arqueológico.
 - Gordones Gladys y Meneses, Lino (2005) Arqueología de la cordillera de

los Andes” Timotes, Chibchas y Arawacos. Mérida: ULA-Museo arqueológico-CONAC.

- Gordones, Meneses y Clarac (2007) Lecturas Antropológicas de Venezuela. Mérida- Venezuela: Editorial Venezolana: CONAC, Museo Arqueológico de la ULA-Mérida, Ediciones Dábanatá.
- Greenberg J., & Ruhlen, M. (2007), An American Etimological Dictionary (12 edición), Stanford, EEUU: Dept. of Anthropological Sciences Stanford University.
- Gumilla, Joseph (1999) El Orinoco Ilustrado y Defendido. (1999) Caracas: El Nacional: Colección ARES. Disponible en línea: <https://books.google.co.ve/books>
- Harris, M. (1979). El Desarrollo de la Teoría Antropológica. Historia de las Teorías de la Cultura. Madrid, España. Siglo Veintiuno Editores
- Herrera Pacheco Natali. (2011) El baile de las Turas: Un acercamiento etnohistórico al ritual de las Turas de San Pedro de Maparari, estado Falcón Parte 1. ULA-Facultad de humanidades y Educacion. Postgrado de etnología, 2011 P 120. Venezuela BDigital .ula.ve
- Holdridge, L. R. (1967). «Life Zone Ecology». Tropical Science Center. San José de Costa Rica. 1ª Edicion.
- Hoquenghem, Anne Marie (2009) El Spondylus princeps y la edad de Bronce en los Andes Centrales: Las rutas de intercambio. En línea: http://www.hocquenghem-annemarie.com/amh/2_piura_loja
- Humboldt, A. (1956) Viaje a las Regiones Equinocciales del Nuevo Continente. Tomo II Ediciones del Ministerio de Educación. Dirección de Cultura y Bellas Artes. Caracas – Venezuela. Traducción de Lisandro Alvarado, segunda edición.
- _____ (2006). Maravillas y Misterios de Venezuela. (Compilación del Diario de Viajes 1799-1800). Caracas-Venezuela: El Nacional.
- Izard, Miguel (1987) Tierra Firme: Historia de Venezuela y Colombia. Madrid: Alianza América.
- Jahn, Alfredo (1927) Los Aborígenes del Occidente de Venezuela. Caracas: Monte Avila Editores, C.A.
- Jiménez Saa, Humberto: «Ecología Basada en Zonas de Vida», 1a Evolución de la Cuenca Barinas-Apure. Tropical Science Center. San José, Costa Rica.
- Kirchhoff, Paul, (1943) “Mesoamérica. Sus límites geográficos, composición étnica y caracteres culturales”, en Acta Americana, vol. I, núm. 1, En: <https://www.worldcat.org/title/mesoamerica-sus-limites-geograficos-composicion-etnica-y-caracteres-culturales/oclc/15351236>
- Kroeber, Alfred Louis, (1998) “El concepto de cultura en la ciencia”, en Antropología. Lecturas, McGraw Hill, 1998, pp. 123-138.
- Landaburu, J. (1993). Estado actual de la clasificación de lenguas indígenas de Colombia. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo

- _____ (1999) Clasificación de las lenguas indígenas de Colombia. Bogotá: Centro colombiano de estudios de lenguas aborígenes. Universidad de los Andes.
- Langebaek y Cárdenas (2004) Gordon Willey, conceptos, contribuciones y perspectivas. Revista de Arqueología del Área Intermedia N° 6, Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia
- Lathrap, D. (1970) The Upper Amazon (Ancient Peoples and Places). London: Thames & Hudson; First Edition.
- Laudato, Luis (1998) Yanomami, PeyKëyo. Glosario. Brasil: Universidad de Brasilia
- López Trigal, Lorenzo (2011) "Comentario: «Las leyes del crecimiento espacial de los Estados» en el contexto del determinismo geográfico ratzeliano". Geopolítica(s). Revista de estudios sobre espacio y poder, vol. 2, núm. 1, 157-163. Disponible en: <https://docplayer.es/45030594-Las-leyes-del-crecimiento-espacial-de-los-estados-en-el-contexto-del-determinismo-geografico-ratzeliano.html>
- López, Sanz, Rafael (2008) PERLA Y HURACAN. Parentesco y Clase/Color en Iberoamérica y el Caribe. El árbol Editores. Colección Llano de Hombres. San Cristóbal- Táchira, Venezuela.
- Loos, Eugene y Loos Betty (2002) Diccionario Capanahua-Castellano. Serie Lingüística N 45. Perú: Instituto Lingüístico de Verano (ILV)
- Loukotka, Čestmír (1968) Classification of South American Indian Languages. Los Angeles: UCLA Latin American Center.
- Malinowski, B. (1986) "Los argonautas del Pacífico Occidental": Un estudio sobre comercio y aventura entre los indígenas de los archipiélagos de la Nueva Guinea melanésica. Barcelona-España: Planeta Agostina. Disponible en <http://eva.fhuce.edu.uy/file.php/194/63654554-Los-Argonautas-Del-Pacifico-Occidental-Vol-1-Bronislaw-Malinowski.pdf>
- _____ (2016) "El grupo y el individuo en el análisis funcional". En: <http://ve.globedia.com/malinowski-grupo-individuo-analisis-funcional>
- Mapa Geografico de America Meridional de Juan de la Cruz Cano y Olmedilla (1690) Historical Map Collection Diponible en: <http://www.davidrumsey.com/maps5794.html>
- Mapas satelitales. (2014) Vistas aéreas de Barinas, Los llanos y Cordillera merideña, Sierra Nevada del Cocuy, Río Apure, Río Orinoco. Disponible en google earth
- Marin Silva, Pedro (2020) Sociolingüística y Etnohistoria de la Orinoquia colombiana, Siglos XVII-XIX. Revista "Forma y Función" en: <http://doi.org/10.15446/Fyf.v33n2.799797>. (01/07/2020). Vol 3. N° 2. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia [unal.edu.com/index.php]
- Martín, Alexandra (2022) Los sorprendentes hallazgos de un estudio sobre genómas antiguos de América. BBC. News Mundo. 7 Nov de 2022. En línea: www.bbc.com.mundo/noticias-63521449

- Martín-Ramos, Pablo "En busca del Spondylus. Rutas y Simbolismo", (2001) Disponible en: <http://www.scribd.com/doc/13971717/En-Busca-del-Spondylus-Rutas-y-Simbolismo>
- Martínez, Hernández, Angel. (2011) El dibujante de límites: Franz Boas y la (im)posibilidad del concepto de cultura en antropología. História, Ciências, Saúde – Manguinhos, Rio de Janeiro, v.18, n.3, jul.-set. p.861-876. Disponible en: <http://www.scielo.br/pdf/hcsm/v18n3/15>.
- Mejías Guiza, Annel (2013) Etnohistoria de los grupos indígenas antes del contacto europeo en Barinas y sus posibles rutas de movilidad. Boletín Antropológico, Vol 31, N° 86, julio- diciembre. Mérida: ULA. En línea: Redalyc.org
- Melendez Lozano, Miguel Ángel (2000) Esbozo gramatical de la Lengua Achagua. Universidad de los Andes/Postgrado de Maestría en Etnolingüística. Bogotá: Tradiciones orales colombianas. Achaguas
- _____ (2004) Gramática de la Lengua Achagua. Bogotá. Instituto Caro y Cuervo. En. https://www.lenguasdecolombia.caroycuervo.gov.co/iccadmin/icc/documentos/esbozo_lengua_achagua.pdf
- Meneses, Lino y Gordones, Gladys (2003) "Nuevas investigaciones en contextos precoloniales de la cordillera andina de Mérida: Arqueología en la cuenca del río Nuestra Señora". Boletín antropológico. ULA Mérida. Enero-abril, N° 57. Centro de Investigaciones Etnológicas. Museo arqueológico.
- Mitos cantados de los U'was (1990) Disponible en <http://www.banrepcultural.org/node/26004>. Boletín Museo del Oro. N° 26. Septiembre-diciembre de 1990.
- Mogollón Pérez, María Cristina (2000) Fonología de la Lengua Bari. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- Molano, Olga Lucía (2003) Identidad Cultural: Un concepto que evoluciona. Revista Opera N° 7. Colombia: Universidad Externado Pág. 69-84.
- Montag, Susan (1981) Diccionario Cashinahua. Serie lingüística Peruana N°9, Ministerio de Educación. Instituto Lingüístico de Verano. Yarinacocha Peru. Preliminar Microficha 1976.
- Montiel Acosta, Nelson. (2002) Inventario de Petroglifos de Barinas: Curbatí y Anime. Municipio Pedraza. Estado Barinas. Venezuela). En <http://rupestreweb.tripod.com/barinas.html>
- Mora García, Pascual (2004). La Dama, el Cura y el Maestro en el siglo XIX. Mérida: Universidad de los Andes. Consejo de Publicaciones. 1ª edición. Colección: Ciencias Sociales. Serie: Historia.
- Morales Chocano, Daniel (2000) Las Poblaciones prehistóricas amazónicas. Investigaciones Sociales. Año IV, N 6, 2000. Estudios Arqueología. (71-92).
- _____ (2001) Aportes amazónicos al formativo

- Andino. Arqueología. Investigaciones Sociales Año V N 8, PP 35-64 (UNMSM/IIHS, Lima- Perú (35-64)
- Morales Chocano, Daniel y Mujica Baquerizo, Ana. (2019). La arqueología y el mito de origen de los Shipibo-Conibo de la Amazonia Peruana. Investigaciones Sociales. Vol. 22. N° 40. Pp. 85-96. Universidad Nacional Mayor de San Marcos: Lima-Perú: DOI
 - Morey, R & Morey, N. (1975) Relaciones comerciales en el pasado en los Llanos de Colombia y Venezuela. Colombia. Revista Montalban. N° 4. 533-564
 - Nadales, Henry: (2009) Crónicas de Pedraza. Disponible en <http://cronicasdepedraza.blogspot.com/2009/01/curbati-es-de-origen-indigena.html>
 - Najera, Espinoza, Ozziel (2019) La Antropología de la Historia. La memoria y los usos sociales y políticos del pasado. Exploraciones sobre la perpetua danza de la antropología y la historia. Revista de la Universidad de Jaen. Antropología Experimental N° 19, 2:11-19. España. En <http://revistaselectronicas.ujaen.es/index.php/rae>
 - Navarrete, Federico (2004) Las relaciones interétnicas en México. Distrito Federal. México.
 - Novoa Álvarez, Pablo (2005) Petroglifos de la Zona del Yaure, Barinas, Venezuela. En Rupestreweb, <https://rupestreweb.tripod.com/yaure.html>
 - Ogden, C. K y Richards J.A (1964) El significado del significado. Barcelona: Editorial Paidós
 - O'Hagan Zachary (2011) Diccionario lengua Omagua. USA: Universidad de Berkeley. Versión Primera
 - Olsen Bruhns, Karen (1994) Ancient South América. USA: Cambridge University Press.
 - Oramas, Luis (1916) Materiales para el estudio de los dialectos Ayamán, Gayón, Jirajara, Ajagua. Caracas. Litografía del Comercio
 - Ortega, Francisco (1996) "Etnobotánica en el redescubrimiento del río Apure" 1648. Revista Antropológica 85, 1994-1996:3-72. En http://www.fundacionlasalle.org.ve/userfiles/ant_no_85_%203-72.pdf.
 - Ortega Manuel (2017) El Payaneño/El Cunaviche. [Blogspot] En http://www.sanjuandepayara.blogspot.com/2017/10/los_otomacos.html
 - Ortiz, Fernando (1940) Contrapunteo cubano del Tabaco y el Azucar. La Habana, Cuba: Máximo Gómez 56
 - Osgood C y Howard, G. (1943) An Archeological Survey of Venezuela. EEUU: Yale University Publications in Anthropology. N° 27: New Haven.
 - Osborn, Ann (1985) El vuelo de las tijeretas. Fundación de investigaciones Nacionales. Bogotá: Ediciones del Banco de la República
 - Pacheco Troconis, Yolanda (2000), "El Puerto de Nutrias: Nostalgia de un glorioso pasado. Revista Parángula. Unellez. Barinas. N° 15. Segunda Edición.
 - Pérez Carmona, Antonio (1979) Los cuicas y sus herederos poéticos.

- Talleres gráficos Armitaño. Caracas: Organización Muchacho Hnos.
- Pérez Murillo, María Dolores (2003) Introducción a la Historia de América. Altas Culturas y Bases de la colonización española. España: Publicaciones de la Universidad de Cádiz. Universitarios N° 25. Edic II.
 - Picón Salas, Mariano (1944) De la Conquista a la Independencia. Tres siglos de Historia cultural hispanoamericana. México: Fondo de Cultura Económica. Colección Popular.
 - Pineda Camacho, Roberto (2010) Levy-Strauss y la historicidad del Mito. Revista Maguaré. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. ISSN 0120-3045 (89-111)
 - Pinedo del Aguila, Victor M. (1963) Antropología Lingüística Amazónica. Boletín de la Sociedad geográfica de Lima. Tomo LXXXI. (Mayo-Diciembre). Vol 80-83. En línea: <https://fuenteshistoricasdelperu.com/2020/10/13/boletin-de-la-sociedad-geografica-de-lima-1891-2019/>
 - Ponce, Peter (2004) Diccionario Español - Warao. Fundación Turismo de Pedernales. Portal da Lingüística. Disponible en línea: <https://pueblosoriginarios.com/lenguas/warao.php>
 - Prieto, Hugo (2024) Entrevista a Luis Lemoine. En Prodavinci. [03-11-2024]. En línea <https://prodavinci.com/luis-lemoine-un-proyecto-para-saber-quienes-somos-y-de-donde-venimos/>
 - Queixalos, Francisco (1989) Diccionario Sikuani. Lenguas Aborígenes de Colombia. Bogotá: Universidad de los Andes. CCELA
 - Rebok, Sandra (2002) "La constitución de la investigación antropológica alemana en América Latina a finales del siglo XIX" Revista de Indias, n. 224, vol. LXI, 2002, Madrid, p. 195-222. Disponible en: https://www.academia.edu/12702661/La_constituci%C3%B3n_de_la_investigaci%C3%B3n_antropol%C3%B3gica_alemana_en_Am%C3%A9rica_Latina_a_finales_del_siglo_XIX
 - Redmon, Elsa y Spencer, Charles ([1992] 2015) A Prehispanic Chiefdom in Barinas, Venezuela. Excavations At Gaván- Complex Sites. Volume 1. New York: American Museum of Natural History. Anthropological Papers, N° 100
 - Restrepo, E. (2009). Escuelas de Pensamiento Antropológico 1: Clásicos. Quibdó, Colombia. Fundación Universitaria Claretiana.
 - Rivero, Juan (1883) Historia de las Misiones de los llanos del Casanare y los Ríos Orinoco y Meta. Bogotá: Imprenta de Silvestre y Compañía.
 - Rivero Pinto, Wigberto (1985) "Esse Ejja" – Español. Riberalta. Bolivia: Universidad Mayor de San Andrés (UMSA)
 - Romaine Headland, Edna (1997) Diccionario Bilingüe "Uw Uwa" (Tunebo-Español)/ Español- Uw- Uwa (Tunebo). Bogotá- Colombia: Instituto Lingüístico de Verano (ILV)
 - Romero, María A. (2004). Diccionario básico del idioma Kariña de Jorge C. Mosonyi. Boletín de Lingüística. N° 21. Enero-Junio. N° 21. Caracas.

UCV. ISSN 0798-9709

- Rosi, Juan José (2010). Los Guaraníes. Buenos Aires: Galerna. p. 13.
- Rumsey, David. [Cartograma del Virreinato de Nueva Granada"] Digital: <https://www.davidrumsey.com/luna/servlet/workspace/handleMediaPlayer?lunaMediaId=RUMSEY~8~1~3373~330002>
- Ruiz Tirado, Mercedes (2000) Tabaco y Sociedad en Barinas, Siglo XVII. Mérida-Venezuela: Universidad de los Andes. Consejo de Publicaciones. Collección Ciencias Sociales. 1ª Edic.
- Salas, Julio César. (1956) Etnografía de Venezuela. (Estados Mérida, Trujillo y Táchira) Los aborígenes de la cordillera de los Andes. Talleres gráficos de la Universidad de los Andes.
- _____ (2006) Los Indios Caribes. Estudio sobre el origen del Mito de la Antropofagia. Mérida-Venezuela: Publicaciones de la Universidad de los Andes (ULA). Publicaciones del Vicerrectorado Académico/Fundación Julio César Salas. 3ª Edición: Clásicos del pensamiento andino.
- Salazar Quijada, Adolfo (1994) Origen de los nombres y Municipios de Venezuela. Caracas: Cartografía Nacional-Universidad Central de Venezuela.
- Sanoja M., y Vargas, I., (1978) Antiguas formaciones y Modos de producción venezolanos. Caracas: Monte Ávila editores.
- Sanoja Mario (1981) Los Hombres de la Yuca y el Maiz. Un Ensayo sobre el origen y desarrollo de los sistemas agrarios en el Nuevo Mundo. Caracas: Monte Ávila Editores.
- Sanoja, M. y Vargas, I. (1995). Gente de la Canoa. Economía Política de la Antigua Sociedad Apropiadora del Noreste de Venezuela. Caracas. Fondo Editorial Tropykos/ Comisión Estudios de postgrado UCV
- Santana P. Juan (2006) Paradigmas historiográficos contemporáneos. Fundación Buría: Barquisimeto-Lara, Venezuela.
- Strauss, Levy (1949) "Estructuras elementales del Parentesco". Paris, Paidos.
- _____ (1974) Antropología Estructural. Paris: Paidos
- _____ (1972) Mitológicas. México: Fondo de Cultura Económica.
- _____ (1984) El Pensamiento Salvaje. México: Fondo de Cultura Económica.
- Steward, Julian H., (1992) Introduccion al estudio de áreas culturales. México: Universidad Autónoma de Querétaro.
- Silva, Renán. (2003) "Sobre Sociología e Historia". Revista Colombiana de Sociología. N° 20. Pp. 99-113. <https://revistas.unal.edu.co/index.php/recs/article/view/11178>
- Torero Alfredo. (1990) Procesos linguisticos e identificación de Dioses en los Andes Centrales. N 1, julio 1990. 237- 263. Artículos, Notas y Documentos Revista Andina N 8.
- TOSTA, Virgilio. (1967). Historia Colonial de Barinas. Volumen II. Siglo

XVII. Caracas: Sucre.

- _____ (1986) Historia de Barinas. 1577-1810. Tomo I. Caracas: Academia Nacional de la Historia. Colección Fuentes para la Historia colonial de Venezuela. N° 185.
- Tovar, Antonio (1961) Catalogo de las Lenguas de América del Sur. Buenos Aires: Editorial Suramericana. Disponible en: centro Virtual cervantes [PDF] <https://cvc.cervantes.es>
- Tovar, A. y Larrucea de Tovar, Consuelo (2000) Catalogo de las Lenguas de América del Sur. Argentina: Gredos. Disponible en: <https://casamundus.com.ar>
- UNICEF FUNPROEIB Andes/Min de Asuntos Exteriores y de Cooperacion. Agencia Española de Cooperacion Internacional para el Desarrollo. (2009) Atlas Sociolingüístico de Pueblos indígenas en América Latina. Primera Edición. ISBN 978-92-806-4491-3. Imprenta Mariscal, Ecuador
- Unda, Yarisma (2000) "Lo llanero en tres aproximaciones: Religiosidad, Feminidad y Hábitos alimentarios en la cultura llanera"- Asociación de Escritores del estado Barinas. Instituto de Investigaciones del Llano y los Llaneros. Barquisimeto-Lara, Venezuela.
- Vargas, Ruiz Juan Carlos (2012) Patrones de asentamiento y Distribución de recursos agrícolas en dos unidades políticas prehispánicas en los llanos occidentales de Venezuela. Revista en línea Maguare. Vol 26, N° 1. Enero-Junio. ISSN 0120-3045. Pp 195-228
- _____ (2015) La arqueología de la guerra y el surgimiento de Sociedades Complejas en los Llanos del Orinoco. Revista Colombiana de Antropología, vol. 51, núm. 2, julio-diciembre. Bogotá, Colombia: Instituto Colombiano de Antropología e Historia. ISSN: 0486-6525. Pp. 147-172. Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=105046205007>
- Vergara Martin, Gabriel (1922) Diccionario etnográfico americano. (Denominaciones de naciones, tribus y pueblos. Patronímicos de los naturales, Estados, Regiones, Provincias y localidades) Madrid, Librería de los sucesores de Hernando Cale del Arenal Núm. 11
- Vidal o, Silvia M (1987) El modelo del Proceso migratorio Prehispánico de los Piapoco. Hipótesis y Evidencias. Trabajo de Grado de Maestría en Biología, Mención Antropología (IVIC). Caracas. Centro de estudios Avanzados.
- Vidal S., y Zucchi A. (1987) Historia oral de un grupo Maipure del Norte. Caracas: IVIC-UCV
- Vilar, Pierre. (1999). Iniciación al vocabulario del análisis histórico. Barcelona – España: crítica. Colección: Libros de Historia.
- Vivas, Leonel (1991) "Por los callejones del viento". Academia Nacional de la Historia. N° 180. Caracas.
- Weber, Max (2002) Economía y Sociedad. Segunda reimpresión.

España: Fondo de Cultura Económica.

- Zavala, Miguel (2015) Palabras vivas de una lengua muerta. Boletín Antropológico. Año 33. N 89. Enero – Junio, 2015. ISSN: 1325-2610. ULA. Museo Arqueológico /Centro de Investigaciones.
- Zucchi, Alberta (1975) Caño Caroní: Un grupo prehispánico de la Selva de los Llanos de Barinas. Caracas: UCV. División Publicaciones. Colección Antropología. N° 5.
- _____ (1985) Evidencias arqueológicas sobre grupos de posible Lengua Caribe. Revista Antropológica N° 63-64. Pág. 23-44. Caracas
- _____ (2017) Arqueología de los Llanos Occidentales y el Orinoco. Compilación y Estudio introductorio de Rodrigo Navarrete Sánchez. Caracas: Centro Nacional de Estudios Históricos. Colección Clásicos de la Arqueología venezolana.
- Zucchi, A. y Denevan, W. (1974) Campos agrícolas prehispánicos en los llanos de Barinas. Alemania: Biblioteca del Instituto Iberoamericano (Ibero-Amerikanisches Institut). En línea: https://www.iai.spk-berlin.de/fileadmin/dokumentenbibliothek/Indiana/Indiana_2/IND_02_Zucchi_Denevan.pdf

www.bdigital.ula.ve

PROSPECCIÓN ARQUEOLÓGICA EN ZONAS PIEMONTANAS
(MUNICIPIOS: BARINAS, BOLÍVAR Y CRUZ PAREDES)
- ESTADO BARINAS -
[APENDICE Nº 1]

Durante las visitas a varias comunidades de los citados municipios autónomos del estado Barinas en un lapso de 3 años, se elaboró un cotejo de bitácoras y registros de notas, acerca de los espacios enmarcados en los siguientes criterios: Existencia de tecnología ancestral visible en el paisaje, Altitud entre 200 y 450 m, escaso tratamiento en fuentes arqueológicas y su fácil acceso desde la ciudad de Barinas.

Dentro del rango de altitud entre 100 a 500 metros de altura sobre el nivel del mar (m.s.n.m) no referenciados dentro de las fuentes arqueológicas y etnohistóricas para el área de Barinas se localizaron la mayor parte de las aldeas, poblados y caseríos ubicados entre los cauces medios de los ríos Paguey y Santo Domingo.

De manera que los datos testimoniales y las evidencias fotográficas soportaron la existencia y sostenimiento de zonas transicionales en una delgada franja de territorio; permitiendo corroborar la práctica de la multiresidencialidad, practica de agricultura multiestrata y prácticas de intercambio vinculados hoy estrechamente con nexos parentales entre muchos de los pobladores de estos asentamientos campesinos.

Por cuanto dichas prospecciones arqueológicas en lugares intencionalmente seleccionados del área Piedemonte y Llanos Altos que corresponden extendidamente a un área de confluencia de tres municipios: Bolívar, Cruz Paredes y Barinas en el que las fuentes historiográficas concentraron la ruta de la Conquista a través del Páramo y la posterior colonización; se sugiere exploración con tecnología LIDAR a fin de ser incluidos dentro de lugares de interés arqueológico.

Debe resaltarse que se realizó teledetección de las comunidades inspeccionadas entre una zona de transición al este de los Llanos Altos y el Piedemonte de Barinas y ante la proliferación de ocupaciones de manera ilegal por parte de la población en el presente, es urgente investigarlos antes de que se pierdan las evidencias de tecnología hidráulica en entornos geográficos de paisajes modificados que albergan camellones, terraplenes, terrazas, montículos,

caminos, canales donde el manejo de la variable ecológica significó aprovechamiento de los pisos térmicos en una orografía de contraste.

Atendiendo a la ideología de representación lineal entre los pueblos andinos del altiplano boliviano y los andes centrales del Perú; debe destacarse lo que al respecto señaló Anne Marie Hocqenghem (2009) sobre la “Ruta del Spondylus” por parte de las sociedades centroandinas llevada a cabo, fundamentalmente, por vía terrestre debido a la gran dificultad de la navegación en contra de la corriente de Humboldt, de norte a sur:

Los caminos prehispánicos de la sierra y de la costa habrían sido los grandes ejes de comunicación entre los Andes centrales y septentrionales. Las evidencias arqueológicas desde el período Formativo hasta el Imperio Inca indican las relativas variaciones en estas rutas y la existencia de diversos centros de intercambio en la zona de interacción.

A este respecto, se añade lo que Jorge Luna-Yepes (citado por Martín Ramos, 2001) destacaba sobre estas rutas de movilización: “Los indios preferían en sus vías la línea recta, pareciendo importarles poco las gradientes a cambio de la cortedad del espacio” coexistiendo dos grandes rutas, una costera y otra serrana, más varios ramales transversales que las conectaban; y de una “ruta mayor” constituida, probablemente, por la ruta costera ecuatoriana y la ruta de la sierra peruana.

Con ese carácter lineal se halla un antiguo camino en la vía paralela a la carretera intercomunal que une a Barinas con Barinitas que presumimos se corresponde a vestigios del antiguo camino de “Los Callejones”, en tramo recto que partía muy cerca al antiguo sitio de “San Antonio de los Cerritos” (Actual Barinas) y cortándose a la derecha en nueva recta a la altura de la quebrada “Barragan”, continuando una nueva recta paralela por la margen derecha del río Santo Domingo hasta llegar a la población de Las Piedras en el actual estado Mérida, donde se vuelve a bifurcar.



Canalizaciones en Montículo. Sector Quebrada Seca Parte Alta (Finca Ranchocelis. Colina, 2017)



Sistema pequeñas terrazas en el Sector La Escondida (Parángula) La toma inclinada permite apreciar los cortes del terreno. Se observa al fondo la torre de electrificación y dos niños de la comunidad. (Colina, 2018) Dos construcciones monticulares. Sector La Escondida (Parángula). Colina, 2018

En el estado Barinas, todo el piedemonte desde el sector "El Cumbe" entre las mesetas bañadas por los ríos Calderas y Santo Domingo; paralelo a La carretera trasandina de Barinas hacia el Páramo guarda evidencias de antiguos caminos de recuas en caseríos como Castillito, Celoso, Chiquimbuy y

hasta la propia Calderas lo cual significó la consolidación de antiguos pasos.

El famoso “Camino de los Callejones” ponderado por lo escarpado y peligroso de su paso; especialmente por los fuertes vientos que presentan cuando se desciende el cañón del Santo Domingo, fueron muy bien documentados en la obra del geógrafo Leonel Vivas (1994) *“Por los callejones del viento”*, en la que narra la travesía de toda la expedición que acompañó al Capitán Varela en la fundación de Altamira para 1577.

Es muy posible que esta antigua ruta era la vía expedita que comunicaba los llanos altos y el piedemonte con antiguos asentamientos en los Andes. Geográficamente, pueblos como “San Rafael de Mucuchíes” el poblado ubicado a mayor altura en Venezuela y asentamiento de culturas prehispánicas, haya sido uno de estos lugares a los que se accedía por esta vía; así como pudieron ser Timotes y pueblos propios de la geografía trujillana, como Niquitao y Boconó.



(Izquierda) Amanecer con bruma en el brazo Casiquiare, Estado Amazonas (Foto: Colina 2015). (Derecha) Atardecer con sol en el río Canaguá estado Barinas. Los paisajes ribereños de la cuenca Orinoco-amazónica son similares lo que evoca sus lugares de origen en sus zonas de recreación).

En la Laguna de Mucubají nace la quebrada que desvía su curso al otro extremo de la sierra formando lo que es hoy el llamado Río Santo Domingo que vierte sus aguas en el territorio barinés, no en vano, su principal río.



Montículo. Sector Las Doradas en los límites de los Municipios Bolívar y Cruz Paredes. Colina, 2018. Estos espacios se siguen usando para las labores agrícolas entre los campesinos

Entre los complementos técnicos para el trabajo etnográfico de campo, se privilegia la técnica de la observación participante a la par con entrevistas semiestructuradas a informantes claves en la unidad de análisis seleccionada para lo cual se elaboran Bitácoras, Guiones de entrevista, Diarios de campo, Registros fotográficos.

Los usos y costumbres propios de las culturas campesinas están resemantizadas producto del devenir; especialmente por diversos hechos en un período de corta, mediana y larga duración tales como el proceso de conquista y colonización, la guerra federal y guerras civiles del siglo XIX; la explotación petrolera en la región, el éxodo campesino, las crisis económicas y actualmente la diáspora venezolana frente a la crisis política, económica y social.

No obstante, en parte de las narrativas e imaginario se encuentran elementos de carácter identitario vinculado a antiguas zonas de asentamiento que sustentan que la ocupación de ciertos lugares como la producción de ciertos rubros; entre ellos el Tabaco y posiblemente el Cacao, por lo que el sostenimiento en los territorios sigue estando definido en parte por la variable ecológica multiestrata, la multiresidencialidad, así como por el resguardo y uso

de tecnología ancestral agrícola en sus predios que fueron heredadas por sus ancestros en los llanos altos y piedemonte de Barinas



Vivienda tradicional en el Parcelamiento Ezequiel Zamora – Carabela Alta (Colina 2019)



Cultivos tradicionales: Cacao Terciopelo. Sector Quebrada El Perico (Colina, 2019) Sembradio de Piña Morada en “Los Caneyes” (Colina, 2019)

En el Sector Parángula-Río Paguey y hacia el Sector La Barinesa-Doradas se pueden hallar montículos y obras de terracería, caminos, restos de rocas talladas incluidas formas con espirales y esféricas. Los testimonios de los

entrevistados confirman su existencia.

A la altura del Sitio de la Finca “La Encontrada” (Río Parángula) abundan pequeños montículos y círculos de rocas dispuestos de una forma circular desde donde se puede observar la cordillera de Mérida, la Meseta del Curay, el río Santo Domingo y las últimas estribaciones montañosas hacia los llanos.

Teniendo en consideración cartografía digital y mapas en línea empleando metodología geográfica digital que obtuvo mapas de curvas de nivel, para denotar aquellos lugares que oscilan entre los 100 y los 500 msnm, como georeferente de la zona seleccionada para el estudio; se incluye a la mayoría de poblaciones asentadas en el eje paralelo a la cordillera de los Andes; que son bañadas por múltiples corrientes de agua de las que descienden a los llanos en sentido oeste-este.

En ésta misma configuración altitudinal se encuentran las siguientes poblaciones: Santa Bárbara de Barinas, Pedraza la Vieja, Capitanejo, Chameta, Batatuy, Socopó, Mirí, Ciudad Bolivia, La Erika, El Corozo, Camirí, El Paguey, El Algarrobo, Caramuca, La Mula; zonas de altísimo interés arqueológico, reconocidas antes en los diversos estudios sistemáticos.

Los sitios de Quebrada Seca, Parángula, La Carabela, Las Mesitas, Barinitas, Las Doradas, El Cumbe, La Barinesa, El Curay, Armadillo, Olmedillo, Sabana de los Negros, Represa del Masparro, Embalse Boconó-Tucupido; deben incorporarse como parte de las nuevas zonas arqueológicas que deben analizarse mediante teledetección y mapas de Google earth georeferenciados como espacio complementario de las fuentes secundarias arqueológicas y etnohistóricas;

En el eje que une “Barinitas” con “Barragán” zona de bosque y paralela a la carretera Trasandina, va en recta el antiguo camino que se empalma con la Carretera intercomunal “Rafael Rocha” que une a Barinas con Barinitas a la altura del Sector Miraflores (600m.sn.m aproximadamente) y “La Salida” (Punto de Referencia Restaurant “Bellos Paisajes” y que conduce a la cuenca alta del Río Paguey a través de la entrada a la vía de Montañas de “El Cacao-Río

Paguey”.

En imágenes satelitales de Google Earth se destaca el antiguo camino en rectas; el cual parte desde los llanos altos a la altura del Sector Guanapa para unir otra vez en recta el margen derecho del río Santo Domingo con la población de Barinitas en el Sector “Santa Elena” vía “Los Palmares- Cerro de Paja”, lo cual es corroborable en caminata por tres entradas: Barinitas, La Carabela y Caserío Parángula (Bordeando el Río). La tecnología de los mapas satelitales permite apreciar el angosto camino el cual es poco detectable in situ dado lo boscoso del entorno.



Fuente: Imágenes © 2019 CNES / Airbus, DigitalGlobe, Maxar Technologies.
Google Maps: Parangula, 30/7/2019.

Las visitas a varios contextos confirman su existencia, Guanapa, Bello Monte, Quebrada Seca Parte baja y Parte Alta, Finca Ranchocelis, Parángula, La Carabela, Parcelamiento Ezequiel Zamora, Las Mesitas, Sector Santa Elena, Miraflores, Mirador El Cacao, Formación “La California”, Caserío Vega del

Puente se puede acceder a éste por tramops dado que que el sendero está rodeado de árboles frondosos y en el se hallan muchas rocas de menor tamaño, saltos de agua y recovecos de camino de muy difícil acceso.

La orografía de estas poblaciones es bastante irregular; las piemontanas principalmente están situadas en terrazas de origen aluvial, que se formaron por la acumulación de sedimentos provenientes de los Andes además de la particularidad geológica de estar cercanas a ramificaciones del sistema de Fallas **Boconó**, la más conocida de Venezuela.

Sus suelos son de texturas medianas y pesadas, van desde franco-arenosos hasta arcillosos. Son ácidos con alto contenido de materia orgánica. Aptos para diferentes cultivos que se adaptan a estas condiciones climáticas. En cuanto a la **Hidrografía**: El territorio es cruzado por importantes ríos como el **Santo Domingo**, el **Paguey**, el **Río Azul** y **Río La Yuca** pudiendo llegar hasta la cuenca alta del caudaloso **Rio Masparro**.

Pertenecen a esta clasificación los sitios: “La Caramuca, La Mula, Sector alto de Bello Monte y Guanapa, Bella Vista y San Isidro, Quebrada seca Parte alta y Parte baja, La Escondida y Quebrada La Parángula todos ubicados en el Municipio Barinas y otros colindantes con el Municipio Bolívar como “Cerro de Paja, Santa Elena, La Carabela, Ezequiel Zamora, Las Bateas, Los Caneyes, Las Mesitas”. Son de indispensable exploración caseríos como “Las Doradas” Olmedillo y Armadillo” en el Municipio Cruz Paredes del Estado Barinas y otros caseríos que se encuentran ingresando desde la margen izquierda del Río Santo Domingo hacia la desembocadura del Río Calderitas.

**CRONOLOGÍA CERÁMICA “OSOIDE” EN LOS ESTUDIOS DE ZUCCHI Y
RELACIONES INTERÉTNICAS EN LOS LLANOS DE BARINAS**

[APENDICE Nº 2]

www.bdigital.ula.ve

En vista de que las cronologías propuestas para la serie Osoide por Zucchi en su libro “Caño Caroni” (1976) son períodos de tiempo muy extensos; se apela al análisis de la larga duración; cual escasísimas piezas de un gran rompecabezas, a través de dichos intervalos propuestos inicialmente por Cruxent & Rouse (1943) y luego Zucchi (1975) a fin de establecer en modo diacrónico, aquellos posibles elementos de la identidades específicas entre los grupos que pudieron sobrevivir a la decadencia los cacicazgos en los llanos (Redmond y Spencer, 2014, Gassón y Vargas, 2015), atendiendo a cuatro (4) etapas:

En la **Etapla Previa** la cual está ubicada en el tiempo que va del **920 aC-230 dC** se incluiría a los pobladores que habitaron Caño del Oso (Cruxent, Rouse y Zucchi, en Zucchi, 1975) descritas como comunidades sedentarias de Sabana, “provenientes de las tierras al sur de Ecuador o Colombia con alfarería monócroma y desarrollo local de una cerámica policroma” (Cruxent & Rouse, en Zucchi, 1975).

Esta ultima característica nos lleva a clasificarlos como grupos de lengua Tupí de acuerdo con las investigaciones sobre horizontes y tradiciones cerámicas amazónicas recientes (Rostain en Cabrero y Miret, 2014). Estos cultivadores de maíz de la raza primitiva denominada “Pollo”, tuvieron un desarrollo cultural independiente del resto de grupos asentados en el territorio venezolano (Zucchi, 1975).

El asentamiento de aldeas simples de tipo palafíticas con sembradíos alrededor, en cuyas excavaciones de estratos inferiores, aparecieron metates y manos de moler, nos permite corroborar que grupos nómadas pasaron progresivamente de nómadas y seminómadas a sedentarios en el propio sitio de Caño del Oso (Zucchi en Sanoja y Vargas, 1978).

La presencia de tecnología asociada al procesamiento manual de las semillas implica que los grupos de la formación apropiadora lo manipularon y

consumieron. Siendo los hablantes del Warao ocupantes de zonas inundables se proponen como grupos que junto a este grupo Tupí con pueblos arawaks formaron el asentamiento en el que convivieron y conjugaron dos horizontes culturales bien diferenciados, surgiendo una nueva identidad: Una que entró por la ruta migratoria del Norte, descendientes de los Siberianos que entraron por el estrecho de Bering y otro gran grupo que migró desde el sur que estaba constituido por dos corrientes migratorias.

Las mazorcas de las sabanas que bordean el piedemonte oriental” (Zucchi, 1975) fueron fechadas entre 340+-130 años dC (Sanoja, 1981). A esta misma raza pertenecieron las mazorcas halladas en la Fase Guadalupe del Noroccidente y las de los valles templados de los Andes venezolanos (Wagner, 1967) siendo un cultivo introducido en los dos primeros siglos de la era cristiana hasta el protohistórico” (Sanoja, 1981).

Este autor aclara además, que dicha variedad fue introducida a Colombia y Venezuela a partir de un centro común, ubicado en el sur de Centroamerica. En este sentido, los cultivadores de maíz fueron grupos descendientes de la migración norte.

Es muy probable que bordeando las costas continentales del mar caribe hacia las llanuras lacustres del Lago de Maracaibo y adentrándose en ambas cordilleras: Perijá y Mérida, llegó hasta los llanos de Barinas. La llegada del maíz al Orinoco medio está fechada en el 360 dC de acuerdo a los trabajos de la Fase Corozal de Roosevelt (1980, en Sanoja, 1981). A pesar de que éste cultivo no fue importante en el desarrollo sociohistórico de los pueblos en Venezuela, su uso se restringió para:

...elaborar chicha, bebida fermentada y para la división del calendario anual en estación de lluvias y estación de sequía obligando a los grupos humanos a implementar formas de vida nomádicas durante la estación seca (Sanoja y Vargas 1981).

Entre los grupos cultivadores de maíz en el Orinoco, reconocidos por las crónicas de indias destacan los Otomacos; quienes cosechaban el llamado

Maíz de dos meses u “Ononna”. Este grupo a veces es incluido dentro de las lenguas macroarawaks del phylum ecuatorial y descritos en algunos casos como pueblos seminómadas a los que se adherían pueblos estrictamente nomadas errantes como Guamos, Guamonteyes, Yaruros y Taparitas; osea recolectores, cazadores y pescadores de áreas inundables; es posible que se trate de los primeros grupos fusión entre Tupí y Arawak (Tupí mezclados), en vista de que su lengua se considera otra familia.

Según Humboldt, “Orinucna” es el vocablo primitivo en lengua Otomaca” para nominar al Orinoco y significa “Río de las Toninas”. Los Otomacos quienes dicen siempre permanecieron en el tramo medio debieron coexistir con poblaciones descendientes de los primeros Waraos y que no son de difícil distinción, pues en la práctica fueron clasificados como nómadas de hábitats de ríos como los Guaraúnos y bandas nómadas de hábitats marinos adaptados a ambientes lacustres al interior del territorio, tipo Guaiqueríes.

Ante el estilo de vivienda y tecnología encontrada en Caño del Oso; propio de hábitats de humedales o sabanas inundables, se entiende que eran grupos asociados a los pueblos de la formación apropiadora que se fueron sedentarizando producto de la introducción del maíz y posiblemente a prácticas cosmogónicas.

Los palafitos en Venezuela se han adjudicado a los Warao, pero también a los llamado “Añú – Paraujanos” de la Laguna de Sinamaica:

La palabra añu significa 'gente de agua' o 'gente del mar'. También son conocidos como paraujanos, que significa habitantes de la costa del mar y la designación derivada del gentilicio que los vecinos Wayúu aplican a los añú, es un término compuesto: Para "mar" o también pararu "costa del mar"; así pues, se le identifica como “gente de la costa de mar” (Johannes Wilbert, 1983).

El fonema “Para” es raíz Tupi que nomina costas y sitios de agua; por lo que la antroponimia como Paraguaná, Paraguachón y la propia Parangula, en el piedemonte barines (variante de “Parabuia”, que en tupi es Río

estrecho que no se puede navegar), obedecen mezcladamente a ésta filiación. Entre las sustentaciones que nos ayudan a consolidar esta presunción están los estudios de Wilbert, J (1956), quien planteo:

Hasta el siglo XVI el guarao y otras lenguas relacionadas eran habladas desde el noreste del lago de Maracaibo hasta el Delta del Orinoco. De ahí que diversos topónimos de regiones del Sur de Colombia y margen izquierdo del Orinoco medio estén asociados a ésta lengua.

Atendiendo al punto de vista mágico religioso, se hallan más datos. La conformación del templo Warao “Kanobo hanoko” giró alrededor de los guijarros de cuarzo pues “Kanobo” o “Piedra ovalada” guardada como ofrenda era un privilegio del Wisidatu (Sanoja y Vargas, 1995). Significa que esta cultura de antiguos recolectores, cazadores y pescadores habían mantenido prácticas rituales complejas tras los estrechos contactos con otros grupos antes de ocupar definitivamente, las zonas marino-costeras y de hábitat de manglar. (Faron y Steward en Sanoja y Vargas, 1995).

Si se trata de los descendientes de las primeras migraciones que ingresaron al continente por el Estrecho de Bering provenientes de las estepas siberianas es probable que la diseminación de este grupo por el continente haya sido mucho más extendida en el pasado; posiblemente ocupaban no sólo hábitat marino costeros sino ambientes lacustres y fluviales en sabanas inundables, como las del Orinoco y el Amazonas.

Greenberg (1987) incluyó a los Warao en la Subfamilia o rama Paezana de la familia Macro Chibcha identificada con los dialectos más arcaicos”, que hablaron los primeros pobladores que entraron al continente y al subcontinente lo que explicaría la existencia de una lengua como el Bari, (Dobokubi-Bari de Wilbert (1961) y Dobokubi-Kunayaguasá de Rivet y Armellada (en Gordones y Meneses, 2005) por cuanto, Bari y Warao sean afines y expliquen su ubicación al otro extremo de la zona donde habitan los Waraos del Delta del Orinoco desde hace 9000 años y que hasta el presente el Barí siga siendo la única

lengua Chibcha que se habla en territorio venezolano.

Por consiguiente, una lengua como el U'wa emparentada directamente con el Bari, pudo haber recibido directamente aportes guaroides; de hecho la glosonimia "Tune-bo" así como el glosónimo "Guahi-bo/Guajibo (Jivi) presenta el monosílabo característico "Bo" como desinencia; ambos heteroglotónimos dados en territorio venezolano y que hoy les resultan peyorativos

Datos como los de Granberry (1989) aportan luces acerca de la influencia del Warao en varias las lenguas arcaicas. "El Timucua", una lengua hablada por los grupos indígenas que habitaron la Península de Florida, sienta sus bases gramaticales en el Warao, de características andino ecuatoriales y el phylum macrochibcha.

En conclusión, si apelamos a las características de la cerámica monócroma y polícroma; el cultivo de maíz primitivo, los caracteres rituales, el tipo de vivienda, los restos de fauna que hicieron parte de su dieta así como al aislamiento del resto de los grupos existentes en el del territorio venezolano, los Osoides fueron el resultado de avanzadas desde el Sur de grupos Tupí puros que se fueron cruzando con pueblos arawak en el amazonas sobre la base de una población de lengua independiente, mayoritariamente "Warao".

Etapas Iniciales: (Del 230 aC al 500 dC)

La organización social de base semipermanente Osoide se complejiza al entrar en contacto con otros pueblos sedentarios con formas de jefatura y organización socioeconómica jerárquica donde el modo de vida semicultor incipiente que se desarrolló para atender a contingentes mayores, transformando el espacio geográfico y cultural de los llanos.

La variable demográfica será el marcador determinante en éste período gracias a las avanzadas que llegaron desde el occidente alrededor del año 200 aC y que requirieron del desarrollo de técnicas arquitectónicas y nuevos sistemas agrícolas. La presencia del complejo cultural "Betania", considerado "intrusivo" por los arqueólogos (Cruxent & Rouse, Zucchi en Zucchi, 1975); se expresó en la serie a manera de perfeccionamiento de la cerámica monócroma

y especialización de la tradición polícroma, manifestando una técnica y estilo con características únicas que la refieren como un grupo aislado en Venezuela:

Vasijas con cuerpos biconvexos y platos con pedestal... Predilección de formas cónicas y la combinación de éstas con romboidales y globulares... Las representaciones antropomorfas sugerían una relación con los astros que no se expresa con igual fuerza en otros estilos. (Catálogo de la Galería de Arte Nacional, 2017)

La tradición pintada está vinculada a los pueblos arawaks y chibcha en atención a estilos y fases cerámicas de estas regiones, propias del noroeste de Venezuela y el norte de Colombia” (Sanoja y Vargas, 1983; Gordones y Meneses, 2005), en tal sentido, se confirma que los grupos de la tradición polícroma de Caño del oso eran otros contingentes humanos; es decir, pueblos Tupi mezclados con Arawaks mezclados con otros grupos étnicos descritos en la etapa previa complejizados con los migrantes venidos de la tradición de Norccidente, reconocidos en el estilo Tocuyano.

Atendiendo al hecho de que los cultivadores de maíz del Valle de Quibor introducido en los “dos últimos siglos que anteceden a la era cristiana (200 aC) se dedicaron también al tratamiento de la mazorca primitiva “pollo” podría pensarse en que esta especie no fue suficiente para cumplir los requerimientos alimenticios de la creciente población; por lo que su consumo se fue limitando a una parte de ella.

El desarrollo de una compleja red de calzadas y montículos de habitación y otras de uso ceremonial incluidas formas piramidales fueron extendiéndose sobre gran parte de los llanos de Barinas hacia Portuguesa por lo que las oleadas migrantes emplearon la ruta de las montañas de Portuguesa y de Trujillo lo que confirma las influencias de los estilos alfareros “Tocuyanoideos en combinaciones con fases propias de San Felipe, Barquisimeto y La Guaira” (Zucchi, 1975).

La Fase “Betania” es fundamental porque allí inició el ascenso de las

Sociedades Cacicales de los Llanos en Barinas; las evidencias materiales y lingüísticas para su comprensión son escasas por no decir, inexistentes pero sin duda en éste período nuevas familias de lenguas entre ellas la Jirajara-Betoy propia del Occidente venezolano (Jhan, 1927) debieron incorporarse a la amalgama de hablantes en los llanos conjuntamente con los grupos de lengua Achaguas y otras lenguas de las áreas de influencia, por lo que en ocasiones los migrantes recién llegados se plegaban a alguna de ellas.

En ésta etapa la influencia de los grupos Jirajara en los llanos comienza a consolidarse como respuesta a las expansiones de los antiguos Cacicazgos de Noroccidente hacia el Sur los cuales habían entrado en conflictos interétnicos ante una marcada ideología religiosa que los impulsaron a migrar hacia diversas zonas, entre ellas, los llanos.

Probablemente el control político-religioso en los llanos, lo ejercieron Jefes Arawaks y las autoridades de defensa a cargo de Jirajaras. Estando estos arawaks mezclados con Tupí se entiende que desde la primera etapa ya habían introducido semillas de tabaco traídas del Sur de América. Uno de los espacios de reproducción de estas semillas debio ser el área de Curbati (Curupati) afin a la Voz tupí para tabaco en lengua Omagua “Curupa” (Le Condamine en Gillij).

Los llanos y el piedemonte se dinamizaron como centros de actividades productivas y algunas ceremonias rituales (Peregrinaciones). El dominio de la navegación y las travesías a pie ayudaron a demarcar antiguas rutas tras observar y dominar el entorno. Para hacer frente a la época de lluvia cuando las sabanas se inundaban; por lo que estos pueblos ya tenían las primeras vías alternas hacia las zonas bajas y las embarcaciones hechas con los recursos del medio para garantizar la navegación por las distintas corrientes fluviales.

Las antiguas prácticas se enriquecieron por lo que en la creación de un espacio cultural que sostuviera su modo de vida seminómada y sedentaria intervinieron las formas cacicales de organización política y religiosa ejerciendo un temprano control sobre el intercambio de bienes y productos requeridos generando las primeras relaciones de dependencia, lo que abrió la puerta a las

disenciones entre los grupos.

Etapas intermedia (500 al 1000 dC)

La ascensión de los cacicazgos en Barinas atrajo grandes contingentes poblacionales especialmente desde el Orinoco al haberse convertido en un polo de atracción en vista de los conflictos que tenían los pueblos amazónicos los que fueron presionados a migrar a estos espacios por distintos factores entre ellos, desastres naturales producto de la influencia del fenómeno del niño (sequías e inundaciones) así como la expulsión de sus espacios y guerras por el control de ciertos recursos.

La migración Arauquin (Del 500 dC) es una muestra de ello; al parecer éstos cacicazgos de los llanos de Barinas habían logrado sortear una serie de problemas que los pueblos amazónicos venían padeciendo. La evidencia es la contundente influencia de ésta migración asociada a pueblos Arawaks (Tradición saladoide) pero también a las primeras avanzadas Caribe (Tarble y Zucchi) sobre el espacio llanero:

Adoptaron el cultivo de la yuca y perfeccionaron la técnica de construir calzadas y montículos que caracterizó la fase de los asentamientos más antiguos de Caño del Oso y La Betania y en el que las presiones demográficas aumentaron producto de las llamadas expansiones desde el área de Apure y el Orinoco medio” (Zucchi, 1975).

La introducción del cultivo amazónico constata dos realidades: 1.- El maíz empezó a ser consumido sólo por las élites pero se requería de mano de obra para sus cuidados; la mayoría de la población consumía Yuca, cuya producción y procesamiento garantizaba un mayor rendimiento 2.- Los contingentes que introdujeron nuevos elementos culturales y técnicas como el desengrasante “cauixi” (Zucchi, 1975) estuvieron asociados a varios grupos étnicos que ya coexistían en el Orinoco medio y por extensión se incluyen avanzadas desde el Alto Orinoco y las Guayanas.

Las primeras ocupaciones masivas de los grupos étnicos “Caribe” se

impulsan con estas avanzadas desde el Apure y el Orinoco. La fase arauquinoide se manifestó en términos de una complejización coyuntural que ya se venía estructurando desde las etapas previa e inicial a través de las migraciones tupí que reconfiguran y transforman el espacio, después del 500 dC; por lo que la presencia de diversos grupos étnicos empezó a vincularse a nuevas formas de conflicto y sometimiento, tal como lo señalan las investigaciones sistemáticas:

La guerra se presentó en la medida en que los requerimientos de mano de obra aumentaron, al intensificarse la producción agrícola es probable entonces que se acentuara la esclavitud en los llanos del orinoco cuyos grupos eran considerados inferiores (Vargas, 2015)

De acuerdo con Saignes (1956) los Arawaks y caribes denominaron a sus esclavos "Macos o itotos" dependiendo de quien los capturaba y a su vez para diferenciarlos de los grupos de cazadores -recolectores de sabana; por lo que para Whitehead (en Vargas, 1994): "la especialización productiva ecológica en el orinoco fue consecuencia de cómo se establecieron los grupos étnicos cuyos límites estaban mediados por factores económicos".

Los grupos de las capas iniciales que habían logrado sostener distinciones de jerarquía entre las élites e intermediarios fueron poco a poco desplazados por liderazgos emergentes de entre las distintas parcialidades. Los reductos de capas arcaicas eran tratados como esclavos por lo que muchos de estos grupos migraron o se mantuvieron errantes entre el territorio de los llanos y la selva amazónica, usando como enlace el Orinoco medio.

Los reductos de las elites asociadas a las capas originarias fueron poco a poco desplazadas de sus posiciones de privilegio por los nuevos cacicazgos surgidos de las alianzas entre ciertas figuras de poder y los jefes de grupos migrantes por motivos estrictamente económico pero principalmente por la ideología religiosa que imperaba; que exigió sacrificios de mujeres y niños o esclavización de ellos para el sostenimiento de la elite y de las capitanías, que eran quienes garantizaban el control de los productos y bienes.

Este tuvo que ser un factor fundamental de la decadencia de estos Cacicazgos, pues quienes no fueron sacados por la fuerza o asesinados abandonaron sus centros de poder, formando nuevas alianzas con otros grupos de emplazamientos en otros contextos de la selva amazónica y hasta del altiplano boliviano con el objeto de hacer la guerra a sus oponentes y sostener los rituales a sus divinidades para honrar a sus antepasados.

La autora Karen Olsen Bruhns (1994) sostiene en su obra *Ancient South America* que entre el 500 y el 900 ocurren los mayores movimientos religiosos y militares de los Andes centrales lo que significó no sólo aumento de población y presiones de grupos y luchas territoriales sino también la construcción de obras monumentales a lo largo de las faldas de la cordillera de los Andes por lo que los siguientes sitios arqueológicos, estarían asociados con este período:

Betania, Caño del Oso, Quindío, Armenia, Yotoco, Pupiales, Chartí, La Florida, Pichincha, Volcano, Quito, Salango, Cuenca, Chordelec, Sigsig, Pacatnamu, Cajamarca, Galindo, Viracochapampa, Pachacamac, Ayacucho, Huari, Pikillacta, Mound Velard, Mound Hermanck, Siquani, Mossamédes, Quispisisa, Niño Korin, Maymi, Ariquipa, Moqueguay Valley, Cerro Baúl, Tiahuanaco, Cochabamba, Calahoyo, San Pedro de Atacama, Aguada.

La ideología religiosa asociada a las deidades solares requerían de una mano de obra especializada para el sostenimiento de la producción de ciertos rubros como el maíz y de ciertas prácticas mágico-religiosas asociadas al cultivo y consumo de Tabaco. Estando las mujeres a cargo de las labores agrícolas y artesanales era necesario mantener rituales de preparación desde niñas; de allí que entre diversos grupos se mantuvo la preparación de las mujeres para la élite, pero muy distintivamente entre las arawaks, quienes conservaron ritos de iniciación y de pubertad.

De allí que Vargas (parafraseando a Gasson, 2015) recalque:

...la organización de la agricultura fue el elemento clave que generó las primeras tendencias a la agregación y la centralización demográfica en los llanos de Barinas y no la guerra, como ha sugerido Spencer (1998)...Esta variabilidad pudo

haber generado distintas trayectorias de cambio que resultaron en diversas formas de organización social, que al parecer existieron en el Orinoco antes de la llegada de los invasores europeos.

Etapas Final: 1000-1400 dC

La presencia “Caribe” descrita como la principal característica para éste período en la cronología (Zucchi, 1975) significa que parte de los grupos que inciden en la disolución del antiguo centro primario de poder en los llanos pertenecían a esta adscripción y que el control del territorio lo asumen porque ya el oriente estaba bajo sus dominios; de hecho, se toma como referencia el sistema comercial interétnico del bajo Orinoco para describir ciertas características de la estructura que se mantuvo en los territorios llaneros tras la decadencia de los cacicazgos del primer milenio.

Definida como estructura de gran alcance e integración, que parecía combinar una red extensa dominada por los Kariña y que garantizaba el flujo permanente (y aún sobre largas distancias); se entiende por qué en los llanos se mantuvo el intercambio de bienes fundamentales como la quiripa, el aceite de huevos de tortuga, el comercio de tabaco y sal mediante una inmensa cantidad de microredes que se generaron tras la dispersión de las capitanías y antiguos liderazgos.

Dichas redes del SIRO “egocentradas a imagen y semejanza de los nexos parentales” (Morales, 2004) por las que circulaba gran cantidad de productos, información y servicios fue dinámica y mantuvo características simbióticas entre los grupos (Morey & Morey, 1975). A unos cuantos kilómetros hasta llegar al sitio donde eran recibidos y/o consumidos, dependiendo de la demanda, la complejidad y la direccionalidad de la red permitía seguir circulando para ser entregados a un consumidor lejano o al intermediario de larga distancia; lo cual explica la presencia de poblaciones de cazadores, pescadores y recolectores “errantes” pues eran quienes dinamizaban el intercambio que antes estaba limitado exclusivamente a las élites llaneras; es

decir, centraban las capitanías que a su vez respondían al centro primario.

En tal sentido, en este nuevo sistema comercial participaron todos los grupos étnicos del Orinoco Medio, quienes ya no giraban en torno a las élites llaneras pues estas habían perdido control político pero conservando cierta preeminencia en lo ritual religioso; por lo que el territorio siguió siendo visto como un centro de intercambio importante dada la presencia del tabaco controlado por los grupos que se autopercibían herederos de la tradición ritual ancestral, descendientes de los grupos dominantes entre ellos, Canaguas y Barinas; a través de los cuales se reconoce su presencia directa en la cronología; la cual se mantuvo hasta el 1250 dC.

De los reductos de Warao y Tupí, reconocidos como “Osoides” así como de los grupos de Occidente de la Fase Betania (Arawaks, Chibcha y Jirajara) (Zucchi, 1975), más los descendientes de la gente Arauquin compuestos por diversos grupos étnicos de lenguas independientes, pero principalmente Arawaks y Caribes ocurren las fusiones entre los troncos principales marcando el momento en el que nuevas alianzas afianzan la supremacía “Caribe”, que gracias a su marcada ideología propaladora sobre las otras etnias; [“Sólo ellos eran Gente. Todos los demás, sus esclavos”] lograron mantener el control sobre los ríos llaneros.

Para éste período la navegación estaba más que consolidada y el Orinoco era el eje del Sistema (Mansutti en Clarac, Gordones y Meneses, 2004 Biord y Arvelo, 2004). Los miembros de algunos grupos eran muy activos y recorrían grandes distancias para ofrecer u obtener productos. Hubo grupos abiertos socialmente; mientras que otros se alejaban poco de sus sitios habituales de residencia.

La región centro-norte de Venezuela” se comunicaba “en una jornada” con el Orinoco lo cual era posible a través de la navegación a través del “Lago de Valencia y los ríos llaneros, la costa, los caminos del occidente, los Altos mirandinos y los valles de Caracas” (Biord, 2002). Más aún destacan grandes complejos o macro circuitos de interacción:

Los sistemas interétnicos regionales del Orinoco y de la costa noreste podrían constituir dos ámbitos (septentrional y meridional) de un sistema mayor que es posible seguir denominándolo “orinoquense” u “orinoco- caribeño”. En la articulación entre los sistemas septentrionales (costa noreste) y meridional (Orinoco), las cadenas de intercambio tuvieron una importancia capital: No sólo económica por el intercambio de productos sino también política debido al intercambio de información, el establecimiento de alianzas, etc. El comercio tenía en sí mismo una gran relevancia. Biord y Arvelo (2004)

Barinas, a la llegada de los conquistadores estratégicamente representó el enlace de esos dos macrocircuitos durante el hito 1400-1628; siendo encrucijada estratégica entre la cordillera andina con la cuenca del lago de Maracaibo y el piedemonte llanero hasta la cuenca del Orinoco como territorio de paso y ruta de relaciones entre los grupos que se asentaron con extensas conexiones y rutas antiguas que se extendían por muy buena parte del territorio nacional.

En tal sentido, los grupos minoritarios quedaron como reducto de lo que mucho tiempo antes fue un centro de poder que albergó intensas migraciones a otras regiones del continente entre ellos, la Orinoquia hacia el altiplano cundiboyacense después del 800 dC y el alto Orinoco para llegar al Amazonas y el altiplano boliviano ya desde el 600 dC; coincidiendo con la decadencia de las Fases Cedral (850 dC) y Gaván (650 dC) (Redmond & Spencer, 1992; Gasson, 2008, Gasson y Vargas, 2015)

Sin duda que las migraciones atravesaron el orinoco medio, que ya se había constituido como una región particular siendo reconocida para esta etapa como “El Airico” (Rivero, 1883 y Saignes, 1961) a donde migraron los descendientes directos de la élite Betoy y generando un espacio de interacción constante hacia las selvas del Guaviare llegando hasta el trapecio o Alto Amazonas (Lathrap, 1971) donde sus contingentes aportaron a la tradición

polícroma Cumancaya, cuya influencia provino del norte (Morales Chocano, 2000) perceptible entre los Shipibo, Conibo hablantes de lenguas Pano (Loos y Loos, 2003).

Las conexiones con el Atlántico pasaban por las redes Kariña a través del Delta y la isla de Trinidad, por la que remontaban las Antillas menores y Mayores; conectando el Mar Caribe con las selvas y faldas de la gran cordillera de los Andes empleando su principal recurso: El Agua.

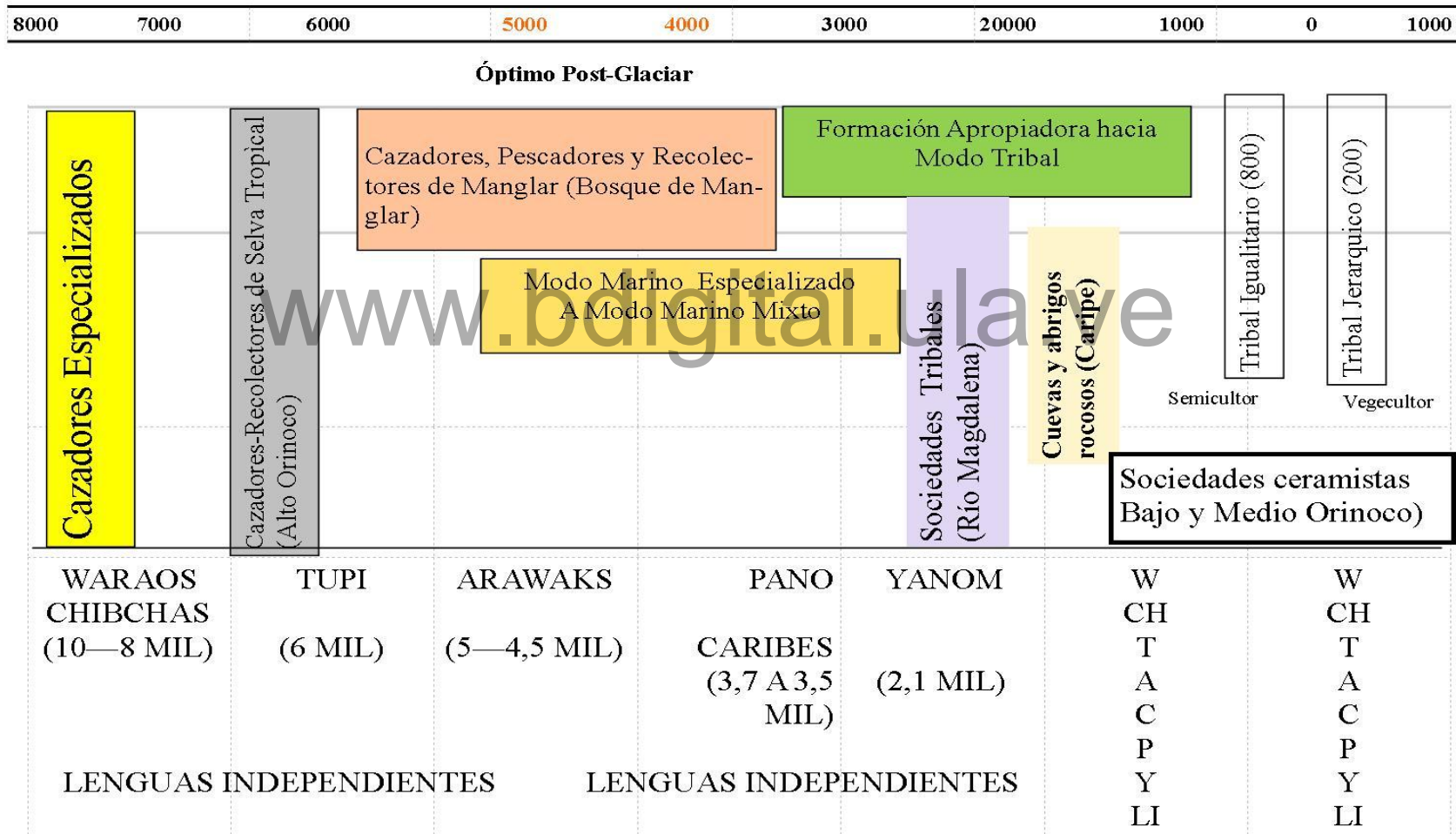
Se puede inferir que las relaciones interétnicas se complejizaron al aportar transformaciones sucesivas entre grupos; producto de las tensiones y resoluciones generando nuevas estructuraciones sociales en el período anterior al contacto; por lo que el año 1400 d.C destaca ya por la marcada presencia permanente de los grupos Caribes en el contexto (Zucchi, 1975) sobre otros grupos especialmente Arawaks y Jirajara; lo que confirma las variables etnolingüísticas y etnohistóricas que nos permiten afirmar que la antigua población de los llanos y el piedemonte obedeció a distintos horizontes culturales distintos a las prácticas estrictamente “Caribe”, descritas en las crónicas para el momento del contacto.

LOS MODOS DE VIDA DE SANOJA Y VARGAS EN RELACION A
CALCULOS GLOTOCRONOLÓGICOS DE DIVERSOS ESTUDIOS
LINGÜÍSTICOS.

[APENDICE Nº 3]

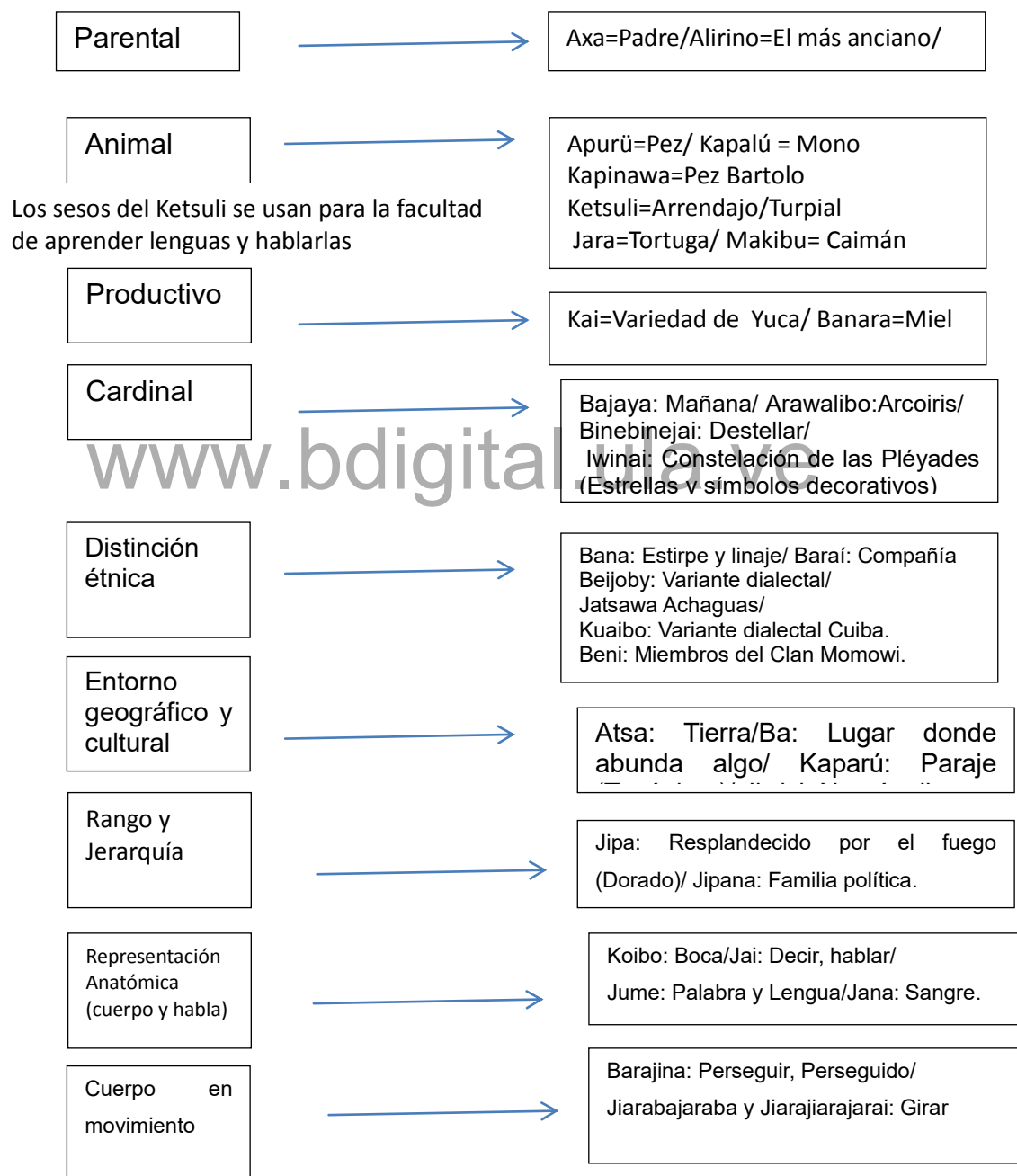
www.bdigital.ula.ve

Modos de Vida y Cálculos glotocronológicos



GUAHIBO-SIKUANI (SISTEMAS DE CLASIFICACIÓN)

Presenta diversidad y profundidad de significados expresados en la variedad de sistemas analizados de todas las lenguas habladas en el territorio barinés. Al parecer; éste grupo que provino de una migración de las Guayanas, llegó hasta los llanos de la cuenca del Orinoco entre Colombia y Venezuela y fue ocupando un extenso territorio que abarca, desde San Martín hasta Santa Rita y Puerto Carreño. (Orinoco medio).



OTOMACO [SISTEMAS DE CLASIFICACIÓN]

De acuerdo con Gillij (1965) “La lengua Otomaca es del carácter de todas las demás, pero articulan éstos indios mejor que todos, sus palabras se halla poca dificultad en aprenderlas”. Añadió al respecto: “A mi, piense otro lo que quiera, no me han parecido difíciles, ni se entender por qué razón Gumilla dice que es ininteligible la lengua de los otomacos, ya que no hay nación que no hable más distintamente que ésta” (Pp. 138). De las palabras recopiladas por Gillij y las escasas palabras recopiladas por Gumilla (1999),

